

**Noam**  
**Chomsky**  
**HEGEMONÍA**  
**O SUPERVIVENCIA**  
El dominio mundial de EEUU

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

"Si se lo juzga por el poder, rango, novedad e influencia de su pensamiento, Noam Chomsky es sin duda el más importante de los intelectuales." *The New York Times*

En este libro Chomsky expone y analiza la actual estrategia estadounidense de dominación global y explica cómo las acciones de su gobierno significan un grave riesgo para la estabilidad y la seguridad mundial, con consecuencias potencialmente catastróficas. Analiza su política exterior y doméstica, haciendo especial hincapié en el unilateralismo y el desmantelamiento de los acuerdos internacionales, en los programas de militarización del espacio y en el desarrollo de misiles de defensa, políticas éstas que podrían parecer irracionales salvo si el objetivo es alcanzar la hegemonía.

Asimismo el libro analiza la guerra contra el terrorismo y la doctrina Bush y plantea una pregunta rara vez considerada: ¿Es posible la resistencia?

Lúcido, riguroso y ampliamente documentado, este parece ser el más importante de los libros de Noam Chomsky en muchos años y seguramente marcará por mucho tiempo la agenda del debate.



CC 20683  
ISBN 958-04-7825-2

**H E G E M O N Í A   O   S U**

Noam  
Chomsky

# **PER VIVENCIA**

El dominio mundial de EEUU

Traducción de Carlos José Restrepo

**GRUPO**

**EDITORIAL NORMA**

**Bogotá, Barcelona, Buenos**

**Aires, Caracas, Guatemala,**

**Lima, México, Panamá.**

**Quito, San José, San Juan**

**San Salvador, Santiago de Chile**

**Santo Domingo**

Chomsky, Noam, 1928-  
Hegemonía o supervivencia / Noam Chomsky. –  
Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2004.  
370 p. ; 21 cm. – (Biografías y documentos)  
Incluye bibliografías  
ISBN 958-04-7825-2  
t. Estados Unidos - Relaciones exteriores  
I. Tit. II. Serie  
327.73 cd 20 ed.  
AHV2552

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Título original en inglés: *Hegemony or survival*  
Primera edición en inglés: Metropolitan Books, 2003

©Noam Chomsky, 2003  
© Editorial Norma S.A.. 2004  
Apartado Aéreo 53550, Bogotá

Portada: Camilo Umafta  
Elaboración de índices: Gustavo Patino Díaz  
Corrección de estilo: Erica Ávila Buitrago  
Armada: Blanca Villalba Palacios

Primera edición : abril de 2004  
ce 20683  
ISBN 958-04-7825-2

Prohibida la reproducción total o parcial sin  
permiso escrito de la Editorial  
Impreso por Editora Géminis Ltda.  
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*  
Este libro se compuso en caracteres Octavian

## C O N T E N I D O

1	Prioridades y perspectivas	7
2	La gran estrategia imperial	21
3	La nueva era de la ilustración	77
4	Tiempos peligrosos	107
5	La conexión iraquí	159
6	Los dilemas de la dominación	209
7	Caldera de hostilidades	225
8	Terrorismo y justicia: algunas verdades útiles	265
9	¿Una pesadilla pasajera?	307

### índices

<i>índices onomástico</i>	337
<i>índice toponímico</i>	345
<i>índices analítico</i>	351

Lista de siglas y acrónimos	367
-----------------------------	-----

# 1 Prioridades y perspectivas

HACE UNOS AÑOS, ERNST MAYR, uno de los grandes de la biología contemporánea, publicó algunas reflexiones sobre las posibilidades de éxito en la búsqueda de inteligencia extraterrestre. Estimaba que las perspectivas eran muy pobres. Su raciocinio tenía que ver con el valor adaptativo de la que llamamos "inteligencia superior", en el sentido de la organización intelectual propia del hombre. Mayr calculó el número de especies desde el origen de la vida en alrededor de 50 000 millones, de las cuales sólo una "alcanzó el tipo de inteligencia necesario para crear una civilización". Cosa que se dio hace apenas muy poco, tal vez unos 100 000 años atrás. La creencia general es que sólo sobrevivió un pequeño grupo reproductor, del que todos nosotros descendemos.

Mayr planteó que la selección tal vez no propicia la organización intelectual de tipo humano. La historia de la vida en la Tierra, escribía, refuta la afirmación de que "es mejor ser listo que estúpido", al menos si se juzga en términos de éxito biológico. Los escarabajos y las bacterias, por ejemplo, son muchísimo más exitosos que los hombres en términos de supervivencia. Asimismo, Mayr hizo la más bien

<sup>1</sup> Mayr, en *Bioastronomy News* 7, núm. 3, 1995.

lúgubre observación de que "el promedio de vida de una especie es de unos 100000 años".

Ingresamos ahora en un período de la historia humana que podría dar respuesta a la pregunta de si es mejor ser listos que estúpidos. La perspectiva más esperanzadora está en que la pregunta *no* tenga respuesta. Si obtiene una respuesta terminante, esa respuesta sólo puede ser que los humanos fueron algo así como un "error biológico", habiendo utilizado sus 100000 años asignados para aniquilarse entre ellos y de paso acabar con casi todo lo demás.

Sin duda alguna, la especie humana ha desarrollado la capacidad de hacer precisamente esto; y un hipotético observador extraterrestre bien podría concluir que los humanos han dado prueba de esta capacidad a lo largo de la historia, de manera dramática en los últimos cien años, con su ataque contra el ambiente que sustenta la vida, contra la diversidad de organismos más complejos y, con frío y deliberado salvajismo, también contra sus semejantes.

#### D O S   S U P E R P O T E N C I A S

El año 2003 se inauguró con numerosos indicios de que las inquietudes por la supervivencia humana están bien fundadas. Para dar unos pocos ejemplos, a principios de otoño de 2002 se supo que cuarenta años antes esquivamos por un pelo una guerra nuclear, posiblemente de carácter final. Acto seguido de esta alarmante revelación, el gobierno de Bush bloqueó los esfuerzos de la **O N U** para prohibir la militarización del espacio, lo que constituye una seria amenaza a la supervivencia. La administración Bush también puso fin a las negociaciones internacionales para impedir la guerra biológica y entró en acción para hacer inevitable el ataque a Iraq, a pesar de una oposición popular sin precedente histórico.

Organizaciones de ayuda con amplia experiencia en Iraq y estudios de respetadas organizaciones médicas advirtieron que la in-

vasión proyectada podría precipitar una catástrofe humanitaria. Washington ignoró las advertencias, que poco interés despertaron en los medios. Una comisión norteamericana de alto nivel concluyó que los ataques con armas de destrucción masiva (**ADM**) en territorio de Estados Unidos eran "probables" y lo serían más aún en el caso de una guerra con Iraq. Numerosos expertos y agencias de inteligencia emitieron admoniciones similares, añadiendo que la beligerancia de Washington, no sólo contra Iraq, había crecido la amenaza a largo plazo de terrorismo internacional y proliferación de **ADM**. Estas advertencias también fueron ignoradas.

En septiembre de 2002 la administración Bush proclamó su Estrategia de Seguridad Nacional, donde afirma el derecho de Estados Unidos a recurrir a la fuerza para eliminar cualquier desafío que se perciba contra su hegemonía mundial, la cual ha de ser permanente. Esta nueva estrategia global despertó hondas preocupaciones en todo el mundo, incluso dentro de la élite que dirige la política exterior estadounidense. También en septiembre se lanzó una campaña de propaganda para pintar a Saddam Hussein como una amenaza inminente contra Estados Unidos e insinuar que era el responsable de las atrocidades del 11 de septiembre (s-11) y que tramaba otras. La campaña, programada para que coincidiera con las elecciones de mitad de período del Congreso, consiguió modificar actitudes con un notable éxito. Dicha campaña logró, en poco tiempo, apartar a la opinión pública estadounidense de la banda de la opinión mundial y ayudó a que la administración alcanzara sus metas electorales y convirtiera a Iraq en un verdadero terreno de prueba para la recién proclamada doctrina del uso de la fuerza a discreción.

El presidente Bush y sus asociados insistieron también en torpedear los esfuerzos internacionales por reducir reconocidas amenazas graves contra el medio ambiente, con pretextos que apenas disimulaban su devoción por algunos sectores restringidos del po-

der privado. El Programa Científico sobre Cambio Climático (PCCC) de la administración, escribe Donald Kennedy, director de la revista *Science*, es una farsa que "no incluye recomendaciones para limitar las emisiones, ni tampoco otras formas de mitigación" y se contenta con "metas de reducción voluntaria que, así se cumplan, permitirían que las tasas de emisión de Estados Unidos continúen creciendo alrededor del 14 por ciento por década". El PCCC ni siquiera tiene en cuenta la posibilidad, sugerida por un "creciente acervo probatorio", de que los cambios de calentamiento en el corto plazo de los que hace caso omiso "dispararán un abrupto proceso no lineal", que producirá drásticos cambios de temperatura que podrían conllevar riesgos extremos para Estados Unidos, Europa y otras zonas templadas. La "desdeñosa abstención de entrar en compromisos multilaterales sobre el problema del calentamiento global [por parte de la administración Bush]", prosigue Kennedy, fue "la postura que dio inicio al largo y continuado proceso de erosión de sus amistades en Europa", y remató en "un resentimiento ardiente"<sup>2</sup>.

Hacia octubre de 2002 se iba haciendo difícil ignorar el hecho de que el mundo estaba "más preocupado con el uso desenfrenado del poder por parte de Estados Unidos que (...) con la amenaza representada por Saddam Hussein", y "tan interesado en limitar el poder del gigante como (...) en eliminar las armas del déspota"<sup>3</sup>. Las inquietudes mundiales aumentaron en los meses siguientes, cuando el gigante puso en claro su intención de atacar a Iraq, así los inspectores de la ONU, que toleraba de mala gana, no consiguieran desenterrar armas que sirvieran de pretexto para la invasión. Para el mes de diciembre, el apoyo a los planes de guerra de Washington difícilmente llegaba al 10 por ciento en casi todas partes por fuera de Estados Unidos, según encuestas internacionales. Dos meses des-

<sup>2</sup> Donald Kennedy, en *Science*, 299, 21 de marzo de 2003.

<sup>3</sup> Howard LaFranchi, en *Christian Science Monitor*, 30 de octubre de 2002.

pués, luego de enormes protestas en todo el mundo, se decía en la prensa que "en el planeta tal vez quedan aún dos superpotencias: Estados Unidos y la opinión pública mundial" (entendiéndose aquí por 'Estados Unidos' su poder estatal y no su opinión pública, ni siquiera la de las élites).

A comienzos de 2003, los estudios mostraban que el miedo a Estados Unidos había trepado a notables alturas en todo el mundo, junto con la desconfianza hacia su dirigencia política. El desconocimiento de los derechos y necesidades humanos más elementales iba a la par con una exhibición de desprecio por la democracia sin paralelo alguno que venga a la cabeza, todo esto acompañado de manifestaciones de sincero compromiso con los derechos humanos y la democracia. Los presentes acontecimientos deberían perturbar hondamente a quienes se preocupan por el mundo que dejarán a sus nietos.

Si bien los estrategias de Bush están del lado extremo del espectro de las políticas tradicionales de Estados Unidos, sus programas y doctrinas tienen muchos precursores, tanto en la historia norteamericana como en la de anteriores aspirantes al poder mundial. Para colmo de males, sus decisiones bien pueden no ser irracionales dentro del marco de la ideología dominante y las instituciones que la encarnan. Abundan los antecedentes históricos de líderes dispuestos a amenazar con la violencia o recurrir a ella ante un significativo riesgo de catástrofe. Pero lo que ahora está en juego es mucho más. La opción entre hegemonía y supervivencia rara vez, si acaso, se ha planteado de manera tan álgida.

Tratemos de desenredar algunos de los muchos hilos que componen este tapiz complejo, enfocando la atención en la potencia mundial que declara su hegemonía mundial. Sus acciones y las doctrinas que las guían deben ser una preocupación fundamental de

4 Patrick Tyler, en *New York Times*, 17 de febrero de 2003.

todos los habitantes del planeta y particularmente, por supuesto, de los estadounidenses. Muchos de ellos disfrutaban de ventajas y libertades poco comunes (de allí su habilidad para trazar el futuro) y deberían enfrentar con cuidado las responsabilidades que se desprenden como corolario inmediato de este privilegio.

TERRITORIO ENEMIGO

Quienes deseen asumir sus responsabilidades mediante un compromiso genuino con la democracia y la libertad -y hasta con una supervivencia aceptable- tendrán que distinguir las barreras que les cierran el paso. Estas no se ocultan en los Estados más violentos. En las sociedades más democráticas las barreras son más sutiles. Si bien los métodos difieren pronunciadamente desde las sociedades más brutales a las más libres, los objetivos son, de muchas maneras, similares: asegurarse de que la "gran bestia", como Alexander Hamilton llamaba al pueblo, no traspase los límites debidos.

El control del común de la población ha sido siempre una de las preocupaciones dominantes del privilegio y el poder, especialmente desde la primera revolución democrática moderna en la Inglaterra del siglo xvii. Los autodenominados "hombres de primera calidad" miraban consternados cómo una "aturdida multitud de bestias con figura de hombre" repudiaba la estructura básica del conflicto civil que se libraba en Inglaterra entre la corona y el parlamento y exigía un gobierno "de compatriotas iguales a nosotros, que conozcan nuestras necesidades" y no de "caballeros y señores que nos dictan leyes, elegidos por temor y que únicamente nos oprimen y desconocen las aflicciones del pueblo". Así las cosas, los hombres de primera calidad declaraban que, puesto que el pueblo es tan "depravado y corrupto" como para "conferir posiciones de poder y responsabilidad a hombres indignos y malvados, renuncia a su poder a este respecto y lo cede a los buenos, así estos sean pocos". Casi tres siglos

después, el "idealismo wilsoniano", como suele llamársele, adoptó una actitud bastante parecida: en el exterior, la responsabilidad de Washington es ver que el gobierno esté en manos de "los buenos, así estos sean pocos"; en casa, es necesario resguardar un sistema de toma de decisiones por las élites y ratificación por el público -"poliarquía", en el léxico de la ciencia política-, en vez de una democracia<sup>5</sup>.

Como presidente, el propio Woodrow Wilson no se privó de ejecutar políticas severamente represivas, incluso dentro de Estados Unidos, pero por lo común ese tipo de medidas no son un medio disponible allí donde las luchas populares han conseguido un grado sustancial de libertad y derechos. Ya en tiempos de Wilson, amplios sectores de élite de los Estados Unidos y Gran Bretaña reconocían que en el interior de sus sociedades la coerción era una herramienta de decreciente utilidad y que habría que inventarse nuevas formas de domar a la bestia, principalmente mediante el control de opiniones y actitudes. Desde entonces han surgido colosales industrias dedicadas a tales fines.

El propio parecer de Wilson era que había que facultar a una élite de caballeros de "ideales elevados" para que preservase "la estabilidad y la rectitud"<sup>6</sup>. Algunos renombrados pensadores se mostraron de acuerdo. "Hay que poner al público en su sitio", declaró Walter Lippmann en sus ensayos progresistas sobre la democracia.

<sup>5</sup> En cuanto a fuentes sobre el idealismo wilsoniano y sobre el siglo XVII, véanse mi *Detering Democracy*, Verso, 1991; edición ampliada: Hill & Wang, 1992, capítulo 12, y mi *Profit over People, Seven Stories*, 1999, capítulo 2. Para una discusión más extensa y fuentes académicas contemporáneas, véase mi artículo "Consent without Consent" en *Cleveland State Law Review* 44, núm. 4, 1996. Se introducen aquí cambios menores (de puntuación, etc.) para facilitar la lectura.

<sup>6</sup> Citado por David Foglesong en *America's Secret War Against Bolshevism*. North Carolina, 1995, pág. 28.

Ese objetivo se podía alcanzar en parte mediante una "fabricación del consentimiento", que sería un "arte recatado y órgano corriente para el gobierno del pueblo". Esta "revolución" en el "ejercicio de la democracia" debería habilitar a una "clase especializada" para el manejo de los "intereses comunes" que "en gran parte se le escapan por completo a la opinión pública": en suma, el ideal leninista. Lippmann había observado de primera mano esa revolución en el ejercicio de la democracia, como miembro que fue del Comité de Información Pública de Wilson, creado para coordinar la propaganda en tiempos de guerra y que tuvo mucho éxito en azuzar la población hasta el delirio bélico.

Aquellos "hombres responsables" que son los indicados para tomar decisiones, prosigue Lippmann, deben "vivir libres del pisoteo y el bullicio de un rebaño azorado". Esos "extraños entrometidos e ignorantes" deben ser "espectadores", no "participantes". Pero la manada tiene, sí, una "función": pisotear periódicamente a favor de este o aquel elemento de la clase dirigente en tiempo de elecciones. Lo que no se dice es que los hombres responsables alcanzan ese estatus no por tener un talento o conocimientos especiales, sino por subordinarse voluntariamente a los sistemas del poder real y guardar lealtad a sus principios operativos; de modo primordial a ese que dicta que las decisiones básicas sobre la vida social y económica se deben circunscribir a instituciones con un control autoritario vertical, en tanto que la participación de la bestia se debe limitar a una palestra pública mermada.

Qué tan mermada deba ser la palestra pública es objeto de debate. Las iniciativas neoliberales de los últimos treinta años se han dirigido a restringirla, dejando la toma de decisiones básicas en el seno de tiranías privadas que en gran medida no rinden cuentas, ligadas estrechamente unas con otras y con unos cuantos países poderosos. La democracia puede sobrevivir así, pero bajo una forma severamente reducida. Los sectores del ala Reagan-Bush han

asumido una posición extrema a este respecto, pero de todos modos el abanico de políticas es bastante estrecho. Hay quienes sostienen que la democracia escasamente existe y se burlan de los expertos que "efectivamente viven de contrastar los puntos más sutiles de las comedias de la cadena de televisión **NBC** con las que pasa la cadena **CBS**" durante las campañas electorales. "Mediante un acuerdo tácito, los dos partidos principales conducen la contienda presidencial [como] una obra de kabuki político [en la que] los actores conocen sus papeles y todo el mundo se ciñe al texto", "asumiendo poses" imposibles de ser tomadas en serio.

Si el público escapa a su marginalización y pasividad, nos encontramos ante una "crisis de la democracia" que debe ser derrotada, explican los intelectuales liberales, en parte con medidas tendientes a corregir las instituciones responsables del "adoctrinamiento de la juventud" (colegios, universidades, iglesias y demás), y quizá hasta a través del control de los medios por parte del gobierno, si la autocensura no basta.

Al adoptar estos puntos de vista, los intelectuales contemporáneos beben en buenas fuentes constitucionales. James Madison sostenía que el poder debía ser delegado al "caudal de la nación": el "grupo de hombres más capaces", que entienden que el papel del gobierno consiste en "proteger a la minoría de los opulentos contra la mayoría". Precapitalista en su visión del mundo, Madison confiaba en que el "estadista ilustrado" y el "filósofo benévolo" que habrían de ejercer el poder discernirían el verdadero interés de su país y protegerían el interés público del "daño" de las mayorías democráticas. Madison tenía la esperanza de que el daño se evitara

<sup>7</sup> Andrew Bacevich. *American Empire*, Harvard, 2003, pág. 200 y sigs.

<sup>8</sup> M. J. Crozier, S. P. Huntington y J. Watanuki, *The Crisis of Democracy*, New York University, 1975, informe a la Comisión Trilateral.

bajo el sistema de fragmentación ideado por él. En años posteriores llegó a temer que surgieran graves problemas con el probable aumento de quienes "trabajarán en medio de todas las penurias de la vida, suspirando en secreto por una distribución más equitativa de sus beneficios". Gran parte de la historia moderna refleja estos conflictos sobre quién tomará las decisiones y cómo.

El reconocimiento de que el control de la opinión es el fundamento del gobierno, del más despótico al más libre, se remonta por lo menos hasta David Hume. Pero habría que hacer una precisión: dicho control es mucho más importante en las sociedades más libres, donde la obediencia no se puede mantener a latigazos. Es apenas natural que las instituciones modernas de control del pensamiento -llamado con franqueza propaganda antes de que la palabra cayera en desuso por sus connotaciones totalitaristas- hayan tenido origen en las sociedades más libres. Gran Bretaña fue pionera con su Ministerio de Información, dedicado a "dirigir el pensamiento de la mayoría del mundo". Wilson apareció poco después con su Comité de Información Pública. Su éxito propagandístico inspiró a los teóricos demócratas progresistas y a la moderna industria de las relaciones públicas. Sobresalientes miembros del **CIP**, como Lippmann y Edward Bernays, de modo muy explícito se inspiraban en estos logros de control del pensamiento, que Bernays llamaba "ingeniería del asentimiento (...) la esencia misma del proceso democrático". El término propaganda entró como vocablo a la Enciclopedia Británica en 1922 y a la Enciclopedia de las Ciencias Sociales una década después, con la sanción académica por parte de Harold Lasswell de las nuevas técnicas para el control de la mente del público. Los métodos de los pioneros resultan particularmente significativos, como escribe Randal Marlin en su historia de la propaganda, debido a su "amplia imitación (...) por parte de la Alemania nazi, Sudáfrica, la Unión Soviética y el Pentágono de Estados Unidos", aunque los

éxitos de la industria de las relaciones públicas hacen que todos ellos parezcan diminutos<sup>9</sup>.

Los problemas del control interno adquieren una gravedad particular cuando las autoridades del gobierno ejecutan políticas a las que se opone el grueso de la población. En tales casos, la dirigencia política puede verse tentada a seguir la senda de la administración Reagan, que estableció una Oficina de Diplomacia Pública para fabricar consentimiento sobre sus devastadoras políticas en Centroamérica. Un alto funcionario del gobierno describió la Operación Verdad de esta oficina como una "enorme operación psicológica como las que conducen los militares para influenciar a la población de un territorio vedado o enemigo", una honesta caracterización de actitudes muy difundidas hacia la población nacional<sup>10</sup>.

#### TERRITORIO ENEMIGO EN EL EXTRANJERO

Mientras que al enemigo interno se le suele controlar con propaganda intensiva, allende las fronteras se cuenta con medios más directos. Los líderes de la presente administración Bush - en su mayor parte reciclados de los sectores más reaccionarios de la administración Reagan-Bush I - lo ilustraron con toda claridad en su anterior paso por cargos públicos. Cuando la Iglesia y otros descarriados desafiaron el tradicional régimen de violencia y represión en los dominios centroamericanos del poder estadounidense, el gobierno de Reagan respondió con una "guerra contra el terror", declarada

<sup>9</sup> Randal Marlin, *Propaganda and the Ethics of Persuasion*. Broadview, 2002.

<sup>10</sup> Para una discusión de esta vasta campaña de desinformación véanse mi *Culture of Terrorism*, South End, 1988 y *Necessary Illusions*. South End, 1989, fundamentados especialmente en las revelaciones de Alfonso Chardy en el diario *Miami Herald* y en fuentes oficiales posteriores.

tan pronto tomó posesión en 1981. No sorprende que la iniciativa norteamericana se convirtiera al instante en una guerra terrorista, una campaña de matanzas, torturas y barbarie que pronto se extendió a otras regiones del planeta.

En un país, Nicaragua, Washington había perdido el control de las fuerzas armadas que venían subyugando a su población, otro amargo legado del idealismo wilsoniano. Los rebeldes sandinistas derrocaron la dictadura de Somoza, apoyada por Estados Unidos, y disolvieron la sanguinaria Guardia Nacional. Fue necesario, por lo tanto, someter a Nicaragua a una campaña de terrorismo inter-

nacional que dejó al país en ruinas. Hasta los efectos psicológicos de la guerra terrorista de Washington son graves. El espíritu de regocijo, vitalidad y optimismo que siguió al derrocamiento de la dictadura no pervivió mucho tiempo después de que la superpotencia imperante interviniera para frustrar toda esperanza de que una historia siniestra tomara al fin un nuevo rumbo.

En los demás países centroamericanos en la mira de la "guerra contra el terror" del reaganismo, las fuerzas equipadas y adiestradas por Estados Unidos mantuvieron el mando. Sin un ejército que defendiera a la población de los terroristas (o sea, de los propios organismos de seguridad), las atrocidades fueron aún peores. El registro de asesinatos, torturas y devastación fue ampliamente difundido por organizaciones de derechos humanos, grupos eclesíásticos, estudiosos latinoamericanos y muchos otros; pero poco supieron de él, antes de ser borrado con prontitud, los ciudadanos del país con la mayor responsabilidad en ello".

Para mediados de la década de 1980 las campañas terroristas apoyadas por Washington habían creado sociedades "afectadas por

<sup>11</sup> Sobre los estrechos límites del debate permitido, véase mi *Necessary Illusions*. Para estudios de caso en un plano más amplio, véase, Edward Herman y Noam Chomsky, *Manufacturing Consent*, Pantheon, 1988; edición actualizada, 2002.

el terror y el pánico (...) la intimidación colectiva y el miedo generalizado", según palabras de una importante organización de derechos humanos salvadoreña auspiciada por la Iglesia. La población había "interiorizado la aceptación" del "empleo cotidiano y frecuente de métodos violentos" y "la frecuente aparición de cadáveres torturados". De regreso de una corta visita a su nativa Guatemala, el periodista Julio Godoy escribía que "uno se ve tentado a creer que ciertas personas en la Casa Blanca veneran deidades aztecas (...) con ofrendas de sangre centroamericana". Godoy había huido unos años antes, cuando terroristas de Estado volaron su periódico, *La Epoca*, operativo este que no despertó interés alguno en Estados Unidos: la atención se fijaba con esmero en las fechorías del enemigo oficial, sin duda reales pero apenas detectables dada la escala del tenor estatal apoyado por EE UU en la región. La Casa Blanca, como escribió Godoy, instaló en Centroamérica y brindó ayuda a fuerzas que "fácilmente podían competir con la *Securitate* de Nicolás Ceausescu por el premio mundial de la crueldad"<sup>12</sup>.

Una vez los comandantes terroristas lograron sus objetivos, se citó en San Salvador, con el fin de pasar revista a las consecuencias, a un congreso de jesuitas y asociados seculares con sobrada experiencia personal en qué fundamentarse, independientemente de lo que habían observado en la tétrica década de los años ochenta. El congreso concluyó que no basta con fijarse tan sólo en el terror. No menos importante es "explorar (...) el peso que la cultura del terror ha tenido en la domesticación de las expectativas de la mayoría", impidiéndole contemplar "alternativas a las exigencias de los poderosos"<sup>13</sup>. Y esto no sólo en América Central.

<sup>12</sup> Latin American Documentation (LADOC). *Torture in Latin America*. Lima, 1987. Julio Godoy, en *Nation*. 5 de marzo de 1990.

<sup>13</sup> Juan Hernández Pico, en *Envío*, Nicaragua, marzo de 1994.

**Hegemonía o supervivencia**

La destrucción de la esperanza es un proyecto de importancia crucial. Y una vez se lleva a cabo, la democracia formal es permitida... y hasta se prefiere, así sea por cuestión de relaciones públicas. En círculos más sinceros se admite la verdad de mucho de todo esto. Desde luego, quienes lo entienden más a fondo son las bestias con figura de hombre que sufren las consecuencias de desafiar los imperativos de la estabilidad y el orden.

La segunda superpotencia, la opinión pública mundial, no debería escatimar esfuerzos en comprender estos asuntos, si es que espera librarse de las riendas que la sujetan y tomar en serio los ideales de justicia y libertad que con tanta facilidad brotan a flor de labios pero que tan difíciles son de proteger y fomentar.

## 2 La gran estrategia imperial

HACIA EL OTOÑO DE 2002, en la agenda global del Estado más poderoso de la historia ocupaba una destacada posición la intención explícita de preservar su hegemonía mediante la amenaza o el uso de la fuerza, esa dimensión del poder en la que reina de manera suprema. En la retórica oficial de la Estrategia de Seguridad Nacional, "Nuestras fuerzas tendrán el poderío suficiente para disuadir a los adversarios potenciales de adelantar una escalada militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos".<sup>1</sup>

Un conocido experto en asuntos internacionales, John Ikenberry, describe esta proclamación como una "estrategia global [que] comienza con el compromiso fundamental de preservar un mundo unipolar donde Estados Unidos no tenga un rival a su altura", condición que ha de ser "permanente [de modo que] ningún Estado o coalición pueda jamás desafiar [a Estados Unidos] en su condición de líder mundial, protector y guardián de la ley". El declarado "proceder hace que las reglas internacionales de la legítima defensa —consagradas en el Artículo 51 de la Carta de la O N U— sean poco menos que vacuas". De modo más general, la doctrina desecha las leyes y organismos internacionales por su "escaso valor". Ikenberry conti-

*1 Casa Blanca. National Security Strategy of the United States of America, 17 de septiembre de 2002.*

núa: "La nueva gran estrategia imperial presenta a Estados Unidos [como] un Estado revisionista que busca explotar sus ventajas presentes para la creación de un orden mundial donde él dirija la función", incitando así a otros a buscar formas de "soslayar, socavar, contener o vengarse del poder estadounidense". La estrategia amenaza con "dejar más peligroso y dividido al mundo y menos seguro a Estados Unidos", opinión compartida ampliamente por la élite de la política exterior.

#### LA IMPOSICIÓN DE LA HEGEMONÍA

La gran estrategia imperial afirma el derecho de Estados Unidos de emprender una "guerra preventiva" a discreción. Guerra de prevención, no de anticipación. La guerra de anticipación podría encajar en el marco del derecho internacional. Por ejemplo, de haberse detectado bombarderos rusos aproximándose a Estados Unidos desde la base que la administración Reagan se inventó en Granada en 1983, con la clara intención de bombardear, entonces, bajo una interpretación razonable de la Carta de la O N U , una guerra de antelación para destruir los aviones, y tal vez hasta la base misma, sería justificable. Durante muchos años, Cuba, Nicaragua y muchos otros habrían podido ejercer igual derecho ante el ataque estadounidense, aunque es obvio que los débiles tendrían que estar locos para ejercer sus derechos. Pero, cualesquiera que sean las justificaciones para una guerra de anticipación, no son válidas para una guerra preventiva, especialmente bajo la interpretación que le dan al concepto sus actuales entusiastas: el empleo de la fuerza militar

<sup>2</sup> John Ikenberry, en *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2002.

<sup>3</sup> Sobre esta distinción crucial, véase Carl Kaysen, Steven Millar, Martin Malin, William Nordhaus y John Steinbruner, *War with Iraq*, American Academy of Arts and Sciences, 2002.

para eliminar una amenaza imaginada o inventada, de modo que hasta el vocablo 'preventiva' resulta demasiado benigno.

La guerra preventiva cae en la categoría de los crímenes de guerra. Si de verdad es una idea "a la que le llegó su coyuntura"<sup>4</sup>, el mundo está en tremendos aprietos.

Al comienzo de la invasión de Iraq, Arthur Schlesinger, el destacado historiador y consejero de Kennedy, escribió:

El presidente ha adoptado una política de "defensa propia anticipada" que se asemeja alarmantemente a la política seguida por el Japón imperial en Pearl Harbor, en una fecha que, como predijo un antiguo presidente de Estados Unidos, vive en la infamia. Franklin D. Roosevelt tenía razón, pero hoy somos los estadounidenses quienes vivimos en la infamia<sup>5</sup>.

Agregó que "la oleada mundial de solidaridad que envolvió a Estados Unidos después del 11 de septiembre ha dado paso a una oleada mundial de odio contra la arrogancia y el militarismo norteamericanos", y que hasta en los países amigos el público ve a Bush como "un mayor peligro contra la paz que Saddam Hussein". El experto en derecho internacional Richard Falk considera "ineludible" la conclusión de que la guerra de Iraq fue un "crimen contra la paz, del tipo de los que dieron pie en los juicios de Nuremberg a la acusación, juzgamiento y castigo de los líderes alemanes capturados"<sup>6</sup>.

Algunos defensores de la estrategia reconocen que esta atropella la legislación internacional, pero no ven problema alguno en eso. El aparato entero del derecho internacional es mera "palabrería", escribe el legista Michael Glennon: "El magno intento de sujetar el imperio de la fuerza al imperio de la ley" debería ser arrojado al ce-

<sup>4</sup> Steven Weisman, en *New York Times*, 23 de marzo de 2003.

<sup>5</sup> Arthur Schlesinger, en *Los Angeles Times*, 23 de marzo de 2003.

<sup>6</sup> Richard Falk, en *Frontline*, 20, núm. 8, India, 12-15 de abril de 2003.

nicero de la historia; una postura conveniente para el único Estado que está en capacidad de abrazar la nueva ausencia de reglas en favor de sus designios, puesto que gasta casi tanto como todo el resto del mundo en su conjunto en instrumentos de violencia y está abriendo nuevas y peligrosas sendas en el desarrollo de medios de destrucción, contra la casi unánime oposición del planeta. La prueba de que el sistema es pura "palabrería" es simple: Washington "dejó en claro que se propone hacer todo lo que esté en su poder para mantener su preeminencia"; luego "anunció que desconocería" al Consejo de Seguridad de la **ONU** con respecto a Iraq y declaró en forma más general que "en adelante no» acatará las normas de la Carta [de la **ONU**] sobre el empleo de la fuerza". *Quod erat demonstrandum*. En conformidad, las normas se "desplomaron" y "todo el edificio se vino abajo". Esto, concluye Glennon, es bueno, ya que Estados Unidos es el líder de los "Estados ilustrados" y por lo tanto "debe resistir [cualquier intento] encaminado a contener su empleo de la fuerza".

El líder ilustrado también está en libertad de cambiar las reglas a discreción. Cuando las fuerzas militares que ocupan a Iraq no lograron desenterrar las armas de destrucción masiva que supuestamente justificaban la invasión, la posición del gobierno pasó de la "certeza absoluta" de que Iraq poseía **ADM** en una escala que exigía una intervención militar inmediata, a la afirmación de que los cargos levantados por Estados Unidos se justificaban "por el descubrimiento de equipos que potencialmente podrían ser empleados para la producción de armas". Altos funcionarios propusieron "refinar el controvertido concepto de 'guerra preventiva'" para otorgarle a Washington el derecho a emprender acciones militares "contra el país que posea armas letales en cantidades masivas". La revisión "indica que ahora la administración actuará contra cualquier régi-

7 Michael Glennon, en *Foreign Affairs*. mayo-junio de 2003  
y mayo-junio de 1999.

men hostil que tenga apenas la intención y la capacidad de desarrollar [ADM]".

Casi cualquier país posee el potencial y la capacidad de producir **ADM**, y la intención depende de quién la mira. De ahí que la versión refinada de la gran estrategia otorgue efectivamente a Washington el derecho a la agresión arbitraria. El haber bajado el límite al uso de la fuerza es la consecuencia más significativa del derrumbe del pregonado argumento a favor de la invasión.

El objetivo de la gran estrategia imperial es prevenir cualquier desafío al "poder, posición y prestigio de Estados Unidos". Las palabras citadas no pertenecen a Dick Cheney o Donald Rumsfeld ni a ningún otro de los reaccionarios estatistas que formularon la Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre de 2002. Fueron dichas, en cambio, por el respetado y venerable estadista liberal Dean Acheson en 1963. Justificaba en ese entonces las acciones de Estados Unidos contra Cuba, con pleno conocimiento de que la campaña terrorista internacional de Washington dirigida al "cambio de régimen" había sido uno de los factores importantes que habían llevado al mundo al borde de la guerra nuclear apenas unos meses atrás, y que esa campaña se había reanudado en cuanto se resolvió la crisis de los misiles cubanos. No obstante, Acheson informó a la Asociación Estadounidense de Derecho Internacional que cuando Estados Unidos contesta a un desafío a su "poder, posición y prestigio", de ello no se desprenden "cuestiones legales".

La doctrina Acheson fue invocada posteriormente por la administración Reagan, del otro lado del espectro político, cuando rechazó la jurisdicción de la Corte Mundial sobre su ataque contra Nicaragua, desatendió la orden del tribunal de poner fin a sus actividades criminales y vetó luego dos resoluciones del Consejo de Se-

<sup>8</sup> Dana Milbank, en *Washington Post*, 1 de junio de 2003. Guy Dinmore, James Harding y Cathy Newman, en *Financial Times*, 3 y 4 de mayo de 2003.

guridad que ratificaban el fallo de la Corte y hacían un llamado a todos los países para que acataran el derecho internacional. El asesor jurídico del Departamento de Estado, Abraham Sofaer, explicó que "no se puede contar con que la mayor parte del mundo comparta nuestro criterio" y que "esta misma mayoría se opone con frecuencia a Estados Unidos en importantes temas internacionales". Por lo tanto, debemos "reservarnos el poder de decidir" qué asuntos "caen dentro de la jurisdicción interna de Estados Unidos"; en este caso, las acciones que la Corte condenó como "uso ilegítimo de la fuerza" contra Nicaragua: en términos profanos, terrorismo internacional<sup>9</sup>.

El desprecio por el derecho y los organismos internacionales fue especialmente palpable durante los años Reagan-Bush, en el primer reinado de los actuales funcionarios de Washington; y los sucesos siguieron poniendo en claro que Estados Unidos se reservaba el derecho de actuar "unilateralmente cuando sea necesario", incluyendo el "uso unilateral del poderío militar" para defender intereses vitales como "asegurar el acceso sin trabas a mercados clave, fuentes de energía y recursos estratégicos"<sup>10</sup>. Pero esta posición no fue novedad alguna.

Los principios básicos de la gran estrategia imperial de septiembre de 2002 se remontan a los primeros días de la Segunda Guerra Mundial. Desde antes incluso de que Estados Unidos entrara en la contienda, expertos y estrategias de alto nivel habían llegado a la conclusión de que Estados Unidos debía procurar "ostentar un po-

<sup>9</sup> Dean Acheson, en *Proceedings of the American Society of International Law*, núm. 13/14, 1963. Abraham Sofaer, Departamento de Estado de Estados Unidos, en *Current Policy*, núm. 769, diciembre de 1985. Acheson se refería específicamente a la guerra económica de Estados Unidos, pero con seguridad estaba al tanto del terrorismo internacional.

<sup>10</sup> William J. Clinton, "Discurso ante la ONU", 27 de septiembre de 1993; William Cohen, en *Annual Report*, 1999.

der indisputable" en el mundo de posguerra, obrando con el fin de asegurar la "limitación de cualquier ejercicio de soberanía" por parte de países que pudieran interferir en sus designios mundiales. Reconocían además que "el principal requerimiento" para alcanzar esos objetivos era el "rápido cumplimiento de un programa de rearme completo", lo que era y sigue siendo componente central de una "política integrada para la consecución de la supremacía militar y económica de Estados Unidos". En esa época estas ambiciones se limitaban al mundo "no alemán", que habría de organizarse bajo la égida estadounidense a modo de un "Área Magna" (*Grand Area*) que abarcaría el Hemisferio Occidental, el antiguo Imperio Británico y el Lejano Oriente. Cuando quedó claro que Alemania iba a ser derrotada, los planes se extendieron para incluir tanto como fuera posible de Eurasia".

Los antecedentes, de los que aquí se da una muestra somera, revelan el estrecho marco de la planificación oficial. Las políticas emanan de un sistema institucional interno que permanece bastante estable. El poder decisorio en el campo económico está muy centralizado, de modo que John Dewey difícilmente exageraba al describir la política como "la sombra que los grandes negocios arrojan sobre la sociedad". Es apenas natural que las políticas estatales busquen construir un sistema mundial abierto a la penetración económica y el control político por parte de los Estados Unidos sin tolerar rivales ni amenazas<sup>11</sup>. Un corolario crucial es el de la vigilancia para bloquear cualquier intento por un desarrollo independiente que pueda convertirse en un "virus que infecte a otros", según la terminología

<sup>11</sup> Memorando del Proyecto de Estudios de la Guerra y la Paz;

Laurence Shoup y William Minter, *Imperial Brain Trust*.

Monthly Review. 1977. pág. 130 y sigs.

<sup>12</sup> Véase a Bacevich en *American Empire* para las afirmaciones inusualmente fuertes a este respecto.

de los estrategas. Este es uno de los temas capitales de la historia de posguerra, embozado a menudo bajo los débiles pretextos de la Guerra Fría, pretextos que la superpotencia enemiga esgrimía también en sus algo más reducidos dominios.

Las misiones básicas de la administración mundial han perdurado desde principios del período de posguerra, entre ellas: contener a otros centros de poder mundial dentro del "marco de ordenamiento general" tutelado por Estados Unidos; consolidar el control de las fuentes de energía del planeta; impedir todo tipo de nacionalismo independiente inaceptable y resolver las "crisis de la democracia" dentro del territorio enemigo nacional. Estas misiones adoptan distintas formas, notablemente en épocas de transición relativamente brusca: los cambios en el orden económico internacional a partir de 1970 más o menos; la restitución veinte años después de la superpotencia enemiga a algo así como su antiguo estatus semicolonial: la amenaza de terrorismo internacional dirigida contra el propio Estados Unidos desde comienzos de la década de 1990, consumada de manera espantosa el 11 de septiembre. A través de los años se han refinado y modificado las tácticas para lidiar con estos virajes, acopiando progresivamente más y más medios de ejercer violencia y llevando a nuestra especie amenazada cada vez más al borde de la catástrofe.

Así y todo, la proclamación en septiembre de 2002 de la gran estrategia imperial hizo sonar justificados campanazos de alarma. Acheson y Sofaer *describían* pautas para seguir, y eso en círculos de élite. Sus posiciones son conocidas únicamente por especialistas o lectores de literatura disidente. De otros casos se podría decir que eran repeticiones que personajes curtidos en asuntos mundiales hacían de la vieja máxima de Tucídides, según la cual "los países grandes hacen lo que quieren hacer y los pequeños aceptan lo que tienen que aceptar". En contraste, Cheney, Rumsfeld, Powell y compañía están declarando oficialmente una política aún más extremis-

ta, que apunta a una perenne hegemonía mundial mediante el recurso de la fuerza dondequiera que sea necesario. Buscan hacerse oír y tomaron medidas en el acto, para notificar al mundo que iban en serio. La diferencia es significativa.

#### NUEVAS NORMAS DE DERECHO INTERNACIONAL

La declaración de la estrategia global fue correctamente interpretada como un paso siniestro en el concierto mundial. No basta, sin embargo, con que una gran potencia declare una política oficial. Debe pasar a establecer esa política como una nueva norma del derecho internacional mediante la realización de acciones ejemplarizantes. Distinguidos expertos e intelectuales públicos pueden entonces explicar seriamente que como la ley es un instrumento vivo y flexible, la nueva norma sirve ahora como guía para la acción. Así, con el anuncio de la nueva estrategia empezaron a redoblar los tambores de guerra, a fin de despertar el entusiasmo público a favor de un ataque contra Iraq. Simultáneamente se inauguraba la campaña para las elecciones de mitad de período. Hay que tener en mente esta conjunción, ya mencionada atrás.

El objetivo de la guerra preventiva debe tener varias características:

1. Debe estar virtualmente indefenso.
2. Debe ser lo suficientemente importante como para justificar el esfuerzo.
3. Hay que encontrar la forma de presentarlo como el mal supremo y un peligro inminente contra la humanidad.

Iraq era idóneo en todos los respectos. Las dos primeras condiciones son obvias en el caso de Iraq. La tercera es fácil de establecer. Sólo se necesita repetir los fogosos discursos de Bush, Blair y

sus colegas: el dictador "está haciendo acopio de las armas más peligrosas del mundo [con el fin de] dominar, intimidar o atacar"; y "ya las ha utilizado contra aldeas enteras, dejando miles de sus propios ciudadanos muertos, ciegos o desfigurados (...) Si esto no es maldad, entonces la maldad no tiene sentido".

La elocuente denuncia del presidente en su discurso del Estado de la Unión de enero de 2003 ciertamente tiene un timbre verídico. Y, desde luego, quienes contribuyen al incremento del mal no deberían gozar de impunidad; entre ellos el orador de tan encumbradas palabras y sus actuales compinches, quienes por mucho tiempo apoyaron al hombre del mal supremo con pleno conocimiento de sus crímenes. Impresiona ver lo fácil que es, en el recuento de las peores ofensas del monstruo, suprimir las palabras cruciales "con nuestra ayuda, que seguíamos prestando porque nos traía sin cuidado". Las loas y el apoyo dieron paso a la denuncia tan pronto el monstruo cometió el primer crimen auténtico: desobedecer (o acaso malinterpretar) órdenes, cuando invadió a Kuwait en 1990. El castigo fue severo... para sus súbditos. El tirano, sin embargo, escapó incólume y quedó aún más fortalecido por las sanciones que para la ocasión le impusieron sus antiguos amigos.

Al acercarse el momento de demostrar la nueva norma de la guerra preventiva, en septiembre de 2002, la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, advirtió que el próximo indicio de las intenciones de Saddam Hussein bien podría ser una nube en forma de hongo, presumiblemente sobre Nueva York. Los vecinos de Hussein, entre ellos la inteligencia israelí, descartaron estas imputaciones sin respaldo, puestas en entredicho más adelante por los inspectores de la **ONU**. Sin embargo, Washington siguió sosteniendo lo contrario. Desde el primer momento de la ofensiva propagan-

13 George W Bush. Discurso del estado de la Unión, reproducido en *New York Times*, 29 de enero de 2003.

dística fue evidente que tales pronunciamientos carecían de credibilidad. "Esta administración es capaz de cualquier mentira (...) con tal de promover sus objetivos de guerra en Iraq', dice una fuente del gobierno de Washington con más de dos décadas de experiencia en temas de inteligencia". Él cree que Washington se opuso a las inspecciones porque temía que no encontrarán mayor cosa. Las afirmaciones del presidente sobre las amenazas iraquíes "deberían verse como nítidos intentos por asustar a los estadounidenses para que apoyaran la guerra", agregan dos eminentes estudiosos de las relaciones internacionales. Y este procedimiento se sigue de ordinario. Washington todavía se rehusa a suministrar pruebas que sustenten sus denuncias de 1990 de una enorme concentración militar iraquí en la frontera Saudita (la principal justificación que esgrimió para la guerra de 1991), denuncias impugnadas al instante por el único periódico que las investigó, inútilmente<sup>14</sup>.

Con pruebas o sin ellas, el presidente y sus compinches emitieron negras advertencias sobre la terrible amenaza que Saddam suponía para sus vecinos y para Estados Unidos y sobre sus vínculos con el terrorismo internacional, insinuando claramente que estaba involucrado en los ataques de 9-11. El asalto propagandístico del Gobierno y los medios surtió efecto. A las pocas semanas, un 70 por ciento de los estadounidenses consideraba que Saddam Hussein era

<sup>14</sup> Condoleezza Rice, entrevista con Wolf Blitzer, CNN, 8 de septiembre de 2002. Scott Peterson, en *Christian Science Monitor*, 6 de septiembre de 2002. John Mearsheimer y Stephen Walt, en *Foreign Policy*, enero-febrero de 2003. Las denuncias de 1990, basadas en supuestas imágenes satelitales, fueron investigadas por el *St. Petersburg Times*. Los expertos que analizaron fotografías tomadas por satélites comerciales no encontraron nada. No se admitieron preguntas ni se admiten aún. Véase a Peterson, en *Christian Science Monitor*, para un análisis de cómo "algunos hechos no se basan tanto en los hechos". Para información independiente, véase a Peter Zimmerman en el *Washington Post*, 14 de agosto de 2003.

"una amenaza inminente contra Estados Unidos" que debía ser eliminada rápidamente, en defensa propia. Para marzo, casi la mitad creía que Hussein estaba involucrado personalmente en los ataques 9-11 y que había iraquíes entre los secuestradores. El apoyo a la guerra guardaba una estrecha correlación con estas creencias<sup>15</sup>.

En el exterior "la diplomacia pública (...) fracasó estrepitosamente", informaba la prensa internacional, pero "en el país se ha lucido, al vincular la guerra de Iraq con el trauma de septiembre 11 (...) Casi el 90 por ciento cree que el régimen [de Saddam] patrocina y encubre terroristas que planean futuros atentados contra Estados Unidos". El analista político Anatol Lieven comentaba que la mayoría de los norteamericanos había sido "engañada (...) mediante un programa de propaganda que en cuanto a mendacidad sistemática tiene pocos paralelos en las democracias de tiempos de paz"<sup>16</sup>. La campaña de propaganda de septiembre de 2002 también bastó para darle a la administración una exigua mayoría en las elecciones de mitad de período, pues los votantes dejaron de lado sus intereses inmediatos y se resguardaron bajo las alas del poder por miedo al enemigo demoníaco.

La magia de la diplomacia pública hechizó inmediatamente al Congreso. En octubre, este confirió al presidente autoridad para declarar la guerra "en defensa de la seguridad nacional de Estados Unidos ante la continua amenaza que representa Iraq". El guión nos suena conocido. En 1985, el presidente Reagan declaró la emergencia nacional, renovada cada año, debido a que "las políticas y acciones del gobierno de Nicaragua representan una amenaza inusual

<sup>15</sup> Encuesta de *Christian Science Monitor-Tipp*, en *Christian Science Monitor*.

14 de enero de 2003. Linda Feldman, en *Christian Science Monitor*.

14 de marzo de 2003. Jim Rutenberg y Robin Toner, en *New York Times*.

22 de marzo de 2003.

<sup>16</sup> Edward Alden, en *Financial Times*, 21 de marzo de 2003; Anatol Lieven, en

*London Review of Books*, 8 de mayo de 2003.

y extraordinaria a la seguridad nacional y la política exterior de Estados Unidos". En 2002 los estadounidenses volvían a temblar de miedo, esta vez frente a Iraq.

El lucimiento de la diplomacia pública en el interior volvió a brillar cuando el presidente "dio un poderoso remate reaganesco" a una guerra de seis semanas" en la cubierta del portaviones Abraham Lincoln el 1 de mayo de 2003. Pudo allí declarar (sin temor a comentarios escépticos en su país) que había conseguido una "victoria en la guerra contra el terror" al haber "eliminado a un aliado de Al Qaeda"<sup>17</sup>. No importa que el supuesto vínculo entre Saddam Hussein y Osama ben Laden, que de hecho es su enemigo acérrimo, no se basara en pruebas creíbles y en general fuera rebatido por los observadores más calificados. Tampoco importa la única conexión conocida entre la invasión de Iraq y la amenaza del terror: que la invasión agudizó la amenaza, como tanto se había predicho. Tal parece que fue un "enorme retroceso en la 'guerra contra el terror', al incrementar bruscamente el reclutamiento de Al Qaeda"<sup>18</sup>.

El impacto propagandístico repercutió más allá del final de la guerra. No obstante el fracaso de intensos rastreos en busca de **A D M**, un tercio de la población creía que las fuerzas de Estados Unidos habían encontrado **A D M**, y más del veinte por ciento creía que Iraq las había usado durante la guerra<sup>19</sup>. Bien pueden ser simples reacciones de gentes víctimas del miedo a prácticamente todo, después de tantos años de propaganda intensiva diseñada para domar a la "gran bestia" haciendo cundir el pánico.

La frase "poderoso remate reaganesco" es presumiblemente una referencia a la orgullosa declaración de Reagan de que Estados

<sup>17</sup> Elisabeth Bumiller. en *New York Times*, 2 de mayo de 2003; reproducción los comentarios de George W. Bush. en *New York Times*, 2 de mayo de 2003.

<sup>18</sup> Jason Burke. en *Sunday Observer*, 18 de mayo de 2003. véase pág. 211.

<sup>19</sup> Programa de Actitudes sobre las Políticas Internacionales (**PIPA**), informe a la prensa, 4 de junio de 2003.

Unidos se "erguía enhiesto" tras haber derrotado la terrible amenaza de Granada. Algunos comentaristas sagaces añadieron que el aparatoso espectáculo de Bush que se escenificó cuidadosamente a bordo del USS Abraham Lincoln señalaba "el comienzo de su campaña por la reelección en 2004", respecto de la cual la Casa Blanca espera que "se construya hasta donde sea posible en torno de los temas de la seguridad nacional, siendo un elemento central de la campaña la remoción del líder iraquí Saddam Hussein". Para reforzar el mensaje, se aplazó el lanzamiento oficial de la campaña hasta mediados de septiembre de 2004, de modo que la Convención Republicana, que se reunirá en Nueva York, pueda exaltar al único líder de tiempos de guerra que está en condiciones de salvar a los norteamericanos de una repetición del 11 de septiembre, tal como hizo en Iraq. La campaña electoral se centrará en "la *batalla* de Iraq, en vez de la guerra", como explicó el importante estratega político republicano Karl Rove. Eso hace parte de una "guerra mucho más grande y larga contra el terrorismo, la cual, como lo ve [Rove] en forma clara y quién sabe si fortuita, se prolongará hasta el día de elecciones en 2004"<sup>20</sup>. Y todavía más allá, seguramente.

Así pues, hacia septiembre de 2002 los tres factores requeridos para establecer la nueva norma del derecho internacional estaban dados: Iraq se encontraba indefenso, era muy importante y constituía una amenaza inminente a nuestra propia existencia. Las cosas siempre podían salir mal. Pero eso era improbable, al menos para los invasores. La formidable disparidad de fuerzas aseguraba la victoria aplastante; y si había consecuencias humanitarias, se le podían endilgar a Saddam. De ser incómodas, no se investigarían y toda huella desaparecería de vista, si es que el pasado puede servir de guía. Los vencedores no investigan sus propios crímenes, así que

<sup>20</sup> Jeanne Cummings y Greg Hite, en *Wall Street Journal*, 2 de mayo de 2003. Francis Clines, en *New York Times*, 10 de mayo de 2003. El énfasis es de Rove.

poco se sabe de estos. Este principio admite pocas excepciones: el total de bajas mortales de las guerras de Estados Unidos en Indochina, por ejemplo, es impreciso en términos de millones. El mismo principio rigió en los procesos por crímenes de guerra al final de la Segunda Guerra Mundial. La definición operativa de *crímenes de guerra* y *crímenes contra la humanidad* fue clara: un crimen se calificaba como tal si había sido cometido por el enemigo y no por los Aliados. La destrucción de concentraciones civiles urbanas, por ejemplo, se excluía. El principio se ha aplicado en juicios posteriores, pero únicamente a enemigos derrotados u otros que sin peligro se puedan menospreciar.

Cantada la victoria de la invasión a Iraq, se admitió públicamente que uno de los motivos de la guerra había sido el de promulgar la gran estrategia imperial como nueva norma: "La promulgación [de la Estrategia de Seguridad Nacional] fue la señal de que Iraq sería la primera prueba, no la última", informó *The New York Times*. "Iraq fue el tubo de ensayo donde se llevó a cabo este experimento de política preventiva". Un alto funcionario agregaba que "no vacilaremos en actuar solos, dado el caso, para ejercer nuestro derecho a la defensa propia mediante la acción preventiva", ahora que la norma quedaba establecida. "El resto del mundo conoce bien la índole ejemplar de toda la operación [en Iraq]", observó el historiador del Medio Oriente Roger Owen, de Harvard. Pueblos y gobiernos tendrán que cambiar su manera de ver el mundo, "de una perspectiva basada en las Naciones Unidas y el derecho internacional a otra basada en la identificación" con la agenda de Washington. La exhibición de fuerza les enseña que deben dejar de lado "toda consideración seria del interés nacional" a favor de "los objetivos estadounidenses"<sup>21</sup>.

La necesidad de una exhibición de fuerza para "mantener la cre-

<sup>21</sup> David Sanger y Steven Weisman, en *New York Times*, 10 de abril de 2003.

Roger Owen, en *Al-Ahram Weekly*, 3 de abril de 2003.

dibilidad" ante los ojos del mundo puede haber inclinado la balanza a favor de la guerra contra Iraq. En un análisis de su planificación, el diario *The Financial Times* dató la decisión de ir a la guerra para mediados de diciembre de 2002, tras la entrega de la declaración de Iraq sobre armamentos a la **ONU**. "Había la sensación de que se burlaban de la Casa Blanca", dice alguien que trabajó de cerca con el Consejo Nacional de Seguridad durante los días posteriores a la entrega de la declaración el 8 de diciembre. "Un dictador de pacotilla se burlaba del presidente. Eso provocó un sentimiento de rabia en la Casa Blanca. Después de eso no hubo ninguna perspectiva de una solución diplomática"<sup>22</sup>. Lo que siguió fue sólo teatro diplomático para disimular mientras se emplazaban las fuerzas militares.

Con la gran estrategia no sólo proclamada oficialmente sino también implementada, la nueva norma de la guerra preventiva entra a ocupar su lugar en el código. Los Estados Unidos pueden ahora contemplar casos más duros. Hay muchas posibilidades tentadoras: Irán, Siria, la zona andina y varias otras. Las perspectivas dependen en gran parte de que se pueda intimidar y reprimir a la "segunda superpotencia".

Las modalidades para establecer normas merecen una reflexión más honda. Por encima de todo, los dueños de los cañones y la fe son los únicos con autoridad para imponer al mundo sus exigencias. Un ejemplo elocuente de las prerrogativas del poder es la muy aclamada "revolución normativa" con que cerró el milenio. Tras algunas salidas en falso, los años noventa se convirtieron en "la década de la intervención humanitaria". El nuevo derecho a intervenir por razones "humanitarias" quedó sentado con el valor y el altruismo de Estados Unidos y sus aliados, especialmente en Kosovo y Timor Oriental, las dos joyas de la diadema. Distinguidas autoridades interpretan que el bombardeo de Kosovo, en especial, estableció la

<sup>22</sup> En "Comment and Analysis". *Financial Times*. 27 de mayo de 2003.

norma del empleo de la fuerza sin autorización del Consejo de Seguridad.

Surge un sencillo interrogante: ¿por qué se consideran los años noventa "la década de la intervención humanitaria", pero no los setenta? Desde la Segunda Guerra Mundial se han presentado dos casos mayores de empleo de la fuerza que realmente pusieron fin a crímenes terribles, ambos en forma de defensa propia: la invasión de Pakistán Oriental por la India en 1971, que puso fin a un exterminio de masas y otros horrores, y la invasión de Camboya por Vietnam en diciembre de 1978, que terminó las atrocidades de Pol Pot, recrudescidas a lo largo de 1978. Nada remotamente comparable ocurrió bajo la égida de Occidente en la década de 1990. Por lo tanto, a quien no entienda las convenciones se le puede perdonar que pregunte por qué "la nueva norma" no fue reconocida como tal en los años setenta.

La mera idea es impensable y el porqué es claro. Los verdaderos ejemplos de intervenciones que pusieron fin a enormes atrocidades fueron llevados a cabo por la gente equivocada. Peor aún, en ambos casos Estados Unidos se opuso férreamente a la intervención y castigo de inmediato al ofensor, especialmente a Vietnam, sometiéndolo a una invasión china apoyada por Estados Unidos y luego a sanciones aún más drásticas que las originales; en tanto que este país y Gran Bretaña ofrecieron apoyo directo a los expulsados khmer rojos. De ahí se sigue que la de 1970 no puede haber sido la década de la intervención humanitaria y que en ese entonces no se podían establecer nuevas normas.

En 1949 la Corte Internacional de Justicia formuló por voto unánime la verdad de fondo, en uno de sus primeros fallos:

**La Corte sólo puede considerar al pretendido derecho de intervención como la manifestación de una política de fuerza, similar a las que en el pasado han dado origen a los más graves abusos, y que no pueden, pese a los defectos del orden internacional, en-**

contrar cabida en la legislación internacional (...) dada la naturaleza de las cosas, [la intervención] sería de uso exclusivo de los Estados más poderosos y fácilmente podría llevar a pervertir la propia administración de justicia<sup>23</sup>.

Mientras las potencias y los intelectuales de Occidente se admiraban de haber establecido la nueva norma de intervención humanitaria a finales de la década de 1990, el resto del mundo también tenía sus ideas al respecto. Es muy ilustrativo ver cómo reaccionaron ante, digamos, la repetición que Tony Blair hizo de los argumentos oficiales para el bombardeo de Serbia en 1999: no hacerlo "habría asestado un golpe devastador a la credibilidad de la OTAN" y "el mundo habría sido un lugar menos seguro como resultado de ello". Los blancos del solícito interés de la OTAN no parecieron quedar demasiado impresionados con la necesidad de resguardar la credibilidad de quienes los habían oprimido por siglos. Nelson Mandela, por ejemplo, condenó a Blair por "promover el caos internacional, en compañía de Estados Unidos, al ignorar a otras naciones y jugar a los policías del mundo" con sus ataques a Iraq en 1998 y a Serbia el año siguiente. En la mayor democracia del mundo -que tras la independencia empezó a recobrar de los funestos efectos de siglos de dominación británica-, los esfuerzos de Clinton y Blair por apuntalar la credibilidad de la OTAN y hacer seguro el mundo tampoco fueron apreciados, pero a estas condenas oficiales y de prensa que se hacían en la India no se les prestó oído. Hasta en Israel, el Estado satélite por excelencia, las pretensiones de Clinton, Blair y una hueste de admiradores nacionales fueron ridiculizadas por los principales analistas militares y políticos como un regreso a la anticuada "diplomacia de cañonero" bajo la conocida "capa de rectitud moralista" y como un "peligro para el mundo"<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Caso del Canal de Corfú. 1949.

<sup>24</sup> Véase mi *New Military Humanism, Common Courage*. 1999.

Otra fuente de información podría haber sido el movimiento de los No Alineados, que representaba a los gobiernos de un ochenta por ciento de la población del mundo hacia la fecha de su Cumbre del Sur, en abril del año 2000. La reunión fue la más importante de su historia; por primera vez se hizo a nivel de jefes de Estado, quienes, fuera de producir un detallado y complejo análisis crítico de los programas socioeconómicos neoliberales que los ideólogos occidentales denominan "globalización", también rechazaron firmemente "el llamado 'derecho' a la intervención humanitaria". Esta posición fue reiterada en la cumbre de países No Alineados de Malasia, en febrero de 2003, en iguales términos<sup>25</sup>. Tal vez estos países habían aprendido demasiada historia, por las malas, para dejarse tranquilizar con retóricas exaltadas, y estaban hartos de oír hablar de "intervención humanitaria" a través de los siglos.

Es una exageración decir que sólo a los más poderosos se les confiere la autoridad de establecer normas de comportamiento apropiado... para ellos mismos. La autoridad a veces se delega a satélites de confianza. Así, se permite que los actos criminales de Israel establezcan normas: por ejemplo, su práctica regular de "asesinatos selectivos" de sospechosos, tildados de "atrocidades terroristas" cuando las manos equivocadas los ejecutan. En mayo de 2003, dos eminentes abogados civiles israelíes suministraron "una lista detallada de todas las liquidaciones e intentos de asesinato que las fuerzas de seguridad de Israel habían llevado a cabo" durante la Intifada de Al Aqsa, entre noviembre de 2000 y abril de 2003. Consultando registros oficiales y semioficiales, descubrieron que "Israel llevó a cabo no menos de 175 intentos de liquidación" (uno cada cinco días), matando a 235 personas, de las cuales 156 eran sospechosas de deli-

<sup>25</sup> Véase mi *A New Generation Draws the Line*. Verso, 2000, pág. 4 y sigs.

"Declaración del Movimiento de los No Alineados", Kuala Lumpur.

25 de febrero de 2003.

tos. "Mucho nos duele decir lo siguiente" -escribieron los abogados-, "pero la consistente y difundida política de las liquidaciones selectivas raya en un crimen de lesa humanidad"<sup>26</sup>. Su conclusión no es del todo exacta. La liquidación es un crimen en las manos equivocadas, pero se justifica, si bien lamentablemente, como un acto de legítima defensa cuando un satélite la lleva a cabo; e incluso establece normas para el "patrón llamado 'socio'"<sup>27</sup>, que da su beneplácito. El propio "patrón" aprovechó el precedente de Israel para el muy celebrado asesinato con misil de un sospechoso en Yemen, junto con otras cinco personas que por azar estaban cerca. El golpe "se planeó convenientemente [como una] sorpresa de octubre (...) para mostrar al gobernante en funciones en su hora de gloria, en vísperas de las elecciones de mitad de período" y ofrecer "una prueba de lo que está por venir"<sup>28</sup>.

Un ejemplo más ilustrativo del establecimiento de normas es el bombardeo, el 1 de junio de 1981, del reactor de Osirak, en Iraq, por parte de Israel. Al principio se criticó el ataque como una violación del derecho internacional. Más adelante, cuando Saddam Hussein se transformó de amigo preferido en reprobado abominable en agosto de 1990, la reacción frente a lo del reactor de Osirak también cambió. Lo que era un delito (menor) fue tenido ahora por norma cumplida, muy celebrada por haber frustrado el programa de armas nucleares de Saddam Hussein.

No obstante, la norma requería eludir ciertos hechos importantes. Poco después del bombardeo de 1981, el sitio de Osirak fue visitado por un eminente físico nuclear, Richard Wilson, en ese entonces jefe del Departamento de Física de la Universidad de Harvard. El científico concluyó que las instalaciones bombardeadas

<sup>26</sup> Aryeh Dayan, en *Ha'aretz*, 21 de mayo de 2003.

<sup>27</sup> Amir Oren, en *Ha'aretz*. 29 de noviembre de 2002.

<sup>28</sup> Suzanne Nossel, en *Fletcher Forum*, invierno-primavera de 2003.

no eran aptas para la producción de plutonio, como denunció Israel, a diferencia del reactor de Dimona del propio Israel, del cual se informaba que había fabricado cientos de armas nucleares. Sus conclusiones fueron corroboradas por el físico nuclear iraquí Imad Khadduri, quien estaba a cargo del trabajo experimental en el reactor antes del bombardeo y que posteriormente abandonó el país. El científico también reveló que el reactor de Osirak no servía para la producción de plutonio, aunque tras el bombardeo israelí de 1981 Iraq tomó la "firme decisión de avanzar a toda marcha en la conversión de material para la fabricación de armas". Khadduri calculó que a Iraq le habría tomado décadas obtener la cantidad requerida de material apropiado para esto, de no haberse acelerado bruscamente el programa a causa del bombardeo. "La acción de Israel redobló la determinación de los árabes de fabricar armas nucleares", concluye Kenneth Waltz. "El ataque de Israel, lejos de impedir la carrera nuclear iraquí, hizo que Iraq ganara el apoyo de otros países árabes para emprenderla".

Independientemente de los hechos, gracias a la invasión de Kuwait por parte de Iraq una década después, la norma que Israel estableció en 1981 está ahora bien afianzada. Y si de veras el bombardeo de 1981 aceleró la proliferación de **A D M**, eso no demerita la hazaña para nada, ni trae una lección sobre las consecuencias de recurrir a la fuerza violando las anticuadas concepciones del derecho internacional; concepciones que se deben desechar ahora que el patrón, en su desprecio, ha mostrado que son mera "palabrería". En el futuro, Estados Unidos, su satélite Israel y acaso algunos otros preferidos del alma podrán apelar a la norma según tengan a bien.

<sup>29</sup> Richard Wilson, en *Nature* 302, núm. 31, marzo de 1983. Michael Hansen, en *Middle East International*, 10 de enero de 2003. Imad Khadduri. *Uncritical Mass*, memorias (manuscrito). 2003. Scott Sagan y Kenneth Waltz. *The Spread of Nuclear Weapons*, Norton, 1995, págs 18-19.

EL IMPERIO DE LA LEY

La gran estrategia se extiende a la legislación nacional de Estados Unidos. Como en muchos otros países, el gobierno sacó provecho de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre para meter en cintura a su propia población. A raíz de s-11, a menudo con dudosa relación con el terror, la administración Bush proclamó, y ejerció, el derecho de declarar a las personas (incluidos los ciudadanos estadounidenses) como "combatientes enemigos" o "terroristas sospechosos" y encarcelarlas sin dictarles cargos ni permitir el acceso de abogados o familiares hasta tanto la Casa Blanca determine que la "guerra contra el terror" ha culminado con éxito; o sea, indefinidamente. El Departamento de Justicia de Ashcroft considera "fundamental [que] si se detiene a alguien como enemigo combatiente, obviamente se le niegue el acceso a los familiares y a la asesoría legal". Estos alegatos de autoridad por parte del Ejecutivo han sido corroborados parcialmente por los tribunales, que han fallado que "un presidente en tiempos de guerra puede arrestar indefinidamente a un ciudadano estadounidense capturado como enemigo combatiente en el campo de batalla y negarle a esa persona el acceso a un abogado"<sup>30</sup>.

El tratamiento que Washington da a los "enemigos combatientes" en su campamento de prisioneros de Guantánamo, en una zona todavía ocupada de Cuba, motivó sonoras protestas de las organizaciones de derechos humanos y de otros, incluido del propio inspector general del Departamento de Justicia, en un severísimo informe del que hizo caso omiso el Departamento. Tras la conquista de Iraq, pronto surgieron pruebas de que los prisioneros iraquíes estaban siendo sometidos a un tratamiento similar: amordazados, atados, encapuchados, golpeados "a la manera de los afganos y otros

<sup>30</sup> Neely Tucker, en *Washington Post*, 3 de diciembre de 2002;

Neil Lewis, en *New York Times*, 9 de enero de 2003.

prisioneros detenidos en la bahía de Guantánamo en Cuba, tratamiento que de por sí es cuestionable a la luz del derecho internacional", por decir lo menos. La Cruz Roja sentó una firme protesta por la negativa del alto mando estadounidense a permitirle acceso, tanto a los prisioneros de guerra, en violación de la Convención de Ginebra, como a los civiles capturados<sup>31</sup>. Más aún, estas denominaciones son caprichosas. Combatiente enemigo puede ser quienquiera que Estados Unidos decida atacar, sin pruebas fidedignas, como lo reconoce Washington<sup>32</sup>.

El pensamiento del Departamento de Justicia queda ilustrado por un proyecto confidencial filtrado al Centro para la Integridad Pública, titulado "Proyecto de ley de 2003 para el fortalecimiento de la seguridad interna". Este nuevo "asalto a nuestras libertades ciudadanas" expande enormemente el poder estatal, según escribe Jack Balkin, profesor de derecho de Yale. Socava los derechos constitucionales al conferir al Estado la autoridad de rescindir la ciudadanía tras el cargo de proveer "apoyo material" a una organización que esté en la lista negra del fiscal general, así el acusado ignore que la organización ha entrado en dicha lista. "Done unos cuantos dólares a una institución islámica de beneficencia que Ashcroft considere que es una organización terrorista -escribe Balkin- y usted se podrá encontrar a bordo del primer vuelo al exterior". El proyecto declara que "la intención de renunciar a la nacionalidad no tiene que manifestarse de palabra, sino que se puede deducir de la conducta"; lo puede deducir el fiscal general, cuyo juicio debemos acatar como asunto de fe. Se han hecho paralelos con los días más negros del maccartismo, pero las nuevas propuestas son más extremistas. El proyecto también extiende los poderes de vigilancia sin autorización judicial, legitima los arrestos secretos y brinda una mayor protec-

<sup>31</sup> Ed Vulliamy, en *Sunday Observer*, 25 de mayo de 2003.

<sup>32</sup> Ver pág. 200

ción al Estado contra el escrutinio ciudadano, asunto este de gran significación para los estatistas reaccionarios del régimen de Bush II. "No hay un derecho civil, ni siquiera el precioso derecho de la ciudadanía, que la presente administración no esté dispuesta a ultrajar para asegurarse un mayor control sobre la vida de la nación estadounidense", concluye Balkin<sup>33</sup>.

Se dice que el presidente Bush tiene en el escritorio un busto de Winston Churchill, obsequio de su amigo Tony Blair. Churchill tuvo unas cuantas cosas que decir sobre estos temas:

El poder del Ejecutivo para enviar a un hombre a la cárcel sin formularle ningún cargo contemplado por la ley, y especialmente negarle el veredicto de sus pares, es detestable en el más alto grado y se constituye en el fundamento de todo gobierno totalitario, sea nazi o comunista<sup>34</sup>.

Los poderes que el gobierno de Bush reclama van más allá incluso de estas odiosas prácticas. La advertencia de Churchill contra este abuso del poder del Ejecutivo con fines preventivos y de inteligencia fue pronunciada en 1943, cuando Gran Bretaña enfrentaba una posible destrucción a manos de la más brutal maquinaria de homicidio de masas de la historia humana. Quizás alguien en el Departamento de Justicia debería meditar acerca de las ideas del hombre cuya imagen mira a su líder todos los días.

#### LEGISLACIÓN Y ORGANISMOS INTERNACIONALES

La gran estrategia imperial prescinde de hecho del "imperio internacional de la ley como objetivo preeminente de sus políticas",

33 Jack Balkin. en *Los Angeles Times*, 13 de febrero de 2003, y en *Newsday*, 17 de febrero de 2003. Nat Hentoff, en *Progressive*, abril de 2003.

34 Winston Churchill. citado por A. W Brian Simpson en *Human Rights and the End of Empire*, Oxford. 2001, pág. 55.

señala una reseña crítica de la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias, apuntando que ni el derecho internacional ni la Carta de Naciones Unidas se mencionan siquiera en la Estrategia de Seguridad Nacional. "La primacía de la ley sobre la fuerza, [que] ha sido uno de los principales hilos conductores de la política exterior estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial", desaparece en la nueva estrategia. También "poco menos que desaparecidos" están los organismos internacionales "que extienden el alcance de la ley y buscan contener al poderoso y darle una voz al débil". De ahora en adelante, la fuerza impera; y Estados Unidos ejercerá esa fuerza según su parecer. Los analistas concluyen que la estrategia incrementará "la motivación de los enemigos de Estados Unidos para obrar [llevados por su creciente] resentimiento por lo que perciben como una intimidación". Buscarán "formas baratas y fáciles de explotar los puntos vulnerables de Estados Unidos", los cuales abundan. El nulo interés que los estrategas de Bush prestan a esto también se evidencia en el hecho de que la Estrategia de Seguridad Nacional contiene apenas una frase sobre el refuerzo del control de armamentos, por el cual el Gobierno sólo muestra desdén<sup>35</sup>. En un artículo para la revista de la Academia, dos expertos en asuntos internacionales describen los planes de "enfrentamiento ampliado en lugar de negociación política" como "inherentemente provocadores". Advierten que "el compromiso aparente de Estados Unidos con el enfrentamiento militar activo en pro de una decisiva ventaja nacional" acarrea enormes riesgos<sup>36</sup>. Muchos coinciden con tal opinión, aun por consideraciones de interés propio.

Hay que matizar rigurosamente la opinión de la Academia acerca de la primacía de la ley sobre la fuerza en las políticas de Estados Unidos. Desde la Segunda Guerra Mundial, el gobierno estadouni-

35 Kaysen y otros. *War with Iraq*. Michael Krepon. en *Boletín de los Científicos Atómicos*, enero-febrero de 2003.

36 John Steinbruner y Jeffrey Lewis, en *Daedalus*, otoño de 2002.

dense ha adoptado la práctica corriente de los países poderosos, optando en forma regular por la fuerza sobre la ley cuando le ha convenido al "interés nacional", término técnico que se refiere a los intereses especiales de los sectores del país que están en condiciones de trazar políticas. En el mundo angloamericano esto es verdad sabida desde los tiempos de Adam Smith. Este fustigaba amargamente a los "comerciantes y manufactureros" de Inglaterra, que eran "de lejos los principales arquitectos" de las políticas y se cercioraban de que sus propios intereses fueran "atendidos de modo muy particular", sin importar lo "oneroso" de su efecto sobre terceros, incluidas las víctimas de su "salvaje injusticia" así en el extranjero como dentro de la propia Inglaterra<sup>37</sup>. Las verdades sabidas tienen el hábito de seguir siendo ciertas.

La opinión de la élite dominante acerca de la **O N U** quedó bien expresada en 1992 por Francis Fukuyama, ex funcionario del Departamento de Estado de la era Reagan-Bush: la **O N U** es "perfectamente útil como instrumento del unilateralismo estadounidense y bien puede ser el mecanismo principal a través del cual se ejercerá ese unilateralismo en el futuro". Su predicción resultó acertada, acaso por basarse en una práctica consecuente que data de los primeros días de la **O N U**. En esa época la situación mundial garantizaba que la **O N U** fuera poco menos que un instrumento del poderío norteamericano. El organismo era muy admirado, aunque el desagrado de las élites por él aumentó notablemente en los años siguientes. El cambio de actitud siguió a grandes rasgos el curso de la descolonización, que abrió una ventanita a "la tiranía de la mayoría"; es decir, a intereses venidos de fuera de los núcleos de poder concentrado que la prensa económica llama "gobierno mundial de facto" y "amos del universo"<sup>38</sup>.

<sup>37</sup> Véase mi *Year 501, South End*, 1993, capítulo 1.

<sup>38</sup> James Morgan, en *Financial Times*, 25-26 de abril de 1992, refiriéndose al G-7, el FMI, el GATT y otras instituciones de la "nueva era imperial". Guy de

Cuando la **ONU** deja de servir de "instrumento del unilateralismo norteamericano" en puntos de interés para las élites, se la ignora. Una de muchas ilustraciones es la historia de los vetos. Desde los años sesenta Estados Unidos lleva la larga delantera en vetos a resoluciones del Consejo de Seguridad, en una amplia gama de materias, incluidos llamados a países para que acaten la legislación internacional. Gran Bretaña viene segunda, y Francia y Rusia van mucho más rezagadas. Pero incluso este historial está falseado por el hecho de que el inmenso poder de Washington con frecuencia obliga a atenuar resoluciones que objeta, o no permite que algunos asuntos cruciales se incluyan jamás en la agenda: las guerras de Washington en Indochina, para dar un ejemplo que inquietaba más que un poco al mundo.

Saddam Hussein fue condenado en justicia por no cumplir a plenitud numerosas resoluciones del Consejo de Seguridad, aunque menos se habló del hecho de que Estados Unidos repudió esas mismas resoluciones. La más importante de ellas, la Resolución 687, pedía poner fin a las sanciones cuando el Consejo de Seguridad constatará el acatamiento de Iraq y luego entrará a eliminarlas **ADM** y sus sistemas de lanzamiento en todo el Oriente Medio (Artículo 14, en referencia implícita a Israel). Como no existió nunca la posibilidad de que Estados Unidos acatara el Artículo 14, fue suprimido del debate.

El presidente Bush 1 y su secretario de Estado, James Baker, anunciaron a un tiempo que su país impugnaría también la principal condición de la 687, rechazando cualquier "relajamiento de las sanciones mientras Saddam Hussein esté en el poder". Clinton estuvo de acuerdo. Su secretario de Estado, Warren Christopher, escribió en 1994 que el acatamiento iraquí "no basta para justificar el levan-

Jonquières, en *Financial Times*, 24 de enero de 2001. Fukuyama, citado por Mark Curtis en *The Ambiguities of Power*. Zed, 1995. pág. 183.

tamiento del embargo", cambiando así las reglas en forma unilateral, como señala Dilip Hiro<sup>39</sup>. La utilización por parte de Washington de inspectores de la O N U (UNSCOM) para labores de espionaje en Iraq perjudicó también las inspecciones, terminadas por Iraq cuando en diciembre de 1998 Clinton y Blair bombardearon el país contrariando a la O N U. Los ideólogos de los distintos bandos serán los únicos que sepan a ciencia cierta el probable resultado de aquellas inspecciones. No obstante, todo el tiempo fue claro que el desarme por intermedio de inspectores internacionales no era el objetivo de la alianza Estados Unidos—Reino Unido us-uk, y que los dos países guerreros no acatarían las resoluciones atinentes de la O N U.

Algunos comentaristas han señalado que Israel ostenta el récord de desacatos de resoluciones. Turquía y Marruecos, que gozan del respaldo norteamericano, también han infringido más resoluciones del Consejo de Seguridad que Iraq. Estas resoluciones atañen a cuestiones de primerísima importancia: agresión, prácticas crueles y brutales durante décadas de ocupación militar, graves violaciones de las convenciones de Ginebra (crímenes de guerra, en términos de la ley estadounidense) y otros asuntos de más envergadura que un desarme incompleto. Las resoluciones sobre Iraq también aluden a la represión interna, y aunque en este respecto el historial de Saddam Hussein fue horripilante, era (lamentablemente) apenas un problema secundario, como deja ver el apoyo que le dieron a Saddam algunos de los actuales funcionarios de Washington hasta mucho después de cometidos sus peores crímenes y de la guerra con Irán. Las resoluciones sobre Israel no caen bajo el Capítulo VII, que conlleva la amenaza de fuerza, pero cualquier propuesta de este tipo sería vetada enseguida por Estados Unidos.

39 Bush y Baker aparecen citados por Sam Hussein en *Counterpunch*, 8 de marzo de 2003. Dilip Hiro, *Iraq: in the Eye of the Storm*, *Thunders Mouth/Nation*, \_2002, págs. 102 y sigs.

El veto trae a colación otro importante punto, ausente en las discusiones sobre el acatamiento parcial de Iraq a las resoluciones del Consejo de Seguridad. Sencillamente, si Iraq hubiera tenido el derecho de veto, este país no habría contravenido ninguna resolución de la **ONU**. Es igualmente claro que cualquier discusión seria sobre desafíos al Consejo de Seguridad tiene que tener en cuenta los vetos, que son la forma más extrema de desacato. El debate se esquiva, sin embargo, por las conclusiones que se desprenderían de inmediato.

La cuestión del veto no se ignoró del todo durante los preparativos para la invasión de Iraq. La amenaza de Francia de vetar una declaración de guerra de la **ONU** fue condenada con acritud. "Dijeron que iban a vetar cualquier cobro de cuentas a Saddam", declaró Bush con su habitual esmero por la verdad, cuando comunicó su ultimátum al Consejo de Seguridad el 16 de marzo de 2003. Cundió la furia contra la iniquidad de Francia y mucho se habló de castigar al país que no seguía las órdenes de Crawford, Texas. En general, las amenazas de veto por otros países son un escándalo que revela el "fracaso de la diplomacia" y la actitud mezquina de la **ONU**. Selecciono aquí casi al azar: "Si las potencias menores se las arreglan para convertir el Consejo en un foro para hacer contrapeso al poder de Estados Unidos con votos, palabras y llamados públicos, desgastarán todavía más la credibilidad y legitimidad de este", en palabras de Edward Luck, director del Centro sobre el Ordenamiento Internacional de la Universidad de Columbia<sup>40</sup>. La apelación rutinaria al veto por el adalid del mundo se suele ignorar o minimizar, y en ocasiones se la aclama como una demostración de la integridad de un Washington asediado. Pero no hay inquietud de que esto pueda desgastar la legitimidad o credibilidad de la **ONU**.

Poco hemos debido sorprendernos, por consiguiente, cuando en octubre de 2002 un alto funcionario del gobierno de Bush explicó que

40 Edward Luck, en *New York Times*. 22 de marzo de 2003.

"no necesitamos del Consejo de Seguridad", de modo que si este "quiere seguir siendo relevante tendrá que concedernos una autoridad similar" a la que acababa de conferirles el Congreso: autoridad para emplear la fuerza a discreción. Esta posición recibió el respaldo del presidente y el secretario de Estado, Colin Powell, quien añadió que "obviamente, el Consejo siempre podrá sentarse a celebrar más discusiones", pero "nosotros tenemos autoridad para hacer lo que consideremos necesario". Washington consintió en presentar una resolución al Consejo de Seguridad (ONU, 1441), dejando muy en claro, sin embargo, que se trataba de un trámite vacío. "Sutilezas diplomáticas aparte, el señor Bush hizo saber que para él la resolución era toda la autoridad que necesitaba para actuar contra Iraq dado el caso de que el señor Hussein se resistiera", observaron algunos corresponsales diplomáticos. "Aunque Washington pensaba consultar con otros miembros del Consejo de Seguridad, no creía necesario obtener su aprobación". Haciendo eco a Powell, Andrew Card, jefe de Personal de la Casa Blanca, explicó que "la ONU puede reunirse a debatir, pero no necesitamos su permiso"<sup>41</sup>.

El "decente respeto [del gobierno] por la opinión de la humanidad [al exponer] las causas que lo empujan" a la acción, fue enfatizado cuando Colin Powell se presentó ante el Consejo de Seguridad unos meses después para anunciar el designio de Washington de emprender la guerra. "Los funcionarios nacionales insistieron en que esta presentación no debería ser interpretada como parte «de un esfuerzo prolijo por cosechar apoyo para una resolución que autorice el uso de la fuerza", informó la prensa internacional. Un funcionario dijo: "No vamos a gestionar en favor de una segunda resolución

<sup>41</sup> Elisabeth Bumiller y Carl HULSEY, en *New York Times*, 12 de octubre de 2002.

Colin Powell citado por Julia Preston en *New York Times*.

18 de octubre de 2002. David Sanger y Julia Preston, en el *New York Times*,

8 de noviembre de 2002. Andrew Card citado por Doug Saunders en el

*Toronto Globe and Mail*, 11 de noviembre de 2002.

porque no tenemos necesidad de eso (...). Si los demás miembros del Consejo nos quieren alcanzar, podríamos detenernos un momento a firmar sobre la línea punteada", pero nada más<sup>42</sup>. Se le notificó al mundo que Washington emplearía la fuerza a su amaño; la sociedad deliberante podría "alcanzarlo" y unirse a la aventura, o bien sufrir las consecuencias que recaen sobre los que no están "con nosotros" y por lo tanto están "con los terroristas", según las opciones que presentó el presidente.

Bush y Blair recalcaron su desprecio por el derecho y los organismos internacionales en una posterior reunión cumbre en una base militar de Estados Unidos en las Azores, donde se les unió el primer ministro español José María Aznar. Los líderes de *US-UK* "lanzaron un ultimátum" al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas: o capitulan en veinticuatro horas o invadimos a Iraq e imponemos un régimen de nuestra escogencia sin su fútil sello de aprobación, y lo vamos a hacer -cosa crucial- salgan o no Saddam Hussein y su familia del país. Nuestra invasión es legítima, declaró Bush, porque "los Estados Unidos de América poseen la autoridad soberana para usar la fuerza con el fin de garantizar su propia seguridad nacional", amenazada por Iraq con Saddam o sin él. La **O N U** es irrelevante porque "no ha estado a la altura de sus responsabilidades"; o sea, seguir las órdenes de Washington. Estados Unidos "hará cumplir las justas exigencias del mundo" así el mundo se oponga abrumadoramente<sup>43</sup>.

Washington se afanó también por desnudar ante los ojos del mundo entero la vacuidad esencial de sus declaraciones oficiales. En una conferencia de prensa, el 6 de marzo, el presidente afirmó que apenas existía "una pregunta única: ¿se ha desarmado Iraq completa e incondicionalmente como lo exige la 1441 o no?". Acto seguido dejó

<sup>42</sup> Mark Turner y Roula Khalaf. en *Financial Times*, 5 de febrero de 2003.

<sup>43</sup> David Sanger y Warren Hoge, en *New York Times*, 17 de marzo de 2003.

Michael Gordon. en *New York Times*, 18 de marzo de 2003.

en claro que la respuesta a esa única pregunta no importaba, advirtiendo que "tratándose de nuestra seguridad, realmente no necesitamos el permiso de nadie". Las inspecciones de la **ONU** y las deliberaciones del Consejo de Seguridad eran, pues, una farsa, y ni siquiera el cumplimiento comprobado a satisfacción tendría relevancia. Días antes Bush había declarado insustancial la respuesta a la "única pregunta": Estados Unidos instauraría un régimen de su agrado aunque Saddam se desarmara por completo y aunque él y sus huestes se esfumaran, como se recalcó en la cumbre de las Azores<sup>44</sup>.

De hecho, había constancia previa del desinterés presidencial por la única pregunta. Unos meses antes, Ari Fleischer, portavoz de la Casa Blanca, había informado a la prensa que "la política de Estados Unidos es de cambio de régimen, con inspectores o sin ellos". "Cambio de régimen" no significa el que los iraquíes puedan preferir, sino el que el conquistador impone llamándolo "democrático", como suele pasar: hasta Rusia implantaba "democracias del pueblo". Más adelante, cuando la guerra empezaba a perder impulso, Fleischer restauró la importancia inicial de la "única pregunta": la posesión de **ADM** por parte de Iraq, "sobre eso trató y trata esta guerra". Y mientras Bush presentaba, su posición antinómica en la conferencia de prensa, Jack Straw, ministro de Relaciones Exteriores del Reino Unido, anunciaba que, si Saddam se desarma, "aceptamos que el gobierno de Iraq permanezca en su sitio"; de modo que la "única pregunta" es la del desarme: las frases sobre "liberación" y "democracia" son simple palabrería, y Gran Bretaña no apoyará la apelación de Bush al uso de la fuerza por los motivos que él aduce (...) sólo que Gran Bretaña dio a entender que haría lo que se le ordena<sup>45</sup>.

<sup>44</sup> Apartes de la conferencia de prensa de George W. Bush, en

*New York Times*, 7 de marzo de 2003. Felicity Barringer y David Sanger,

en *New York Times*, 1 de marzo de 2003.

<sup>45</sup> Alison Mitchell y David Sanger, en *New York Times*, 4 de septiembre de 2002.

Mientras tanto, Colin Powell contradecía la declaración presidencial de que Estados Unidos tomaría el control de Iraq a como diera lugar. "La pregunta es, sencillamente: ¿ha tomado Saddam Hussein una decisión estratégica, política, de acatar las resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas [y] deshacerse de sus armas de destrucción masiva? Eso es todo, en pocas palabras (...). Esa es la pregunta. No hay otra". Volvemos a la "única pregunta", desvirtuada por el presidente cinco días antes y otra vez al día siguiente. Cuando comenzó la invasión, Powell volvió a la "única pregunta". Iraq era "objeto de un ataque por haber violado las obligaciones internacionales' contempladas en el acuerdo de rendición de 1991, que exigía la revelación y desarme de su peligroso arsenal"<sup>46</sup>. Todo lo demás que se ha aducido es, por lo tanto, irrelevante: Estados Unidos decide unilateralmente impedir que los inspectores realicen su tarea; y el acuerdo de 1991 le da el derecho de apelar a la violencia, a pesar de lo estipulado allí explícitamente.

Cambiamos a otra fecha cualquiera y otro público, y el objetivo es ahora llevar la "liberación" y la "democracia" no sólo a Iraq sino a toda la región, un "noble anhelo". El mensaje es claro: haremos como a bien tengamos, dando cualquier pretexto que esté a la mano. Ustedes nos "alcanzan", o si no...

Queda por explicar por qué la amenaza de las **A D M** se volvió tan grave después de septiembre de 2002, siendo que antes la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, se había mostrado de acuerdo con el consenso de que "si realmente adquieren **A D M** no las

**Ari Fleischer es citado por Christopher Adams y Mark Huband en el *Financial Times*, 12-13 de abril de 2003. Jack Straw, citado por David Sanger y Felicity**

**Barringer en *New York Times*, 7 de marzo de 2003.**

**46 "In Powells Words: Saddam Hussein Remains Guilty", en *New York Times*, 6 de marzo de 2003. Weisman. en *New York Times*, 23 de marzo de 2003.**

podrán usar, porque cualquier intento les traería la devastación de su país"<sup>47</sup>.

El castigo por estar "contra nosotros" puede ser severo, y los beneficios de alcanzarnos y seguir siendo "relevantes" son jugosos. Se despacharon altos funcionarios de la nación ante países miembros del Consejo de Seguridad para "instar a los líderes a votar con Estados Unidos sobre Iraq o arriesgarse a 'pagar un alto precio'", punto nada insignificante para aquellos países débiles "cuyos intereses recibían poca atención antes de obtener una silla en el Consejo". Los diplomáticos mexicanos trataron de explicar a los emisarios de Washington que el pueblo "se opone en su inmensa mayoría a la guerra", pero el argumento fue repudiado por ridículo<sup>48</sup>.

Un problema especial se les presentó a los "países que han sucumbido a las presiones populares para abrazar la democracia [y] ahora tienen un público al cual rendirle cuentas". Para estos, entre las repercusiones de asumir en serio las prácticas democráticas puede estar el estrangulamiento económico. En comparación, "mister Powell dejó en claro que los aliados políticos y militares de Estados Unidos disfrutarán de donaciones". Entretanto, Ari Fleischer "negaba airadamente" que Bush estuviera trocando favores por votos, con lo que "despertó carcajadas entre los enviados de prensa", según *The Wall Street Journal*<sup>49</sup>.

Las recompensas por cumplir órdenes incluían no sólo ayudas financieras, sino también autorización para intensificar las atrocidades terroristas. Al presidente ruso, Vladimir Putin, de cuya afinidad

47 Condoleezza Rice, en *Foreign Affairs*. enero-febrero de 2000. Citada por John Mearsheimer y Stephen Walt en *Foreign Policy*, enero-febrero de 2003. Nótese que el 11 de septiembre no incidió sobre estos estimativos de riesgo.

48 Dafna Linzer, AP, en *Boston Globe*. 24 de febrero de 2003.

49 Guy Dinmore y Mark Turner. en *Financial Times*. 12 de febrero de 2003.

Jeanne Cummings y Robert Block. en *Wall Street Journal*. 26 de febrero de 2003.

espiritual con Bush hay noticias, se le hizo "un guiño diplomático a favor de una escalada represiva contra los separatistas chechenos, jugada que algunos analistas de acá y del Oriente Medio sostienen que podría perjudicar los intereses de Estados Unidos a largo plazo". Cabe imaginarse que son ciertas otras razones para inquietarse por el apoyo de Washington al terrorismo de Estado. Para hacer ver que ese tipo de reacciones son "irrelevantes", el jefe de una organización de caridad islámica fue sentenciado en una corte federal por el cargo de haber desviado fondos hacia los chechenos que oponían resistencia a la brutal ocupación militar rusa, justo cuando a Putin se le daba luz verde. El jefe de esa misma organización también fue acusado de la financiación de ambulancias para Bosnia; en esa ocasión, tal parece que el delito se cometió por las mismas fechas en que Clinton aerotransportaba integrantes de Al Qaeda e Hizbolá a Bosnia para colaborar del lado norteamericano en las guerras que entonces se libraban<sup>50</sup>.

A Turquía se le ofrecieron alicientes similares: un enorme paquete financiero y el derecho a invadir la parte kurda del norte de Iraq. De manera admirable, Turquía no cedió por completo, dando a Occidente una lección de democracia que causó tremenda ira y, como anunció secamente el secretario de Estado, Powell, un castigo inmediato a la infracción<sup>51</sup>.

Las "sutilezas diplomáticas" son para los que prefieren llamarse a engaño, como pasa con el aparente respaldo de los miembros del Consejo de Seguridad a la resolución 1441 propuesta por Estados Unidos. El respaldo es de hecho sumisión: los signatarios sabían cuál era la alternativa. En los sistemas legales que pretenden ser

<sup>50</sup> Geneive Abdo, en *Boston Globe*, 13 de febrero de 2003. Eric Lichtblau, en *New York Times*, 11 de febrero de 2003. Ver pág...

<sup>51</sup> Richard Boudreaux y John Hendren, en *Los Angeles Times*, 15 de marzo de 2003.

tomados en serio, la aquiescencia forzada es inválida. En los asuntos internacionales, sin embargo, se la acepta como diplomacia.

Tras la guerra de Iraq la O N U otra vez resultó "irrelevante", ya que su "complicado sistema de intercambio con Iraq" causaba problemas a las compañías estadounidenses que habían obtenido contratos concedidos por el gobierno militar norteamericano. decir verdad, Estados Unidos habría impuesto ese complicado sistema de intercambio como parte de su régimen de sanciones, que casi no tuvo respaldo fuera del Reino Unido. Pero ahora se atravesaba en el camino. De ahí que, en palabras de un "diplomático de la coalición", Estados Unidos quería "que el mensaje fuera: 'Venimos acá [al Consejo de Seguridad] porque queremos y no porque tenemos que venir'". Diplomáticos de todos los bandos concuerdan en que el asunto de fondo es "hasta dónde se deben dar manos libres a Estados Unidos en el manejo del petróleo iraquí y en el establecimiento de un gobierno que lo suceda". Washington exige manos libres. Otras naciones, la gran mayoría de la población estadounidense y (hasta donde tenemos información) el pueblo de Iraq prefieren "extender la supervisión de la O N U" en el país y "normalizar las relaciones diplomáticas y económicas iraquíes", así como sus asuntos internos, dentro de este ordenamiento<sup>52</sup>.

A través de todos estos cambios en las justificaciones y pretextos, un principio permanece invariable: Estados Unidos debe terminar detentando el dominio efectivo sobre Iraq, bajo alguna fachada democrática si resulta factible.

<sup>52</sup> Neil King Jr. y Jes Bravin en *Wall Street Journal*, 5 de mayo de 2003. Para las actitudes de Estados Unidos mencionadas aquí, véase la encuesta del 18-22 de abril de 2003 del Programa acerca de las Actitudes sobre Políticas Internacionales (PAPI). Sobre las actitudes de Iraq, véase a Susannah Sirkin, sub-directora de Médicos por los Derechos Humanos, informando sobre una encuesta de M D H según la cual más del 85 por ciento quería que la O N U desempeñara el papel protagónico", en *Cartas*, *New York Times*, 21 de agosto de 2003.

Que la "ambición imperial estadounidense" se extienda a todo el mundo después del derrumbe de su único rival de importancia no debe despertar mayor sorpresa. Ya hubo, sobra decirlo, numerosos predecesores, con consecuencias no muy gratas de recordar. Sin embargo, la situación actual es diferente. En la historia nunca ha habido nada que se parezca remotamente al cuasimonopolio de instrumentos de violencia en gran escala en manos de un solo país; razón de más para someter sus prácticas y doctrinas operativas a un escrutinio excepcionalmente cuidadoso.

#### INQUIETUDES DE LAS ÉLITES

Dentro de algunos círculos de la clase gobernante han surgido serias inquietudes sobre la grave amenaza que la "ambición imperial estadounidense" representa, incluso contra sus propios nacionales. La alarma se agudizó aún más cuando la administración Bush se declaró un "Estado revisionista" con la intención de gobernar el mundo en forma permanente, convirtiéndose, en el sentir de algunos, en una "amenaza contra sí mismo y contra la humanidad" bajo la dirección de "nacionalistas radicales" que buscan el "dominio unilateral del mundo mediante la superioridad militar absoluta"<sup>53</sup>. Muchos otros dentro de las corrientes principales de opinión se sienten consternados ante el afán aventurero y la arrogancia de los nacionalistas radicales que recuperaron el poder que ejercieron en la década de 1980 y que ahora proceden con menos constreñimientos externos.

Las inquietudes no son del todo nuevas. En el período de Clinton, el distinguido analista político Samuel Huntington decía que para la mayoría del mundo Estados Unidos se estaba "convirtiendo en la superpotencia malhechora, [considerada] la mayor amenaza exter-

<sup>53</sup> John Ikenberry, en *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2002. Anatol

Lieven, en *London Review of Books*, 3 de octubre de 2002.

na contra sus sociedades". Robert Jervis, entonces presidente de la Asociación Estadounidense de Ciencia Política, advertía que "a los ojos de gran parte del mundo el principal Estado malhechor del planeta es, en efecto, Estados Unidos". Junto con otros, ellos predijeron que podrían surgir coaliciones para hacer contrapeso a la superpotencia descarriada, con sobrecogedoras implicaciones<sup>54</sup>.

Prestantes personajes de la élite de la política exterior señalan que no es probable que los posibles blancos de la ambición imperial estadounidense esperen impasibles a que acaben con ellos. "Saben que la disuasión es la única forma de mantener a raya a Estados Unidos", escribe Kenneth Waltz, y que "las armas de destrucción masiva son el único medio para contener a Estados Unidos". Las políticas de Washington conducen, por lo tanto, a la proliferación de **ADM**, concluye este, tendencia que se acelera por el empeño de Estados Unidos en dismantelar los mecanismos internacionales establecidos para controlar el recurso a la violencia. Las advertencias se repitieron cuando Bush se aprestaba a invadir Iraq: un resultado, según Steven Miller, es que otros "puedan colegir que las armas de destrucción masiva son necesarias para contener la intervención estadounidense". Otro conocido experto advierte que es posible que "la estrategia general de la guerra preventiva" dé a otros "abrumadores incentivos para enarbolar armas de terror y destrucción masiva" como disuasión contra el "desmedido uso del poderío norteamericano". Muchos han señalado hacia un probable impulso a los programas de armas nucleares en Irán. Y "no hay duda de que la lección que los norcoreanos aprendieron de Iraq es que la disuasión nuclear es necesaria", comentó Selig Harrison.<sup>55</sup>

54 Samuel Huntington, en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1999. Robert Jervis, en *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2001.

55 Kenneth Waltz en *Worlds in Collision*, editado por Ken Booth y Tim Dunne, Palgrave, 2002. Steven Miller en Kaysen y otros. *War with Iraq*. Jack Snyder,

En las postrimerías del año 2002 Washington enseñaba una lección terrible al mundo: para defenderse de nosotros lo mejor es imitar a Corea del Norte y presentar una amenaza militar creíble, convencional en este caso: artillería apuntando a Seúl y a las tropas estadounidenses en el borde de la zona desmilitarizada. Marchamos impetuosos contra Iraq porque sabemos que está en ruinas e indefenso; pero Corea del Norte, aunque es una tiranía aún peor y mucho más peligrosa, no es un blanco apropiado mientras pueda causar tantos estragos. Esta lección difícilmente podría ser más vivida.

Otra inquietud recae sobre la "segunda superpotencia", la opinión pública. El "revisionismo" de la dirigencia política no era lo único sin precedentes: tampoco los tenía la oposición a este. Las comparaciones con Vietnam son frecuentes. La pregunta que tanto se formula: "¿Qué pasó con la tradición de protesta e inconformismo?", pone en claro la eficacia con que se han expurgado los anales históricos y la poca apreciación que hay, en muchos círculos, de los cambios en la conciencia pública en las últimas cuatro décadas. Una comparación justa viene al grano: en 1962 no hubo protestas públicas, a pesar del anuncio en ese año de que el gobierno de Kennedy emplearía la Fuerza Aérea de Estados Unidos para bombardear Vietnam del Sur y pondría en marcha planes para conducir a millones de personas a los que eran poco menos que campos de concentración, además de emplear programas de guerra química para destruir cosechas y vegetación. La protesta no cobró importancia hasta años después, tras haberse despachado cientos de miles de tropas norteamericanas, haber arrasado áreas densamente pobladas con bombardeos de saturación y haberse extendido la agresión al resto de Indochina. Para cuando las protestas alcanzaron cierta magnitud, ya el historiador y experto en Indochina Bernard Fall, un acérrimo

en *National Interest*, primavera de 2003. Selig Harrison. en *New York Times*,  
7 de junio de 2003.

anticomunista, había advertido que "Vietnam como entidad histórica y cultural (...) corre el peligro de la aniquilación", a medida que "el campo parece literalmente bajo los golpes del mayor aparato militar jamás desatado sobre un área de su tamaño"<sup>56</sup>.

En 2002, cuarenta años después y en contraste elocuente, hubo protestas masivas, firmes y sustentadas en principios, desde antes del lanzamiento oficial de la guerra. Sin el miedo y el engaño sobre Iraq que se esparcieron por Estados Unidos, la oposición de pre-guerra probablemente habría alcanzado allí los mismos niveles que en otras partes del mundo. Ello refleja un crecimiento constante en estos años de la intolerancia hacia la agresión y las atrocidades, entre muchos otros cambios de este tipo.

La dirigencia es bien consciente de estas tendencias. Hacia 1968 se temía tanto al público, que el Estado Mayor Conjunto tuvo que deliberar sobre si "quedarían suficientes fuerzas disponibles para controlar los desórdenes civiles" de ser enviadas más tropas a Vietnam. En el Departamento de Defensa temían que un mayor despliegue de tropas pudiera "provocar una crisis nacional de proporciones nunca vistas"<sup>57</sup>. La administración Reagan en un principio trató de reproducir en Centroamérica el modelo de Kennedy sobre Vietnam del Sur, pero echó marcha atrás ante una reacción pública inesperada que amenazaba con poner en peligro otros componentes más importantes de la agenda política, y en cambio optó por el terrorismo clandestino", en el sentido de que se podía ocultar más o menos al público general. Cuando Bush 1 tomó posesión de su cargo en 1989, la reacción del público estuvo otra vez muy al frente en la agenda política. Los gobiernos entrantes suelen comisionar un informe de

<sup>56</sup> Bernard Fall, *last Reflections on a War*. Doubleday, 1967.

<sup>57</sup> Véase mi *For Reasons of State*, Pantheon, 1973; New Press, 2003, pág. 25, para una revisión del último contenido de los Papeles del Pentágono, que terminan en esta coyuntura.

la situación mundial a las agencias de inteligencia. Estos informes son secretos, pero en 1989 se filtró un pasaje sobre "casos en los que Estados Unidos se enfrenta a enemigos mucho más débiles". Los analistas aconsejaban que el país los "derrotara rápida y contundentemente". Cualquier otro resultado sería "vergonzoso" y podría "socavar el apoyo político", considerado tenue<sup>58</sup>.

Ya no estamos en los años sesenta, cuando la población toleraba una guerra asesina y destructiva durante años sin protestas visibles. Los movimientos activistas de los últimos cuarenta años han producido un importante efecto civilizador en muchos campos. Hoy en día, la única manera de atacar a un enemigo mucho más débil es montando una ofensiva propagandística para pintarlo como una amenaza inminente o quizás como implicado en un genocidio, con la tranquilidad de que la campaña militar estará lejos de parecer una guerra de verdad.

Las preocupaciones de las élites se extienden al impacto de los nacionalistas radicales del gobierno de Bush sobre la opinión pública mundial, que por mayoría aplastante se opuso a sus planes de guerra y posturas militantes. Esos factores sin duda han tenido peso en el descenso general de la confianza en los líderes revelado en una encuesta que el Foro Económico Mundial publicó en enero de 2003. Según esta, sólo los directores de las **O N G** contaban con la confianza de las mayorías, seguidos por los líderes de la **O N U** y los guías espirituales y religiosos, luego por los gobernantes de Europa Occidental y los dirigentes económicos, justo por encima de los ejecutivos de grandes corporaciones. Mucho más abajo, en el fondo, estaban los gobernantes de Estados Unidos<sup>59</sup>.

<sup>58</sup> Maureen Dowd, en *New York Times*, 23 de febrero de 1991.

<sup>59</sup> Informe de prensa del Foro Económico Mundial, 14 de enero de 2003. Guy de Jonquières, en el *Financial Times*. 15 de enero de 2003.

Una semana después de conocerse la encuesta, el Foro Económico Mundial cumplía su cita anual en Davos, Suiza, pero sin la euforia de años anteriores. "Los ánimos se han ensombrecido", comentaba la prensa. Para los "dueños de la movida" había pasado ya la hora de la "fiesta global". Klaus Schwab, fundador del **F E M**, identificó la razón más concluyente: "El tema de Iraq va a imperar en todas las discusiones'. Antes de presentarse, Powell fue puesto sobre aviso de lo "feo" del ambiente en Davos, según informó *The Wall Street Journal*. "El coro de quejas internacionales sobre la marcha de Estados Unidos hacia la guerra con Iraq iba *in crescendo* en esta reunión de cerca de 2 000 altos ejecutivos, políticos y académicos". No los abrumó ni mucho menos el "nuevo mensaje claro" de Powell: según palabras suyas, "cuando sintamos algo muy a fondo, tomaremos la delantera", aunque nadie nos siga. "Actuaremos, aunque otros no estén preparados para unírse nos"<sup>60</sup>.

El tema del **F E M** era "Generación de confianza', con sobrada razón.

Powell subrayó en su discurso que Estados Unidos se reserva "el derecho soberano de emprender acciones militares" cuando y según decida. Dijo también que nadie "confía en Saddam ni en su régimen ". lo que era cierto sin lugar a dudas, aunque en su comentario dejaba por fuera a otros líderes en los que tampoco se confía. Powell también aseguró a su público que las armas de Saddam Hussein tenían "el objetivo de intimidar a los vecinos de Iraq", pero olvidó explicar por qué esos vecinos no parecían percatarse de la amenaza<sup>61</sup>. Con todo y lo que desprecian al tirano homicida, los vecinos

<sup>60</sup> Alan Coell, en *New York Times*. 23 de enero de 2003; Mark Lander, en *New York Times*. 24 de enero de 2003. Mark Champion, David Cloud y Carla Anne Robins, en *Wall Street Journal*. 27 de enero de 2003.

<sup>61</sup> Foreign Desk, "Powell on Iraq:'We Reserve Our Sovereign Right to Take Military Action'". en *New York Times*. 27 de enero de 2003.

de Iraq se unieron a los "muchos por fuera de Estados Unidos que no entienden por qué Washington muestra tanta obsesión y temor por la que es, a fin de cuentas, una potencia menor cuya riqueza y poderío le fueron truncados por vedas impuestas internacionalmente". Además de conocer los nefastos efectos de esas sanciones sobre la población, los vecinos sabían también que Iraq era uno de los países más débiles de la región: su economía y gastos militares eran una fracción de los de Kuwait, cuya población es el diez por ciento de la de Iraq. y estaban aún muy por debajo de los de otros en el área<sup>62</sup>. Por esa y otras razones, los países vecinos llevaban varios años reparando las relaciones con Iraq en contra de la fuerte oposición estadounidense. Al igual que el Departamento de Defensa de Estados Unidos y la **CÍA**, sabían "perfectamente bien que el actual Iraq no es amenaza para nadie en la región, mucho menos para Estados Unidos" y que "sostener lo contrario sería deshonesto"<sup>63</sup>.

Para cuando se congregaron en Davos, los "dueños de la movida" habían oído noticias aún más desagradables sobre la "generación de confianza". Una encuesta de opinión en Canadá reveló que más del "36 por ciento de los canadienses pensaba que Estados Unidos era la mayor amenaza a la paz mundial, contra apenas el 21 por ciento que mencionaba a Al Qaeda, el 17 que escogía a Iraq y el 14 que optaba por Corea del Norte". Eso a pesar de que la imagen general de Estados Unidos había mejorado en un 72 por ciento en Canadá en comparación con su brusca caída en Europa Occidental. Una encuesta informal llevada a cabo por la revista *Time* reveló que más del 80 por ciento de los que respondieron en Europa consideraba a Estados Unidos como la mayor amenaza contra la paz mundial. Así las cifras fueran erradas por un considerable margen, no dejan de ser alarmantes. Su significancia se ve reforzada por encuestas inter-

62 Kaysen y otros. *War with Iraq*.

63 Hans von Sponeck. en *Guardian*, 22 de julio de 2002.

nacionales de las mismas fechas sobre la campaña de *US-UK* por la guerra con Iraq<sup>64</sup>.

"Los despachos de las embajadas de Estados Unidos en todo el mundo se han vuelto urgentes y preocupantes -informaba *The Washington Post* en una noticia principal-. Cada vez más personas en el mundo piensan que el presidente Bush es una amenaza mayor contra la paz del mundo que el presidente iraquí, Saddam Hussein". En palabras de un funcionario del Departamento de Estado citadas por el diario, "Lo que está en discusión no es el tema de Iraq. En el mundo hay una angustia real sobre nuestro poderío y lo que ellos perciben como la crudeza, arrogancia y unipolaridad" de las acciones del Gobierno. El titular rezaba: "¿Peligro a la vista?: El mundo ve al presidente Bush como amenaza". Tres semanas después, un artículo de portada de *Newsweek*, firmado por el director de asuntos exteriores, advertía igualmente que el debate mundial no giraba en torno a Saddam: "Versa sobre Estados Unidos y su papel en el nuevo mundo (...). Una guerra con Iraq, aunque exitosa, podría solucionar el problema iraquí; pero no soluciona el estadounidense. Lo que preocupa por encima de todo a las gentes de todo el mundo es vivir en un mundo moldeado y dominado por un solo país, Estados Unidos. Y ahora abrigan hondas sospechas y temores respecto de nosotros"<sup>65</sup>.

Tras 8-11, en un momento de enorme condolencia y solidaridad del mundo con Estados Unidos, George Bush preguntó: "¿Por qué nos odian?". La pregunta estaba mal formulada, y poca atención se prestaba a la pregunta correcta. Pero en menos de un año el Gobierno logró brindar una respuesta: "Por culpa suya y de sus cómpli-

64 Ken Warn, en *Financial Times*, 21 de enero de 2003. Sobre las encuestas internacionales. véase el cap. 5.

65 Glenn Kessler y Mike Alie :n, en *Washington Post Weekly*, 3 de marzo de 2003. Fareed Zalearía», en *Newsweek*, 24 de marzo de 2003.

ces. señor Bush, y por lo que han hecho. Pero si continúan, el miedo y odio que han inspirado se podrían extender al país, que además han cubierto de vergüenza". Sobre este punto es difícil ignorar las pruebas existentes. Para Osama ben Laden esta victoria bien puede superar sus más descabelladas fantasías.

#### IGNORANCIA INTENCIONAL

El supuesto básico de la gran estrategia imperial, que poco se menciona porque se considera evidente, es el mismo principio rector del idealismo wilsoniano: nosotros (al menos los sectores que aportan los líderes y los asesoran) somos buenos y hasta nobles. Por ende, nuestras intervenciones son necesariamente rectas en su intención, si bien a veces torpes en su ejecución. En las propias palabras de Wilson, tenemos "ideales elevados" y estamos comprometidos con "la estabilidad y la rectitud", así que es apenas natural que, como escribió para justificar la conquista de Filipinas, "nuestro interés marche avante, altruistas y todo como somos: que otras naciones se mantengan aparte y se cuiden de obstaculizarnos"<sup>66</sup>.

En la versión actual un principio rector "define los parámetros a los que se ciñe el debate de políticas", en un consenso tan amplio que sólo excluye los "jirones sobrantes" de la izquierda y la derecha, "autoritarias al punto de ser prácticamente inmunes a todo reto". Este principio es el de "*América como vanguardia histórica*": "La historia tiene un rumbo y un destino discernibles. Único entre todos los países del mundo, Estados Unidos comprende y manifiesta el propósito de la historia". Por consiguiente, su hegemonía realiza el propósito de la historia, y sus logros redundan en el bien común, no hay ni que decirlo, de modo que la evaluación empírica es inne-

<sup>66</sup> Véase capítulo 1, nota 6. *Atlantic Monthly*, 1901, citado por Ido Oren en *Our Enemies and Us*. Cornell, 2002. pág. 42.

cesaría, cuando no levemente ridícula. El principio primordial de la política exterior, con arraigo en el idealismo wilsoniano y transmitido de Clinton a Bush II, es *"el imperativo de la misión estadounidense como vanguardia de la historia en la transformación del orden mundial y, al hacer esto, en la perpetuación de su propio dominio"*, guiada por *"el imperativo de la supremacía militar, sostenida a perpetuidad y proyectada globalmente"*<sup>67</sup>.

En virtud de su exclusiva comprensión y manifestación del propósito de la historia, Estados Unidos tiene el derecho, es más, la obligación, de obrar como sus líderes decidan que es mejor, por el bien de todos, entendiéndolo o no los demás. Y como a su noble antepasado y actual socio menor, el Reino Unido, a Estados Unidos no se le puede impedir la realización del trascendental propósito de la historia, aunque los idiotas y los resentidos lo sometan "al vilipendio" que padeció su antecesor en el gobierno del mundo, según dicen sus más insignes paladines<sup>68</sup>.

Para calmar posibles escrúpulos basta con refrescarnos lo sabido: "La Providencia convoca a los estadounidense" en torno a la tarea de reformar el orden mundial. Se trata de la "tradicición wilsoniana (...) a la que todos los recientes ocupantes de la Oficina Oval, sin importar su filiación, han adherido"; como por regla general han adherido sus predecesores, sus homólogos de otras partes y sus más denigrados enemigos, con el correspondiente cambio de nombres<sup>69</sup>. Pero para convencernos a nosotros mismos de que los poderosos se inspiran en "ideales elevados" y "altruismo" en su empeño por la "estabilidad y la rectitud", tenemos que adoptar la actitud bautizada como "ignorancia intencional" por un crítico de las terribles atro-

67 Andrew Bacevich. *American Empire*, págs. 215 y sigs. El subrayado es suyo.

68 John Stuart Mill. Véase págs. 44-45. La actitud de Gran Bretaña para con la nobleza de su sucesor fue un poco diferente. Véase pág. 149.

69 Andrew Bacevich, en *World Policy Journal*, otoño de 2002.

ciudades cometidas en Centroamérica en los años ochenta con el visto bueno de la dirigencia política que hoy vuelve a tomar el mando en Washington<sup>70</sup>. Con esa actitud podemos limpiar el pasado, aceptando los inevitables lunares que empañan hasta las mejores intenciones, y también, más recientemente, desde el advenimiento de la nueva norma de la intervención humanitaria, podemos decir incluso que la política exterior estadounidense ha entrado en una "fase noble", con un "aura de santidad". Después de la Guerra Fría "las intervenciones de Washington fueron, en general, nobles pero desgastadas; y fueron desgastadas porque eran nobles", nos asegura el historiador Michael Mandelbaum. Y a lo mejor hasta pecamos de santos: debemos cuidarnos de "conceder al idealismo el dominio casi exclusivo de nuestra política exterior", nos previenen otras voces más calmas, descuidando así los propios intereses legítimos en el abnegado servicio a los demás<sup>71</sup>.

Por alguna razón, los europeos no han podido entender el idealismo sin par de los líderes norteamericanos. ¿Cómo así, si es lo más obvio? Max Boot sugiere una respuesta: Europa "con frecuencia ha sido impulsada por la avaricia" y los "cínicos europeos" no pueden comprender la "cepa idealista" que inspira la política exterior de Estados Unidos. "Después de doscientos años, Europa sigue sin discernir qué hace vibrar a Norteamérica". El redomado cinismo hace que los europeos atribuyan motivos rastreros a Washington y les impide unirse a sus nobles empresas con suficiente ardor. Otro respetado historiador y comentarista político, Robert Kagan, plantea una explicación distinta. El problema de Europa es que la consume

<sup>70</sup> Michael Glennon. en *Christian Science Monitor*, 20 de marzo de 1986.

<sup>71</sup> Sebastian Mallaby. en *New York Times Book Review*, 21 de septiembre de 1997. Michael Mandelbaum, *The Ideas that Conquered the World*, Public Affairs, 2002. pág. 195. El alto estratega del gobierno es citado por Thomas Friedman en *New York Times*, 12 de enero de 1992.

un "antinorteamericano paranoico, conspirativo" que ha alcanzado una intensidad febril", aunque por fortuna hay personajes como Berlusconi y Aznar que cogen el toro por los cuernos<sup>72</sup>.

Sin quererlo, no hay duda, Boot y Kagan plagian el clásico ensayo de John Stuart Mill sobre la intervención humanitaria, en el cual insta a Gran Bretaña a emprender con tesón esta obra, en particular por la conquista de más territorios en la India. Explicaba Mill que Gran Bretaña -debía cumplir esa misión desinteresada aunque el resto de Europa la sometiera a vilipendio". No se decía que, al hacerlo, Gran Bretaña asestaba golpes cada vez más devastadores a la India y expandía su cuasimonopolio sobre la producción de opio, del cual precisaba tanto para forzar violentamente la apertura de los mercados de la China como para dar una base más amplia al sistema imperial a través de sus operaciones de narcotráfico, bien conocidas en Inglaterra en esa época. Pero esos asuntos no podían ser fuente del "vilipendio". Más bien, los europeos "aguijan el odio en contra nuestra", según Mill, porque no acaban de entender que Inglaterra es realmente una "novedad en el mundo", un país extraordinario que sólo obra "al servicio de los otros". Aunque está consagrado a la paz, si "las agresiones de los bárbaros lo obligan a una guerra victoriosa", corre desprendidamente con los costos a la vez que "comparte sus frutos en igualdad fraternal con toda la raza humana", incluidos los bárbaros que conquista y destruye por su propio bien. Inglaterra no sólo no tiene par sino que es casi perfecta, a juicio de Mill, pues carece de "designios de agresión" y no desea "para sí bien alguno a expensas de otros". Sus políticas son "probas y encomiables". Inglaterra era el equivalente decimonónico del "nuevo mundo idealista empeñado en acabar con la inhumanidad", motivado por un altruismo puro y consagrado en forma úni-

<sup>72</sup> Boot, en *New York Times*, 13 de febrero de 2003. Robert Kagan, en el *Washington Post Weekly*, 10 de febrero de 2003.

caí a los más altos "principios y valores", aunque también tristemente malinterpretado por los cínicos y acaso paranoicos europeos<sup>73</sup>. Mill escribió el ensayo cuando su país llevaba a cabo algunos de los peores actos criminales de su dominación imperial. Es difícil pensar en un intelectual más distinguido y verdaderamente honesto... o en un ejemplo más vergonzoso de apología de crímenes terribles. Estas referencias podrían ser motivo de reflexión, ahora que Boot y Kagan ilustran la sentencia de Marx de que la tragedia se repite como farsa. Vale la pena recordar también que la crónica del imperialismo europeo continental es todavía peor y la retórica con que se la adobó no menos espléndida, como cuando Francia se ganó la aprobación de Mill al llevar a cabo su tarea civilizadora en Argelia, aunque "exterminando a la población indígena", como declaró el ministro de Guerra de Francia<sup>74</sup>.

El concepto de Kagan de "antinorteamericanismo", aunque convencional, también merece alguna reflexión. En este tipo de declaraciones el término "antinorteamericano" y sus variantes ("odio contra Estados Unidos" y demás) se emplean por lo general para difamar a críticos de la política estatal que a lo mejor admiran y respetan al país, su cultura y sus logros, y hasta piensan que es el mejor lugar del mundo. No obstante, "odian a Estados Unidos" y son "antinorteamericanos" bajo la asunción tácita de que la sociedad y sus gentes se identifican con el poder del Estado. Esta acepción del término se deriva directamente del léxico del totalitarismo. En el antiguo imperio ruso los disidentes eran culpables de "antisovietismo".

<sup>73</sup> Sobre el ensayo de Mill y las circunstancias en que fue escrito, véase mi *Peering into the Abyss of the Future*, Nueva Delhi, 2002. Los crímenes del Imperio Británico en India y China escandalizaron a muchos ingleses, entre ellos liberales clásicos del corte de Richard Cobden. Véase capítulo 7, nota 52.

<sup>74</sup> Henri Alleg, *La guerre d'Algérie*, citado por Y. Bedjaoui, A. Aroua y M. Ait-Larbi, editores, en *An Inquiry into the Algerian Massacres*, Hoggar, 1999.

Quizás los críticos de la dictadura militar del Brasil eran tildados de "antibrasileros". Entre personas comprometidas en algún grado con la libertad y la democracia, ese tipo de actitudes son inconcebibles. Si alguien en Roma o Milán tachara de "antiitaliano" a un crítico de las políticas de Berlusconi, quedaría en ridículo; aunque en tiempos de Mussolini tal vez habría sido aprobado.

Es bueno recordar que dondequiera que miremos rara vez faltan ideales elevados que acompañan la apelación a la violencia. Las palabras que acompañan la "tradición wilsoniana" nos pueden inspirar en su nobleza, pero deben examinarse también a la luz de la práctica, no sólo de la retórica. Por ejemplo, el llamado de Wilson a la conquista de Filipinas, mencionado atrás; o, como presidente, sus intervenciones en Haití y República Dominicana, que dejaron en ruinas a ambos países; o lo que Walter LaFeber llama el "corolario de Wilson" a la doctrina Monroe, que proclamaba que "únicamente los intereses petroleros de Estados Unidos reciben concesiones" dentro del ámbito de su poderío<sup>75</sup>.

Lo mismo pasa con los peores tiranos. En 1990 Saddam Hussein advirtió a Kuwait sobre posibles represalias por acciones que perjudicaban la golpeada economía iraquí, después de que Iraq protegiera a Kuwait durante la guerra con Irán. Pero aseguró al mundo que no quería "conflictos permanentes sino paz permanente (...) y una vida digna"<sup>76</sup>. En 1938, Sumner Welles, consejero cercano del presidente Roosevelt, alabó el acuerdo de Munich con los nazis, creyendo que podría llevar a un "nuevo orden mundial fundado en la justicia y en la ley". Poco después estos impulsaban el proyecto con la ocupación de partes de Checoslovaquia, mientras Hitler explica-

<sup>75</sup> Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, Norton, 1983,

pág. 50 y sigs., 70 y sigs.

<sup>76</sup> Mohammad-Mahmoud Mohamedou. *Iraq and the Second Gulf War*, Austin & Winfield, 1998, pág. 123.

ba cómo estaban "colmados del sincero deseo de servir a los verdaderos intereses de los pueblos que habitan en el área, salvaguardar la idiosincrasia nacional de los pueblos alemán y checoslovaco y promover la paz y el bienestar de todos". El interés de Mussolini por las "poblaciones liberadas" de Etiopía no era menos fervoroso. Lo mismo pasaba con los objetivos de Japón en Manchuria y el norte de China y con sus sacrificios en la creación de un "paraíso terrenal" para esos sufridos pueblos y en la defensa de sus gobiernos legítimos de los "bandidos" comunistas. Nada más conmovedor que la "sublime responsabilidad" japonesa de fundar un "Nuevo Orden" en 1938 para "asegurar la estabilidad permanente de Asia Oriental" basada en la "ayuda mutua" de Japón, Manchuria y China en "los campos político, económico y cultural", en "la defensa conjunta contra el comunismo" y en el progreso cultural, económico y social<sup>77</sup>.

Terminada la guerra se volvió rutinario declarar cualquier intervención como "humanitaria" o de legítima defensa y por lo tanto ajustada a la Carta de la **O N U**. Sirva de ejemplo la sangrienta invasión de Rusia a Hungría en 1956, justificada por los juristas rusos en razón de haber sido efectuada por invitación del gobierno húngaro como "respuesta defensiva a la financiación foránea de actividades subversivas y grupos armados en Hungría con el fin de derrocar el gobierno elegido democráticamente". O, con similar plausibilidad, el ataque de Estados Unidos a Vietnam del Sur unos años después, emprendido en "defensa propia colectiva" contra la "agresión interna" de los sudvietnamitas y su "ataque desde el interior" (Adlai Stevenson y John F. Kennedy, respectivamente)<sup>78</sup>.

<sup>77</sup> David Schmitz, *Thank God They're on Our Side, North Carolina*, 1999.

"Japan Envisions a New Order' in Asia, 1938", reimpresso en, Dennis Merrill y Thomas Paterson(Comps.), *Major Problems in American Foreign Relations, volumen 11, Since 1914, Houghton. Mifflin*, 2000.

<sup>78</sup> Sobre los juristas rusos, véase Sean Murphy, *Humanitarian Intervention*.

No hay por qué suponer que estas aserciones sean hipócritas, por grotescas que luzcan. Uno encuentra con frecuencia la misma retórica en documentos internos, donde no hay razón aparente para disimular. Por ejemplo, el argumento de los diplomáticos de Stalin de que "para crear democracias reales hay que presionar un poco desde fuera (...). No vacilaremos en usar esta clase de 'intervención en los asuntos internos' de otros países (...) puesto que un gobierno democrático es una de las principales garantías de la paz duradera"<sup>79</sup>.

Otros coinciden, sin duda con igual sinceridad, apremiándonos a

No vacilar ante la represión política por parte del gobierno local. No hay nada vergonzoso en ella, pues los comunistas son traidores por esencia (...). Más conviene tener un régimen fuerte en el poder que uno liberal, si este último es indulgente, laxo y está infiltrado por los comunistas.

En este caso habla George Kennan, instruyendo a los embajadores de Estados Unidos en América Latina sobre la necesidad de guiarse por el interés pragmático en la "protección de nuestras materias primas": nuestras, dondequiera que estén, por lo que debemos preservar nuestro inherente "derecho de acceso", mediante la conquista si es el caso, de acuerdo con la venerable ley de las naciones<sup>80</sup>.

Se requiere una fuerte dosis de ignorancia intencional y lealtad al poder para borrar del recuerdo las consecuencias humanas de instaurar y apoyar "regímenes fuertes". Similares talentos se preci-

Pennsylvania, 1996. Sobre la administración Kennedy, véase mi *Rethinking Camelot, South End*, 1993.

<sup>79</sup> Ivan Maisky, enero de 1944. Citado por Vladimir Pechatnov en *The Big Three After World War II*, Woodrow Wilson International Center, Working Paper, num. 13, mayo de 1993.

<sup>80</sup> Citado por LaFeber en *Inevitable Revolutions*. Robert Tucker en *Commentary*, enero de 1975.

san para avivar la fe cuando se invoca la seguridad nacional para justificar el uso de la fuerza, pretexto que rara vez es válido para ningún Estado, como dejan ver los registros históricos y documentales.

Como ilustran estos pocos ejemplos, hasta las más brutales y oprobiosas medidas suelen venir acompañadas de juramentos de nobles intenciones. Una mirada honesta no podría menos que generalizar la observación que hizo Thomas Jefferson sobre la situación mundial de sus días:

Tanto dudamos de que Bonaparte lucha simplemente por las libertades de los mares, como que Gran Bretaña lucha por las libertades de la humanidad. El objetivo es el mismo: atraer hacia sí el poder, la riqueza y los recursos de otros países<sup>81</sup>.

Un siglo más tarde, Robert Lansing, secretario de Estado de Woodrow Wilson (y quien también parece haber abrigado pocas ilusiones sobre el idealismo wilsoniano), comentaba con soma sobre lo "acuciosos que se muestran británicos, franceses e italianos por aceptar territorios en mandato" adjudicados por la Liga de Naciones, con tal que "haya minas, yacimientos petrolíferos, ricos cultivos o líneas férreas" que hagan de él una "empresa rentable". Esos "gobiernos desinteresados" declaran que hay que recibir los territorios "por el bien de la humanidad": "ellos harán su parte administrando las ricas regiones de Mesopotamia, Siria, etc.". La interpretación correcta de esos pretextos "es tan patente, que es casi un insulto ponerla en palabras"<sup>82</sup>.

Y sí que son patentes... cuando son otros los que profieren las nobles intenciones. Para uno mismo, otros estándares se aplican.

<sup>81</sup> Citado por el historiador mexicano José Fuentes Mares en *The View from Chapultepec*, Cecil Robinson (ed.), Arizona, 1989, pág. 160.

<sup>82</sup> Citado por William Stivers en *Supremacy and Oil*. Cornell, 1382.

Se puede optar por tener una fe selectiva en la dirigencia política nacional, asumiendo la posición que Hans Morgenthau, uno de los creadores de la moderna teoría de las relaciones internacionales, censuraba como "nuestro servilismo conformista con quienes detentan el poder", la posición corriente de la mayor parte de los intelectuales a través de la historia<sup>83</sup>. Pero hay que reconocer que la profesión de intereses nobles es predecible y por ende no contiene información, ni siquiera en el sentido técnico del término. Quienes se interesan seriamente en comprender el mundo medirán con un mismo rasero tanto a sus propias élites políticas e intelectuales como a las de los enemigos oficiales. Cabe aquí preguntarse cuánto quedaría en pie después de este ejercicio elemental de racionalidad y honradez.

Hay que añadir que de cuando en cuando se presentan desviaciones de la posición corriente de sumisión al poder por parte de las clases educadas. Algunos de los más importantes ejemplos de la actualidad se pueden apreciar en dos países cuyos gobiernos duros y represivos han recibido el sostén de la ayuda militar norteamericana: Turquía y Colombia. En Turquía, notables escritores, periodistas, académicos, editores y otros no sólo protestan contra las atrocidades y las leyes draconianas, sino que practican regularmente la desobediencia civil a riesgo de sufrir castigos severos y prolongados. En Colombia, valientes sacerdotes, académicos, activistas sindicales y de derechos humanos, entre otros, viven bajo la amenaza constante del asesinato en uno de los países más violentos del mundo<sup>84</sup>. Sus actos deberían suscitar la admiración y la vergüenza de sus

<sup>83</sup> Morgenthau, en *New York Review of Books*, 24 de septiembre de 1970.

<sup>84</sup> Véanse los informes periódicos de Human Rights Watch y Amnistía Internacional, y, entre muchas publicaciones, Javier Giraldo, *Colombia: The Genocidal Democracy*, Common Courage, 1996, y Garry Leech, *Killing Peace*, Information Network of the Americas, 2002.

homólogos occidentales; y lo harían, si la verdad no estuviera velada por esa ignorancia intencional que tan crucialmente contribuye a los actos criminales de la actualidad.

## 5 La nueva era de la ilustración

**L O S ÚLTIMOS AÑOS DEL MILENIO** presenciaron un despliegue de profuso autoelogio que bien puede haber excedido a los no muy gloriosos alardes anteriores, con aplausos de admiración para los gobernantes de un "nuevo mundo idealista resuelto a acabar con la inhumanidad", consagrado a "principios y valores" por primera vez en la historia. Una era ilustrada y benévola se abría para nosotros, en la que las naciones civilizadas, guiadas por Estados Unidos, ahora en "la cúspide de su gloria", actuarían por "altruismo" y "afán moral" en la conquista de ideales encumbrados'.

Semejante viraje sería un suceso de veras reconfortante. Pero para unirnos al coro del autoelogio tendríamos que hacer caso omiso de ciertos hechos tozudos.

El primero y más notorio es la crónica de las atrocidades criminales y el terror infligidos en los últimos años con el apoyo decisivo de la superpotencia reinante y sus aliados, continuados y sin cambios perceptibles hasta el presente y suprimidos con igual eficacia que ayer en el seno de la cultura intelectual general. Son asuntos de

<sup>1</sup> Michael Wines, en *New York Times*, 13 de junio de 1999; Václav Havel, en *New York Review of Books*, 10 de junio de 1999; David Fromkin, *Kosovo Crossing*, Free Press, 1999. Para una muestra de la retórica, véase mi *New Military Humanism*.

suma importancia, que no desaparecen de la historia real simplemente porque así lo desean quienes la custodian.

Para ir más allá, también habría que pasar por alto el hecho de que en el último milenio "la guerra ha sido la actividad preponderante de los estados europeos". Y tendríamos que ignorar la principal razón de esa desagradable realidad: "El hecho central y trágico es sencillo: la coerción *funciona*, los que ejercen suficiente fuerza sobre sus congéneres obtienen sumisión y de esa sumisión derivan las variadas ventajas del dinero, los bienes, el respeto [y] -el acceso a placeres que les son negados a otros menos poderosos". Es una de esas verdades de la vida que la mayoría de los habitantes del planeta conoce demasiado bien, amén de un principio de gobierno que fue al fin abrogado, según ahora nos cuentan, no por primera vez.

Para evaluar en forma más directa las nuevas perspectivas que con tanto ardor se aclaman, se puede examinar el flujo de la ayuda militar de Estados Unidos. Un buen punto de partida es el año 1997, cuando se celebró el ingreso de la política exterior norteamericana a una "fase noble" con un "aura de santidad", marcándose así el tono de los arrebatos retóricos por venir. En el plano mundano de los hechos, 1997 fue significativo para el movimiento de los derechos humanos. En ese solo año el flujo de armas de Estados Unidos a Turquía sobrepasó el gran total de su ayuda militar a Turquía durante todo el período de la Guerra Fría, antes del lanzamiento de la campaña contrainsurgente de esta última contra la tristemente oprimida población kurda. Para 1997 la campaña había desplazado a millones de personas de los campos arrasados, con decenas de miles de muertos y cuantas formas pueda haber de tortura bestial, ocupando así un sitio destacado entre los grandes crímenes de la espeluznante década de 1990. Al tiempo que se multiplicaban las atrocidades, Turquía se convertía en el principal receptor de armas

2 Charles Tilly. *Coercion, Capital and European States*. Blackwell, 1993 pág. 70.

de Estados Unidos en el mundo, sin contar a Israel y Egipto, con un 80 por ciento de sus suministros provenientes de Washington.

En el mismo año la ayuda militar de Estados Unidos a Colombia comenzó a dispararse, al aumentar de 50 millones a 290 millones de dólares en dos años y creciendo a una tasa acelerada desde entonces. Para 1999 Colombia había sustituido a Turquía como principal destinatario de ayuda militar norteamericana. La crecida militarización de los conflictos internos de Colombia, con hondo arraigo en la terrible historia de una sociedad rica plagada de pobreza extrema y violencia, tuvo las consabidas consecuencias para la martirizada población y condujo además a las guerrillas a convertirse en otro ejército que aterroriza al campesinado y, últimamente, a la población urbana. Las principales organizaciones colombianas de derechos humanos calculan el número de desplazados forzosos en 2,7 millones, con un incremento de mil desplazados por día. Estiman que más de 350 000 personas fueron expulsadas de sus hogares por la violencia en los primeros nueve meses de 2002, más que en todo 2001. Se informa que los asesinatos políticos se elevaron a veinte por día, doblando la tasa de 1998.

Para el caso de los principales receptores de la ayuda militar de Estados Unidos, la única reacción es el silencio y un creciente apoyo a las atrocidades.

Considérese, para comparar, al miembro más diabólico y peligroso del "Eje del Mal". El diario *The New York Times* informaba que "ascienden al millón las personas reubicadas internamente en Iraq" y concluía correctamente que la población interna desplazada conforma "un elemento de la miseria causada por el gobierno de Saddam Hussein". El artículo se titulaba "Iraqíes desarraigados ven en la guerra el camino al hogar perdido". No se ha investigado si los kurdos o los colombianos, desarraigados con extrema violen-

cia y tal parece que en mayor cantidad, también verían en la guerra un camino al hogar perdido. En efecto, la sola insinuación sería un disparate. Washington podría aliviar los padecimientos y tal vez despejar el camino para una solución más sólida de estos problemas hondamente asentados con sólo retirar su apoyo a las atrocidades. Pero eso requeriría como mínimo la voluntad de las clases cultas para mirarse en el espejo en lugar de limitarse a lamentar los crímenes de los enemigos oficiales, sobre los cuales suele ser poco lo que se puede hacer.

#### **TIMOR ORIENTAL Y KOSOVO**

Mientras Colombia reemplazaba a Turquía como principal receptor de la ayuda militar norteamericana, en Timor Oriental tenía lugar otra historia de horror a la que Washington pudo haber puesto fin rápidamente. En 1999 Indonesia intensificaba sus atrocidades en el territorio que había invadido en 1975, matando entonces a unas 200 000 personas con el apoyo militar y diplomático de Estados Unidos y Gran Bretaña y bajo el amparo de la "ignorancia intencional". En los primeros meses de 1999 las fuerzas indonesias y sus aliados paramilitares añadieron varios miles más a las bajas mortales, mientras los militares al mando anunciaban que todavía faltaría lo peor si la población votaba como no debía en el referendo del 30 de agosto sobre la independencia; cosa que los timorenses hicieron, con asombrosa valentía. Los militares indonesios cumplieron la promesa sacando de sus hogares a cientos de miles de personas y arrasando casi todo el país. Por primera vez estas atrocidades se pu-

**4 A principios de agosto la sede episcopal de Timor Oriental calculaba entre 3 000 y 5 000 las muertes en 1999. El historiador John Taylor calcula entre 5 000 y 6 000 el número de muertos antes del referendo del 30 de agosto, que provocó el paroxismo final. Véase Taylor. *East Timor: The Price of Freedom*, Zed, 1999.**

blicaron ampliamente en Estados Unidos. El 8 de septiembre la administración Clinton reaccionó reiterando su posición de que Timor Oriental es "responsabilidad del gobierno de Indonesia y no deseamos quitarle de las manos esa responsabilidad". Pocos días después, bajo fuertes presiones foráneas e internas, Clinton echó reversa a la política de veinticinco años de apoyo a los crímenes de Indonesia en Timor Oriental e informó a los militares indonesios que Washington no daría más apoyo directo a sus actos criminales. Los ocupantes abandonaron de inmediato el territorio, permitiendo que fuerzas pacificadoras de la O N U bajo mando australiano entraran sin oposición.

La lección fue muy clara: como un puñado de activistas y críticos venía diciendo desde hace casi veinticinco años, nunca hubo necesidad de amenazas o medidas de fuerza. Habría bastado con abstenerse de participar para que algunos de los peores crímenes de finales del siglo xx se hubieran suspendido. Pero esa no fue la enseñanza que se obtuvo. El sistema doctrinario, a la altura del reto, sacó en cambio la conclusión de rigor: los sucesos en Timor Oriental demostraban que la política exterior había entrado en una "fase noble", ahora que los líderes del Occidente civilizado ponían en práctica su consagración a los "principios y valores".

El replanteamiento es un logro impresionante. Uno se pregunta si sería posible idear una serie teórica de acontecimientos que no pudiera ser acomodada para demostrar la tesis buscada.

Timor Oriental fue puesto como ejemplo clave de la era de la ilustración y sus nuevas normas de "intervención humanitaria". Pero no hubo intervención, mucho menos humanitaria. Los que enton-

<sup>5</sup> Sobre la conversión repentina de Clinton entre el 8 y el 11 de septiembre de 1999, véase Joseph Nevins, en *Counterpunch*, 16 de mayo de 2002.

<sup>6</sup> La fuerza de paz de la O N U bajo el mando de Australia hizo su ingreso cuando las tropas de Indonesia se replegaban ya. Un envío más temprano de fuerzas hu-

ces ocupaban la cima de la gloria aún se empecinaban en su participación de varias décadas en los crímenes de Indonesia\_justo cuando recibían estos elogios.

No obstante, el ejemplo óptimo de la nueva era fue Kosovo, donde Estados Unidos y sus aliados obraron únicamente por "altruismo" y "fervor moral", forjando un "nuevo enfoque sobre el uso del poder en la política mundial" cuando "reaccionaron a la deportación de más de un millón de kosovares lejos de su patria", con un bombardeo que los salvara de "horribles sufrimientos o la muerte"<sup>7</sup>. Esta descripción, tomada de una fuente académica, es la versión estándar. Los relatos de los medios, revistas de opinión y estudios académicos rara vez se desvían de ella. Tomando algunos ejemplos típicos, leemos que cuando "la violencia estalló" en Kosovo en 1998, las fuerzas serbias "respondieron con una campaña de limpieza étnica y lanzaron al exilio a más de la mitad de la población albanesa (...). El creciente derramamiento de sangre llevó a Estados Unidos y sus aliados a (...) lanzar una campaña de bombardeos masivos (...) que facilitara el regreso de los refugiados albaneses"<sup>8</sup>. "En la primavera de 1999 [los serbios] parecían conducir una campaña de limpieza étnica"; los kosovares albaneses "huyeron del asalto (...) trayendo relatos de ejecuciones sumarias y expulsiones forzosas" a su llegada a los países vecinos, y esas expulsiones y atrocidades "motivaron los bombardeos de la OTAN" del 24 de marzo<sup>9</sup>. Por consiguiente, la intervención en Kosovo fue "puramente para el beneficio de las gentes de la región (...) un acto de altruismo", como todas las intervenciones estadounidenses en el área<sup>10</sup>. Fue "absolutamente justa",

**biera sido una "intervención" sólo en el sentido en que las tropas angloamericanas "intervinieran" en Francia el día del desembarco.**

<sup>7</sup> Fromkin, *Kosovo Crossing*.

<sup>8</sup> Yaroslav Trofimov, en *Wall Street Journal*, 3 de enero de 2003.

<sup>9</sup> Ronald Paris, en *Political Science Quarterly* 117. núm. 3, otoño de 2002.

<sup>10</sup> Michael Mandelbaum, *The ideas that Conquered the World*. pág. 193.

concluye Timothy Garton Ash, porque el gobierno serbio traspasó el "muy alto (...) umbral para una intervención humanitaria de ese tipo (...) algo cercano al genocidio, con la matanza o 'limpieza étnica' de grandes multitudes"<sup>11</sup>.

Esto sin duda prueba el caso y justifica los elogios a los líderes altruistas que inauguraban una nueva era de la ilustración. Y así podría ser, si las afirmaciones tuvieran relación alguna con los hechos.

El pequeño muestrario de citas presentado arriba es típico en varios aspectos de interés. En primer lugar, las afirmaciones se hacen sin evidencia alguna, aunque había a mano una gran cantidad originada en fuentes occidentales impecables. En segundo término, la visión estándar invierte el orden de los acontecimientos. Es un hecho irrefutable que el bombardeo antecedió a la limpieza étnica y las atrocidades, que fueron, en efecto, su consecuencia anunciada.

Kosovo era un sitio escabroso antes del bombardeo de la OTAN, con unos 2 000 muertos de todos los bandos en el año anterior. No obstante, el rico acervo documental de Occidente no muestra cambios importantes hasta el bombardeo del 24 de marzo, fuera de un ligero incremento de las atrocidades serbias dos días antes, cuando los supervisores se retiraron en anticipación del ataque de la OTAN. Las Naciones Unidas empezaron a registrar refugiados una semana después. Estos hechos básicos eran bien sabidos hacia mayo de 1999, cuando se presentó el auto de acusación contra Milošević. Allí se enumeraba una serie de crímenes terribles que de todas maneras habían tenido lugar, casi sin excepción, después del bombardeo.

Al comenzar el bombardeo del 24 de marzo, George Robertson, el ministro de Defensa británico (más adelante secretario general de la OTAN), testificaba ante la Cámara de los Comunes que hasta mediados de enero de 1999 "el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) fue responsable de más muertes en Kosovo que las propias autori-

<sup>11</sup> Timothy Garton Ash. en *Guardian*, 19 de septiembre de 2002.

dades serbias". Se refería a los guerrilleros albaneses, en ese entonces ayudados por la **CÍA**, quienes habían explicado con franqueza que su meta era matar serbios para desencadenar una reacción brutal que impulsara a Occidente a respaldar una intervención de la **OTAN**. Una posterior investigación parlamentaria reveló que el ministro de Asuntos Exteriores, Robin Cook, había informado a la Cámara el 18 de enero que el **ELK** había "cometido más violaciones del cese al fuego y hasta ese fin de semana era responsable de más muertes que las fuerzas de seguridad [yugoslavas]"<sup>12</sup>.

Robertson y Cook se refieren específicamente a la masacre que las fuerzas de seguridad llevaron a cabo en Racak el 15 de enero, en la que hubo, según informes, cuarenta y cinco muertos. Pero como la documentación occidental no muestra ningún cambio notable en la distribución de la violencia después de Racak, las conclusiones de ambos, si eran válidas a mediados de enero, seguían siéndolo en lo esencial a finales de marzo. En ese entonces era claro que ese tipo de masacres no eran del interés de las dirigencias estadounidense y británica. De este modo, la masacre de poco después en Lliquica, Timor Oriental, que parece haber sido mucho peor, se sumaba a muchas otras y no tenía el pretexto de la legítima defensa. Con todo, esta y otras matanzas no produjeron cambios en el apoyo angloamericano a los invasores indonesios. Dejando de lado estas inquietudes selectivas, sin embargo, la nutrida información occidental al respecto no muestra ningún cambio significativo en Kosovo antes del bombardeo.

Los académicos serios llegan a conclusiones parecidas. Nicholas Wheeler, quien no invierte la cronología, calcula que los serbios habían matado a 500 albaneses antes del bombardeo de la **OTAN**, dando a entender que el **ELK** había matado 1 500. Así y todo, con-

<sup>12</sup> Para las citas de Robertson y su análisis véase mi *New Generation Draws the Line*, págs. 106-7. Cook, sesión de la Cámara de los Comunes, 1909-2000

cluye que el bombardeo de Serbia fue un caso genuino de intervención humanitaria porque "aunque sólo habían muerto unos cuantos centenares de albaneses" antes de este, "la inteligencia ve en ello los albores de una campaña en grande de matanzas y limpieza étnica". Aquí otra vez se omiten las fuentes fidedignas<sup>13</sup>. Descartando los de la cronología invertida, el de Wheeler es uno de los pocos intentos serios por justificar el bombardeo de la OTAN.

El 27 de marzo, a tres días del inicio del bombardeo a Serbia, Wesley Clark, comandante de la OTAN, informó a la prensa que la violenta reacción serbia era "completamente pronosticable", agregando que estaba "prevista en todo" y que "en modo alguno" inquietaba a la dirigencia política. En sus memorias Clark relata que el 6 de marzo había informado a la secretaria de Estado, Madeleine Albright, que si la OTAN procedía a bombardear Serbia, los serbios "casíseguramente" iban a "atacar a la población civil" y la OTAN no podría hacer nada por prevenir la reacción en tierra. En su reseña del libro de Clark, Michael Ignatieff acepta que, de acuerdo con el comandante de la OTAN, "el verdadero impulso decisivo" detrás del bombardeo de la alianza "no fueron las violaciones de los derechos humanos de Milosevic en Kosovo con anterioridad a marzo de 1999, ni tampoco la expulsión masiva dirigida por este luego de iniciarse el bombardeo. Lo que más pesó fue la necesidad de imponer la voluntad de la OTAN sobre un gobernante cuyos desafíos, primero en Bosnia y luego en Kosovo, socavaban la credibilidad de la diplomacia estadounidense y europea y de la firmeza de la OTAN"<sup>14</sup>.

Que la preocupación principal era la "credibilidad" de los amos va había sido puesto en claro por Clinton y Blair. El secretario de Defensa, William Cohen, reiteró el caso en un subsiguiente informe

<sup>13</sup> Nicholas Wheeler. *Saving Strangers*. Oxford, 2000, págs. 34, 265 y sigs.

<sup>14</sup> Wesley Clark, *Waging Modern War*. *Public Affairs*, 2001, pág. 171. Michael Ignatieff, en *New York Review of Books*, 19 de julio de 2001.

al Congreso (aunque hay que eliminar las falsificaciones cronológicas de costumbre), y lo mismo confirman las memorias de Clark.

Andrew Bacevich trae una interpretación aún más cínica, descartando cualquier motivación humanitaria. La apelación de Clinton al uso de la fuerza en Bosnia en 1995 y su bombardeo de Serbia en 1999 no buscaban "según se dijo, poner fin a una limpieza étnica o responder a cargos de conciencia, sino sofocar en su origen algunas amenazas a la cohesión de la OTAN y la credibilidad del poderío de Estados Unidos". Las tribulaciones de los kosovares, sostiene, no eran motivo de preocupación. El bombardeo de la OTAN pretendía "dar una lección ejemplarizante a cualquier Estado europeo que se creyera exento de las reglas de la Posguerra Fría" establecidas por Washington. Lo que contaba era "afirmar la posición dominante de Estados Unidos en una Europa unificada, integrada y abierta". Desde el principio "los arquitectos de la guerra comprendieron [que] su propósito era afianzar la primacía de América" en Europa y "prevenir la intolerable contingencia de un retroceso europeo", presuntamente fuera del dominio de Estados Unidos"<sup>15</sup>

Cuatro años después Europa y Estados Unidos habían perdido el interés. La mitad de los kosovares vive en la pobreza. Los islamistas radicales han capitalizado "la animadversión suscitada por la negligencia de la comunidad internacional", monopolizando el reparto de "comida, ropa y abrigo", así como los instrumentos para la supervivencia cultural de los habitantes de las zonas rurales, dando origen a un "fenómeno talibán". Las políticas occidentales de posguerra "bien pueden acabar creando los propios talibanes de Europa"<sup>16</sup>.

Kosovo y Timor Oriental no sólo suelen ser exhibidos como óptimos ejemplos de la nueva era de la intervención humanitaria, sino

<sup>15</sup> Bacevich, *American Empire*, págs. 104 y sigs., 1996.

<sup>16</sup> Isa Blumi, en *Current History*, marzo de 2003.

para demostrar cómo las nuevas normas evolucionan "hacia un papel redefinido de Naciones Unidas". Las normas que las potencias de Occidente establecieron en esos dos casos han hecho obsoleta la Carta de la **ONU**. Fijadas ya esas normas, es ahora legítimo invadir un país sin la autorización del Consejo de Seguridad. Como señala con beneplácito el decano de la Escuela Woodrow Wilson de Asuntos Públicos e Internacionales de Princeton, "Esa es la lección que Naciones Unidas y todos nosotros debemos colegir" de la invasión a Iraq, con sólido fundamento en las nuevas normas<sup>17</sup>.

Los hechos indican que deberíamos sacar enseñanzas muy distintas: sobre cómo los poderosos establecen normas para justificar su presunto "derecho soberano de emprender acciones militares" a voluntad (Colin Powell); y cómo los sistemas doctrinarios eficaces pueden reconstruir hasta la historia más reciente. Esas son las lecciones clave, y a quienes se ocupan del futuro les convendría mucho tomarlas en serio.

#### **LA NECESIDAD DE COLONIZAR**

Mientras ocurrían las tragedias de Timor Oriental y Kosovo en 1999, Turquía cedía a Colombia el lugar de principal receptor de armamento estadounidense. La razón no es difícil de ver: el terrorismo de Estado turco ya había tenido éxito, pero no el colombiano. En los años noventa y en esta nueva era de la ilustración, Colombia ha ostentado de lejos el peor expediente de derechos humanos del Hemisferio Occidental, siendo todo ese tiempo el mayor receptor americano de armas y adiestramiento militar de Estados Unidos, correlación esta que ha sido bien probada y que despertaría más que un leve interés si llegara a saberse por fuera de los círculos académicos y disidentes.

<sup>17</sup> Anne-Marie Slaughter, en *New York Times*, 18 de marzo de 2003.

Entre las atrocidades colombianas está el desplazamiento de la población por medio de la guerra química (llamada "fumigación"), bajo el disfraz de una guerra contra las drogas que cuesta tomar en serio. Una eminente autoridad académica hace notar que "se podría alegar, en gracia de discusión, que la política antidrogas de Estados Unidos contribuye de manera efectiva al control de un sustrato social étnicamente definido y económicamente desposeído dentro de la nación, a la par que sirve a sus intereses económicos y de seguridad en el exterior"<sup>18</sup>. Numerosos criminólogos y observadores del panorama internacional consideran que esta apreciación se queda muy corta. El análisis ayuda a explicar por qué, aunque las acciones apoyadas por Estados Unidos se ejecutan con redoblado celo y entusiasmo, cada vez están más lejos de alcanzar el supuesto objetivo de hacer frente al consumo de drogas en el país, y por qué otras medidas que se sabe son mucho más efectivas, en especial la prevención y el tratamiento, reciben un magro financiamiento.

Los gobernadores de los departamentos sureños colombianos afectados, junto con campesinos y activistas de derechos humanos, han propuesto planes basados en la erradicación manual de la coca y la amapola y el fomento de cultivos alternativos, con escasos resultados. Entretanto, la fumigación envenena la tierra, los niños mueren y las víctimas desarraigadas y dispersas padecen enfermedades y vejaciones.

La agricultura campesina se basa en una rica tradición de conocimiento y experiencia obtenidos a lo largo de siglos y por lo común transmitidos de madre a hija. Este, que es un notable logro humano, también es muy frágil y podría ser destruido para siempre en una sola generación. Lo está siendo, junto con él una de las más ricas biodiversidades del planeta. Campesinos, indígenas y afrocolombia-

<sup>18</sup> Charles Bergquist. en, Bergquist y otros (eds.), *Violence in Colombia 1990-2000*, Scholarly Resources, 2001.

nos se unen ahora a los millones que habitan pestilentes campamentos y tugurios. Y una vez ellos se han marchado, las multinacionales pueden desmontar las montañas en busca de carbón, extraer petróleo y otros recursos y tal vez convertir lo que queda de la tierra en ganaderías para los ricos o en negocios de exportación agrícola, en un medio ambiente despojado de su variedad y sus tesoros. Los analistas y observadores informados describen los proyectos de fumigación de Washington como una etapa más en el proceso histórico de expulsar a los campesinos de sus tierras para provecho de los inversionistas extranjeros y las élites colombianas.

Como muchos otros núcleos de agitación y terror estatal, Colombia hace parte de una importante región petrolífera y es en sí un productor significativo. Igual puede decirse de Chechenia, China Occidental, las dictaduras de Asia Central y otros lugares donde se intensificó la violencia de Estado después de 9-11 bajo el pretexto de la "guerra contra el terror", confiando siempre en recibir el guiño afirmativo de Washington. Las organizaciones de derechos humanos y el Departamento de Estado coinciden en atribuir la inmensa mayoría de las atrocidades cometidas en Colombia a las Fuerzas Armadas y los paramilitares, la "sexta división" del Ejército colombiano, compuesto de cinco divisiones, por los estrechos vínculos que los unen, según Human Rights Watch. La cantidad de actos atroces atribuidos a los paramilitares se ha ido incrementando a medida que se privatizan los delitos en consonancia con la práctica neoliberal, ocurrencia que se repite en otras partes: Serbia utilizó milicias privadas en la antigua Yugoslavia, al igual que Indonesia en Timor Oriental y Turquía en el sudeste, y así en muchos otros sitios. Una correspondiente privatización de las atrocidades internacionales se está dando. De la fumigación se están haciendo cargo compañías "privadas" conformadas por militares estadounidenses contratados por el Pentágono, pauta que también se repite en todo el mundo y que es muy útil para evadir responsabilidades.

Así se les diera crédito a los argumentos de Estados Unidos a favor de la guerra contra las drogas, las premisas que los sustentan son ignominiosas. Imagínese la reacción que habría ante la sugerencia de que Colombia o China emprendieran programas de fumigación en Carolina del Norte para destruir cultivos subsidiados por el gobierno con los que se fabrican productos aún más letales; productos que, por lo demás, estos países no sólo tienen que importar a riesgo de recibir sanciones comerciales, sino que deben permitir que se les haga publicidad, dirigida a los sectores más vulnerables de la población.

Hay un nuevo y muy apreciado género literario que se pregunta por los defectos culturales que nos impiden responder apropiadamente a los crímenes de otros. Pregunta interesante, sin duda, aunque si se la mide razonablemente quedaría muy por debajo en importancia de otra algo distinta: ¿por qué persistimos en nuestros propios actos criminales, ya sea directamente o a través del apoyo crucial a nuestros satélites más homicidas? Es instructivo preguntar con qué frecuencia o con qué exactitud encuentra uno referencias a Turquía, Colombia, Timor Oriental y muchos otros ejemplos parecidos en la literatura actual sobre nuestros defectos de carácter. Muchos se felicitan por la nueva "ideología imperante" en el universo moral de los Estados ilustrados, fundamentada en el principio de que "todos los Estados tienen la responsabilidad de proteger a sus ciudadanos; si sus líderes no pueden o no quieren hacerlo, exponen a sus países a la posibilidad de una intervención militar; autorizada por el Consejo de Seguridad o, de no resultar esto (como en el caso de Kosovo), por países individuales, ante 'situaciones que insultan la conciencia'".<sup>19</sup> No se pensaba que ciertas atrocidades, comparables si no peores que las que se le imputaron a Milosevic

<sup>19</sup> Anthony Lewis. en *Daedalus*, invierno de 2003. Los Estados Unidos consideraban "ciudadanos de Indonesia" a los timorese.

en Kosovo antes del bombardeo de la OTAN, pudieran "insultar la conciencia" cuando el indicio de la responsabilidad conducía a casa, como solía ocurrir; ni siquiera cuando los actos criminales tenían lugar *dentro* y no sólo *cerca* de las fronteras de la OTAN.

En el caso de Turquía, las situaciones que "insultan la conciencia" pasaron prácticamente inadvertidas para Estados Unidos hasta el momento, a comienzos de 2003, cuando el gobierno turco desafió las exigencias de Washington y siguió los deseos del 95 por ciento de la población, rehusándose a permitir un ataque contra Iraq desde su zona fronteriza. A esas alturas empezamos a leer acerca de "la siniestra crónica turca de torturas, asesinatos y 'desaparición' de kurdos turcos y la destrucción de más de tres mil de sus aldeas", con citas de organizaciones de derechos humanos para repetir lo que estas habían denunciado con mucho más detalle años atrás, cuando los actos criminales estaban aún en curso, gracias a la ayuda

norteamericana, y habría sido fácil detenerlos. Hasta la fecha, el decisivo papel de Estados Unidos permanece encubierto. Como antes, lo mejor que podríamos decir es que en el pasado "toleramos" los abusos inflingidos a los kurdos (Aryeh Neier)<sup>20</sup>.

La contribución en grande a las peores atrocidades no es "tolerada". La hora de revelar los sufrimientos de los kurdos es mientras Washington suministra los medios para ejecutar los crímenes que en retrospectiva resultan "insultantes", ya cuando la responsabilidad se ha desplazado lejos, sin incidentes. Actuaciones como esas, que son rutinarias, serían deploradas en los enemigos oficiales. Su fácil aceptación en el Estado más poderoso de la historia no vaticina, nuevamente, nada bueno.

<sup>20</sup> Editorial del *Boston Globe*, 6 de marzo de 2003. Aryeh Neier, en *Dissent*, primavera de 2000. Neier responde al recuento que hago de atrocidades respaldadas por Estados Unidos en mi *New Military Humanism*, que no deja dudas sobre el foco de la responsabilidad.

Otra formulación de moda de la misión de los Estados ilustrados sostiene que "la necesidad (...) de colonizar es ahora tan grande como lo fue durante el siglo xix", para llevar al resto del mundo los principios de orden, libertad y justicia a que están consagradas las sociedades "posmodernas", según la versión propuesta por Robert Cooper, principal consejero de política exterior de Tony Blair<sup>21</sup>. Cooper no explica en detalle la "necesidad de colonización" del siglo xix y sus consecuencias cuando Gran Bretaña, Francia, Bélgica y otros abanderados de la civilización occidental se echaron al hombro semejante obligación, pero una mirada honesta al mundo real bien podría constatar su apreciación de que la necesidad de colonizar sigue siendo hoy tan imperiosa como en los días que Cooper añora con nostalgia. En otras palabras, podemos aprender cantidades sobre los Estados ilustrados de hoy prestando un poco de atención a su historial y cómo lo presentan ellos mismos, tanto cuando los hechos estaban sucediendo como en la retrospectiva histórica.

No debemos, empero, descuidar los cambios en el orden mundial ocurridos desde la Segunda Guerra Mundial. Robert Jervis llama a uno de ellos un "cambio de grandiosas proporciones, acaso la discontinuidad más notable que la historia de la política internacional haya producido en cualquier parte": que los países europeos viven hoy en paz; y que, alegan otros más controvertiblemente, las democracias ya no guerrear unas con otras<sup>22</sup>. A esta notable discontinuidad alude Cooper cuando se une a quienes aclaman el nacimiento del "sistema mundial posmoderno" de ley, justicia y civilidad, aunque Occidente debe "volver a los más rudos métodos de antaño; la fuerza, el ataque preventivo, el engaño, lo que sea necesario, cuando se trate de lidiar con quienes aún viven en el mundo decimonónico de cada país para sí". Occidente debe volver a las "le-

<sup>21</sup> Robert Cooper, en *Observer*. 7 de abril de 2002.

<sup>22</sup> Robert Jervis. en *American Political Science Review* 96, 2002.

yes de la selva (...) cuando estemos operando en la selva": exactamente como hizo en el deshonroso pasado.

### PROTEGIENDO A LOS NIÑOS TRAVIESOS DE LA INFECCIÓN

Los Estados ilustrados de las postrimerías del siglo xix no fueron los primeros en cantarse alabanzas por liberar a los bárbaros de su triste destino... mediante la violencia, la destrucción y el pillaje. Bebían de una copiosa tradición de distinguidos líderes consternados por el creciente "aluvión de doctrinas malvadas y ejemplos perniciosos", preguntándose "¿qué será de nuestras instituciones políticas y religiosas, del vigor moral de nuestros gobiernos y de ese sistema conservador que [nos] ha salvado de la disolución total, [si] el contagio y la invasión de pérfidos principios" no se impide o se derrota? Al expresar estas inquietudes el zar y Metternich se referían a las "perniciosas doctrinas del republicanismo y la autonomía popular [propagadas por] los apóstoles de la sedición" en el Nuevo Mundo: en la retórica de los estrategas del momento, la manzana podrida que podía estropear todo el barril, la ficha que podía tumbar todo el dominó. El contagio de esas doctrinas, advertían, "cruza los mares y brota a menudo con todos los síntomas de destrucción que lo caracterizan, en lugares en los que ni siquiera el contacto directo ni ninguna relación de proximidad podrían ser motivo de aprensiones". Peor aún, los apóstoles de la sedición acababan de anunciar sus intenciones de expandir su dominio con la proclamación de la doctrina Monroe. "una suerte de arrogancia, peculiarmente estadounidense e inexcusable", como después la describió Bismarck<sup>23</sup>.

Bismarck no tuvo que esperar hasta la era del idealismo wilso-

23 Dexter Perkins, *The Monroe Doctrine, 1823-1826*, Harvard, 1927, págs. 131, 167, 176 y sigs. Bismarck, citado por Nancy Mitchell en *Prologue* 24, núm. 2, verano de 1992.

niano para aprender el significado de la doctrina Monroe, explicado por el secretario de Estado Robert Lansing al presidente Wilson, quien juzgó "incontestable su descripción, aunque le advirtió que sería "impolítico" dejar que llegara a oídos del público:

En su defensa de la doctrina Monroe Estados Unidos tiene en cuenta sus propios intereses. La integridad de otros países americanos es un incidente, no un objetivo. Aunque esto puede parecer basado en el puro egoísmo, el autor de la doctrina no tenía un motivo más elevado o generoso cuando la promulgó<sup>24</sup>.

En ese entonces no se pudo implantar cabalmente la doctrina en razón del equilibrio de poderes en el mundo, aunque Wilson sí aseguró el dominio de Estados Unidos en el Caribe por medio de la fuerza, dejando un terrible legado que aún perdura, y alcanzó a avanzar un poco más allá, expulsando al enemigo británico de la rica en petróleo Venezuela y brindando apoyo al malvado y corrupto dictador Juan Vicente Gómez, que abrió el país a las grandes compañías extranjeras. Las políticas de puertas abiertas y libre comercio se instauraron del modo corriente: presionando a Venezuela para que prohibiera las concesiones británicas mientras Estados Unidos seguía exigiendo, y obteniendo, derechos petroleros en el Medio Oriente, donde el Reino Unido y Francia llevaban la delantera. Hacia 1928 Venezuela se había convertido en el principal exportador de petróleo del mundo, todo a cargo de compañías estadounidenses. La historia continúa hasta el inicio de 2003, con una enorme pobreza en un país de abundantes recursos y potencial y que produce gran riqueza a los inversores extranjeros y a un pequeño sector de la población.

El alcance del poderío norteamericano era aún limitado en tiem-

<sup>24</sup>Robert Lansing y Woodrow Wilson, citados por Gabriel Kolko en *Main Currents in Modern American History*, Pantheon, 1984. pág. 47.

pos de Wilson, pero como observó con clarividencia el presidente William Howard Taft, "no está lejano el día [en que] el hemisferio entero será nuestro de hecho, tal como, en virtud de nuestra superioridad de raza, ya lo es moralmente". Los latinoamericanos quizás no lo entienden, añadía la administración Wilson, pero eso es porque "son niños traviesos que ejercen todos los privilegios y derechos de los adultos" y necesitan "una mano firme, una mano autoritaria". Sin embargo, no se deberían descartar los métodos más suaves. Puede que sirva "darles palmaditas y hacerles creer que les tienes cariño", como aconsejaba el secretario de Estado John Foster Dulles al presidente Eisenhower<sup>35</sup>.

Hay niños traviesos por todos lados. Wilson consideraba a los filipinos "niños [que] tienen que obedecer como los que están bajo tutela". al menos los que sobrevivieron a la liberación que él les había llevado, mientras se felicitaba por su propio altruismo. Su Departamento de Estado también consideraba a los italianos "como niños [que] deben ser [guiados] y asistidos más que casi cualquiera otra nación" Así, fue justo y apropiado que sus sucesores ofrecieran un apoyo entusiasta a la "galana y joven revolución" con que el fascismo de Mussolini aplastó la amenaza democrática entre los italianos que "anhelan un liderazgo recio y disfrutan (...) de ser gobernados teatralmente". La concepción siguió vigente en la década de 1930 y revivió apenas terminó la guerra. Cuando Estados Unidos se lanzó a subvertir la democracia italiana en 1948 privando de alimentos a una población hambrienta, restableciendo la policía fascista y amenazando con acciones peores, el jefe de la oficina para Italia del De-

<sup>35</sup> Presidente Taft, citado por Jenny Pearce en *Under the Eagle. South End*, 1982. pág. 17 El ministro del Interior de Wilson es citado por Gordon Connell-Smith en *The Inter American System*, Oxford, 1966. pág. 16. John Foster Dulles es citado por Stephen G. Rabe en *Eisenhower and Latin America*, North Carolina, 1988, pág. 33.

partamento de Estado explicaba que había que diseñar políticas tales que "hasta el más torpe italucho pueda captar su significado". Los haitianos eran "poco más que salvajes primitivos", según Franklin Delano Roosevelt, quien afirmaba haber reescrito la Constitución de Haití durante la ocupación militar de Wilson, con el objeto de permitir que las corporaciones norteamericanas se apropiaran de tierras y recursos haitianos después de que los marines disolvieran sumariamente su terco Parlamento. Cuando la administración de Eisenhower buscaba en 1959 el derrocamiento del recién instaurado gobierno de Castro en Cuba, el jefe de la **CÍA**, Alien Dulles, se quejó de que "en Cuba no había oposición contra Castro en capacidad de actuar", en parte porque "en esos países primitivos donde brillaba el sol, las exigencias del pueblo eran mucho menores que las de las sociedades más avanzadas", de tal suerte que no se daban cuenta de todo lo que sufrían<sup>26</sup>.

A través de los años se ha reiterado enfáticamente la necesidad de disciplina. Para mencionar otro caso contemporáneo de importancia, cuando el gobierno parlamentario conservador de Irán intentó obtener el control de sus propios recursos, Estados Unidos y Gran Bretaña instigaron un golpe militar para instalar un régimen obediente que reinó por medio del terror durante veinticinco años. El golpe envió un mensaje de ulteriores alcances, puesto en letras de imprenta por los redactores de *The New York Times*: "Países subdesarrollados ricos en recursos reciben ahora una lección práctica sobre el alto precio que debe pagar cualquiera de ellos que se deje arrastrar por el nacionalismo fanático (...) La experiencia de Irán [puede] fortalecer el brazo de líderes más razonables y previsores [en

<sup>26</sup> David Schmitz. *Thank God They're on Our Side: Schmitz. The United States and Fascist Italy, 1922-1940*. North Carolina, 1988 **Telegrama de la Embajada Británica en Washington al Foreign Office en Londres, 24 de noviembre de 1959. para informar de una conversación con Dulles.**

otras partes], que tendrán una comprensión lúcida de los principios del comportamiento decente"<sup>27</sup>.

La misma lección se había impartido más cerca de casa, en la Conferencia de Chapultepec de febrero de 1945, convocada para sentar las bases del orden de posguerra ahora que la doctrina Monroe podía cobrar fuerza, en el sentido wilsoniano. Los latinoamericanos se encontraban entonces bajo el influjo de lo que el Departamento de Estado llamaba "la filosofía del nuevo nacionalismo, [que] profesa políticas diseñadas para originar una mayor distribución de la riqueza y elevar la calidad de vida de las masas". A. Washington lo inquietaba que "el nacionalismo económico es el denominador común de las nuevas pretensiones de industrialización", tal como había pasado con Inglaterra, Estados Unidos y de hecho con cualquier otro país que haya logrado industrializarse. "Los latinoamericanos están convencidos de que los primeros beneficiarios del desarrollo de los recursos de un país deberían ser las gentes de ese país". Eso era inaceptable: los "primeros beneficiarios" tenían que ser los inversores estadounidenses, mientras América Latina cumple su función de servicio. Así pues, Estados Unidos impuso la "Carta Económica para las Américas", diseñada para acabar con el nacionalismo económico "en todas sus formas"<sup>28</sup>. Con una salvedad, sin embargo: el nacionalismo económico siguió siendo un rasgo fundamental de la economía norteamericana, la cual dependía mucho más que antes del dinamismo del sector estatal, que operaba a menudo bajo el manto de la defensa.

Es útil recordar que hasta en el apogeo de la Guerra Fría los observadores más sagaces comprendían que la mayor amenaza del comunismo radicaba en la transformación económica de los países comunistas "de maneras que reduzcan su voluntad y habilidad para

<sup>27</sup> Editorial. *New York Times*, 6 de agosto de 1954.

<sup>18</sup> David Green, *The Containment of Latin America*, *Quadrangle*, 1971.

complementar las economías de Occidente', otra versión de la "filosofía del nuevo nacionalismo", en este caso proveniente de 1917<sup>29</sup>.

Las mismas inquietudes explican la persistencia, en el período de posguerra, del "marco analítico que los estrategas políticos norteamericanos habían desarrollado y empleado en los años de entreguerras en sus tratos con los dictadores de derecha" del fascismo europeo, como anota el historiador David Schmitz<sup>30</sup>. El objetivo ha sido controlar "la amenaza comunista", entendida no como amenaza militar, sino, en gran medida, en los términos anteriormente descritos. Bien vale la pena recordar el "marco analítico" de las relaciones con los Estados fascistas, aunque sólo sea porque se empeña en resurgir con tanta tenacidad hasta el día de hoy y tiene por lo tanto mucho que enseñarnos sobre este mundo, moldeado en gran parte por los países más poderosos y las entidades privadas que son sus "herramientas y tiranas" a la vez, tomando las palabras de James Madison al contemplar, con grave desazón, el destino del experimento democrático del que era principal forjador.

El surgimiento del fascismo en el período de entreguerras despertó inquietudes, pero en general fue mirado más bien con buenos ojos por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, el mundo de los negocios y buena parte de la opinión de élite. Esto, porque la versión fascista del nacionalismo extremo permitía una amplia penetración económica por parte de Occidente y a la vez destruía los muy temidos movimientos de los trabajadores y la izquierda, además de la democracia desbordada que les daba cabida. El apoyo a Mussolini fue efusivo. A lo ancho de una amplia gama de opinión, "ese admirable caballero italiano" (como lo describió el presidente Roosevelt en 1933) fue muy respetado hasta el estallido de la Segun-

29 William Yandell Elliot (ed). *The Political Economy of American Foreign Policy*. Holt, Rinehart & Winston, 1955. pág. 42.

30 Schmitz, *The United States and Fascist Italy*. pág. 214.

da Guerra Mundial. El respaldo se extendió también a la Alemania de Hitler. Conviene, de paso, tener en mente que el régimen más monstruoso de la historia subió al poder en el país que en todas las medidas encarnaba la cumbre de las ciencias y las artes de la civilización occidental y que era tenido por un modelo de democracia antes de que el conflicto internacional cobrara formas que no cuadraban con esa concepción<sup>31</sup>; un país que, como sucedió con Saddam Hussein medio siglo después, conservó un sustancial apoyo angloamericano hasta que Hitler se lanzó en una agresión directa que comprometía gravemente los intereses de Estados Unidos y Gran Bretaña.

El apoyo al fascismo fue inmediato. Elogiando la toma del poder por los fascistas en Italia, que prontamente acabó con el sistema parlamentario y suprimió con violencia la oposición obrera y política, el embajador Henry Fletcher daba voz a las premisas que habrían de guiar la política de Estados Unidos allí y en todas partes en los años por venir. Italia enfrentaba una dura disyuntiva, escribía este al secretario de Estado: o "Mussolini y fascismo", o "Giolitti y socialismo" (Giolitti era un jefe del liberalismo italiano). Diez años después, en 1937, el Departamento de Estado seguía viendo en el fascismo europeo una fuerza moderada que "debe triunfar, o las masas, ahora reforzadas por la decepcionada clase media, girarán a la izquierda otra vez". Ese mismo año el embajador de Estados Unidos en Italia, William Phillips, se mostraba "sumamente impresionado con los esfuerzos de Mussolini por mejorar la situación de las masas" y encontraba "muchas pruebas" a favor de la aserción de los fascistas de que "ellos representan una verdadera democracia, en cuanto que el bienestar del pueblo es su objetivo principal". Pensaba que los logros de Mussolini eran "asombrosos [y] fuente de constante sorpresa" y celebraba con entusiasmo sus "grandes ca-

<sup>31</sup> Véase, Ido Oren, *Our Enemies and Us*. Cornell. 2002.

lidades humanas". El Departamento de Estado coincidía con entusiasmo, alabando también las "magníficas" proezas de Mussolini en Etiopía y aclamando al fascismo por haber "sacado orden del caos, disciplina de la licencia y solvencia de la bancarrota". En 1939, Franklin D. Roosevelt seguía considerando al fascismo "de gran importancia para el mundo [aunque] aún está en la fase experimental".

En 1938, Roosevelt y su hombre de confianza Sumner Welles dieron aprobación al pacto de Munich de Hitler, que desmembró a Checoslovaquia. Como señalamos atrás, Welles sentía que esto presentaba "una oportunidad para que las naciones del mundo establezcan un nuevo orden fundado en la justicia y en la ley", donde los moderados nazis cumplirían un papel protagónico. En abril de 1941, George Kennan escribía desde su despacho consular en Berlín que los líderes alemanes no desean "ver sufrir a otro pueblo bajo el dominio de Alemania", que están "muy ansiosos por que sus nuevos subditos sean felices bajo su cuidado" y que están haciendo "importantes arreglos" para asegurar este benigno desenlace.

El mundo de los negocios también mostró gran entusiasmo por el fascismo europeo. Hubo una bonanza de inversiones en la Italia fascista "Los ítalos se desitalianizan", declaraba la revista *Fortune* en 1934. Con el ascenso de Hitler las inversiones se dispararon en Alemania por razones semejantes: se había creado un clima favorable a los negocios, conjurado ya el peligro de "las masas". Scott Newton escribe que, hasta el comienzo de la guerra en 1939, Gran Bretaña brindó aún más apoyo a Hitler, por motivos de hondo arraigo en las relaciones industriales, comerciales y financieras angloalemanas, y en razón de "una política de autodefensa por parte de las clases gobernantes británicas", dadas las crecientes presiones democráticas populares<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Schmitz, *The United States and Fascist Italy*. Kennan, citado por Christopher Simpson en *The Splendid Blond Beast, Common Courage*, 1095. Newton, en *Diplomacy and Statecraft* 2, núm. 3, noviembre de 1991.

Incluso después de que Estados Unidos entró en la guerra, las actitudes siguieron siendo ambivalentes. Hacia 1943 este país y Gran Bretaña habían dado inicio a sus esfuerzos, que se intensificaron después de la guerra, por dismantelar la resistencia antifascista en todo el mundo y restaurar algo así como el orden tradicional, a menudo premiando a algunos de los peores criminales de guerra con la asignación de destacados papeles". Revisando el expediente, Schmitz hace notar que "la base ideológica y los supuestos fundamentales de la política estadounidense siguieron siendo notablemente consecuentes" en lo que quedaba del siglo. La Guerra Fría "requirió nuevas tácticas y enfoques", pero en lo demás dejó intactos los imperativos de entreguerras<sup>34</sup>.

El "marco analítico" que Schmitz ilustra en detalle ha perdurado hasta el presente, dejando una secuela de inmenso sufrimiento y devastación. Todo el tiempo, los planificadores de políticas han enfrentado el "angustioso problema" de cómo reconciliar el compromiso formal con la democracia y la libertad, por un lado, y el imperioso hecho de que "Estados Unidos a menudo tendrá que hacer cosas terribles para conseguir lo que siempre quiso", como observa Alan Tonelson. Lo que este país siempre quiso fueron "políticas económicas que permitieran que las firmas norteamericanas operasen con toda la libertad posible y muchas veces monopolizando todo lo posible", con el objeto de crear "una economía mundial capitalista integrada y bajo el dominio de Estados Unidos"<sup>35</sup>.

Más siniestro aún que la "filosofía del nuevo nacionalismo" era el peligro de que se convirtiera en un "virus" que infectara a otros,

53 Véase mi *Deterring Democracy*, cap. 11, y las fuentes allí citadas. Se reseña material posterior en mis *Year 501*, cap. 2, y *World Orders Old and New*, Columbia, 1994, edición ampliada, 1996, cap. 1.

34 Schmitz, *Thank God They're on Our Side*, pág. 305.

35 Alan Tonelson, en *New York Times Book Review*. 25 de diciembre de 1988.

no mediante un ataque, sino por el ejemplo. Eso se supo desde un comienzo. El secretario de Estado Lansing advirtió al presidente Wilson que el mal bolchevique podía propagarse, "un verdadero peligro, en vista del proceso de descontento social en el mundo entero". A Wilson lo inquietaba en particular que "los [soldados] negros estadounidenses que volvían del extranjero" vinieran contagiados del ejemplo de las juntas de soldados y obreros que se estaban organizando en Alemania al final de la guerra, fundando una modalidad de democracia que a Occidente le resultaba tan intolerable como lo era para Lenin y Trotski. Temores parecidos expresaba el gobierno de Lloyd George en Gran Bretaña al descubrir que la "hostilidad al capitalismo" estaba muy esparcida entre los trabajadores de Inglaterra, quienes prestaban cuidadosa atención a las juntas populares que se crearon en Rusia antes de que el ascenso de los bolcheviques acabara con ellas en un despliegue de violencia contrarrevolucionaria que no dispuso las inquietudes de las élites de Occidente.

En Estados Unidos, el "Pánico a los Rojos" de Wilson suprimió en gran medida la agitación social, aunque sólo por un tiempo. Los altos empresarios siguieron atentos "al riesgo que se cierne sobre los industriales [con] el poder político que las masas recientemente han percibido" y la constante necesidad de moldear la opinión pública "si queremos librarnos del desastre"<sup>36</sup>. El nerviosismo por el desarrollo económico soviético y su poder demostrativo perduró hasta la década de 1960, cuando la economía soviética empezó a estancarse, en gran medida debido a la acelerada carrera armamentista que el premier soviético Kruschev trató de impedir desesperadamente.

En ciertos aspectos significativos la propia Guerra Fría, desde sus orígenes en 1917, fue, a grandes rasgos, un conflicto Norte-Sur. Rusia había sido el "tercer mundo" original de Europa, en decadencia

<sup>36</sup> Lansing y Wilson citados por Lloyd Gardner en *Safe for Democracy*. Oxford, 1987. Alex Carey, *Taking the Risk Out of Democracy*, University of Illinois, 1997.

cia en relación con Occidente hasta la Primera Guerra Mundial, al tiempo que cumplía la función estándar de suministrar recursos, mercados y oportunidades de inversión. El caso ruso fue especial por su magnitud y poderío militar, factor este de creciente importancia después de haber cumplido el papel protagónico en la derrota de la Alemania nazi y alcanzado la talla de superpotencia en el terreno militar. Pero sus amenazas principales siguieron siendo las mismas que acechan por fuera del mundo occidental: el nacionalismo independiente y el efecto del virus.

Sobre estas premisas es posible explicar el "ilogismo lógico" de que hablaba el Departamento de Guerra en 1945, en sus preparativos para que Estados Unidos tomara el control de gran parte del mundo y tendiera un cerco militar alrededor de Rusia, negándole al adversario cualquier derecho equiparable. El "ilogismo" percibido se esfuma tan pronto nos damos cuenta de que la Unión Soviética tal vez "coqueteaba con la idea" de unirse a la "creciente oleada mundial en la que el hombre del común aspira a horizontes más vastos y encumbrados"<sup>37</sup>. Los planes eran por consiguiente lógicos y necesarios, por más ilógicos que puedan parecer a simple vista.

Prestantes académicos están básicamente de acuerdo. John Lewis Gaddis data con realismo el origen del conflicto Rusia-Estados Unidos en 1917 y explica que la pronta invasión por parte de Occidente fue un acto justo de legítima defensa. Se emprendió "en respuesta a una intervención profunda y de posible gran alcance del nuevo gobierno soviético en los asuntos internos, no sólo de Occidente, sino prácticamente de todos los países del mundo": a saber: "el desafío de la Revolución (...) a la mismísima supervivencia del orden capitalista"<sup>38</sup>. El cambio del ordenamiento social en Rusia y

37 Citado por Melvin Leffier en *A Preponderance of Power*, Stanford, 1992, pág. 78.

38 John Lewis Gaddis, *The Long Peace*, Oxford, 1987, pág. 10.

la posibilidad de que el desarrollo ruso pudiera infectar a otros justificaban, por lo tanto, la invasión a ese país.

El ataque es, pues, defensa, otro "ilogismo lógico" que adquiere coherencia cuando se entiende correctamente el mecanismo doctrinario. Los mismos argumentos dan razón de la persistencia de las políticas básicas de Estados Unidos y otras potencias occidentales antes, en medio y después de la Guerra Fría, siempre en defensa propia. Nótese que la invasión defensiva de Rusia de 1918 es otra precursora de la doctrina de la guerra preventiva declarada en septiembre de 2002 por nacionalistas radicales en pos de su sueño imperial.

Volvamos a la "notable discontinuidad en la historia de la política internacional" a finales de la Segunda Guerra Mundial (Robert Jervis). Un elemento es el hecho de que la Unión Americana se convirtió en protagonista de la escena mundial, desplazando a sus rivales europeos y valiéndose de su incomparable riqueza y poderío para organizar el sistema mundial con cuidado y pericia». Pero Jervis pensaba más bien en la "paz democrática". Durante siglos los europeos se habían dedicado a masacrarse entre sí, conquistando entretanto la mayor parte del mundo. En 1945 se dieron cuenta de que el juego no iba más: la próxima partida sería la final. Las potencias occidentales aún pueden apelar a la violencia contra los débiles e indefensos, pero no unas contra otras. El conflicto entre superpotencias de la Guerra Fría también se ciñó a esta comprensión, aunque no sin correr riesgos extremos.

La interpretación estándar discrepa de esto: la "paz democrática" refleja "una feliz combinación de normas e instituciones liberales tales como la democracia representativa y las economías de mercado". Aunque esos factores tienen peso real, su contribución

a la notable discontinuidad no se puede evaluar correctamente sin prestar la atención debida a la conciencia de que la civilización occidental estaba al borde de aniquilarse a sí misma, gracias al seguimiento racional de sus prácticas tradicionales. Ahora Europa disfruta de paz interna, tal como Norteamérica desde que su población nativa fue poco menos que exterminada, se conquistó la mitad de México, se fijó la frontera entre Estados Unidos y Canadá y el término "Estados Unidos" pasó del plural al singular hace 150 años. A escala mundial, sin embargo, las prácticas, las instituciones y la cultura dominantes permanecen inmutables en gran parte. Los presagios no se pueden desestimar a la ligera.

## 4 Tiempos peligrosos

LA PREOCUPACIÓN POR LAS AMENAZAS del presente es generalizada y realista. En febrero de 2002 el famoso "reloj del Juicio Final" del *Boletín de los Científicos Atómicos* fue adelantado dos minutos hacia la medianoche, aún antes de que la administración Bush promulgara su Estrategia de Seguridad Nacional y su Revisión de la Postura Nuclear, que hicieron correr escalofríos por todo el mundo. Con distintas amenazas en mente, el analista estratégico Michael Krepon calificaba los últimos días de 2002 como "los tiempos más peligrosos desde la crisis de los misiles de Cuba en 1962". Un grupo de trabajo de alto nivel concluyó: "entramos en una época de peligro especialmente grave [ahora que nos] disponemos a atacar a un adversario despiadado [Iraq] que muy posiblemente tiene acceso a [armas de destrucción masiva]". Es probable que semejantes peligros se agraven en el largo plazo como consecuencia de la fácil apelación a la violencia, como han señalado tantos.

Las razones ocultas tras estas preocupaciones merecen un escrutinio más minucioso, pero un enfoque demasiado estrecho podría inducir a error. Podemos forjarnos una opinión más realista sobre ellas preguntándonos por qué la crisis de los misiles de Cuba fue un

<sup>1</sup> Michael Krepon, analista estratégico del Henry L. Stimson Center, citado por Faye Bowers y Howard La Franchi, en *Christian Science Monitor*, 31 de diciembre de 2002. Gary Hart y Warren Rudman (co-presidentes), *America-Still Unprepared, Still in Danger*. Council on Foreign Relations, 2002.

"tiempo peligroso". Las respuestas atañen directamente a los peligros que tenemos por delante.

#### **A UNA PALABRA DE LA GUERRA NUCLEAR**

La crisis de los misiles "fue el momento más peligroso de la historia humana", comentaba Arthur Schlesinger el 22 de octubre de 2002, en una conferencia en La Habana con motivo del cuadragésimo aniversario de la crisis y a la que asistieron algunas de las personas que la vivieron por dentro. Quienes en ese entonces tomaban las decisiones sin duda entendieron que el destino del mundo estaba en sus manos. No obstante, los asistentes a la conferencia pueden haber quedado impactados con algunas de las revelaciones. Se les informó que en octubre de 1962 el mundo estuvo "a una palabra" de la guerra nuclear. "Un tipo de apellido Arkhipov salvó al mundo", dijo Thomas Blanton, del Archivo de Seguridad Nacional en Washington, entidad que ayudó a organizar el evento. Se refería a Vasili Arkhipov, un oficial de submarino de la Unión Soviética que bloqueó una orden de disparar torpedos con cabezas nucleares el 27 de octubre, en el momento más tenso de la crisis, cuando los submarinos fueron atacados por destructores de Estados Unidos. Con toda seguridad la reacción habría sido devastadora y hubiera dado paso a una guerra mayor.

A los partícipes de las decisiones de entonces, y de la retrospectiva de cuarenta años después, no hubo que recordarles la advertencia del presidente Eisenhower de que "una guerra mayor destruiría el Hemisferio Norte"<sup>3</sup>. "El paralelo entre el manejo que le

<sup>2</sup> Marion Lloyd, en *Boston Globe*, 13 de octubre de 2002; Kevin Sullivan, en *Washington Post*, 3 de octubre de 2002.

<sup>3</sup> Eisenhower, citado por Matthew Evangelista en *Working Paper 19*, Cold War International History Project, Woodrow Wilson International Center for Scholars, diciembre de 1997.

dio Kennedy a la crisis y las deliberaciones del presidente Bush sobre Iraq fue un tema recurrente en la reunión", informó la prensa, "con muchos de los participantes acusando a Bush de hacer caso omiso de la historia" y afirmando que "habían venido a asegurarse de que no volvería a suceder y a ofrecer enseñanzas para las crisis de hoy, entre las que destacan los debates del presidente George W. Bush en torno a un ataque a Iraq". Schlesinger no fue sin duda el único en hacer ver que "Kennedy optó por la cuarentena como alternativa a la acción bélica [mientras que] Bush se empeña en la acción bélica"; ni, se supone, el único que quedó desconcertado al enterarse de lo cerca que estuvo el mundo de la destrucción, incluso bajo la opción menos agresiva.

En su autorizada relación de la crisis de los misiles, Raymond Garthoff observa que "en Estados Unidos la aprobación del manejo dado por Kennedy a la crisis fue casi universal". La afirmación es justa, pero que esa aprobación fuera merecida es ya otro asunto.

El enfrentamiento acabó reduciéndose a dos cuestiones básicas: (1) que Kennedy prometiera que Estados Unidos no invadiría a Cuba; y (2) que declarara en público que el país retiraría sus misiles nucleares Júpiter de Turquía, en la frontera con Rusia y dirigidos a su centro vital. Kennedy terminó negándose a las dos. Sólo accedió al compromiso secreto de retirar los misiles, que de todas maneras ya estaban destinados a ser reemplazados por submarinos nucleares Polaris. Se rehusó a cualquier promesa formal de no invadir a Cuba. Más bien, siguió "conduciendo una política activa para debilitar y remover el régimen de Castro, incluyendo operaciones encubiertas contra Cuba", como anota Garthoff.

Al agudizarse la crisis, en un gesto francamente provocador, se entregaron los misiles al alto mando turco "con pompas y ceremonias" el 22 de octubre. Garthoff comenta que el evento "sin duda

4 Lloyd, en *Boston Globe*, 13 de octubre de 2002.

alguna fue advertido en Moscú, *pero no* en Washington"<sup>5</sup>. Allí sería visto, presumiblemente, como otro ejercicio de "ilogismo lógico".

Como los poderosos moldean la historia, el momento más dramático de la crisis de los misiles estuvo a cargo del embajador de Estados Unidos en la **ONU**, Adlai Stevenson, cuando, ante el Consejo de Seguridad el 25 de octubre, desnudó la duplicidad soviética al publicar la fotografía de un emplazamiento de misiles en Cuba tomada por aviones espía norteamericanos. El concepto de "momento Stevenson" ha ingresado a la memoria histórica, en celebración de su victoria sobre el pérfido enemigo que buscaba destruirnos.

Como un mero ejercicio intelectual, imaginemos cómo sería visto el "momento Stevenson" por un hipotético observador extraterrestre. Llamémoslo Marciano y supongámoslo libre de los sistemas doctrinarios o ideológicos de nuestro planeta. Marciano notaría seguramente que no hay un "momento Kruschev" en la historia, un momento en que el premier soviético Nikita Kruschev o su embajador en la **ONU** revelaran con dramatismo fotografías de los misiles Júpiter emplazados en Turquía en 1961-1962, o del desafiante traspaso de los misiles a los militares turcos con "pompas y ceremonias" justo cuando se veía venir el momento más peligroso de la historia humana. Reflexionando sobre esta diferencia, Marciano debería recordar que los misiles Júpiter eran sólo un pequeño elemento de una amenaza bastante mayor contra Rusia, y que Rusia había sido invadida y casi destruida repetidas veces en el último medio siglo; dos de ellas por la recientemente rearmada Alemania, cuya más rica mitad occidental estaba ahora en el seno de una alianza militar hostil dirigida por la mayor superpotencia del mundo; y otra, en 1918, por Gran Bretaña. Estados Unidos y sus aliados. Y podría observar

<sup>5</sup> **Raymond Garthoff**, *Reflections on the Cuban Missile Crisis*, **Brookings Institution**, 1987, págs. 37, 83, 86, 89. El énfasis es suyo. **Las ojivas de combate siguieron bajo el control de Estados Unidos, desde luego.**

que no había, claro, ningún peligro de que Rusia invadiera a Turquía, ni ninguna campaña terrorista o guerra económica a gran escala de Rusia en contra de Turquía, ni cualquier flaco equivalente de las acciones criminales que la administración Kennedy llevaba a cabo contra Cuba en ese tiempo.

A pesar de todo esto, únicamente el "momento Stevenson" existe en los anales de la historia. Marciano sin duda captaría cómo esta distinción refleja el equilibrio del poder en el mundo. A lo mejor recordaría también un principio que dista poco de ser un universal histórico de la cultura intelectual: *Nosotros* somos "buenos" (quienesquiera que seamos *nosotros*) y *ellos* son "malos", si se atraviesan en nuestro camino. Así pues, la asimetría radical tiene perfecto sentido, dentro del marco de la doctrina instituida.

Los contornos de la asimetría se definen aún más cuando examinamos el ocasional intento por mitigar las culpas: el delito de los rusos en Cuba fue la clandestinidad, mientras que Estados Unidos cercó a Rusia con armas ofensivas letales de manera totalmente abierta. Eso es cierto. El amo del mundo no sólo no necesita enmascarar sus intenciones sino que prefiere pregonarlas, a fin de "no perder credibilidad". La subordinación del sistema ideológico al poder asegura que prácticamente cualquier acción -el terrorismo internacional (como en Cuba), la agresión manifiesta (como en Vietnam del Sur en la misma época), la participación en matanzas para destruir al único partido de masas (como en Vietnam del Sur e Indonesia) y muchas otras— se relega al olvido, o se reconvierte en un acto de legítima defensa o de generosidad que tal vez se salió de tu cauce.

<sup>6</sup> El principal investigador académico del gobierno de Estados Unidos reconoció que "el único partido de masas" en Vietnam del Sur era el Frente de Liberación Nacional y que Estados Unidos debía apelar a la violencia para destruirlo. Véase Douglas Pike, *Viet Cong*, MIT, 1966. En Indonesia, el principal objetivo de la enorme matanza apoyada por Estados Unidos en 1965 era el **PKI**, que desarrolló

La importancia de tener una "historia" moldeada correctamente volvió a quedar probada en febrero de 2003, cuando Colin Powell se dirigió ante el Consejo de Seguridad de la ONU para informar a sus miembros que Estados Unidos iría a la guerra, con la autorización de la ONU o sin ella. El interrogante de algunos observadores era si Powell lograría salir con su "momento Stevenson".

Hubo quienes pensaran que lo hizo. El columnista William Safire de *The New York Times* saludó victoriosamente el "momento Adlai Stevenson" de Powell: una imagen satélite de unos camiones junto a un búnker donde supuestamente se almacenaban armas químicas, y después otras sin los camiones: prueba patente de que Iraq había engañado a los inspectores de la ONU trasladando las armas ilegales antes de que ellos llegaran, y de que los ladinos iraquíes habían infiltrado el grupo de inspectores, corroborando la hipótesis estadounidense de que estos no eran confiables y, por lo tanto, no se les podían suministrar los datos de inteligencia que Washington afirmaba poseer. Más tarde se admitió, con el silencioso asentimiento de Powell, que por un número de razones - el lapso transcurrido entre una foto y otra, el uso incierto del lugar en cuestión - las fotografías no probaban nada. Fue uno de una serie de casos parecidos que llegaron a ser todo un torrente. Aún así, se juzgó que ese fue un "momento Stevenson", por más que Adam Clymer señaló la "acusada diferencia" que había entre los dos: el de Stevenson fue de "verdadero temor por los misiles soviéticos, por una inminente conflagración atómica". Tal parece que no hubo temor alguno, en ninguna parte, por los misiles de la frontera con Rusia.

Para el hijo de Stevenson las diferencias son todavía más agudas: **una "base de masas entre el campesinado" mediante su "vigorosa defensa de los intereses de los (...) pobres". Véase Harold Crouch, *The Army and Politics of Indonesia*, Cornell, 1978. págs. 351. 155.**  
7 William Safire, en *New York Times*, 6 de febrero de 2003. Adam Clymer, en *New York Times*, 6 de febrero de 2003.

das. Su padre había presentado ante el Consejo de Seguridad pruebas de que "una superpotencia nuclear instalaba misiles en Cuba y amenazaba con descompensar el 'equilibrio de pavor' del mundo"; o que, desde el punto de vista de Marciano, amenazaba con alterar el equilibrio de pavor del mundo para que se inclinara un poco menos a favor de Washington. Además, agrega: "Ese 'momento' tenía un propósito evidente: contener a la Unión Soviética y preservar la paz"<sup>8</sup>. Traduciendo al marciano: el momento Stevenson sí contribuyó a una contención parcial, pero de Washington, no de la URSS. Se evitó una posible invasión a Cuba, aunque la campaña de terrorismo internacional y la guerra económica de Washington se reanudaron al instante y la amenaza contra Rusia se intensificó; todo lo cual adquiere mayor significación si se mira en el contexto de los intercambios entre las superpotencias de ese entonces, a los que ahora regresamos.

Kennedy no abrigaba dudas sobre la amenaza de los misiles rusos en Cuba. En una reunión con sus consejeros de alto nivel (EXCOMM, por las siglas en inglés del Comité Ejecutivo de Seguridad Nacional), dijo: "Es como si de repente empezáramos a poner un gran número de [misiles balísticos de mediano alcance] en Turquía (...). Ahora, eso sería endemoniadamente peligroso". Su consejero de Seguridad Nacional, McGeorge Bundy, le respondió: "Bueno, ya hicimos eso, señor presidente". Sorprendido, **JFK** dijo: "Pero eso fue hace cinco años". Uno, en realidad, durante su propio mandato. Más adelante Kennedy expresó su preocupación de que si los hechos se divulgaban, la decisión de arriesgar una guerra en vez de acordar públicamente el retiro conjunto de misiles de Cuba y Turquía no lo haría quedar muy bien en Peoria [es decir, la América profunda]: temía que la mayoría de las personas lo considerara un trueque muy justo"<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Adlai Stevenson III, en *New York Times*, 7 de febrero de 2003.

<sup>9</sup> Véase Thomas Paterson, "Cuba and the Missile Crisis", en Merrill y Paterson (ed.), *Major Problems in American Foreign Relations*.

Cualquiera sea el juicio sobre las acciones de Krushev y Kennedy, todo el mundo debería estar de acuerdo en que la decisión de Krushev de enviar los misiles a Cuba fue un acto de demencia criminal, a la luz de las posibles consecuencias. Pero el colmo de la demencia sería condenar a quienes dieron la voz de alarma y criticaron agriamente a Krushev por proceder a pesar de los riesgos. Es una verdad trillada que las decisiones se evalúan según el abanico de posibles consecuencias; y comprendemos perfectamente esa verdad ante los actos de los enemigos oficiales, pero nos cuesta trabajo aplicarla a nosotros mismos. Abundan los ejemplos al respecto, entre ellos recientes ejercicios militares de Estados Unidos. Los organismos de ayuda, los académicos y otros que dieron debido aviso de los peligros en Afganistán e Iraq fueron ridiculizados cuando lo peor, por fortuna, no ocurrió. En un plano igual de imbecilidad moral, uno saldría a las calles cada octubre a cantar alabanzas al Kremlin y ridiculizar a los que advirtieron sobre los peligros de emplazar misiles en Cuba y se obstinaron en condenar la demencia criminal del acto.

Algunos funcionarios del gobierno de Kennedy afirman que el presidente no había autorizado la invasión de Cuba. Sin embargo, el secretario de Defensa, Robert McNamara, informó a sus colegas de gabinete el 22 de octubre de 1962 que "el presidente nos ordenó preparar una invasión hace varios meses (...). Y hemos elaborado planes muy detallados", tan completos, que en una semana se podía lanzar una invasión". En la conferencia del cuadragésimo aniversario, McNamara reiteró su opinión de que "Cuba tenía razón en temerle al ataque. De haber estado en el pellejo de un cubano o de un soviético, yo hubiera pensado igual".

Lo que ocurrió, y sus antecedentes nos ofrecen, sin lugar a du-

<sup>10</sup> Ernest May y— Philip Zelikow (eds), *The Kennedy Tapes*. Harvard. 1998, pág. 263.

das, "una enseñanza para las crisis de hoy", como insistieron en decir los participantes de la conmemoración de octubre de 2002. Aunque ese puede haber sido "el momento más peligroso de la historia humana", no es el único caso de coqueteos con catástrofes. Además, está lejos de ser la única ilustración sobre las consecuencias imprevistas e imprevisibles del recurso, o la amenaza siquiera, de la fuerza; entre las muchas razones por las que la gente cuerda entiende que esta es un último recurso y que se debe probar su necesidad exhaustivamente.

Otras enseñanzas tienen que ver directamente con las accidentadas relaciones de Estados Unidos y Europa, tópico que también afloró en la reunión de aniversario. La crisis de los misiles sugiere ciertas explicaciones de por qué los europeos se muestran cautelosos con la dirigencia política norteamericana, que en aquel caso no eran nacionalistas radicales de derecha, sino personajes que estaban del lado liberal y multilateral del espectro político. El destino de Europa colgaba en la balanza cuando el presidente y sus asesores decidieron rechazar el que temían que fuera a ser considerado un "trueque justo" si se llegaba a saber. Pero a Europa se la tuvo a oscuras y fue tratada con desdén. El EXCOMM de Kennedy "repudió

tajantemente cualquier idea de compartir con los aliados decisiones que habrían podido conducir a la destrucción atómica de Europa Occidental, así como de Norteamérica", escribe Frank Costigliola en uno de los escasos estudios sobre el tema.

Kennedy dijo privadamente al secretario de Estado que los aliados "tienen que acompañarnos o quedarse atrás (...). No podemos aceptar el veto de ninguna otra potencia", palabras que volvieron a escucharse cuarenta años más tarde de labios de Bush y Powell. El comandante estadounidense de la OTAN puso a la fuerza aérea de la alianza en alerta sin consultar con Europa. El principal aliado de Kennedy, el primer ministro británico, Harold Macmillan, confesó a sus subordinados que las acciones de Kennedy "corrían rumbo a

la guerra", pero que él no podía hacer nada "para detenerla": sólo sabía lo que podía conocer a través de la inteligencia británica. En una discusión interna, en plena crisis, un alto consejero de Kennedy expresó la percepción de Washington sobre la relación especial US-UK: Gran Bretaña "actuará como nuestro lugarteniente (la palabra de moda es 'socio')". McGeorge Bundy sugirió hacer un esfuerzo por alentar a los europeos a que "sientan que hacen parte de eso (...) sientan que saben", pero sólo para mantenerlos tranquilos. Los europeos son incapaces del enfoque "racional y lógico" de quienes toman las decisiones en América, precisó su asesor Robert Komer. Si los líderes europeos descubrieran lo que estaba pasando, agregó Bundy, podrían hacer "ruido (...) diciendo que si ellos pueden vivir con los [misiles balísticos de mediano alcance] soviéticos, por qué nosotros no". La palabra "ruido" implicaba "un clamor disonante, sin inteligencia", añade Costigliola".

Muchos europeos tal vez no estarían muy contentos con la importancia dada a su supervivencia, por más que respetados comentaristas estadounidenses aseguren que su renuencia a "acompañarnos" es un signo de "antinorteamericanismo paranoico", "ignorancia y avaricia" y otras "deficiencias culturales".

El terrorismo internacional acaparaba titulares de prensa por los días en que se celebraba la conferencia conmemorativa, al igual que la supuesta nueva doctrina de Washington sobre cambio de régimen. Pero poco de nuevo tiene: la crisis de los misiles de Cuba fue el producto directo de una campaña de terrorismo internacional dirigida a un cambio de régimen forzoso. El historiador Thomas Paterson concluye, muy plausiblemente, que "los orígenes de la crisis de oc-

.. Frank Costigliola, en *Political Science Quarterly*, primavera de 1995.  
Costigliola, en Thomas Paterson (ed), *Kemedy's Quest for Victory*, Oxford, 1989. El alto consejero, no plenamente identificado, puede ser Dean Acheson o Mike Mansfield.

tubre de 1962 se remontan en gran parte a la campaña coordinada por Estados Unidos para aplastar la revolución cubana" por medio de la violencia y la guerra económica<sup>12</sup>. Podremos comprender mejor las actuales implicaciones al examinar la evolución de aquella crisis y los principios rectores que dieron paso a las políticas.

#### **TERRORISMO INTERNACIONAL Y CAMBIO DE RÉGIMEN: CUBA**

La dictadura de Batista fue derrocada en enero de 1959 por las tropas guerrilleras de Castro. Ya en marzo, el Consejo Nacional de Seguridad (CNS) contemplaba maneras de propiciar un cambio de régimen. En mayo, la CIA empezaba a armar guerrillas en Cuba. "En el invierno de 1959-1960 hubo un incremento significativo de bombardeos y ataques incendiarios orquestados por la CIA y piloteados por cubanos exiliados" desde bases en Estados Unidos<sup>13</sup>. No es necesario detenernos en lo que Estados Unidos o sus satélites harían en iguales circunstancias. Cuba, empero, no respondió con acciones violentas de venganza o disuasión en territorio estadounidense. En cambio, siguió el procedimiento señalado en el derecho internacional. En julio de 1960 Cuba pidió ayuda a la ONU, presentando ante el Consejo de Seguridad el registro de unos veinte bombardeos, incluyendo los nombres de los pilotos, los números de matrícula de los aviones, bombas que no explotaron y otros detalles específicos: y, protestando por los daños y el número de bajas de consideración, hizo un llamado por la resolución del conflicto a través de canales

<sup>12</sup> Paterson. "Cuba and the Missile Crisis".

<sup>13</sup> Morris Morley, *Imperial State and Revolution*. Cambridge, 1987. Véase

Daniele Ganser, *Reckless Gamble*, University Press of the South. 2000. y

Mrphen Streeter. *Managing the Counterrevolution*. Ohio, 2000. Pág. 216. Sobre la petición de Cuba a la ONU, véase Ganser.

diplomáticos. El embajador estadounidense, Henry Cabot Lodge, respondió "garantizando [que] Estados Unidos no abriga intenciones de agresión contra Cuba". Cuatro meses antes, en marzo de 1960, su Gobierno había tomado en secreto la decisión formal de derrocar el gobierno de Castro, y los preparativos de la invasión de Bahía Cochinos estaban muy adelantados<sup>14</sup>.

Washington temía que los cubanos intentaran defenderse. Por tal motivo, Allen Dulles, jefe de la CIA, instó a los británicos a no suministrar armas a Cuba. Su "principal razón", como informó a Londres el embajador británico, "era que eso podría llevar a los cubanos a solicitar armas soviéticas o del bloque soviético", un paso que "tendría tremendos efectos", recalca Dulles, al permitirle a Washington mostrar a Cuba como una amenaza de seguridad para el hemisferio, según el guión que tan bien había funcionado en el caso de Guatemala<sup>15</sup>. Dulles se refería al exitoso derrumbamiento por parte de Washington del primer experimento democrático de Guatemala, una tregua de diez años de esperanza y progreso muy temida por Washington por el tremendo apoyo popular detectado por la inteligencia estadounidense y el "efecto demostrativo" de medidas económicas y sociales en beneficio de la inmensa mayoría. La amenaza soviética se invocó reiteradamente, sustentada por el pedido de armas que Guatemala hizo al bloque soviético luego de que Estados Unidos amenazara con un ataque y cortara otras fuentes de suministro. El resultado fue medio siglo de horrores, peor aún que la tiranía respaldada por Estados Unidos que había existido antes.

Para Cuba, las intrigas diseñadas por las "palomas" de línea blanda se asemejaban a las del jefe de la CIA. Tras advertir al presi-

14 "Programa de Acciones Encubiertas contra el Régimen de Castro",  
16 de marzo de 1960.

15 Telegrama británico No. 2455, 24 de noviembre de 1959.  
Véase capítulo 3, nota 26

dente Kennedy sobre "las inevitables secuelas diplomáticas y políticas" de la proyectada invasión de Cuba por un ejército apadrinado, Arthur Schlesinger sugería que se intentara atrapar a Castro en algún acto que diera un pretexto para la invasión: "Uno se puede imaginar una operación negra digamos en Haití, que con el tiempo tentara a Castro a mandar unos cuantos botes con tropas a una playa haitiana, en lo que se podría pintar como un intento por derrocar el régimen de Haití (...) y así la cuestión moral se enturbiaría y la campaña antiestadounidense quedaría coja desde el principio"<sup>16</sup>. El régimen aludido es el del sanguinario dictador "Papá Doc" Duvalier, que contaba con el apoyo de Estados Unidos (con algunas reservas), de modo que un intento por ayudar a los haitianos a derrocarlo sería un acto criminal.

El plan de marzo de 1960 de Eisenhower apuntaba al derrocamiento de Castro a favor de un régimen "más entregado a los verdaderos intereses del pueblo cubano y más aceptable para Estados Unidos", y contemplaba ayuda a las "operaciones militares en la isla" y el "desarrollo de una adecuada fuerza paramilitar fuera de Cuba". La inteligencia informaba que el apoyo popular de Castro era muy extendido, pero Estados Unidos se encargaría de precisar "los verdaderos intereses del pueblo cubano". El cambio de régimen se llevaría a cabo "en tal forma que se evitara toda apariencia de una intervención estadounidense", debido a la esperada reacción de América Latina y a problemas de manejo doctrinario en casa.

La invasión de Bahía Cochinos vino un año después, en abril de 1961, tras la toma de posesión de Kennedy. Fue autorizada en medio de una atmósfera de "histeria" sobre Cuba en la Casa Blanca, como testificó después Robert McNamara ante el Comité Church del Senado. En la primera reunión del gabinete, luego del fracaso de la invasión, el ambiente era "casi salvaje", según comentó en privado

16 Arthur Schlesinger, *Memorando al presidente*, 11 de febrero de 1961.

Chester Bowles: "había una reacción casi frenética pidiendo un programa de acción". En una reunión del CNS dos días más tarde, Bowles encontró que el ambiente era "casi emocional" y le impresionó "la gran falta de integridad moral" reinante. El estado de ánimo se vio reflejado en los discursos públicos de Kennedy: "Las sociedades apoltronadas, consentidas, blandas, están a punto de ser barridas con los escorbros de la historia. Sólo las fuertes (...) tienen posibilidad de sobrevivir", le dijo al país, tocando un tema al que le sacarían buen provecho los reaganistas durante sus propias guerras de terror". Kennedy era consciente de que los aliados "nos creen un poquito locos" en lo que toca a Cuba, percepción que ha perdurado hasta el presente".

Kennedy puso en marcha un embargo asfixiante que difícilmente podía aguantar un pequeño país convertido en "colonia virtual" de Estados Unidos en los sesenta años que siguieron a su "liberación" de España". También mandó intensificar la campaña terrorista: "Le pidió a su hermano, el fiscal general, Robert Kennedy, que dirigiera el grupo de alto nivel de agencias del Estado que supervisarían la operación Mangosta, un programa de operaciones paramilitares, guerra económica y sabotaje que lanzó a finales de 1961 para infligir los 'terrores de la tierra' a Fidel Castro y, en términos más prosaicos, derribarlo".

17 Thomas Paterson en, Paterson y otros, (eds.). *Kennedy's Quest*.

Para los textos completos. véase Mark White. *The Kennedys and Cuba*, Ivan Dee, 2001, pág. 37 y sigs.

18 May y Zelikow (eds.) *The Kennedy Tapes*, pág. 134; 18 de octubre de 1962, durante una discusión interna sobre el uso de la fuerza en la crisis de los misiles.

19 May y Zelikow (eds.), *The Kennedy Tapes*, pág. ix. Sobre la toma del poder por Estados Unidos bajo la apariencia de la liberación, véase Louis Pérez, *The War of 1898, North Carolina*, 1998.

20 Piero Gleijeses, *Conflicting Missions, North Carolina*, 2002, pág. 16. La frase citada es de Arthur Schlesinger, refiriéndose a los objetivos de Robert Kennedy en su libro *Robert Kennedy and His Times*, Ballantine, 1978. págs. 477-80.

La campaña terrorista "no fue cosa de risa", escribe Jorge Domínguez en una reseña de materiales recientemente desclasificados sobre operaciones durante el mandato de Kennedy, materiales que vienen "intensivamente saneados" y son apenas "la punta del iceberg", agrega Piero Gleijeses<sup>21</sup>.

La operación Mangosta fue "pieza central de la política estadounidense hacia Cuba, desde finales de 1961 hasta el comienzo de la crisis de los misiles en 1962", comenta Mark White; y también fue el programa del que "llegaron a perder las esperanzas" de los hermanos Kennedy. Robert Kennedy informó a la CIA que el problema cubano era de "prioridad absoluta para el gobierno de Estados Unidos -todo lo demás es secundario- y no deben ahorrarse tiempo, esfuerzos o efectivos" en el intento de derrocar el régimen castrista. Edward Lansdale, jefe de Mangosta, presentó un cronograma que remataba en "la revuelta pública y el derrocamiento del régimen comunista" en octubre de 1962. La "resolución final" del programa declaraba que "el éxito definitivo requerirá la decisiva intervención militar estadounidense", luego de que el terrorismo y la subversión hubieran preparado el terreno. Quedaba entendido que la intervención militar ocurriría en octubre de 1962, cuando estallara la crisis de los misiles<sup>22</sup>.

En febrero de 1962, el Estado Mayor Conjunto aprobó un plan más extremo que el de Schlesinger: emplear "medios encubiertos (...) para tentar o provocar a Castro o algún subordinado incontrolable a obrar en una franca reacción hostil contra Estados Unidos; reacción que a su turno produciría una justificación para que Estados Unidos no sólo tome represalias sino que destruya a Castro con rapidez, fuerza y determinación"<sup>23</sup>. En marzo, a petición del Proyecto

<sup>21</sup> Jorge Domínguez, en *Diplomatic History* 24, núm. 2, primavera de 2000. Gleijeses, *Conflicting Missions*, págs. 402-3.

<sup>22</sup> White, *The Kennedys and Cuba*, págs 71, 95 y sigs. 106,115 y sigs.

<sup>23</sup> Tim Weiner, en *New York Times*, 13 de octubre de 2002. citando un

Cuba del Departamento de Defensa, el Estado Mayor Conjunto entregó un memorando al secretario de Defensa, Robert McNamara, donde se delineaban "pretextos que a juicio de ellos suministrarían justificaciones para una intervención militar de Estados Unidos en Cuba". El plan se pondría en marcha si "en los próximos 9-10 meses no se logra instigar una rebelión interna creíble", pero antes de que Cuba estableciera relaciones con Rusia que pudieran "involucrar directamente a la Unión Soviética".

Un prudente empleo del terror debe ahorrarle riesgos a quien lo perpetra.

El plan de marzo consistía en construir "sucesos al parecer inconexos para camuflar el objetivo final y crear la requerida impresión de un alto grado de precipitación y responsabilidad de Cuba en contra de otros países y de Estados Unidos", para poner a la Unión Americana "en la aparente situación de abrigar justificadas ofensas [y crear] una imagen internacional de amenaza cubana contra la paz del Hemisferio Occidental". Entre las medidas propuestas estaba la de volar un barco norteamericano en Guantánamo para crear "un incidente tipo *recuerda el Maine*", publicar listas de bajas en periódicos estadounidenses para causar una "conveniente oleada de indignación nacional", pintar las investigaciones cubanas del caso como "pruebas bastante contundentes de que la nave fue atacada", desarrollar una "campaña de terror del comunismo cubano [en la Florida] e incluso en Washington", lanzar incursiones de incendiarios del bloque soviético para quemar cultivos de caña de los países vecinos, derribar un avión sin piloto y hacer creer que era un vuelo chárter que llevaba estudiantes universitarios de vacaciones, y otras estrategias igualmente ingeniosas que, aunque no se ejecutaron.

memorando de febrero de 1962; también citado por la AP en *Boston Globe*, 30 de enero de 1998.

eran otro signo de la atmósfera "frenética" y "salvaje" que entonces imperaba<sup>24</sup>.

El 23 de agosto el presidente expidió el Memorando de Seguridad Nacional No. 181, "una directiva para fraguar una rebelión interna, a ser seguida por una intervención militar estadounidense", que implicaba "planes, maniobras y movimientos de tropas y equipos de cierta magnitud por parte de Estados Unidos", de los cuales seguramente estaban enteradas Cuba y Rusia<sup>25</sup>. También en agosto se intensificaron los ataques terroristas, entre ellos el ametrallamiento desde una lancha rápida de un hotel costero cubano "donde se sabía que se reunían técnicos militares soviéticos; murieron asesinados una veintena de rusos y cubanos"; ataques contra buques cargueros británicos y cubanos; contaminación de cargamentos de azúcar, y otras atrocidades y sabotajes, en su mayor parte llevados a cabo por organizaciones de cubanos en el exilio con licencia de operar libremente en la Florida<sup>26</sup>. "Pocas semanas después sobrevino "el momento más peligroso de la historia humana".

Las operaciones terroristas continuaron durante lo más tenso de la crisis de los misiles. Fueron canceladas formalmente el 30 de octubre, varios días después del acuerdo entre Kennedy y Kruschev, pero aun así se siguieron efectuando. El 8 de noviembre "un equipo cubano de acciones clandestinas de sabotaje, enviado desde Estados Unidos, hizo explotar una planta industrial en Cuba", con lo cual mataron a 400 trabajadores, según el gobierno cubano. Raymond Garthoff escribe que "los soviéticos no podían menos de ver [el atentado] como un intento por echar marcha atrás en lo que para ellos

24 Memorando al Secretario de Defensa, "Justificación de una Intervención Militar de Estados Unidos en Cuba (TS)", Operación Northwoods, 13 de marzo de 1962.

25 Paterson, *Kennedy's Quest for Victory*.

26 Garthoff, *Reflections*, pág. 16 y sigs.

era el asunto clave pendiente: las promesas norteamericanas de no atacar a Cuba"; y concluye que esta y otras acciones revelan nuevamente "que el riesgo y el peligro para ambos bandos pudieron haber sido extremos», sin quedar excluida la catástrofe"<sup>27</sup>.

Superada la crisis, Kennedy reanudó la campaña terrorista. Diez días antes de ser asesinado, aprobó un plan de la CIA para "operaciones de destrucción" por fuerzas apadrinadas por Estados Unidos "contra una gran refinería y depósitos petroleros, una importante central eléctrica, ingenios azucareros, puentes ferroviarios, instalaciones portuarias, así como la demolición submarina de muelles y naves". El día en que murió Kennedy se daba inicio a un complot para matar a Castro. La campaña se canceló en 1965. pero "uno de los primeros actos de gobierno de Nixon en 1969 fue instruir a la CIA para que redoblara las acciones encubiertas contra Cuba"<sup>28</sup>.

De especial interés son las percepciones de los estrategas. En su reseña de documentos sobre el terror de la era Kennedy recién sacados a la luz, Domínguez comenta que "apenas una vez en esas casi mil páginas de documentación un oficial estadounidense levanta algo así como una tenue objeción moral ante el terrorismo auspiciado por el gobierno de Estados Unidos": un miembro del personal del CNS indicó que se podría provocar una reacción de los rusos y que las incursiones que corren "al azar y matan inocentes (...) podrían significar mala prensa en algunos países amigos". Similares actitudes prevalecen a lo largo de las discusiones internas, como cuando Robert Kennedy advierte que una invasión de gran envergadura a Cuba "mataría una cantidad terrible de personas, eso nos pondría en un terrible aprieto"<sup>29</sup>.

27 Garthoff. *Ibíd.*, págs. 78-79,108-9.

28 Memorando del 12 de noviembre de 1962, citado por Gleijeses en *Conflicting Missions* pág. 25. Garthoff, *Reflections*, págs. 91. 98.

29 Domínguez, en *Diplomatic History*. May y Zelikow, (eds). *The Kennedy Tapes*, pág. 66.

Las actividades terroristas siguieron adelante bajo Nixon, llegando al culmen a mediados de los años setenta, con ataques contra barcos pesqueros, embajadas y oficinas cubanas en el extranjero y la voladura de un avión de pasajeros cubano en la que murieron sus setenta y tres ocupantes. Esta y otras operaciones terroristas posteriores fueron ejecutadas desde el territorio de la Unión Americana, aunque ya para entonces el FBI las consideraba actos criminales.

Así siguieron las cosas mientras la prensa condenaba a Castro por mantener "un cuerpo armado, pese a la promesa de no atacar hecha por Washington en 1962"<sup>30</sup>. La promesa debía haber bastado, sin importar lo que vino después; para no hablar de las promesas que la antecedieron, ya entonces bien documentadas, junto con información sobre qué tanto se podía confiar en ellas, verbigracia el "momento Lodge" de julio de 1960.

Al cumplirse treinta años de la crisis de los misiles, Cuba protestó por un ataque con ametralladora contra un hotel turístico de propiedad hispano-cubana; un grupo de Miami se atribuyó el golpe. La pista de los atentados con bomba en Cuba en 1997, en los que murió un turista italiano, condujo a Miami. Los responsables eran delincuentes salvadoreños que operaban bajo la dirección de Luis (Posada) Carriles y eran financiados desde Miami. Posada, uno de los terroristas internacionales «más notorios, había escapado de una cárcel en Venezuela, donde purgaba pena por la voladura del avión cubano con el apoyo de Jorge Mas Canosa, un hombre de negocios de Miami que presidía la (exenta de impuestos) Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA). Posada viajó de Venezuela a El Salvador, donde obtuvo trabajo en la base aérea de Ilopango ayudando a organizar ataques terroristas de Estados Unidos contra Nicaragua, bajo la dirección de Oliver North.

30 Editorial. *New York Times*. 2 de enero de 1989.

Posada ha descrito en detalle sus actividades terroristas y la financiación que recibía de exiliados y la FNCA en Miami, pero estaba confiado en que el **FBI** no lo iba a investigar. Era un veterano de Bahía Cochinos, y sus posteriores operaciones en los años sesenta corrieron bajo la dirección de la **CIA**. Cuando se unió después a la inteligencia venezolana con ayuda de la **CIA**, se las arregló para que Orlando Bosch, un compinche de sus días con la **CIA** que había sido condenado en Estados Unidos por atentar con explosivos contra un carguero con destino a Cuba, se le uniera en Venezuela con el fin de organizar nuevos ataques contra Cuba. Un ex funcionario de la **CIA** familiarizado con los atentados con bomba contra Cuba identifica a Posada y Bosch como los únicos sospechosos de la voladura del avión, defendida por Bosch como un "acto legítimo de guerra". Considerado en general como el "genio creador" del atentado, Bosch fue responsable de otros treinta actos de terrorismo, según el **FBI**. En 1989 el entrante gobierno de Bush I le concedió un perdón presidencial luego de intensos cabildos de Jeb Bush y dirigentes cubano-estadounidenses del sur de la Florida, en contra de los deseos del Departamento de Justicia, que había llegado a la "inevitable [conclusión] de que sería nocivo para el interés público de Estados Unidos dar asilo seguro a Bosch [puesto que] la seguridad de este país guarda relación con su capacidad de instar a otras naciones para que nieguen ayuda y asilo a los terroristas"<sup>31</sup>.

Los ofrecimientos de cooperación por parte de Cuba de compartir inteligencia para prevenir ataques terroristas han sido rechaza-

31 Reuters, *Boston Globe*, 15 de octubre de 1992. Juan Tamayo. en **Miami Herald**. 16 de noviembre de 1997; Tamayo, *ibíd.*. 28 de septiembre de 1997. Andrew Cawthorne. en *Boston Globe*, 12 de marzo de 1999 Ann Louise **Bardad** y Larry Rohter. en *New York Times*. 12 y 13 de julio de 1998 Anya Landau y Wayne Smith. en *International Policy Report*. Center for International Policy, noviembre de 2002.

dos por Washington, aunque algunos sí condujeron a acciones por parte de la Unión: "Altos oficiales del **FBI** visitaron Cuba en 1998 para reunirse con sus homólogos cubanos, que suministraron [al **FBI**] expedientes sobre la que indicaron que era un red terrorista con base en Miami, información recogida en parte por cubanos que se habían infiltrado en grupos de exiliados". Tres meses después el **FBI** arrestaba un grupo de cubanos infiltrados en grupos terroristas con base en Estados Unidos. Cinco de ellos recibieron largas condenas<sup>32</sup>.

El pretexto de la seguridad nacional perdió las pocas hebras de credibilidad que pudiera tener tras el colapso de la Unión Soviética en 1991, aunque apenas en 1998 la inteligencia estadounidense notificó oficialmente al país que Cuba ya no era una amenaza para la seguridad nacional. Con todo, la administración Clinton insistió en que la amenaza militar cubana se rebajara a "desestimable" pero no se eliminara por completo. Aun con esta calificación, la evaluación de inteligencia eliminaba un peligro detectado por el embajador mexicano en 1961, cuando rechazó la intención de **JFK** de organizar una acción colectiva contra Cuba arguyendo que "si declaramos públicamente que Cuba es una amenaza contra nuestra seguridad, cuarenta millones de mexicanos morirán de risa"<sup>33</sup>.

Para ser justos, pese a todo, hay que reconocer que los misiles en Cuba sí significaban una amenaza. En discusiones privadas, los hermanos Kennedy expresaron temores de que la presencia de misiles rusos en Cuba podría impedir una invasión de Estados Unidos a Venezuela. De modo que "lo de Bahía Cochinos estuvo bien, realmente" concluyó **JFK**<sup>34</sup>.

32 **Duncan Campbell**, en *Guardian*, 7 de abril de 2003. Para un análisis de los cargos y antecedentes, véase **William Blum**, en *Counterpunch*, 1 de septiembre de 2002.

33 **Ruth Leacock**, *Réquiem for Revolution*, **Kent State**. 1990. pág.33.

34 **May y Zelikow (eds)**. *The Kennedy Tapes*, pág. 91.

El gobierno de Bush 1 «respondió a la eliminación del pretexto de la seguridad con un recio endurecimiento del embargo, presionado por Clinton, que rebasó a Bush por el flanco derecho en la campaña electoral de 1992. La guerra económica cobró aún más dureza en 1996, despertando condenas hasta de los aliados más cercanos de Estados Unidos. El embargo fue criticado también dentro del país, bajo el argumento de que perjudicaba a los exportadores e inversionistas estadounidenses: únicas víctimas del embargo, según la idea corriente en este país: los cubanos no se ven afectados. Las investigaciones de los expertos norteamericanos cuentan otra historia. Por ejemplo, un detallado estudio realizado por la Asociación Estadounidense para la Salud Mundial concluyó que el embargo tenía graves consecuencias de salud y que sólo gracias al admirable sistema de sanidad cubano se había evitado una "catástrofe humanitaria". De esto prácticamente nada se ha hablado en Estados Unidos»<sup>35</sup>.

El embargo ha represado eficazmente hasta la comida y los medicamentos. En 1999 la administración Clinton alivió ese tipo de sanciones para todos los países en la lista oficial de "Estados terroristas", con la excepción, de Cuba, elegida para recibir un castigo único. Sin embargo, Cuba no está del todo sola en este respecto. Cuando un huracán asoló las islas antillanas en agosto de 1980, el presidente Carter se negó a prestar cualquier tipo de ayuda si no se excluía a Granada, como castigo por ciertas iniciativas sin especificar del gobierno reformista de Maurice Bishop. Cuando los países damnificados se negaron a aceptar la exclusión de Granada, habiendo fracasado en percibir la amenaza a la supervivencia que encarnaba la capital mundial de la nuez moscada, Carter retuvo todas las ayudas. De modo similar, cuando un huracán golpeó a Nicaragua en octubre de 1988, con sus secuelas de hambruna y daño

35 Morris Morley y Chris McGuillion, *Unfinished Business*, Cambridge, 2002. pág. 223, nota.

ecológico grave, los presentes mandatarios de Washington se dieron cuenta de que su guerra terrorista podía beneficiarse del desastre y en consecuencia negaron las ayudas, incluso para la zona costera del Caribe, que tenía estrechos vínculos con Estados Unidos y abrigaba un profundo resentimiento contra los sandinistas. Volvieron a hacer lo mismo cuando una marejada sísmica arrasó varias aldeas pesqueras de Nicaragua en septiembre de 1992, dejando cientos de muertos y desaparecidos. En esta ocasión se hizo un espectáculo de ayuda, pero oculto en la letra menuda estaba el hecho de que, fuera de una impresionante donación de 25 000 dólares, el resto sería descontado de partidas de asistencia que ya estaban programadas. Se prometió al Congreso, sin embargo, que ese mísero auxilio no afectaría la suspensión que la administración había hecho de más de cien millones de dólares de ayuda al protegido gobierno de Nicaragua, en vista de que no había mostrado suficiente sumisión<sup>36</sup>.

La guerra económica contra Cuba ha recibido enérgicas condenas en prácticamente todos los foros internacionales de importancia, e incluso fue declarada ilegal por la Comisión Jurídica de la por lo general obsecuente Organización de Estados Americanos. La Unión Europea exhortó a la Organización Mundial de Comercio a que condenara el embargo. La administración de Clinton respondió a esto diciendo que "Europa pone en entredicho 'tres décadas de política estadounidense con Cuba que data de la administración Kennedy' y que apunta de lleno a un cambio de régimen en La Habana"<sup>37</sup>. También declaró que la **OMC** carece de competencia para emitir fallos sobre la seguridad nacional de Estados Unidos o para obligarlo a cambiar sus leyes. Washington procedió entonces a viciar la cuestión, al retirarse de las sesiones.

36 Morley y McGuillion, *íbid.* p.153. Véase mi *Necessary Illusions*, págs. 101, 177. Shirley Christian, en *New York Times*, 4 de septiembre de 1992.

37 David Sanger, en *New York Times*, 21 de febrero de 1997.

#### **DESAFÍO EXITOSO**

Las razones de los ataques terroristas internacionales contra Cuba y el embargo económico ilegal aparecen escritas en los registros nacionales. Y a nadie debería sorprender que estén cortadas por un patrón conocido: el de Guatemala unos años antes, para dar un ejemplo.

De la mera cronología se infiere que el temor de una invasión rusa no pudo haber sido un factor de peso. Los planes para forzar el cambio de régimen se trazaron y pusieron en marcha antes de que existiera una conexión rusa significativa, y las sanciones se endurecieron luego de que Rusia desapareció del panorama. Es verdad que surgió una amenaza rusa, pero esta fue más consecuencia que causa del terrorismo y la guerra económica estadounidenses.

En julio de 1961 la CIA señalaba que "la difundida influencia del castrismo no se debe al poder de Cuba (...). La sombra de Castro se agiganta porque algunos factores sociales y económicos en toda América Latina invitan a oponerse a las autoridades de gobierno y dan pie a la agitación por un cambio radical", para lo cual Cuba servía de modelo. Ya antes Arthur Schlesinger había pasado al presidente electo Kennedy su informe de la Misión Latinoamericana, que advertía sobre la susceptibilidad de los latinoamericanos a "la idea de Castro de tomar uno las riendas de sus propios asuntos". El informe registraba, ciertamente, una conexión con el Kremlin: la Unión Soviética "ronda por los lados, blandiendo gruesos préstamos de fomento y presentándose como el modelo de cómo alcanzar la modernización en una sola generación". Los peligros de la "idea de Castro" son particularmente graves, precisaba Schlesinger más adelante, cuando "la distribución de las tierras y otras riquezas nacionales favorecen grandemente a las clases acaudaladas" y "los pobres y desvalidos, animados por el ejemplo de la revolución cubana, ahora exigen oportunidades para una vida digna". Kennedy temía que

la ayuda de Rusia convirtiera a Cuba en un "modelo" de desarrollo y diera a los soviéticos una clara ventaja en toda América Latina.

A comienzos de 1964 el Consejo de Planeación de Políticas del Departamento de Estado especificó estas inquietudes: "El principal peligro que tenemos en Castro está (...) en el impacto que la misma existencia de su régimen ejerce sobre el movimiento de izquierda en muchos países de Latinoamérica (...). La sencilla verdad es que Castro representa un desafío exitoso a Estados Unidos, una negación de toda nuestra política hemisférica durante casi siglo y medio"<sup>38</sup>. Para decirlo en términos sencillos, según escribe Thomas Paterson,

Cuba, en cuanto símbolo y realidad, retó la hegemonía de Estados Unidos en América Latina"<sup>39</sup>. El terrorismo internacional y la guerra económica para propiciar cambios de régimen no se justifican por lo que Cuba hace, sino por su "misma existencia", su "desafío exitoso" al legítimo amo del hemisferio. El desafío puede justificar acciones todavía más violentas, como en Serbia, como se reconoció calladamente después de los hechos, o Iraq, como también se admitió cuando los pretextos se fueron a pique.

La indignación por los desafíos se remonta a los albores de la historia de Estados Unidos. Hace doscientos años Thomas Jefferson condenó acremente a Francia por su "actitud desafiante" de quedarse con Nueva Orleans, codiciada por él. Jefferson advirtió que "el carácter [de Francia] se sitúa en un punto de fricción eterna con el nuestro, que, aunque ama la paz y la conquista de riquezas, es magnánimo". Su "desafío [nos obliga] a desposarnos con la nación y la armada británicas", sentenció Jefferson, retractándose de anteriores actitudes que reflejaban la crucial contribución francesa a la li-

38 Gleijeses. *Conflicting Missions*, pág. 26.

39 Paterson "Cuba and the Missile Crisis".

beración de las colonias del dominio británico<sup>40</sup>. Gracias a la lucha de Haití por la independencia, sin ayuda de nadie y repudiada casi de modo universal, el desafío de Francia se acabó al poco tiempo; pero los principios rectores siguen siendo los mismos para determinar amigos o enemigos.

### PRINCIPIOS RECTORES

Los principios que afloraron en la crisis de los misiles explican por qué es irrelevante el derecho internacional. La legislación nacional también fue declarada irrelevante. Al rechazar un concepto legal de 1961, que sostenía que la invasión de Bahía Cochinos violaba las leyes de neutralidad de Estados Unidos, el procurador general, Robert Kennedy, dictaminó que las fuerzas manejadas por este país eran 'patriotas'. Por ende, ninguna de sus actividades "parece ser violación de nuestras leyes de neutralidad", que "claramente (...) no fueron diseñadas para la clase de situación que existe en el mundo actual".

El mundo no se volvió extraordinariamente peligroso de un momento a otro el 11 de septiembre, ni requirió "nuevos paradigmas" que den al traste con el derecho y los organismos internacionales y confieran a la Casa Blanca el poder de ignorar la legislación nacional.

Los logros del terrorismo internacional se excluyen de la historia higienizada, pero sus perpetradores se ufanan de ellos. La famosa Escuela de Las Américas, que adiestra oficiales latinoamericanos para que cumplan sus misiones, proclama con orgullo, como "argu-

40 Carta a Robert Livingston, 18 de abril de 1802, citada en *National Interest*, primavera de 2003.

41 Robert F. Kennedy, citado por Michael McClintock en *Instruments of Statecraft*, Pantheon, 1992, pág. 23.

mento de peso", que el Ejército de Estados Unidos ayudó a "derrotar la teología de la liberación"<sup>42</sup>, esa herejía en la que incurrió la Iglesia de América Latina al tomar "la opción preferencial por los pobres", y fue obligada a padecer su dosis de "terrores de la tierra" por haberse desviado del buen camino. De manera simbólica, la siniestra década del terror Reagan-Bush I se inauguró, al poco tiempo de haberse instaurado, con el asesinato de un arzobispo conservador salvadoreño que se había convertido en "la voz de los sin voz", con la complicidad tenuemente velada de fuerzas de seguridad estadounidenses; y se cerró con el asesinato de seis intelectuales jesuitas salvadoreños, a los que un batallón de élite adiestrado y armado por Washington, que ya tenía un grueso expediente de actos sangui-narios, les voló los sesos luego de dar muerte a su casera y a la hija de esta.

La significación de estos sucesos en la cultura occidental queda ilustrada por el hecho de que nadie lee la obra ni conoce los nombres de estos problemáticos sacerdotes, en agudo contraste con sus homólogos bajo la férula del Kremlin. Así pues, fueron asesinados doblemente: matados y olvidados. De hecho, los cadáveres recibieron otra patada en el rostro. Estaban aún frescos los asesinatos cuando Václav Havel visitó Washington para dar un discurso ante una sesión conjunta del Congreso, donde recibió una ovación de pie por alabar a los "defensores de la libertad", quienes, como él y su público sabían sin duda alguna, habían armado y adiestrado a los asesinos de los seis destacados intelectuales latinoamericanos, mientras dejaban el rastro ensangrentado de las víctimas de costumbre. Sus alabanzas a nuestras gloriosas personas después de estas hazañas le ganaron el estruendoso aplauso de prestantes comentaristas liberales, que veían en ello nuevas señales de que entrábamos en "una

<sup>42</sup> Citado por Adam Isacson y Joy Olson en *Just the Facts, Latin America Working Group and Center for International Policy*, 1999, p. ix.

era romántica" (Anthony Lewis) y se maravillaban ante la "voz de la conciencia" de Havel, que "habla acuciosamente de las responsabilidades que las grandes y las pequeñas potencias tienen unas con otras" (editorialistas de *The Washington Post*). Pero no mencionaron la responsabilidad que Estados Unidos tiene ante la gente de Centroamérica, por lo menos con los que sobrevivieron a la sangui-naria arremetida de la década de 1980<sup>43</sup>.

En el caso de Cuba el "desafío exitoso" produjo reacciones que llevaron al mundo al borde de la destrucción. Pero eso es algo inusual. Por lo regular se ha derrotado al desafío exitoso con una u otra forma de violencia, sin riesgo alguno para los victimarios. Una estrategia de principios de los años sesenta era la instalación de Estados neonazis de seguridad nacional, cuya finalidad era "destruir para siempre una amenaza percibida contra la estructura existente de privilegios socioeconómicos, al eliminar la participación política de la mayoría numérica"; es decir, las "clases populares"<sup>44</sup>. Esta práctica desató una epidemia de represión y terror por todo el continente, llegando a Centroamérica durante la fase reaganista del corriente mandato político. La plaga comenzó con el golpe militar en Brasil, puesto en marcha antes del asesinato de Kennedy y ejecutado poco después. Washington cooperó con las fuerzas militares que derrocaron la democracia parlamentaria, en reconocimiento por su orientación básicamente democrática y pro Estados Unidos", como explicó el embajador de Kennedy, Lincoln Gordon. Mientras los torturadores y verdugos llevaban a cabo su trabajo, Gordon saludaba "la victoria más decisiva para la libertad en la segunda mitad del siglo xx". La "rebelión democrática", telegrafió Gordon a Washington, ayudaría a "moderar los excesos izquierdistas" del antiguo

**43 Véase mi** *Deterring Democracy*, cap. 10.

**44 Lars Schoultz.** *Human Rights and United States Policy toward Latin America*, Princeton, 1981, pág 7.

gobierno populista moderado elegido en las urnas, y las "fuerzas democráticas" que regían ahora deberían "crear un clima mejor para la inversión privada"<sup>45</sup>.

La opinión de Gordon recibió el respaldo de otras figuras destacadas de las administraciones de Kennedy y Johnson, aunque para la década de 1980, como en Chile por los mismos años, los generales brasileños dejaron con gusto el daño en manos civiles. A pesar de las enormes ventajas del "Coloso del Sur", los generales dejaron al Brasil "en la misma categoría que los países africanos o asiáticos menos desarrollados en lo que toca a índices de bienestar social" (desnutrición, mortalidad infantil, etc.), en condiciones de desigualdad y penuria rara vez vistas en otras partes, pero en gran estado para los inversores foráneos y los privilegiados del país<sup>46</sup>.

Estas prácticas no se han restringido al ámbito de la doctrina Monroe. Para tomar uno de muchos ejemplos de otras partes del mundo, mientras Washington facilitaba la "rebelión democrática" en Brasil y buscaba frustrar los intentos de Cuba por "tomar las riendas de sus propios asuntos", se enviaba al veterano estadista Ellsworth Bunker a Indonesia a investigar la turbulenta situación allí. Este informó a Washington que "el objetivo declarado de Indonesia es 'tenerse en sus propios pies' para el desarrollo de su economía, libre de toda influencia extranjera, en especial de Occidente". Una Evaluación de Inteligencia Nacional de septiembre de 1965 advertía que si los esfuerzos del Partido Indonésio de Masas (PKI) "para energizar y unir a la nación indonesia (...) corrían con éxito, Indonesia sería un poderoso ejemplo para el mundo subdesarrollado y por lo tanto un crédito para el comunismo y un revés para el prestigio occidental". La amenaza en Indonesia se conjuró unas

**45** Para un análisis, contexto y fuentes, véase *mi Year* 501, cap. 7.

**46** Thomas Skidmore. *The Politics of Military Rule in Brazil, 1964-85*. Oxford, 1988. Véase también *mi Year* 501, cap. 7.

pocas semanas después con una matanza, seguida por la instalación de la dictadura de Suharto. Desde la década de 1950, el miedo a la independencia y al exceso de democracia -dejar que un popular partido de los pobres participara en la contienda electoral— eran factores detrás de las maniobras subversivas y violentas de Washington allí, tal como sucedía en Latinoamérica<sup>47</sup>.

Los crímenes de Cuba se hicieron todavía más ingentes en 1975, cuando esta extendió su alcance hasta el África, sirviendo de instrumento a la cruzada rusa por el dominio del mundo, según sentenció Washington. "Si el neocolonialismo soviético triunfa" en Angola, tronaba el embajador en la ONU, Daniel Patrick Moynihan, "el mundo no volverá a ser el mismo. Las rutas petroleras de Europa caerán bajo el control soviético y también el Atlántico Sur, de importancia estratégica, siendo el Brasil el siguiente objetivo en la lista del Kremlin". El argumento suena otra vez conocido, con cambios en el reparto de personajes.

La cólera de Washington se exacerbó con otro acto de desafío exitoso de Cuba. Cuando una invasión sudafricana apoyada por Estados Unidos estaba a punto de conquistar la recién independizada Angola, Cuba envió tropas por iniciativa propia, casi sin notificar a Rusia, y repelió a sus invasores. La prensa sudafricana sonó la alarma sobre "los golpes al orgullo de Sudáfrica" y el "impulso al nacionalismo africano, que ha visto a Sudáfrica forzada a retirarse" por soldados cubanos negros. El principal periódico negro de Sudáfrica escribió que "El África negra cabalga en la cresta de una ola generada por el triunfo cubano en Angola" y "saborea el vino embriagador de poder ver cumplido el sueño de la 'liberación total'"<sup>48</sup>.

La defensa de Angola fue una de las principales contribuciones

47 "Relaciones Indonesio-americanas", 1965. SNIE, 1 de septiembre de 1965.

Citado por Mark Curtis en *Web of Deceit*. Vintage, 2003, págs. 399 y sigs.

48 Gleijeses, *Conflicting Missions*, pág. 332, 346.

de Cuba a la liberación de África. No se sabía cuán notables fueron esas contribuciones hasta que apareció la obra precursora de Gleijeses, que contaba "la historia de la aspiración de un pequeño país por desafiar la opresión de una gran potencia y, gracias a heroísmos individuales y sacrificios extraordinarios, por cambiar todo un continente"<sup>49</sup>.

Glejeses comenta que "Kissinger hizo todo lo posible por aplastar el único movimiento que representaba alguna esperanza para Angola", el MPLA. Y aunque este "carga con una grave responsabilidad por las desgracias de su país" en años posteriores, fue "la implacable hostilidad de Estados Unidos [la que] lo forzó a caer en una malsana dependencia del bloque soviético y alentó a Sudáfrica a lanzar incursiones militares devastadoras en la década de los años ochenta"<sup>50</sup>.

Las numerosas campañas de terrorismo internacional y guerra económica para derrotar el "desafío exitoso" y los "excesos izquierdistas" que adoptan la "filosofía del nuevo nacionalismo" y acaso hasta están influenciados por la teología de la liberación, de las que aquí se da una exigua muestra, se consideran de poca monta o hasta claramente legítimas, al igual que sus amargas consecuencias. Por consiguiente, casi no entran en la copiosa literatura ni en el debate público actuales sobre el terrorismo internacional y la supuestamente nueva doctrina de Washington de "cambio de régimen". En el peor de los casos, se pueden despachar con eufemismos tranquilizadores. La ocasional referencia de pasada nos cuenta que nada sucedió en Cuba más allá de "la campaña de desestabilización que llevó el nombre de operación Mangosta", y que, por fortuna, "con el colapso de la Unión Soviética, el terrorismo de izquierda está casi agotado. Corea del Norte y Cuba ya no se dedican tanto como antes a pro-

49 Victoria Brittain, en *Race and Class*, abril-junio de 2003.

50 Gleijeses, *Conflicting Missions*, pág. 359.

mover el desorden"<sup>51</sup>. Las menciones a Cuba abundan en los trabajos académicos sobre el terrorismo, pero típicamente como sospechosa del crimen, no como víctima<sup>52</sup>. El terrorismo internacional de Reagan y Bush en Nicaragua y otras partes no existe, o como mucho se le achaca al descuido o algún otro desvío comprensible de la misión que la Divina Providencia confió a los líderes del "nuevo mundo idealista resuelto a acabar con la inhumanidad". Y la persistencia de procedimientos comunes de operación después de la Guerra Fría tampoco ocurrió o no tiene importancia. Prevalece un principio capital: las fechorías las cometen los otros; nosotros somos culpables únicamente de error involuntario o de omisión.

Es de suma importancia para el futuro que en una potencia que domina al mundo sea fácil borrar hasta los peores crímenes. Las guerras de Indochina son un notable ejemplo. Tras varios años de destrucción brutal, gran parte de la población estadounidense había llegado a oponerse a las guerras por cuestión de principios. Entre las élites educadas, sin embargo, las objeciones se daban regularmente sobre la base de costos y fracasos. Podemos conceder que hubo algunas fallas en nuestro por lo general loable esfuerzo, notoriamente en Mi Lai. "Cuando los estadounidenses recuerdan con tristeza e incluso vergüenza la guerra de Vietnam, lo que tienen en mente son horrores como la *masacre* de Mi Lai", escribe Jean Bethke Elshtain, en el único ejemplo de Vietnam que aparece en su iracunda denuncia de los crímenes de otros. Mi Lai resulta conveniente porque la manzanza se les puede endilgar a reclutas incultos que trataban de sobrevivir a las «espantosas condiciones del campo de batalla, a dife-

51 David González:, en *New York Times*, 14 de octubre de 2002. Barry Gewen. en *New York Times Book Review*. 15 de septiembre de 2002.

52 Alexander George. (ed), *Western State Terrorism*, Routledge, 1991.

Véase también Chomsky y Herman, *The Political Economy of Human Rights*. South End, 1979, tomo 1, cap. 3, sección 1. y, Edward Herman.

*The Real Terror Network*, South End, 1982.

rencia de, digamos, la operación Wheeler Wallawa (ante la cual Mi Lai fue una humilde nota marginal), una de las muchas operaciones post-tet de homicidio masivo planeadas por gente respetable, idéntica a nosotros, así que no hay por qué sentir "vergüenza", o siquiera "tristeza" por esos crímenes enormes<sup>33</sup>.

Cuba fue añadida a la lista oficial de Estados terroristas en 1982, en reemplazo de Iraq, que fue eliminado para que Saddam Hussein pudiera recibir ayuda de Estados Unidos.

TERRORISMO INTERNACIONAL Y CAMBIO DE  
RÉGIMEN: NICARAGUA

Resulta instructivo dar una mirada a otra campaña terrorista Internacional para derrotar un "desafío exitoso": la guerra terrorista contra Nicaragua. El caso resulta particularmente ilustrativo por el tamaño de las campañas terroristas dirigidas a cambiar el régimen, el papel que cumplieron los actuales gobernantes de Washington en su ejecución y la forma como nos fueron presentadas cuando se llevaron a cabo y, ya en retrospectiva, como se transformaron en el seno de la cultura intelectual. El significado del caso es aún mayor por la poca controversia que despierta, a juzgar por los fallos de las más altas instancias internacionales; o sea, la poca controversia que suscita entre quienes tienen un mínimo de compromiso con los derechos Humanos y la legislación internacional. Hay un modo sencillo de calcular el tamaño de esa categoría: determinar cuán a menudo se dis-

<sup>33</sup> Bethke Elshain, *Just War against Terror*, Basic Books, 2003, pág. 18, el énfasis suyo. Para una relación de estas operaciones, basada en parte en notas que nos suministró Kevin Buckley, jefe del despacho de Newsweek en Saigón, véase Chomsky y Herman. *Political Economy of Human Rights*, tomo I, pág. 313 y sigs., y *Manufacturing Consent*, pág. 196 y sigs. Parte del mismo material aparece en Christopher Hitchens, *The Trial of Henry Kissinger*, Verso, 2001, pág. 30 y sigs.

cuten o mencionan siquiera estos asuntos elementales en los círculos más respetables de Occidente, y en forma más apremiante desde que se redeclaró la "guerra contra el terror" en 1981. De ese simple ejercicio se pueden sacar algunas conclusiones sobre el futuro, no muy optimistas.

El ataque contra Nicaragua fue una de las prioridades de la guerra contra el terror lanzada cuando la administración Reagan subió al poder en 1981, con la mira puesta más que todo en el "terrorismo auspiciado por el Estado". Nicaragua era un agente especialmente peligroso de ese mal por su cercanía a nuestro país: "un cáncer aquí mismo, en nuestro continente", que en forma abierta renovaba las metas de Mein Kampf, como declaró ante el Congreso el secretario de Estado, George Shultz<sup>54</sup>.

Nicaragua estaba armada por la Unión Soviética, que había implantado allí "un centro privilegiado para terroristas y subversivos a sólo dos días" por carretera de Harlingen, Texas, advirtió el presidente; "una daga que apunta al corazón de Texas", parafraseando a un ilustre antecesor suyo. Esta segunda Cuba se iba a convertir en "una plataforma de lanzamiento de la revolución a lo largo y ancho de América Latina, en primer lugar," y luego quién sabe de dónde. "Los comunistas nicaragüenses han amenazado con traer su revolución al propio Estados Unidos". Pronto podremos ver "bases militares soviéticas a las puertas de América", un "desastre estratégico". A pesar de las inmensas probabilidades en su contra, el presidente informó con valentía a la prensa: "Me niego a desistir. Recuerdo a un hombre llamado Winston Churchill, que dijo: 'No desistir nunca. Nunca, nunca, nunca'. Así que no lo haremos"<sup>55</sup>.

54 Testimonios ante el Congreso, 1986, 1983. Véanse los ensayos de Jack Spence y Eldon Kenworthy en, Thomas Wallker (ed),

**Reagan "Versus the Sandinistas", Westview, 1987.**

55 Comentarios hechos en una reunión en la Casa Blanca de los Partidarios de la Ayuda de Estados Unidos a la Resistencia Democrática de Nicaragua, 3 de

Reagan declaró una emergencia nacional, puesto que "las políticas y acciones del gobierno de Nicaragua constituyen una amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional y la política exterior de Estados Unidos". Cuando explicaba el bombardeo de Libia en 1986, Reagan denunció que ese perro rabioso de Gadafi estaba enviando armas e instructores a Nicaragua "para traer esta guerra aquí, a Estados Unidos", como parte de su campaña por "expulsar a Estados Unidos del mundo". Lo más siniestro era la "revolución SIN fronteras" de Nicaragua, que con frecuencia salía a colación aunque de inmediato se había demostrado que era algo infundado. La fuente fue un discurso del líder sandinista Tomás Borge, donde explicaba que Nicaragua esperaba alcanzar el desarrollo y servir de modelo para otros, que tendrían que recorrer sus propias sendas. La diplomacia pública reaganista transmutó el discurso en un plan de conquista mundial y lo transmitió fielmente a los medios<sup>56</sup>.

Todavía más interesante que las bufonadas de una dirigencia política que buscaba escalar a nuevas cumbres del absurdo y el engaño, es el verdadero contenido del documento sujeto a los manejos del Departamento de Estado. Las palabras de Borge probablemente pudieron sembrar pavor en el corazón de los estrategas reaganistas. Estos entendían muy bien que la verdadera amenaza es un desarrollo exitoso que pueda "contagiar a otros", reavivando el peligro del triturado experimento de democracia y reforma social de Guatemala.

marzo de 1986. Walter Robinson, en *Boston Globe*, 22 de marzo de 1986.

<sup>56</sup> Kenworthy, en Walter (ed). *Reagan Versus the Sandinistas*. Véanse también *mis Culture of Terrorism*, pág. 219 y sigs., *Necessary Illusions*, págs. 71 y sigs., y *Deterring Democracy*, p.259, sobre distintas fases a medida que se presentaba la útil pantomima. Para la Emergencia Nacional, véase *New York Times*, mayo 2 de 1985, y mi *Turning the Tide*, *South End*, 1986, pág. 144, para más detalles. Para Libia, véase mi *Pirates and Emperors, Old and New*, *South End*, 2002, versión actualizada de la edición de 1985, pág. 72, sobre el discurso de Reagan ante la *American Bar Association*, julio de 1985.

el "desafío exitoso" de Cuba y muchos otros ejemplos, hasta llegar a los tiempos en que la revolución de Norteamérica aterrorizaba al Zar y a Metternich. Había que remodelar esa amenaza en términos de agresión y terror para los fines de la diplomacia pública.

En cumplimiento de este cometido el secretario de Estado, Shultz, advertía que "el terrorismo es una guerra contra los ciudadanos ordinarios". Decía esto mientras aviones de Estados Unidos bombardeaban a Libia y mataban docenas de ciudadanos ordinarios. El bombardeo fue el primer ataque terrorista de la historia programado para la televisión de horario estelar, en el momento exacto en que las grandes cadenas abrían sus noticieros vespertinos, hazaña técnica nada despreciable, dadas las dificultades logísticas. Shultz alertó en particular sobre el cáncer de Nicaragua, pregonando: "Tenemos que cercenarlo. Y no con medidas suaves: "Los acuerdos son un eufemismo de la capitulación si la sombra del poder no se cierne sobre la mesa de negociaciones", proclamaba Shultz, condenando a quienes defendían "medios utópicos, legalistas, como la mediación externa, las Naciones Unidas y la Corte Mundial, e ignorando el elemento de poder de la ecuación"<sup>57</sup>.

Washington bloqueó rotundamente estas medidas utópicas, empezando por las gestiones de los presidentes centroamericanos para conseguir una paz negociada para la región a comienzos de los años ochenta. Luego procedió a "cercenar el cáncer" con medidas violentas y, lo que no es sorprendente si se considera la distribución de fuerzas, con un éxito arrollador. Thomas Walker, el principal historiador académico sobre el tema de Nicaragua, señala que en pocos años la guerra terrorista de Washington invirtió el marcado crecimiento económico y el progreso social que siguieron al derrocamiento de la dictadura de Somoza, apoyada por Estados Unidos, y condujo al de-

**57** George Shultz. *Departamento de Estado, Current Policy*, núm. 820. Para Libia, véase mi *Pirates and Emperors, Old and New*, cap. 3.

sastre a la altamente vulnerable economía, de modo que el país logró "el poco envidiable estatus de ser el país más pobre del Hemisferio Occidental" para cuando la administración hubo conquistado todos sus objetivos. Un componente del triunfo, prosigue Walker, fue una mortandad equivalente a 2,25 millones de víctimas en Estados Unidos, en términos relativos de población. Thomas Carothers, historiador y funcionario del Departamento de Estado de la era Reagan, anota que para Nicaragua la mortalidad "per cápita fue significativamente más alta que el número de estadounidenses muertos en la Guerra Civil y todas las guerras del siglo xx *sumadas*"<sup>58</sup>.

La destrucción de Nicaragua fue una faena de no poca monta. El progreso del país a principios de la década de 1980 fue elogiado por el Banco Mundial y otras agencias internacionales como "notable" y creador de "una base sólida para el desarrollo socioeconómico de largo plazo" (Banco Interamericano de Desarrollo). En el sector de la salud, el país disfrutó de "una de las más espectaculares mejoras en supervivencia infantil del mundo en desarrollo" (Unicef, 1986). El verdadero cáncer que temían los reaganistas era, pues, grave: la "notable" transformación de Nicaragua podía hacer metástasis en una "revolución sin fronteras", como predicaba el discurso remodelado luego con fines propagandísticos. Así, era apenas lógico, desde el punto de vista de Washington, erradicar el "virus"

antes de que pudiera "contagiar a otros", que a su vez había que "vacunar" con terror y represión<sup>59</sup>.

<sup>58</sup> Thomas Walker, *Nicaragua*. Westview, 2003. Thomas Carothers, en Abraham Lowenthal (ed). *Exporting Democracy*. Johns Hopkins, 1991, el subrayado es suyo. Véase también su *In the name of Democracy*. California, 1991.

<sup>59</sup> Para el Banco Mundial, el BID y otras fuentes, véase mi *Deterring Democracy*, cap 10. Para información sobre salud, véase Sociedad Nicaragüense de Médicos por la Paz y la Defensa de la Vida y Médicos Internacionales por la Prevención de la Guerra Nuclear (IPPNW), *The War in Nicaragua*, MEDIPAZ, Managua y Cambridge, 2003.

Como Cuba, Nicaragua no respondió a la andanada terrorista con bombardeos a Estados Unidos, intentos de asesinato contra la cúpula política y otras medidas similares, que, se nos informa solemnemente, se ajustan a los más excelsos criterios cuando las aplican nuestros líderes. En cambio, buscó amparo ante la Corte Mundial. A la cabeza de su equipo legal estaba el distinguido profesor de Derecho de Harvard Abram Chayes. En la creencia de que Estados Unidos acataría el fallo de un tribunal, el equipo preparó un alegato muy concreto, restringido a actos terroristas que casi ni precisaban argumentación porque ya los admitía la otra parte: el minado de los puertos de Nicaragua, en particular<sup>60</sup>.

En 1986 la Corte falló a favor de Nicaragua, desestimando los alegatos estadounidenses y condenando a Washington por el "uso ilegal de fuerza"; o terrorismo internacional, en términos profanos. El fallo del tribunal fue más allá del reclamo concreto de Nicaragua. Reiterando más enérgicamente resoluciones anteriores, la Corte declaró "prohibida" toda forma de intervención que interfiriese con el derecho soberano de "elección de un sistema político, económico, social y cultural, y la formulación de políticas": la intervención es "ilegítima cuando emplea métodos de coerción sobre estas opciones". La sentencia se aplica a muchos otros casos. La Corte, asimismo, definió explícitamente la "ayuda humanitaria", declarando que toda ayuda estadounidense a los Contras era militar en sentido estricto y por lo tanto ilegal. También dictaminó que la guerra económica de Estados Unidos entraba en violación de tratados vigentes y era, en fin, ilícita<sup>61</sup>.

La decisión tuvo pocos efectos perceptibles. La Corte Mundial

<sup>60</sup> Véase, Paul Reichler, en *Harvard International Law Journal* 42, núm. 1, 2001

<sup>61</sup> "Actividades militares y paramilitares en y contra de Nicaragua".

Corte Internacional de Justicia, 27 de junio de 1986. Consejo de Seguridad

S/18221.11 de julio de 1986.

fue tachada de "foro hostil" por los editorialistas de *The New York Times*; e irrelevante, por consiguiente, como la O N U . Juristas connotados por su defensa del ordenamiento mundial rechazaron el fallo con el argumento de que Estados Unidos "necesita la libertad de defender la libertad" (Thomas Franck), tal como hacía al arrasar a Nicaragua y gran parte de América Central. Otros acusaron a la Corte de tener "estrechos vínculos con la Unión Soviética" (Robert Leiden, *The Washington Post*), censura indigna de una refutación. La posterior ayuda a los contras se siguió describiendo uniformemente como "humanitaria", en violación de la sentencia explícita de la Corte. El Congreso aprobó de inmediato una adición de cien millones de dólares para intensificar lo que la Corte había llamado "uso ilegal de fuerza". Washington continuó socavando estos "medios utópicos y legalistas" hasta que al fin logró sus objetivos mediante la violencia.

La Corte Mundial ordenó, además, a Estados Unidos el pago de indemnizaciones, y Nicaragua buscó un valor estimativo bajo supervisión internacional. Los cálculos oscilaban entre los diecisiete y los dieciocho mil millones de dólares. Desde luego, el pedido de compensaciones fue tildado de ridículo, aunque, por si acaso, cuando Estados Unidos recobró el control, presionó arduamente al gobierno de Nicaragua para que abandonara todo reclamo de las indemnizaciones prescritas por la Corte.

Curiosamente, la cifra de diecisiete mil millones de dólares es la cantidad pagada por Iraq a compañías y personas naturales en compensación por la invasión de Kuwait. El número de muertos en la conquista iraquí de Kuwait parece ser del orden del de la invasión estadounidense a Panamá unos meses antes (entre cientos y miles, según diversos cálculos), una fracción apenas de las muertes en Nicaragua y acaso el 5 por ciento de los muertos en la invasión is-

raelí al Líbano apoyada por Estados Unidos en 1982. En tales casos no se piensa, por supuesto, en indemnizaciones.

Otra comparación dicente en términos de compensaciones es la de Vietnam. Aquí las posturas van, como de costumbre, de las de las "palomas" a las de los "halcones". Del ala columbina, el presidente Carter aseguraba a los norteamericanos que respecto a Vietnam no teníamos deuda ni responsabilidad de prestarle asistencia porque "la destrucción fue mutua". Otros pensaban que no debíamos mostrar un corazón tan blando. Asumiendo una posición moderada, ni paloma ni halcón, el presidente Bush I declaró que "fue un conflicto enconado, pero Hanoi sabe ahora que sólo buscamos respuestas, sin amenazas de una retaliación por el pasado". Los crímenes que los vietnamitas cometieron contra nosotros nunca se podrán olvidar, pero "podemos empezar a escribir el último capítulo de la guerra de Vietnam" si ellos ponen suficiente empeño en cuanto a los soldados perdidos en acción, la única cuestión ética en pie después de una invasión que dejó millones de muertos y tres países en absolutas ruinas, con un número incierto de personas que seguían muriendo por munición sin explotar y la masiva guerra química desatada contra el Sur (el Norte se libró de ese horror particular). La noticia contigua de la primera página de *The New York Times* informó de la negativa japonesa, una vez más, a aceptar "sin ambages" la culpa por su antigua "agresión bélica"<sup>62</sup>.

Como los invasores eran las víctimas, los vietnamitas les debían una reparación. Por consiguiente, Vietnam fue obligado a pagar a Estados Unidos la enorme deuda adquirida por el gobierno de Saigón que Estados Unidos había instalado en calidad de agente regional para sus guerras en Indochina, centradas principalmente en Vietnam del Sur. No obstante, Clinton propició con magnanimidad

**62 Para este y muchos otros ejemplos de prensa, véase Herman y Chomsky, *Manufacturing Consent*, págs. 240 y sigs., y mi *Necessary Illusions*, págs. 33 y sigs., y *Year 501*, págs. 251 y sigs.**

un plan que permitía a Vietnam destinar parte de su deuda con Estados Unidos a proyectos educativos<sup>63</sup>.

El plan de Clinton tomaba como modelo un programa de 1908 para rembolsar a China parte de la indemnización que fue obligada a pagar por rebelarse contra sus amos forasteros (rebelión de los bóxer). Hay antecedentes más tempranos. La independencia de Haití del dominio francés, en 1804, espantó a la opinión culta, que temía que el virus de la liberación se fuera a esparcir por fuera de la "primera nación libre de hombres *libres*"<sup>64</sup>. Por obvios motivos, el peligro era especialmente grave en Estados Unidos, que se puso al frente en la tarea de aislar al país malhechor, cediendo sólo en 1862. cuando hubo que buscar adonde enviar esclavos liberados (Liberia recibió el reconocimiento en ese mismo año). En 1825, como castigo por el delito de la liberación, Haití tuvo que pagar a Francia una inmensa indemnización que aseguró la dominación francesa y produjo un efecto catastrófico en la sociedad que Francia había devastado en la guerra de independencia de la más rica de sus colonias<sup>65</sup>.

Medio siglo antes del castigo de Francia a Haití por su desafío exitoso, George Washington emprendía, en 1779, la conquista de la avanzada civilización de los iroqueses. Su meta era "extirparlos del país", como escribió a Lafayette el 4 de julio, y expandir las fronteras de América del lado occidental hacia el Mississippi (las fuerzas británicas obstruyeron la conquista del Canadá). El "destructor de poblaciones", como apodaban a Washington los indígenas, salió victorioso en su misión. Entonces se informó a los iroqueses que debían pagar compensación por la alevosa resistencia que opusieron a sus liberadores. Otro Clinton, por ese entonces gobernador de Nueva

**63** Charles Radin, en *Boston Globe*, 17 de noviembre de 2000.

**64** Antropólogo Ira Lowenthal, el énfasis es suyo. Citado por Paul Farmer, *AIDS and Accusation*, California, 1992.

**65** Véase, Paul Farmer, *The Uses of Haiti*, segunda edición, Common Courage, 2003.

York, notificó a las tribus derrotadas: "teniendo en cuenta nuestras pérdidas, las deudas que hemos adquirido y nuestra antigua amistad, es razonable que uds. hagan en beneficio nuestro una cesión de sus tierras, tal que nos ayude a reparar y saldar las susodichas". Sin más opción, los iroqueses cedieron su territorio sólo para ver cómo el estado de Nueva York procedía de inmediato a violar tratados solemnes y las prohibiciones inscritas en los artículos de la Confederación y se apoderaba de casi todo lo que quedaba mediante amenazas, falsedades y astucias. Un joven soldado estadounidense escribió después a casa: "me sentí realmente culpable cuando acerqué la tea a esas chozas que fueron hogares de contento hasta que los destructores llegamos a esparcir desolación por doquier", aunque tal vez por una buena causa: "Nuestra misión ostensible acá es destruir, pero ¿no se trasluce que los saqueadores sembramos sin cuidado alguno las semillas del Imperio?"<sup>66</sup>.

Tras el desacato estadounidense de las órdenes de la Corte Mundial, Nicaragua, absteniéndose todo el tiempo de la retaliación violenta o la amenaza del terror, llevó su caso ante el Consejo de Seguridad, que corroboró el fallo de la Corte y pidió a todos los países que respetaran el derecho internacional. Estados Unidos vetó la resolución. Nicaragua acudió entonces a la Asamblea General, que aprobó una resolución del mismo tenor, con la sola oposición de Estados Unidos, Israel y El Salvador: y otra el año siguiente, sólo con Estados Unidos e Israel en contra. Poco de esto fue noticia si quiera y el asunto se esfumó para la historia.

La respuesta de Washington a las disposiciones de la Corte Mundial y el Consejo de Seguridad consistió en intensificar la guerra terrorista al tiempo que daba instrucciones a sus fuerzas de que atacaran "objetivos vulnerables" y esquivaran al Ejército nicara-

66 Max Mintz, *Seeds of Empire*, New York University, 1909, págs. 75-76, 180 y sigs.

güense<sup>67</sup>. El vocero del Departamento de Estado, Charles Redman, confirmó y justificó los nuevos y ahora más extremistas programas de terrorismo en un comunicado "digno del Ministerio de la Verdad de George Orwell", como denunció Americas Watch, añadiendo que la idea de Redman de un "objetivo legítimo" justificaría atentados contra las colectividades de Israel, para no hablar de blancos civiles estadounidenses.

Michael Kinsley, director de *New Republic*, criticó a las organizaciones de derechos humanos por ponerse demasiado emotivas con las justificaciones que el Departamento de Estado daba de los ataques terroristas contra "objetivos vulnerables". En vez de eso, aconsejaba, deberíamos adoptar una "política razonable [que pase] la prueba de un análisis costo-beneficio", un análisis de la "cantidad de sangre y desdichas que se viertan por una punta y la probabilidad de que la democracia emerja por la otra": la "democracia" tal como la entienden las élites estadounidenses, una noción que tiene ejemplos clarísimos en la región. Se da por descontado que ellas tienen derecho a efectuar el análisis y realizar el proyecto si pasa sus pruebas<sup>68</sup>.

Y sí que pasó sus pruebas. En 1990, "con un arma apuntando a sus cabezas", [como] fue claro para muchos observadores imparciales" (Walker), los nicaragüenses sucumbieron y votaron para hacer entrega del país al candidato apoyado por Estados Unidos. Las élites norteamericanas celebraron el triunfo, cautivadas con la nueva "edad romántica". Comentaristas de todos los matices de opinión respetable celebraron con entusiasmo el éxito de los métodos empleados para "destruir la economía y adelantar una larga y mortí-

**67 General John Galvin, jefe del Comando Sur de Estados Unidos (SOUTHCOM), explicando su estrategia ante el Congreso; véase**

**Fred Kaplan, en *Boston Globe*, 20 de mayo de 1987.**

**68 Michael Kinsley, en *Wall Street Journal*, 26 de marzo de 1987.**

fera guerra por delegación hasta que los exhaustos nacionales derroquen ellos mismos al gobierno indeseado", con un costo "mínimo" para nosotros, dejando "puentes destruidos, centrales eléctricas saboteadas y predios arrasados" a las víctimas, para así dotar al candidato de Estados Unidos de un "tema ganador": acabar con el "empobrecimiento del pueblo de Nicaragua" (revista Time). Estamos "unidos en la alegría" de estos resultados y orgullosos de esta "victoria del juego limpio de Estados Unidos", como pregonaban los titulares de The New York Times.

La política oficial de atacar objetivos vulnerables dependía del control norteamericano de los cielos de Nicaragua y los sofisticados equipos de comunicación proporcionados a las fuerzas terroristas que hacían incursiones desde bases de Estados Unidos en Honduras. La administración Reagan ensayó la técnica que el jefe de la CIA, Allen Dulles, alabó en Guatemala y recomendó para Cuba: presionar a los aliados para que negaran las peticiones de ayuda militar, de tal manera que Nicaragua recurriera a los rusos en busca de ayuda y así se la pudiera dibujar como un tentáculo de la conspiración auspiciada por el Kremlin para destruirnos. Sin embargo, el gobierno de Nicaragua no mordió el anzuelo. La propaganda reaganista pasó entonces a inventar cuentos téticos de aviones MIG soviéticos que desde las bases de Nicaragua ponían en peligro a Estados Unidos. Eso no es sorprendente: uno espera que los sistemas de vasto poderío se dediquen a la mentira y el engaño. Pero las reacciones sí fueron muy dicentes. Los halcones clamaron por un bombardeo a Nicaragua para castigar su nuevo crimen. Las palomas tendieron a ser más cautelosas, poniendo en tela de juicio la fiabilidad de las acusaciones pero añadiendo que de ser ciertas, tendríamos que bombardear a Nicaragua, pues los aviones tendrían "capacidad contra Estados Unidos" (senador Paul Tsongas). La seguridad del país correría peligro si la Fuerza Aérea de Nicaragua obtenía unos antiguos MIG de los años cincuenta para defender su espacio aéreo. Por

otro lado, la seguridad de Nicaragua no corría ningún peligro cuando las fuerzas apadrinadas por Estados Unidos atacaran blancos civiles indefensos bajo la dirección de los aviones norteamericanos que dominaban sus cielos. Otro ejemplo de "ilogismo lógico".

Que Nicaragua pudiera tener derecho a proteger su espacio aéreo del sostenido ataque terrorista de Estados Unidos era poco menos que inconcebible. La idea prácticamente nunca se enunció; lo que también resulta explicable, dado el principio de que las acciones de Estados Unidos son defensivas por definición, de tal forma que toda reacción a ellas es una agresión, por el estilo de la "agresión interna" de los pobladores de Vietnam del Sur, que "asaltaban" a los defensores estadounidenses "desde dentro", en la retórica de los liberales de la era de Kennedy.

Restauradas la democracia al estilo de Washington y las prácticas económicas apropiadas, el país se hundió todavía más en la ruina política y socioeconómica, mientras la atención iba languideciendo en Estados Unidos. Una década después de que este último recobrar el control, la mitad de la población económicamente activa había salido de Nicaragua, "con frecuencia los más arriesgados, los más capaces, los más resueltos", ya fuera legalmente o como trabajadores emigrantes ilegales. Sus remesas, estimadas en unos ochocientos millones de dólares al año, "sostienen cerrada la compuerta de un levantamiento social incontenible", como informó la revista de investigaciones de la Universidad Jesuítica. También calculaba esta que "el producto interno bruto de Nicaragua tendría que crecer a una tasa del cinco por ciento anual durante los próximos cincuenta años para volver a los niveles de producción de 1978, antes de que nuestro histórico subdesarrollo se agravara en extremo por la guerra financiada por Estados Unidos para acabar con la revolución", por los estragos que produjo la subsiguiente "globalización" y por la "corrupción masiva" de los gobiernos posteriores a 1990 apoyados por Estados Unidos. Ese número de la revista apareció justo cuan-

do Estados Unidos era víctima de la primera atrocidad terrorista internacional en suelo patrio<sup>69</sup>.

Otro ejemplo notable de las actitudes imperantes sobre el terrorismo es la advertencia que hicieron unos meses después algunos funcionarios de la administración Bush de que Nicaragua sería sancionada si en las elecciones de noviembre de 2002 ganaba la fuerza política que había osado oponer resistencia al ataque estadounidense, el FSLN, dejando así de "compartir los valores de la comunidad mundial". Washington "no puede olvidar que Nicaragua acabó siendo un refugio de extremistas políticos violentos" en los años ochenta. Hay algo de verdad en eso: Managua en efecto brindó refugio a líderes políticos socialdemócratas, poetas y escritores, destacadas figuras religiosas, activistas de derechos humanos y otros que huían de los escuadrones de la muerte y las fuerzas de seguridad de Estados Unidos implantados y respaldados por Washington, tal como en los años treinta París se convirtió en refugio de quienes escapaban del fascismo y el estalinismo. Se nos "recuerda [el refugio] día tras día con la continuada figuración de algunos miembros de la cúpula del FSLN (...) que perpetraron estas abominaciones", advertía el Departamento de Estado a los votantes nicaragüenses. "En vista de sus antecedentes, ¿cómo podemos creer sus afirmaciones de que han cambiado? (...) Confiamos en que el pueblo de Nicaragua meditará sobre el carácter e historia de los candidatos y hará una sabia elección"<sup>70</sup>.

Los nicaragüenses no necesitaban advertencias. Les bastaba con la historia para saber que si se portaban mal y elegían el gobierno equivocado, como hicieron en 1984 en unos comicios que Estados Unidos se negó a validar por cuanto no pudo controlar los resultados

<sup>69</sup> *Envío*, Managua, Nicaragua, marzo de 2003; septiembre de 2001.

<sup>70</sup> *Ibíd.*, octubre de 2001.

(y que por ende fueron tachados de la historia)<sup>71</sup>, entonces Nicaragua volvería a ser considerada una nación amiga del terrorismo, con las sanciones consiguientes, que no son poca cosa.

Citando las cínicas advertencias de Washington, los redactores de la revista *Envío* observaron que "la apuesta segura es que quienes se alzaron en armas cuando el terrorismo de Estado [de Estados Unidos] mataba, torturaba, hacía desapariciones forzosas y cerraba todos los espacios políticos, ahora serán reclasificados como terroristas". La "impensable y excepcional tragedia del 11 de septiembre seguramente se sintió como el fin del mundo (...) en el país señalado como objetivo", comentaban los redactores. Pero "Nicaragua padece el fin del mundo casi todos los días [tras] la destrucción que el gobierno norteamericano ha desatado repetidas veces sobre este país: y sus gentes". Las atrocidades de 9-11 pueden ser tildadas de "Apocalipsis", pero los nicaragüenses recuerdan que su país "vivió su propio Apocalipsis en una lacerante cámara lenta [bajo el asalto norteamericano] y ahora está hundida en su triste secuela", habiendo sido reducida a ser el segundo país más pobre del hemisferio (después de Haití), compitiendo con Guatemala por la distinción, a la vez que disfruta del que puede ser el récord mundial de concentración de la riqueza<sup>72</sup>.

Entre los victoriosos todo esto fue borrado a la manera clásica. Nicaragua y El Salvador son recordados como "historias de relativo éxito, precisamente el tipo de historias exitosas que nos hacen falta en el Medio Oriente", cosa que será remediada con la nueva

**71 Sobre las elecciones de 1984 véase Walker, *Nicaragua*, págs. 156 y sigs. Sobre los informes de una amplia gama de expertos comentaristas, ignorados todos, y la adhesión de medios y columnistas a la agenda reaganista sobre las elecciones en la enemiga Nicaragua y sus estados satélites terroristas, véase Herman y Chomsky, *Manufacturing Consent*, cap. 3.**

<sup>72</sup> *Envío*, octubre de 2001.

cruzada por la "democratización"<sup>73</sup>. Uno estaría en aprietos para encontrar una sola frase de un comentarista de los principales medios que insinúe que el historial de terrorismo internacional de algunos funcionarios actuales del gobierno de Bush podría tener alguna influencia en la "guerra contra el terror" que redeclararon en 9-11. Entre los principales cabecillas de la guerra redeclarada está John Negroponte, quien estuvo a cargo de la Embajada en Honduras, la cual sirvió de base central para los ataques terroristas contra Nicaragua. Fue escogido apropiadamente para supervisar en Naciones Unidas el ingrediente diplomático de la presente fase de la guerra contra el terror. Al mando del ingrediente militar está Donald Rumsfeld, quien fue enviado especial de Reagan en el Medio Oriente en sus peores días de terror y también delegado para estrechar lazos con Saddam Hussein. La "guerra contra el terror" de Centroamérica fue supervisada por Elliot Abrams. Tras declararse culpable de delitos menores en el caso Irán-Contras, Abrams recibió un perdón navideño del presidente Bush I en 1992 y fue nombrado por Bush II "para dirigir la oficina del Consejo Nacional de Seguridad para asuntos del Medio Oriente y África del Norte (...) el cargo de director principal [que] supervisa las relaciones árabe-israelíes y los esfuerzos de Estados Unidos por promover la paz en la agitada región"<sup>74</sup>, frase esta sacada de Orwell, a la luz de lo sucedido. A Abrams se le une Otto Reich, acusado de haber dirigido una campaña ilegal y clandestina de propaganda interna contra Nicaragua, nombrado temporalmente subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos bajo Bush II y designado más tarde como enviado especial para asuntos del Hemisferio Occidental. En reemplazo de Reich como subsecretario, la administración nombró a Roger Noriega, quien "se desempeñó en el Departamento de Estado du-

<sup>73</sup> Kenneth Pollack, en *New York Times Book Review*, 6 de abril de 2003.

<sup>74</sup> Servicios noticiosos, *Washington Post*, 3 de diciembre de 2002

rante la administración Reagan, ayudando a trazar políticas de un anticomunismo virulento para América Latina"; en traducción, barbaridades terroristas<sup>75</sup>.

El secretario de Estado, Powell, que ahora es presentado como un moderado dentro del gobierno, sirvió como consejero de Seguridad Nacional durante la etapa final de terror, atrocidades y entorpecimiento de la diplomacia en los años ochenta en Centroamérica, y como apoyo al régimen de *apartheid* de Sudáfrica. Su antecesor, John Poindexter, estuvo a cargo de las fechorías del caso Irán-Contras y en 1990 recibió cinco condenas por delitos mayores (anuladas en su mayoría por minucias técnicas). Bush II lo puso a cargo del Programa de Conciencia Informativa Total del Pentágono, bajo el cual, como hace ver la Unión Estadounidense para las Libertades Civiles (ACLU, por sus siglas en inglés), "cada estadounidense, desde el granjero de Nebraska hasta el banquero de Wall Street, se encontrará bajo la cibermirada acusatoria de un aparato de seguridad nacional todopoderoso"<sup>76</sup>. Los demás personajes en la lista son bastante parecidos.

Los nicaragüenses fueron los más afortunados en la primera fase de la "guerra contra el terror". Ellos al menos tenían un ejército que los defendiera del terrorismo auspiciado por el Estado. En los países vecinos las terroristas *eran* las fuerzas de seguridad. A mediados de la década de 1980, El Salvador se convirtió en el principal receptor de ayuda y adiestramiento militar de Estados Unidos (aparte de Israel y Egipto), cuando las atrocidades alcanzaban su punto más alto. El Congreso impuso cláusulas de derechos humanos a la ayuda para Guatemala, obligando a los reaganistas a recurrir a su red interna-

**75** Sobre Abrams, véase Steven Weisman, en *New York Times*, 7 de diciembre de 2002. Sobre Reich y Noriega, véase James Dao, en *New York Times*, 10 de enero de 2003.

**76** Comunicado de la ACLU, 14 de noviembre de 2002.

cional de terrorismo para que asumiera la tarea, incluidos neonazis de Argentina (hasta que en su país los derrocaron), Israel, Taiwán y otros peritos en "contraterrorismo". La tortura y exterminio de la población civil fueron por consiguiente mucho peores.

Los redactores de *Envío* agregan que en diciembre de 1989 "el gobierno de George Bush padre ordenó la invasión a Panamá, una operación militar que bombardeó barrios civiles y mató miles de panameños con el único fin de hostigar a un solo hombre, Manuel Noriega. ¿No fue eso terrorismo de Estado?"<sup>77</sup>. La pregunta es justa, aunque se habla en términos mucho más fuertes cuando quienes carecen del poder de controlar la historia llevan a cabo ese tipo de acciones.

Aunque los triunfadores los "desaparecen" en forma rutinaria las víctimas no olvidan estos crímenes. También los panameños mientras condenaban los ataques de s-11, rememoraban la muerte de quizás miles de personas pobres durante la operación Justa Causa, emprendida para secuestrar a un matón desobediente que fue sentenciado a cadena perpetua en la Florida por delitos cometidos principalmente cuando estaba en la nómina de la CIA. Un periodista comentaba: "qué parecidas son [las víctimas de s-11] a los niños y niñas (...) a las madres y abuelos y abuelitas, inocentes también todos ellos (...) [cuando al] terror lo llamaban Justa Causa y al terrorista se le decía libertador"<sup>78</sup>.

Tal vez estos recuerdos den cuenta del bajísimo nivel de apoyo internacional al bombardeo de Afganistán por Estados Unidos. En Latinoamérica, donde se tiene la experiencia más larga de violencia propiciada por Estados Unidos, el apoyo fue mínimo, casi imper-

<sup>77</sup> *Envío*, octubre de 2001.

<sup>78</sup> Ricardo Stevens. 19 de octubre de 2001; citado en *North American Congress on Latin America (NACLA). Report on the Americas. noviembre-diciembre de 2001.*

ceptible. Carlos Salinas, antiguo director de relaciones gubernamentales de Amnistía Internacional, no necesita recordarles a los latinoamericanos que "ellos saben mejor que casi todo el mundo que el gobierno estadounidense es uno de los mayores patrocinadores del terrorismo"<sup>79</sup>.

Es fácil menospreciar al mundo por "irrelevante" o porque lo consume un "antinorteamericanismo paranoide", pero tal vez no es sabio.

**79** Entrevista, Institute for Public Accuracy, 22 de marzo de 2002.  
Sobre las encuestas, véanse las págs. 28 1 y sigs.

## 5 La conexión iraquí

AL CABO DE OCHO AÑOS, los sectores más reaccionarios de las administraciones de Reagan y Bush I recuperaron el poder político en las reñidas elecciones de 2000. Las atrocidades de 8-11 representaron para ellos la oportunidad de adelantar sus viejos objetivos con redoblada intensidad, ciñéndose muy de cerca al guión de su anterior paso por el gobierno.

### EL GUIÓN INTERNACIONAL

Los especialistas de relaciones públicas y los escritores de discursos le han construido a George Bush el Joven la imagen de un hombre sencillo con línea directa al cielo, que confía en sus "instintos viscerales" mientras marcha al frente para "librar al mundo de malhechores", contemplando todo el tiempo sus "visiones" y "sueños", en una caricatura de las epopeyas antiguas y los cuentos infantiles con mezcla de relato de vaqueros. La primera vez que se hizo eso, las imágenes confeccionadas para el líder no eran muy diferentes, ni menos febril la retórica: todos los países se tenían que agrupar para combatir "el azote malvado del terrorismo" (Reagan), en especial el terrorismo de Estado internacional, una "plaga que siembran los depravados enemigos de la civilización" en un "regreso a la barbarie en la edad moderna" (George Shultz).

<sup>1</sup> Reagan, citado en *New York Times*, 18 de octubre de 1985. George Shultz,

De inmediato han debido surgir importantes preguntas: ¿qué constituye el terrorismo? ¿En qué difiere de la agresión o la resistencia? Las respuestas operativas son dicentes, pero las preguntas nunca entraron al ruedo de la discusión pública. Se adoptó una definición conveniente: el terrorismo es lo que nuestros gobernantes decreten que es, y punto. Se sigue haciendo así ahora que la guerra se vuelve a declarar.

En la década de 1980, los dos principales focos de la "guerra contra el terror" eran América Central y la región del Mediterráneo y el Medio Oriente. En Centroamérica, como se discutió atrás, la guerra contra el terror se convirtió al instante en una feroz guerra terrorista, aclamada como un soberbio éxito y suprimida de la historia. En el Medio Oriente, como veremos, los comandantes de Washington y sus seguidores locales fueron otra vez responsables de crímenes que sobrepasaban de lejos cualquier cargo imputado a sus enemigos oficiales. Los hechos merecen atención especial, pues los sistemas de propaganda inflaron el terror al menudeo que se combatía hasta convertirlo en la sensación del año para mediados de los años ochenta, una admirable proeza.

Mirando a otro lado, en el mandato de Reagan el aliado sudafricano de Washington fue el responsable principal de más de 15 millones de muertes y sesenta mil millones de dólares en daños en las recién independizadas colonias portuguesas de Angola y Mozambique. Un estudio de la UNICEF estimó el total de muertes de niños y bebés en los dos países en 850 000 (150000 sólo en 1988), con lo que se invirtieron los logros de los primeros años de indepen-

**Departamento de Estado**, en *Current Policy*. núm. 589, 24 de junio de 1984, y  
n ú m . 629, 25 de octubre de 1984.

2 Para discusiones de algunos de estos puntos, véase, **Chomsky y Herman**, *Political Economy of Human Rights*, **Hermán**. *Real Terror Network: mis Pirates and Emperors* y **George (ed)**, *Western State Terrorism*

dencia, principalmente a través del arma del "terrorismo masivo". Eso, dejando de lado las prácticas de Sudáfrica dentro de sus fronteras, en su defensa de la civilización contra los embates del Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela, una de las "agrupaciones terroristas más notables" según un informe del Pentágono de 1988. Mientras tanto, los reaganistas burlaban las sanciones, incrementaban el comercio y prestaban un valioso apoyo diplomático a Sudáfrica.

Hoy es bien conocido uno de los empeños en los años ochenta de los actuales altos funcionarios: conseguir que la CIA y sus aliados reclutaran islamitas radicales y los organizaran en milicias terroristas. El objetivo, según Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional de Carter, era "hacer caer a los rusos en la trampa afgana", comenzando con operaciones clandestinas que los hicieran invadir Afganistán. La reacción de Carter y Brzezinski a la consiguiente invasión se basó en una absoluta malinterpretación de la decisión de intervenir por parte de los rusos, en opinión del informado analista Raymond Garthoff. Los rusos se decidieron de mala gana y dentro de unos objetivos limitados y defensivos, como "lo prueban claramente ahora los archivos soviéticos", escribe Garthoff, agregando que para los reaganistas que subieron al poder un año después, "el único objetivo [era] desangrar a los rusos y poner a los soviéticos en la picota pública mundial. El resultado inmediato fue una guerra que devastó a Afganistán, con consecuencias aún peores cuando los rusos se retiraron y los *yijad* de Reagan se tomaron el poder. El resultado en el largo plazo fueron dos décadas de terror y guerra civil. En los años ochenta pudo ocurrir lo peor, cuando "in-

**3 Misión Especial de Interagencia de la ONU. citada por Merle Bowen en Flechter Forum. invierno de 1991. Dereje Asrat y otros, *Children on the Front Line*, tercera edición, UNICEF. 1989. Sobre el CNA. véase Joseba Zulaika y William Douglass. *Terror and Taboo*, Routledge, 1996, pág. 12.**

curSIONES de guerrilleros y saboteadores afganos apoyadas por la CIA penetraron en territorio soviético y por poco provocan una guerra entre soviéticos y paquistaníes, si no entre soviéticos y estadounidenses", de impredecibles consecuencias.

Después de la retirada rusa, las organizaciones terroristas reclutadas, armadas y adiestradas por Estados Unidos y sus aliados (entre ellas Al Qaeda y otros grupos *yihad*) pusieron la atención en otros lados, inflamando el conflicto entre la India y Pakistán con "una ofensiva terrorista sin precedentes en la India en marzo de 1993" y llevando a la región en repetidas ocasiones al borde de la guerra atómica en años posteriores, a medida que las llamas se propagaban. Un mes antes, grupos relacionados con esas organizaciones estuvieron a punto de volar el World Trade Center, siguiendo una "fórmula que enseñan los manuales de la CIA". La pista intelectual condujo a los seguidores del jeque Omar Abdel Rahman, a quien la CIA había ayudado a entrar y ahora protegía en Estados Unidos<sup>4</sup>. Sobra enumerar otras consecuencias alrededor del mundo.

También se sabe algo al menos del prolongado apoyo que los actuales mandatarios brindaron a Saddam Hussein y que suele atribuirse a una obsesión con Irán. Esa política no sufrió ningún cambio tras la capitulación de Irán en su guerra con Iraq, en razón de "nuestro deber de apoyar a los exportadores estadounidenses", como explicó el Departamento de Estado a principios de 1990, añadiendo los usuales clichés de que la ayuda a Saddam redundaría en beneficio de los derechos humanos, la estabilidad regional y la paz. En octubre de 1989, tiempo después de terminada la guerra con Irán y a más de un año del ataque con gas a los kurdos, por parte de Saddam, el presidente Bush 1 expidió una directiva de seguridad na-

<sup>4</sup> Raymond Garthoff. *A Journey through the Cold War*, Brookings Institution, 2001, págs. 338, 387. John Cooley, *Unholy Wars*, Pluto, 1999, págs 11, 54.

<sup>5</sup> Cooley. *ibíd.*, págs 230 y sigs.

cional para manifestar que "las relaciones normales entre Estados Unidos e Iraq convendrían a nuestros intereses a largo plazo y promoverían la estabilidad tanto en el Golfo como en el Medio Oriente. Poco después aprovechó la ocasión de la invasión a Panamá para levantar un veto de préstamos a Iraq.

Estados Unidos ofreció alimentos subsidiados que el régimen de Saddam necesitaba con urgencia tras la destrucción de la producción agrícola kurda, junto con tecnología avanzada y agentes biológicos adaptables a armas de destrucción masiva. Las cálidas relaciones quedaron resaltadas cuando una delegación de senadores, a cuya cabeza iba el líder de las mayorías y futuro candidato presidencial Bob Dole, visitó a Saddam en abril de 1990. La delegación transmitió a Saddam los saludos del presidente Bush y le aseguró que sus problemas no eran con el gobierno de Estados Unidos sino con "la prensa altiva y consentida". El senador Alan Simpson aconsejó a Saddam "invitarlos a que vengan para que vean con sus propios ojos" y enmendaran así sus ideas erróneas. Dole aseguró a Saddam que ya había sido despedido un comentarista de *La Voz de América* que lo había criticado\*.

Saddam no fue el único monstruo aplaudido por los actuales altos funcionarios. Entre otros estaban Ferdinando Marcos, "Baby Doc" Duvalier y Nicolás Ceausescu. Todos ellos fueron derrocados desde dentro, pese al decidido apoyo de Estados Unidos hasta el mismo día en que vieron sellado su destino. Otro favorito era el presidente Suharto de Indonesia, que rivalizaba en barbarie con Saddam. El primer jefe de Estado honrado con una visita a la Casa Blanca de Bush padre fue Mobutu Sese Seko, del Zaire, otro asesino, verdugo y saqueador de primera línea. Los dictadores surcoreanos también fueron objeto del firme apoyo de Washington hasta que los movimientos populares derrocaron finalmente al gobierno mili-

**6 Miron Rezun, *Saddam Hussein's Gulf Wars*, Praeger, 1992, págs. 58 y sigs.**

tar respaldado por Estados Unidos. Ni aún a los matones menores se les negaba una cálida bienvenida, siempre y cuando cumplieran su función. Tanto era el afecto del secretario de Estado Shultz por Manuel Noriega, que voló hasta Panamá para felicitarlo después de que este robó unas elecciones con fraudes y violencia, y alabó al gángster por "iniciar el proceso democrático". Más adelante, Noriega dejó de ser útil para la guerra de los Contras y otras aventuras y se vio trasladado a la categoría de "malvado"; aunque, como los de Saddam, sus peores crímenes ya hacían parte del pasado. Noriega se convirtió entonces en el objetivo de una invasión y un secuestro en la embajada del Vaticano, en el marco de la operación Justa Causa, con las consecuencias mencionadas atrás.

Algunos de estos gobernantes igualaban fácilmente a Saddam en cuanto a terror interno. Ceausescu ofrece un caso instructivo. Durante su mandato la población vivió aterrorizada por las tétricas fuerzas de seguridad, famosas por sus torturas y barbarie. Una semana después de que lo derrocara una revuelta popular inesperada, en diciembre de 1989, *The Washington Post* describía cómo el mandatario había destruido "el tejido económico, intelectual y artístico de Rumania" y engrosado un "espantoso expediente de derechos humanos".

El presidente Bush II decía toda la verdad cuando hizo una "aparición kennedyesca" en la Plaza de la Liberación de Bucarest para elogiar "al país que hace apenas doce años depuso a su propio mandatario de puño de hierro, Nicolás Ceausescu". Fue un momento dramático. "Bajo la lluvia fría que le azotaba el impermeable negro y la cabeza descubierta, Bush dijo: 'Ustedes conocen la diferencia entre el bien y el mal, porque han visto el rostro del mal. El pueblo

<sup>7</sup> Véase mi *Deterring Democracy*, págs. 50-51, 236 y sigs. y 278 y sigs. Sobre Duvalier, véase mi *Year 501*, cap. 8, sección 4.

de Rumania sabe que a los dictadores agresivos no se los puede apaciguar o ignorar. Siempre hay que oponerse a ellos"<sup>8</sup>.

El presidente y sus admiradores omitieron mencionar cómo su padre y sus propios colegas habían observado el dictamen de que "siempre había que oponerse" a los tiranos de puño de hierro como Ceausescu. La respuesta resulta conocida: dándoles apoyo. Nos enfrentamos al "rostro del mal" ofreciéndole una mano obsequiosa, por lo menos si hay algo que ganar. El citado artículo del *Washington Post*, de los días siguientes al levantamiento, informaba correctamente que "es bueno que el presidente Bush [I] haya propuesto establecer relaciones diplomáticas con el improvisado Consejo de Salvación Nacional [de Rumania], pero eso no absuelve a Occidente de su papel de apoyo en el sostenimiento del tirano en los últimos años", mensaje que parece haber corrido igual suerte que otras inaceptables apreciaciones del mundo real.

En 1983, el vicepresidente Bush expresó admiración por los progresos políticos y económicos bajo el régimen de Ceausescu y su respeto de los derechos humanos". Dos años después el embajador de Reagan renunciaba a raíz de las objeciones de Washington a su preocupación por los derechos humanos. Al poco tiempo, el secretario de Estado Shultz alabó a Rumania por ser uno de los "comunistas buenos", y premió a Ceausescu con una visita y favores

económicos. Y así siguieron las cosas hasta que el tirano fue destronado... por sus connacionales, como pasó con otros torturadores y verdugos del entorno Reagan-Bush.

Tan pronto eliminaron al preferido "comunista bueno", Washington anunció que Rumania se quitaba de encima un "terrible peso", al mismo tiempo que levantaba el veto de los préstamos a

<sup>8</sup> Hannah Pakula, en *Washington Post*, 27 de diciembre de 1989. Howard LaFranchi, en *Christian Science Monitor*, 25 de noviembre de 2002.

Saddam con el fin de "aumentar las exportaciones estadounidenses y ponernos en mejor situación para tratar con Iraq en lo que atañe a su expediente de derechos humanos", como explicó el Departamento de Estado sin asomo de burla.

Como siempre, la dirigencia estadounidense se atribuye tranquilamente el mérito por el derrocamiento de los tiranos que apoyó hasta el último momento. Saddam Hussein se ha unido al "panteón de dictadores brutales fracasados" depuestos por Estados Unidos, como anunció con orgullo Donald Rumsfeld, que incluye a Ceausescu en el monumento. El mismo día de la declaración de Rumsfeld, Paul Wolfowitz explicaba que su amor a la democracia se había pulido en "sus años formativos en la administración Reagan, cuando era el principal experto en Asia del Departamento de Estado", elogiaba al monstruoso Suharto y brindaba apoyo al corrupto y brutal Marcos, cuya caída, asegura él ahora, demuestra que la democracia necesita "el estímulo de Estados Unidos"; país que respaldó a Marcos hasta que no hubo modo de sostenerlo ante una oposición popular a la que adherían hasta las clases empresariales y el ejército. Los demás ejemplos son igualmente convincentes.

A medida que el álbum de ex amigos malhechores se va desvaneciendo en el olvido, nuevos favoritos ocupan sus lugares. Entre ellos, los dictadores de Asia Central (Islam Karimov de Uzbekistán, Saparmurat Niyazov de Turkmenistán, y otros), que se volvían cada vez más brutales y represivos cuando se les dio la bienvenida como

**9 AP, 22 de diciembre de 1989. Departamento de Estado al senador**

**Daniel Inouye, 26 de febrero de 1990. Para más detalles, véase mi**

**Deterring Democracy, pág. 152.**

**10 Peter Spiegel y Richard McGregor. en *Financial Times*, 10 de abril de 2003**

**Spiegel, *Financial Times*, 10 de abril de 2003. Sobre Marcos, que era uno de los preferidos del presidente Reagan y el vicepresidente Bush, véase mi *Deterring***

***Democracy. caps 7 y 8.***

partícipes de la redeclarada "guerra contra el terror", con lo que se afianzaba también la posición norteamericana en una región de considerable riqueza material e importancia estratégica. O, en otro punto del mundo rico en el codiciado petróleo, está Teodoro Obiang de Guinea Ecuatorial, quien figura en los primeros puestos en el certamen de tiranos sanguinarios y que fue debidamente recibido con todos los honores por el presidente Bush en septiembre de 2002, poco antes de que saliera reelegido para un período de siete años con el 97 por ciento de la votación.

Una calurosa acogida se le brindó también a Argelia, que ya había sido objeto de los elogios especiales del Departamento de Estado de Clinton por sus logros en el combate contra el terror; es decir, por su horroroso sumario de atrocidades terroristas estatales. Bush impuso nuevos hitos en el apoyo al terror y la tortura con la oferta de ayuda militar y otros auxilios al gobierno argelino. Washington "tiene mucho que aprender de Argelia en formas de combatir el terrorismo", nos informa William Burns, subsecretario de Estado para el Medio Oriente. "El señor Burns tiene razón -comenta Robert Fisk—. América tiene mucho que aprender de los argelinos", incluidas las brutales técnicas de tortura que Fisk y otros pocos periodistas vienen denunciando desde hace años y que ahora confirman desertores del ejército argelino en Londres y París. "Hasta 200 000 argelinos han sido masacrados en los once años desde que los militares anularon las primeras elecciones democráticas en el país porque había ganado el partido islamista", escribe Lara Marlowe. "Si Argelia es el modelo de Estados Unidos para contrarrestar el fundamentalismo islámico, que el cielo nos ampare"<sup>11</sup>.

11 Para una documentación extensa, véase Bedjaoui y otros, (eds.), *An inquiry into the Algerian Massacres*. William Burns es citado por Steven Weisman en *New York Times*, 10 de diciembre de 2002. Robert Fisk, en *Independent*, 4 de enero de 2003. Lara Marlowe en *Irish Times*, 31 de diciembre de 2002.

### Hegemonía o supervivencia

La muestra anterior ilustra lo consecuente que es el historial de política exterior de los actuales funcionarios. El expediente nacional exhibe una consistencia similar.

### EL GUIÓN NACIONAL

En la época de Reagan se vivió una continuación del relativamente pobre desempeño económico de los años setenta. El crecimiento benefició descomunadamente a los ricos, a diferencia de la "edad de oro" de los años sesenta y cincuenta, cuando se repartió de manera uniforme entre la población. Durante la época Reagan-Bush los salarios se estancaron o encogieron junto con las prestaciones; las horas de trabajo aumentaron y a los patronos se les dio rienda suelta para ignorar la protección de los obreros sindicalizados. Esas políticas fueron impopulares, naturalmente. Cuando el gobierno de Bush I tocaba su fin, Reagan fue catalogado junto a Nixon como el menos popular de los ex presidentes vivos<sup>12</sup>.

En tales condiciones no es fácil conservar el poder político. Sólo se conoce un buen método: inspirar miedo. La táctica se empleó en los años Reagan-Bush, cuando la dirigencia invocaba un demonio tras otro para asustar al vulgo y hacerlo obedecer.

En la primera guerra contra el terror las amenazas contra los norteamericanos eran inmensas. Hacia noviembre de 1981, pistoleiros libios rondaban por las calles de Washington tratando de asesinar al presidente, que con tanto valor se había opuesto al canalla de Gadafi. Desde el primer momento la administración supo que Libia

<sup>12</sup> Véase Thomas Ferguson y Joel Rogers, *Right Turn*, Hill & Wang, 1986; Michael Meeropol, *Surrender*, Michigan, 2003. Véase también mi *Turning the Tide*, cap. 5, y mi *Year 501*, cap. 11. Sobre las consecuencias económicas, véanse los Estudios *Sobre el estado de la América labora*l del Instituto de Política Económica; y Edward Wolff, *Top Heavy*. New Press, 1996.

era un saco de arena indefenso, así que engendró enfrentamientos que le permitieran matar cantidades de libios, con la esperanza de una respuesta libia que pudiera aprovechar para atemorizar a la población estadounidense.

Antes de que los ciudadanos respiraran tranquilos por el venturoso escape del presidente de los francotiradores libios, Gadafi marchaba nuevamente, esta vez para invadir Sudán a través de mil kilómetros de desierto mientras las fuerzas aéreas de Estados Unidos y sus aliados miraban impotentes lo que hacía. Supuestamente, Gadafi también había fraguado un plan para derrocar el gobierno de Sudán, tan sutil que los servicios de inteligencia de Sudán y Egipto no sabían nada de él, como descubrieron los pocos reporteros estadounidenses que se tomaron la molestia de investigar. La subsecuente exhibición de fuerza estadounidense dio pie para que el secretario de Estado Shultz anunciara que Gadafi "está de nuevo en su caja, donde debe estar" gracias a que Reagan había actuado "rápida y decididamente", mostrando esa "fuerza del vaquero" que tanto extasiaba a los intelectuales aduladores (Paul Johnson, en este coto). El episodio fue pronto relegado al olvido, una vez cumplió sus propósitos".

Precisamente cuando empezaban a menguar las amenazas de Libia, surgió otra aún más peligrosa: una base aérea en Granada que los rusos podrían utilizar para bombardearnos. Por fortuna nuestro caudillo vino al rescate, justo a tiempo. Tras rechazar ofertas de un

acuerdo pacífico bajo las condiciones que Estados Unidos quisiera, Washington desembarcó 6.000 efectivos de élite que pudieron vencer la resistencia de unas cuantas docenas de albañiles cubanos de mediana edad y dotados de armamento ligero; y por fin nos "ergui-

<sup>13</sup> Sobre el papel de Libia en la demonología reaganista. véase mi

*Pirates and Emperors, Old and New*, cap. 3; Stephen Shalom,

*Imperial Alibis*, South End, 1992, cap. 7.

mos enhiestos", como proclamara el gallardo vaquero de la Casa Blanca<sup>14</sup>.

Pero las amenazas no habían terminado. Los nicaragüenses pronto despuntaron en el horizonte a sólo dos días por carretera de Harlingen, Texas, blandiendo sus ejemplares de *Mein Kampf*. Felizmente, el comandante en jefe, recordando la resistencia de Churchill contra los nazis, se negó a rendirse y pudo repeler las hordas inquietantes, por más que Gadafi las abasteciera en su campaña por "expulsar a América del mundo"<sup>15</sup>.

En 1986, cuando la Casa Blanca buscaba el apoyo del Congreso para intensificar el ataque a Nicaragua, resucitó otra vez la amenaza libia con las provocaciones mortíferas de Estados Unidos en el golfo de Sidra, seguidas del bombardeo de Libia en horario estelar de televisión, que causó la muerte a decenas de personas sin un pretexto digno de crédito. La posición oficial decía que el Artículo 51 de la Carta de la **O N U** nos concedía el derecho de recurrir a la violencia "en defensa legítima contra un ataque futuro". Esa fue tal vez la primera formulación explícita de la doctrina de la "guerra preventiva" y el fin de toda esperanza de un mundo bajo la ley y el orden, si es que alguien podía tomarla en serio. Y así fue. Anthony Lewis, analista jurídico de *The New York Times*, celebró que la administración Reagan se sustentara en el "argumento legal de que la violencia contra los perpetradores de violencia repetida se justifica como una acción de legítima defensa". Imaginemos las consecuencias si otros tuvieran suficiente poder para prohijar la doctrina de Reagan y Lewis<sup>16</sup>.

Así siguieron las cosas durante una década. La industria turística europea sufrió un deterioro periódico, pues los estadounidenses

<sup>14</sup> Véase mi *Necessary illusions*, págs. 176-80.

<sup>15</sup> Véanse págs. 139-140.

<sup>16</sup> Anthony Lewis, en *New York Times*, 17 de abril de 1986.

tenían demasiado miedo de viajar a las ciudades europeas porque podrían ser atacados por árabes perturbados u otros demonios. En casa se cocían también graves amenazas. La delincuencia en Estados Unidos no difiere mucho de la de otros países industrializados. El miedo a ella es, sin embargo, mucho más grande. Lo mismo pasa con las drogas: un problema en otras sociedades; en este país, un peligro inminente contra nuestra mismísima existencia. A los políticos les queda fácil valerse de los medios para avivar el miedo a este y otros peligros. Las campañas se montan con regularidad, cuando los premios políticos internos así lo dictan. Un ejemplo famoso es la traversura racista de Bush I, en el caso de Willie Horton durante las elecciones de 1988.

La redeclaración de la "guerra contra las drogas" en 1989 ofrece otra llamativa ilustración. A pesar de abundantes pruebas de lo contrario, la administración declaró con dramatismo que los narcotraficantes latinos eran una amenaza contra nuestra sociedad. Los funcionarios podían confiar en el éxito de esta táctica, como explicó al periodista y editorialista Hodding Carter, antiguo subsecretario de Estado de la administración Carter. Es "verdad como un templo",

escribió, que "los medios de comunicación de masas en América tienen la tendencia irrefrenable a brincar y ladrar todos a una cada vez Casa Blanca, cualquier Casa Blanca, chasquea los dedos".

La campaña tuvo un éxito tremendo... fuera de no incidir en el consumo de drogas. El miedo a las drogas se disparó enseguida a la cabeza de las preocupaciones públicas. Estaba preparado el escenario para la intensificación de la campaña por sacar a la gente superflua de las calles y llevarla a las nuevas cárceles que se construían a marchas forzadas; y para emprender la operación Justa Causa, la gloriosa invasión a Panamá con el argumento de la participación de Noriega en negocios de narcotráfico, entre otras razones. Al mismo tiempo la administración Bush amenazaba a Tailandia con sanciones graves si ponía trabas aduaneras a una sustancia mucho más

letal producida en Estados Unidos: el tabaco. Pero todo eso ocurrió en medio del silencio.

Para el caso de Panamá también había un argumento legal arrollador en pro de la invasión. El embajador en la O N U Thomas Pickering alegó ante el Consejo de Seguridad que el Artículo 51 de la Carta de la O N U "estipula el empleo de la fuerza armada para defender a nuestro país, para defender nuestros intereses y nuestra gente", y para impedir que "su territorio sea utilizado para introducir drogas a Estados Unidos". En este caso se trataba de restituir a la élite blanca de banqueros y comerciantes, muchos de los cuales eran ya sospechosos de narcotráfico y lavado de dinero y que no tardaron en ponerse a la altura de su mala reputación, según informes de las agencias estadounidenses<sup>17</sup>.

Siempre y en todo lugar, los argumentos legales se ciñen a un principio enunciado por el distinguido estadista israelí Abba Eban: al "determinar el fundamento legal" de alguna acción prevista, "se puede retroceder teóricamente desde esa acción que se desea emprender para encontrarle una justificación legal"<sup>18</sup>.

El guión se ha podido seguir con bastante fidelidad, por cuanto muchos de esos mismos individuos echaron mano del poder político en las elecciones del año 2000. En 1981 habían combinado un vasto incremento del gasto militar con recortes de impuestos, calculando que "la creciente histeria por el déficit resultante ejercería poderosas presiones a favor de un recorte del gasto federal [social], y así, quizás, la administración podría lograr el objetivo de desmontar el New Deal". Ahora, Bush II sigue la pauta con recortes de impues-

<sup>17</sup> Hodding Carter, en *Wall Street Journal*, 14 de septiembre de 1989; Thomas Pickering, citado por la AP. 19 de diciembre de 1989. Para una relación detallada, véase mi *Deterring Democracy*, caps. 5 y 6, y, Shalom, *Imperial Alibis*, cap. 8.

<sup>18</sup> Citado por Irene Gendzier, *Notes from the Minefield*, Columbia. 1977, pág. 256.

tos que en su gran mayoría benefician a los más ricos y con "el más grande incremento del gasto federal en veinte años"<sup>19</sup>, invertido principalmente en la industria militar; es decir, en forma indirecta, industria de alta tecnología.

Los déficits del sector público requieren "disciplina fiscal", que se traduce en reducciones de servicios para la población en general. Los propios economistas de la administración estiman en 44 billones de dólares las cuentas que el Estado no podrá pagar. Este estudio iba a aparecer en el informe de presupuesto anual publicado en febrero de 2003, pero fue eliminado, tal vez porque pronosticaba que cerrar la brecha implicaría un enorme aumento tributario y Bush trataba entonces de hacer aprobar otro recorte de impuestos, de nuevo para mayor beneficio de los ricos. "El presidente Bush trabaja horas extras para ahondar nuestro agujero fiscal", observan los economistas Laurence Kotlikoff y Jeffrey Sachs, al dar noticia de la enorme brecha fiscal que nos espera. Entre los efectos, sostienen ellos, habrá "recortes masivos a los servicios futuros de la Seguridad Social y Medicare". El portavoz de la Casa Blanca, Ari Fleischer, coincidió con el cálculo de los 44 billones y también reconoció tácitamente la exactitud del análisis: "No hay duda de que la Seguridad Social y Medicare presentarán a las [futuras] generaciones una carga de deuda aplastante, a menos que los planificadores trabajen en serio para reformar esos programas", lo que no significa financiarlos con impuestos progresivos. La grave crisis financiera de algunos estados y ciudades profundiza el problema<sup>20</sup>.

Para el economista Paul Krugman, los editorialistas del sobrio

<sup>19</sup> Ferguson y Rogers, *Right Turn*, pág. 122. Jackie Calmes y John D.

McKinnon, en *Wall Street Journal*, 11 de noviembre de 2002.

<sup>20</sup> Peronet Despeignes, en *Financial Times*, 29 de mayo de 2003.

Kotlikoff y Sachs, en *Boston Globe*, 19 de mayo de 2003. Fleischer,

en *Financial Times*, 30 de mayo de 2003.

*Financial Times* apenas "dicen lo que es obvio" cuando escriben que "los republicanos más extremistas", en cuyas manos están los timones, parecerían buscar un naufragio fiscal que "ofrezca la tentadora perspectiva de forzar [recortes de programas sociales] por la puerta de atrás". En el listado de demoliciones, sostiene Krugman, están Medicaid, Medicare y la Seguridad Social, pero lo mismo es válido para todo el repertorio de programas desarrollados en el siglo pasado para proteger a la población de los desmanes del poder privado".

En la eliminación de programas sociales hay intenciones que van mucho más lejos de la concentración de riqueza y poder. La Seguridad Social, la enseñanza pública y demás desviaciones del "camino recto" que el poderío militar de Estados Unidos piensa imponer al mundo, como se ha declarado con franqueza, están basadas en doctrinas perversas, entre ellas la perniciosa creencia de que nos debería importar, como comunidad que somos, si la viuda minusválida del otro lado de la población tiene con qué pasar el día, o si el niño de al lado debe tener la opción de un futuro decente. Estas perversas doctrinas derivan del principio de la solidaridad, que para Adam Smith y David Hume era la esencia de la naturaleza humana, principio que hay que expulsar de la mente. La privatización trae otros beneficios. Si las pensiones, la asistencia de salud y otros medios de supervivencia de los trabajadores dependen del mercado de valores, a estos les conviene minar sus propios intereses: deberán oponerse a los aumentos salariales, reglamentaciones de salud y seguridad y otras medidas que puedan recortar las ganancias de esos benefactores de los cuales dependen por obligación, en un proceso que recuerda al feudalismo.

Tras una disparada de la popularidad presidencial con motivo de s-11, las encuestas revelaron un creciente descontento con las políticas sociales y económicas de la administración. Para salvar las

**21** Paul Krugman, en *New York Times*, 27 de mayo de 2003.

esperanzas de conservar el poder político, las fuerzas de Bush se vieron prácticamente obligadas a adoptar lo que Anatol Lieven define como "la clásica estrategia moderna de las oligarquías de derecha en peligro, que consiste en desviar el descontento de las masas hacia el nacionalismo"<sup>22</sup>; estrategia que para ellos de todos modos ya es instintiva, habiéndoles funcionado tan bien durante sus anteriores doce años en el poder.

Karl Rove, el supremo consejero político, diseñó la estrategia; los republicanos debían "apelar al país con el tema de la seguridad nacional" en noviembre de 2002, ya que los votantes "confían en el Partido Republicano" para la "protección de América". De modo similar, explicaba, para la campaña presidencial de 2004 habría que presentar a Bush como un líder de tiempos de guerra. "Si los temas

nacionales dominan el contenido de las noticias y las lides políticas durante el verano, Bush y sus republicanos perderían terreno", puntualizaba el principal analista internacional de la *UPI*. Pero la "amenaza inminente" de Iraq se invocó justo a tiempo, en septiembre de 2002. Reconociendo su vulnerabilidad en temas nacionales, "la administración hace campaña para sostener y aumentar su poder con una política de experimentación temeraria a nivel internacional, novedosas y radicales estrategias militares preventivas y la avidez de un choque con Iraq políticamente ventajoso y programado con toda precisión"<sup>23</sup>.

Para la campaña electoral de mitad de período la táctica resultó... por muy poco. Aunque los votantes "creen que a los republicanos les importan más las grandes firmas privadas que los americanos del común", confían en ellos en asuntos de seguridad nacional<sup>24</sup>.

En septiembre se proclamó la Estrategia de Seguridad Nacional.

<sup>22</sup> Anatol Lieven, en *London Review of Books*, 3 de octubre de 2002.

<sup>23</sup> Martin Sieff, en *American Conservative*, 4 de noviembre de 2002.

<sup>24</sup> Donald Green y Eric Schickler, en el *New York Times*, 12 de noviembre de 2002.

El miedo fabricado proporcionó el soporte popular a la invasión de Iraq, e instituyó la nueva norma de la guerra ofensiva a discreción, y dio a la administración suficiente palanca política para sacar adelante una agenda nacional dura e impopular. Otra vez se sigue casi al pie de la letra el guión de la primera ocupación del poder, si bien ahora con mayor fervor, menos restricciones externas y más graves amenazas a la paz.

#### RIESGOS INSIGNIFICANTES

La guerra con Iraq se emprendió a sabiendas de que podía conducir a la proliferación tanto de las A D M como del terror, riesgos que se consideraban insignificantes ante la posibilidad de obtener el dominio de Iraq, establecer con firmeza la norma de la guerra preventiva y afianzar la detentación del poder nacional.

Las pruebas de cuán seriamente figuraban las amenazas reales a la seguridad en la lista de prioridades aparecieron tan pronto se proclamó la gran estrategia imperial, el 17 de septiembre de 2002. La administración pronta y públicamente "abandonó el esfuerzo internacional por robustecer la Convención de Armas Biológicas contra la guerra bacteriológica", y notificó a sus aliados que tendrían que aplazar cuatro años cualquier futura discusión<sup>25</sup>. Como ya señalamos, a mediados de octubre se supo que en el curso de un episodio anterior de jugar con fuego el mundo estuvo atterradoramente al borde de una guerra nuclear. Diez días después, el 23 de octubre, el Comité de Desarme de la O N U adoptó dos resoluciones cruciales. La primera exigía medidas más severas para prevenir la militarización del espacio y así "eludir un peligro grave para la paz y la seguridad internacionales". La segunda ratificaba el Protocolo de Ginebra de 1925, que "prohíbe el empleo de gases tóxicos y métodos bacterio-

<sup>25</sup> Peter Slevin, en *Washington Post*, 19 de septiembre de 2002.

lógicos de guerra". Ambas se aprobaron por unanimidad, con dos abstenciones: Estados Unidos e Israel. La abstención estadounidense equivale a un veto; típicamente, un veto doble, pues los hechos pasan a ser suprimidos de la historia y del periodismo de información. En los principales medios no hubo mención de estos intentos fallidos del resto del mundo por prevenir serias amenazas a la supervivencia.

En el exiguu cubrimiento de prensa sobre las pasmosas revelaciones de la rememoración de La Habana de octubre de 2002, hubo pocas palabras para temas de tanta actualidad como el terrorismo internacional y el cambio de régimen por la fuerza, o para la conexión iraquí, que los participantes tenían muy presente. Camino de La Habana seguramente habían leído la carta enviada por el jefe de la CIA. George Tenet, al presidente del Comité de Inteligencia del Senado, el senador Bob Graham, informándole que aunque había poca probabilidad de que Saddam fuera a emprender una operación terrorista con armas convencionales o cualquier tipo de armas químicas o biológicas que pudiera tener, la probabilidad ascendería a "bastante alta" dado el caso de un ataque de Estados Unidos. El FBI también planteaba inquietudes "de que una guerra con Iraq podría desencadenar nuevos riesgos terroristas en el país", y lo mismo hacía el encargado del Departamento de Seguridad Interna Nacional (Homeland Security). La principal publicación internacional de inteligencia militar y agencias de inteligencia de países aliados sacaron idénticas conclusiones; agregaron que un ataque de Estados Unidos podría "universalizar el sentimiento antiamericano y antioccidental (...) Atacar a Iraq intensificaría el terrorismo islámico en vez de reducirlo": "una guerra contra Iraq amenaza con fomentar disturbios y crear nuevos peligros terroristas, advierten a sus gobiernos funcionarios de seguridad y de la policía" al ganar nuevos adeptos jóvenes a "la siempre en aumento causa antiestadounidense"<sup>26</sup>.

<sup>26</sup> Greg Gordon, en *Minneapolis Star-Tribune*, 18 de octubre de 2002; *Janes*

Asintiendo, Richard Betts, especialista en ataques sorpresivos y chantaje nuclear, escribió que de darse una invasión norteamericana "Saddam no tendría motivo para no despedirse con su mejor disparo, que podría ser el empleo de [ADM] en territorio de Estados Unidos"; es decir, activando redes ya apostadas. "Las probabilidades pueden ser pocas", comentó: "tal vez tan pocas" como las de lo que ocurrió en 9-11<sup>7</sup>. Quienes abrigan alguna preocupación por la seguridad del pueblo de Estados Unidos y otros blancos posibles no descartarían las probabilidades como insignificantes, desde luego.

Connotados expertos concuerdan en que un ataque por parte de la fuerza bélica más poderosa de la historia contra un enemigo indefenso podría motivar un afán de venganza o disuasión. Importantes estudiosos de las relaciones internacionales han hecho ver que los blancos potenciales de la experimentación temeraria norteamericana "saben que la única forma de tener a raya a Estados Unidos es mediante la disuasión", principalmente con ADM (Kenneth Waltz). Así, "las políticas norteamericanas estimulan la proliferación vertical de armas nucleares y promueven su propagación de un país a otro". Estas mismas políticas incitan al terrorismo: "No sorprende que (...) naciones débiles y personas descontentas (...) arremetan contra Estados Unidos como el agente o símbolo de sus sufrimientos"; y si no se hace nada para remediar sus quejas, es posible que reaccionen con los medios que tienen a su disposición, incluido el terror. La inteligencia de Estados Unidos añadió que "el creciente es-

*Terrorism and Security Monitor*, 12 de noviembre de 2002; Sebastian Rotella, en *Los Angeles Times*, 4 de noviembre de 2002; Jimmy Burns y Mark Huband, en *Financial Times*, 24 de enero de 2003; Eric Lichtblau, en *New York Times*, 25 de enero de 2003; Marlise Simons, en *New York Times*, 29 de enero de 2003; y Philip Shenon, en *New York Times*, 4 de marzo de 2003.

<sup>27</sup> Richard Betts, en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2003.

tancamiento económico" causado por la versión washingtoniana de la globalización podría producir efectos parecidos<sup>28</sup>.

Las advertencias no eran nuevas. Desde hacía algún tiempo se sabía que las potencias industriales podían perder el monopolio efectivo de la violencia, aunque conservaran su inmensa supremacía. Mucho antes de 9-11, algunos estudios técnicos habían llegado a la conclusión de que "una operación bien planeada para introducir clandestinamente A D M a los Estados Unidos tendría al menos un 90 por ciento de probabilidades de éxito". Esto se ha convertido en "El Talón de Aquiles de América", concluía un estudio con ese título, donde se hacía un repaso de las numerosas opciones disponibles para los terroristas. El estudio del Grupo de Trabajo del Consejo de Relaciones Exteriores agrega otras. La inminencia del peligro se hizo patente en 1993 tras el atentado con explosivos contra el World Trade Center el cual, con mejor planificación, habría podido matar decenas de miles de personas, como informaron los ingenieros del rascacielos<sup>29</sup>.

También se pronosticó que un ataque contra Iraq podría estimular la proliferación en formas más directas. El experto en terrorismo Daniel Benjamin (que no es ninguna paloma) anotó que una invasión podía causar "el mayor desastre de proliferación de la historia". Saddam Hussein había demostrado ser un tirano brutal, pero a la vez racional. Si tenía armas químicas y biológicas, las guardaba bajo rigurosa vigilancia y "sujetas a una adecuada cadena de autoridad".

**28** Kenneth Waltz, en Booth y Dunne (eds.), *Worlds in Collision. Sobre inteligencia de Estados Unidos*, véase adelante, capítulo 7, nota 10.

**29** Estudio citado por Charles Glaser y Steve Fetter, en *International Security* 26, núm. 1, verano de 2001. Richard Falkenrath, Robert Newman y Bradley Thayer, *America's Achilles, Heel*, MIT, 1998. Barton Gellman, en *Washington Post*, 20 de diciembre de 2001. Hart y Rudman, *America-Still Unprepared, Still in Danger*.

### Hegemonía o supervivencia

Sin duda no las iba a poner en manos de los Osama ben Laden del planeta, que para el propio Saddam eran una terrible amenaza. Pero con un ataque la sociedad de Iraq podría venirse abajo y con ella el control sobre las A D M , que podrían ser puestas a la venta en el enorme "mercado de armas no convencionales": un "escenario de pesadilla" desde todo punto de vista. Investigaciones de posguerra revelan que las preocupaciones de Benjamin pueden haberse hecho realidad con el saqueo de instalaciones nucleares<sup>30</sup>.

La crítica de preguerra por dentro del sistema exhibía varios rasgos importantes. En primer lugar, coincidía con inquietudes en esos mismos círculos sobre el futuro de una "superpotencia forajida", que gran parte del mundo considera la mayor amenaza contra la paz del planeta y "la mayor amenaza exterior contra sus sociedades". En segundo término, abarcaba una gama de voces inusitadamente amplia: las opiniones citadas atrás provienen de organismos de inteligencia estadounidenses y mundiales; de la principal publicación militar del mundo; de los números de enero de 2003 de las dos principales revistas nacionales de política exterior; de una publicación inusual de la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias de algunos de los más respetados expertos en asuntos internacionales, terrorismo y análisis estratégico, y hasta de los "magos de Davos" que gobiernan la economía mundial. No importa qué piense uno de sus juicios, costaría trabajo encontrar un precedente histórico de semejante volumen de críticas a un proyecto de guerra así como tampoco tenía precedente la oposición popular a una guerra que todavía no se había declarado oficialmente.

En tercer lugar, aunque las críticas se originaban por dentro del sistema, fueron desdeñadas. La administración no hizo ningún es-

<sup>30</sup> Kaysen y otros. *War with Iraq*, citando a Daniel Benjamin, *Washington Post* 31 de octubre de 2002. Barton Gellman. en *Washington Post*. 10 de mayo de 2003

fuerzo por contrarrestarlas; de hecho, ni siquiera pareció darse cuenta de ellas, lo cual tiene sentido. Desde el punto de vista de la propaganda, la nación más poderosa de la historia no necesita justificar o argumentar seriamente sus acciones; con la declaración de nobles Intenciones debe bastar. Así como a la ONU se le informa que puede ser "relevante" y autorizar lo que vamos a hacer o sufrir las consecuencias, así también se debe notificar al mundo que el poder hegemónico no tiene que cargar con el peso de la prueba cuando apela a la violencia o cualquier otra acción. Escuchar, ni mucho menos refutar, los "ruidos críticos" (para tomar prestada la expresión burlona de McGeorge Bundy), sería menoscabar la autoridad. Los críticos tienen razón en decir que la postura de superpotencia podría conducir a la autodestrucción, pero tales preocupaciones no han sido comúnmente una alta prioridad para nuestros dirigentes.

En el caso actual, la administración tenía que saber, aún sin las alarmas de respetadas autoridades, que su planeada guerra contra Iraq y otras acciones afines podían incrementar el riesgo de proliferación de **ADM** y atentados contra Estados Unidos y sus aliados. Pero todo indica que tales amenazas tienen baja prioridad en comparación con otros objetivos. Más aún aunque los estrategas obviamente no acogen con agrado la proliferación de las **ADM** y el terrorismo, saben que pueden sacar ventaja de estos hechos para sus propios intereses, tanto mundiales como nacionales. Hasta el temor que engendran en el mundo les parece aceptable: no quieren ser amados sino obedecidos; y si eso se consigue con el miedo, excelente, otra contribución a "mantener la credibilidad".

En cuanto a los objetivos, hay que decir que el veterano analista y corresponsal en el Medio Oriente, Youssef Ibrahim, sin duda simplificaba demasiado al sintetizarlos como "robustecer la popularidad del presidente" para una rentabilidad política de corto plazo y "convertir a un Iraq 'amigo' en una estación de bombeo de petróleo

de propiedad de Estados Unidos"<sup>31</sup>. Pero hay buena razón para creer que sus opiniones apuntan por lo menos en la dirección correcta. La conservación del poder político y el incremento del control de Estados Unidos sobre las fuentes primarias de energía del mundo son dos pasos importantes hacia el doble objetivo, proclamado con tanta transparencia: institucionalizar una reestructuración radical de la sociedad nacional que dará marcha atrás a las reformas progresistas de todo un siglo, y establecer una gran estrategia imperial de dominio permanente del mundo. Comparados con estos objetivos, los riesgos bien pueden parecer insignificantes.

#### **LAS ALAS EXTREMISTAS**

Los críticos por dentro del sistema y la Casa Blanca tendían a fijarse en los mismos asuntos que eran el tema de las sesiones del Consejo de Seguridad y las inspecciones: la amenaza iraquí, las A D M y la subcategoría del terror que cabe en los cánones del dogma. En los debates apenas si se habló, por cumplir, de "democratización", "liberación" y otras cuestiones que irían más allá de las potenciales amenazas contra Estados Unidos y sus aliados. Poco se discutieron por ejemplo, los posibles efectos de la guerra sobre la población de Iraq, excepto entre "las alas extremistas", para adoptar la locución que McGeorge Bundy empleó para referirse a quienes sospechaban que en la guerra de Vietnam había más implicaciones que el triunfo militar y su costo para el invasor. Cuando Washington marchaba a paso firme hacia la guerra con Iraq, los hombres y mujeres de las alas extremistas volvieron a mirar más allá de la limitada pregunta de cuánto les iba a costar.

Con el pueblo iraquí en el límite de la supervivencia tras una década de sanciones destructivas, las agencias de ayuda internacio-

<sup>31</sup> Youssef Ibrahim, en *International Herald Tribune*, 1 de noviembre de 2002

nal y las organizaciones médicas advirtieron que una guerra podría producir una catástrofe humanitaria de graves proporciones. En Suiza se reunieron treinta países a prepararse para lo que se veía venir. Únicamente Estados Unidos se rehusó a asistir. Los participantes, entre ellos los otros cuatro miembros permanentes del Consejo de Seguridad, "advirtieron sobre las devastadoras consecuencias humanitarias de una guerra". El ex subsecretario de Defensa, Kenneth Bacon, director de Refugiados Internacional, con sede en Washington, predijo que "una guerra generará enormes corrientes de refugiados y una crisis de salud pública". Entre tanto, los organismos internacionales de ayuda criticaban los planes norteamericanos de asistencia humanitaria en el Iraq de posguerra como "cortos de especificaciones, lamentablemente faltos de dinero y controlados en exceso por los militares". Algunos funcionarios de la O N U se quejaban: "Hay un desinterés estudiado [en Washington] por la voz de alarma que tratamos de hacer llegar a quienes preparan la guerra, acerca de sus posibles consecuencias"<sup>32</sup>.

Horripilante y brutal como era el régimen de Saddam Hussein, de todas formas encauzaba los ingresos del petróleo hacia el desarrollo nacional. "Un tirano, a la cabeza de un régimen que ha hecho de la violencia un instrumento del Estado", con un "espantoso expediente de derechos humanos", que sin embargo "había elevado a la mitad de la población de su país hasta la clase media, y los ára-

**32 Véase, por ejemplo. Médicos Internacionales por la Prevención de la Guerra Nuclear: y Medact. *Collateral Damage: The Health and Environmental Costs of War on Iraq*.**

12 de noviembre de 2002; Médicos por los Derechos Humanos.

***Health and Human Rights Consequences of War in Iraq*, ponencia informativa,**

14 de febrero de 2003; Nicholas Pelham, en *Financial Times*. 28 de febrero de 2003; Kenneth Bacon, en *Bulletin of the Atomic Scientists*, enero-febrero de 2003;

James Politi. Guy Dinmore y Mark Turner, en *Financial Times*. 27 de febrero de 2003; y Ed Vulliamy, Burhan Wazir y Gaby Hinsliff en *Sunday Observer*,

22 de diciembre de 2002.

bes de todo el mundo (...) venían a estudiar en las universidades de Iraq"<sup>33</sup>. La guerra de 1991, que presenció la destrucción deliberada de los sistemas de acueducto, electricidad y alcantarillado, produjo una terrible mortalidad; y el régimen de sanciones impuesto por Estados Unidos y el Reino Unido llevó al país al nivel de la supervivencia mínima<sup>34</sup>. Sirva de ilustración el Informe sobre el Estado Mundial de la Infancia, publicado por UNICEF en 2003, el cual señala que "el retroceso de Iraq en la pasada década es de lejos el más pronunciado de los 193 países examinados". Siendo la tasa de mortalidad infantil "el mejor indicador individual de la protección de menores", su aumento de 50 a 133 por 1 000 partos vivos coloca a Iraq por debajo de todos los países por fuera de África, con excepción de Camboya y Afganistán. Dos analistas militares más bien belicistas comentan que "las sanciones económicas bien pueden haber sido una causa necesaria (sic) de las muertes de más personas en Iraq que las que han muerto a causa de las llamadas armas de destrucción masiva en toda la historia": cientos de miles, según cálculos tímidos<sup>35</sup>.

No hay dos occidentales que conozcan mejor a Iraq que Denis Halliday y Hans von Sponeck, los respetados diplomáticos de la O N U encargados de la coordinación humanitaria, al mando de un personal de cientos de investigadores internacionales que viajaban diariamente por todo el país. Ambos renunciaron en protesta por lo que Halliday describió como el carácter "genocida" del régimen de

**33** Turi Munthe, en Munthe (ed). *The Saddam Hussein Reader, Thunder's Mouth*, 2002. pág. xxvii.

**34** Las sanciones fueron impuestas en teoría por la ONU, pero se sobrentendió siempre que la pareja *US-UK* las haría efectivas, bajo la égida de la ONU, y con poco respaldo, en especial las de tipo más cruel que iban dirigidas contra la población civil.

**35** Frances Williams, en *Financial Times*. 12 de diciembre de 2002. John Mueller y Karl Mueller, en *Foreign Affairs*. mayo-junio de 1999.

sanciones angloamericano. Ambos niegan las denuncias de que las autoridades iraquíes retenían alimentos y medicinas. Su sucesor, Tun Kyat, corroboró sus opiniones, diciendo que el iraquí era "el mejor sistema de distribución que él había visto en su vida, como funcionario del Programa Mundial de Alimentos". El veterano funcionario del P M A informó que la organización llevó a cabo más de un millón de inspecciones del sistema y "no descubrió indicios significativos de fraude o favoritismo". Añadió que no había "manera de que pudiéramos crear otra cosa que funcionara la mitad de bien" que el sistema iraquí, que era "el más eficiente del mundo", y que "el peligro de una crisis humanitaria a gran escala" se agudizaría si algo llegara a interrumpir<sup>36</sup>.

Como durante años venían señalando Halliday, Von Sponeck y otros, las sanciones hicieron estragos entre la población y en cambio fortalecieron a Saddam Hussein y su camarilla, y además agravaron la dependencia del pueblo iraquí del tirano para sobrevivir. Von Sponeck, quien renunció en el año 2000, comunicó que Estados Unidos y Gran Bretaña "Sistemáticamente trataron de impedir [a Halliday y a él] que rindieran informes al Consejo de Seguridad (...) porque no querían oír lo que teníamos para contar" sobre el salvajismo de las sanciones<sup>37</sup>. Tal parece que los medios de comunicación estadounidenses tampoco quieren. Aunque el conocimiento especializado de los coordinadores de la O N U no tiene paralelo, los norteamericanos han tenido que acudir a otras partes para oír lo que los diplomáticos tenían para contar, incluso en estos momentos de fijación como de láser sobre Iraq. El debate sobre los efectos de las sanciones ha sido mínimo y exculpatorio, como se hace usualmente cuando los delitos son de nuestro Estado.

**36 Rajiv Chandrasekaran. en Washington Post Weekly, 10 de febrero de 2003, excepción digna de nota al poco cubrimiento en general.**

**37 Denis Halliday y Hans von Sponeck, en Al-Ahram Weekly, 26 de diciembre de 2002.**

La investigadora académica Joy Gordon descubrió que hasta la información que sí llega al Consejo de Seguridad "se oculta al escrutinio público", aunque ella se enteró, al igual que otros, de suficientes cosas que dan cuenta de un vergonzoso historial de crueldad premeditada y esfuerzos realizados "agresivamente durante la última década para minimizar deliberadamente la cantidad de bienes humanitarios que ingresan al país (...) a pesar de los enormes sufrimientos humanos, incluyendo aumentos masivos de la mortalidad infantil y extensas epidemias". Estados Unidos impidió que buques cisterna cargados de agua llegaran a Iraq, con argumentos espurios que fueron rebatidos por los expertos en armamentos de la O N U ; y eso "en tiempos en que la mayor causa de mortalidad infantil era la falta de acceso al agua potable y el país atravesaba por una sequía". Washington insistió en que se retuvieran las vacunas contra enfermedades infantiles hasta que fue obligado a retractarse por las rotundas protestas de UNICEF y la Organización Mundial de la Salud, con el apoyo de expertos europeos en armas biológicas, quienes declararon que las acusaciones de Estados Unidos sobre el doble uso de las vacunas eran "categóricamente imposibles"<sup>38</sup>.

La Cruz Roja Internacional, recurriendo a su propio conocimiento íntimo del país, concluyó en 1999 que tras una década de sanciones "la economía de Iraq está hecha trizas", y que "el programa de 'petróleo por alimentos', iniciado en 1995 con la Resolución 986 de la O N U , no ha detenido el colapso del sistema de salud y el deterioro de las reservas de agua, que en conjunto constituyen una de las más graves amenazas contra la salud y el bienestar de la población civil. Los organismos de ayuda "tan sólo pueden abrigar la esperanza de mitigar algunos de los peores efectos de las sanciones [y] no pueden

**38 Joy Gordon, en *Harper's*, noviembre de 2002. Para más pormenores y refutación de las justificaciones oficiales, véase Eric Herring, en *Review of International Studies* 28, 2002, págs 39-56.**

ni de lejos satisfacer las ingentes necesidades de veintidós millones de personas", hacía saber el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)<sup>39</sup>.

Los defensores del régimen de sanciones alegaban que la terrible situación era culpa de Saddam, por su negativa a acatar totalmente las resoluciones de la ONU, y dedicarse a la construcción de palacios y monumentos a sí mismo, etcétera (financiándose con dineros desviados del contrabando y otras actividades ilegales, según testimonio de los coordinadores humanitarios de la ONU y el Programa Mundial de Alimentos). El argumento, en ese entonces, era que había que castigar a Saddam por sus crímenes triturando a sus víctimas y fortaleciendo al verdugo. Mediante una lógica similar, si un delincuente secuestra un bus escolar, deberíamos volarlo y matar a los pasajeros pero rescatar y premiar al secuestrador, justificando nuestras acciones con la premisa de que fue culpa suya<sup>40</sup>.

El "desinterés estudiado" por las posibles consecuencias de la guerra sobre la población del país que se piensa invadir es ya tradicional. Lo mismo ocurrió cuando, cinco días después de 9-11, Washington exigió a Pakistán que acabara con "los convoyes de camiones que llevan gran parte de la comida y otros abastos a la población civil" y causó el retiro de los trabajadores de ayuda junto con una severa reducción de los suministros de alimentos, dejando a millones de afganos (...) en grave riesgo de inanición<sup>41</sup>; riesgo de lo que en propiedad debería llamarse "genocidio silencioso". Estimativos de los números "en grave riesgo de inanición" se elevaron

<sup>39</sup> CICR, *Iraq 1989-1999: A Decade of Sanctions*, 14 de diciembre de 1999.

<sup>40</sup> Otros argumentos esgrimidos eran tan estrafalarios que no merecen discusión. por ejemplo el de que debíamos bombardear y ocupar a Iraq porque así dejaríamos de atormentar con sanciones a la población.

<sup>41</sup> John Burns. en *New York Times*, 16 de septiembre de 2001; Samina Ahmed, en *International Security* 26, núm. 3, invierno de 2001-02.

de 5 millones antes de s-11 a 7,5 millones un mes después. La amenaza y luego la realidad del bombardeo suscitó vehementes protestas de las organizaciones de ayuda y advertencias sobre lo que podía seguir, pero recibieron apenas una atención dispersa y muy parcial, y provocaron poca reacción.

Tal vez valga la pena repetir lo evidente. Siempre se espera que los peores escenarios no se materialicen, y con tal fin no debería escatimarse esfuerzo alguno. Pero exactamente como pasó cuando Krushev envió misiles a Cuba, lo que pudo haber causado una guerra atómica pero no la causó, el abanico de probabilidades es lo que determina la evaluación de las políticas que se han de adoptar, por parte al menos de quienes están en capacidad de profesar los más elementales principios éticos. Aunque trivial, este juicio sigue siendo válido cualquiera que sea el resultado; verdad trillada que comprendemos divinamente cuando se aplica a nuestros enemigos oficiales, pero que nos resulta mucho más dura de poner en práctica nosotros mismos.

#### **DEMOCRACIA Y DERECHOS HUMANOS**

Como hemos señalado, los críticos dentro del sistema restringieron sus comentarios sobre el ataque a Iraq a los argumentos de la administración, que para ellos eran de veras serios: el desarme, la disuasión y los vínculos con el terrorismo. Poco se refirieron a la liberación, la democratización del Medio Oriente y otros asuntos que harían irrelevantes las inspecciones y, de hecho, todo lo que ocurría en el Consejo de Seguridad y en algunos terrenos del gobierno. Tal vez se dieron cuenta de que la retórica altisonante es el aderezo obligatorio de prácticamente cualquier apelación a la fuerza y que por lo tanto no contiene información. Es doblemente difícil tomar en serio esa retórica ante la exhibición de desprecio por la democracia que

la acompañó, para no hablar del historial pasado y las prácticas actuales.

Los críticos también se percatan de que los actuales funcionarios, con su presunto interés por la democracia en Iraq, no han dicho nada que indique algún arrepentimiento por el apoyo que en el pasado le brindaron a Saddam Hussein (o a otros como él, y que aún siguen brindando), ni han dado señas de contrición por haberle ayudado a desarrollar A D M cuando él era realmente una amenaza seria. Ni tampoco ha explicado la presente cúpula cuándo o por qué abandonó su opinión de 1991 de que "el mejor de los mundos posibles" sería "una junta iraquí con un puño de hierro y sin Saddam Hussein" que gobernara como Saddam pero no cometiera el error de apreciación que en agosto de 1990 manchó su hoja de vida<sup>42</sup>.

Por esos días, los aliados británicos de los actuales funcionarios estaban en la oposición y por tanto en mayor libertad que los seguidores de la Thatcher de manifestarse contra los crímenes de Saddam con apoyo británico. Hay nombres que brillan por su ausencia de los anales de protestas en el Parlamento contra estos crímenes, nombres entre los cuales están los de Tony Blair, Jack Straw, Geoff Hoon y otras figuras destacadas del Nuevo Laborismo. En diciembre de 2002 Jack Straw, para entonces ministro de Asuntos Exteriores, publicó un expediente de los crímenes de Saddam. En casi su totalidad este expediente versaba sobre el período de firme respaldo del bloque *US-UK*, hecho que se pasó por alto con la acostumbrada exhibición de integridad moral. La fecha de divulgación y la calidad del expediente despertaron numerosas dudas; pero, dudas aparte, Straw no suministró ninguna explicación de su muy reciente conversión al es-

<sup>42</sup> Thomas Friedman, esbozando el pensamiento de la administración de Bush 1 luego de que esta autorizara a Saddam a sofocar rebeliones que hubieran podido derrocarlo, en *New York Times*, 7 de junio de 1991.

cepticismo sobre el buen carácter y comportamiento de Saddam Hussein. En 2001, cuando Straw era ministro del Interior, un iraquí que huyó después de haber sufrido detención y tortura pidió asilo en Inglaterra. Straw denegó la petición. Su ministerio explicó que Straw "sabe que Iraq y en particular las fuerzas de seguridad de Iraq sólo condenarían y dictarían sentencia a una persona con la adecuada provisión jurídica de los tribunales", de tal manera que "es de esperarse un proceso imparcial bajo un poder judicial independiente y apropiadamente constituido". Así pues, la conversión de Straw debe haber sido bastante parecida al descubrimiento del presidente Clinton, en algún momento entre el 8 y el 11 de septiembre de 1999, de que Indonesia le había hecho algunas cosas desagradables a Timor Oriental en los últimos veinticinco años, cuando disfrutaba del decisivo respaldo de Estados Unidos y Gran Bretaña<sup>43</sup>.

Las actitudes hacia la democracia quedaron en evidencia con excepcional claridad durante la movilización para la guerra en el otoño de 2002, cuando se hizo necesario lidiar de alguna manera con la multitudinaria oposición popular. En el interior de la "coalición de los voluntarios" la campaña de propaganda lanzada en septiembre controló, al menos en parte, al público norteamericano. En Gran Bretaña la población estaba dividida aproximadamente por mitades sobre el tema de la guerra, pero el Gobierno mantuvo la postura de "socio menor" que había aceptado a regañadientes después de la Segunda Guerra Mundial y sostenido a pesar del soberbio desprecio por los intereses británicos que los líderes estadounidenses mostraron en momentos en que la mismísima supervivencia del país estuvo en juego.

Por fuera de esos dos miembros en pleno derecho de la coalición, los problemas eran más serios. En los dos principales países europeos, Alemania y Francia, las posiciones oficiales de sus gobiernos

<sup>43</sup> Mark Thomas, en *New Statesman*. 9 de diciembre de 2002. Véase cap. 3. nota 5.

coincidían con la opinión de la gran mayoría de la gente, que se oponían a la guerra de manera inequívoca. Eso produjo la amarga censura de Washington y numerosos columnistas. Donald Rumsfeld desechó a las naciones ofensoras tildándolas de "Vieja Europa", de ínfima importancia por no atenerse a las instrucciones de Washington. El símbolo de la "Nueva Europa" sería Italia, cuyo primer ministro, Silvio Berlusconi, estaba de visita en la Casa Blanca. Claro, no había ningún problema en el hecho de que la vasta mayoría de la opinión pública italiana se opusiera a la guerra.

Los gobiernos de la Vieja y la Nueva Europa se distinguían por un criterio sencillo: un gobierno caía en la iniquidad de la Vieja Europa si adoptaba la misma posición que la gran mayoría de sus ciudadanos y se negaba a obedecer las órdenes de Washington. Recuérdese que los autoproclamados gobernantes del mundo (Bush, Powell y demás) habían declarado sin rodeos que emprenderían su guerra sin importar que la ONU ni nadie más les "diera alcance" y se hiciera "relevante". La Vieja Europa, atollada en la irrelevancia, no los alcanzó. Tampoco la Nueva Europa, al menos si los pueblos hacen parte de sus países. Los resultados de encuestas suministradas por Gallup Internacional y otras fuentes locales de casi toda Europa, del Este y del Oeste, muestran que el apoyo a una guerra librada "unilateralmente por Estados Unidos y sus aliados" no pasó del 11 por ciento en ningún país. El apoyo a una guerra por mandato de la ONU iba del 13 por ciento (España) al 51 por ciento (Holanda).

De especial interés resultan los ocho países cuyos líderes declararon ser la Nueva Europa ante un nutrido aplauso por su valor e integridad. La declaración asumió la forma de un llamamiento al Consejo de Seguridad para que asegurara el "completo acatamiento de sus resoluciones", sin especificar cómo. Su anuncio amenazaba con aislar a los alemanes y franceses", informó triunfalmente la prensa, si bien las posiciones de la Vieja y la Nueva Europa realmente diferían en muy poco. Para asegurarse de que Alemania y

Francia quedaran "aisladas", no fueron invitadas a firmar el audaz pronunciamiento de la Nueva Europa (...) parece que por miedo a que lo hicieran, como se insinuó después discretamente".

La interpretación estándar dice que la excitante y promisoriosa Nueva Europa se plantó junto a Washington, demostrando así que "muchos europeos apoyaban el parecer de Estados Unidos, aunque Francia y Alemania no lo hicieran"<sup>44</sup>. ¿Quiénes eran esos "muchos europeos"? Echando un vistazo a las encuestas, vemos que en la Nueva Europa la oposición a la "posición de Estados Unidos" era en su mayor parte más cuantiosa incluso que en Francia y Alemania, especialmente en Italia y España, que recibieron particulares alabanzas por su liderazgo de la Nueva Europa.

Felizmente para Washington, los antiguos países comunistas también se unieron a la Nueva Europa. Dentro de ellos, el apoyo a la "posición de Estados Unidos", tal como la definió Powell, a saber: una guerra librada por la "coalición de los voluntarios" sin la autorización de la ONU, iba del cuatro por ciento (Macedonia) al once por ciento (Rumania). El apoyo a una guerra incluso con el mandato de Naciones Unidas era también muy bajo. El ex ministro de Asuntos Exteriores de Latvia explicaba que "tenemos que saludar y gritar '¡Sí, señor!'... Tenemos que complacer a Estados Unidos cueste lo que cueste"<sup>45</sup>.

En resumen, en las publicaciones que ven en la democracia un valor importante, los titulares habrían dicho que la Vieja Europa abarcaba realmente a la inmensa mayoría de los europeos, del Este y del Oeste, mientras que la Nueva Europa consistía en unos cuan-

**44 Encuesta de Gallup Internacional, diciembre de 2002; Marc Champion, en *Wall Street Journal*, 30 de enero de 2003; Steven Weisman, en *New York Times*, 10 de febrero de 2003.**

**45 Powell, citado por Weisman en *New York Times*, 10 de febrero de 2003. Se refiere a los ocho ex satélites originales de Rusia.**

**46 Andrew Higgins. en *Wall Street Journal*. 18 de marzo de 2003.**

tos dirigentes que prefirieron alinearse (ambiguamente) con Washington, pasando por alto la aplastante opinión mayoritaria de sus propios conciudadanos. Pero en la realidad el cubrimiento noticioso fue casi siempre aislado e indirecto y describía la oposición a la guerra como un problema de mercadeo para Washington.

Del lado liberal del espectro, Richard Holbrooke recalca el muy importante punto [de que] la suma de la población de [los ocho países originales de la Nueva Europa] era mayor que la de los países que no firmaron la carta". Muy cierto, aunque se omite algo: las poblaciones en el continente se oponían abrumadoramente a la guerra, mucho más incluso en los países de la Nueva Europa que en los de la desdeñada por "Vieja"<sup>47</sup>. Del otro extremo del espectro, los editorialistas de *The Wall Street Journal* aplaudían la declaración de los ocho signatarios originales por "desnudar la falsedad de la creencia habitual de que Francia y Alemania hablan en nombre de toda Europa y de que toda Europa ahora es antiamericana". Los ocho honorables gobernantes de la Nueva Europa daban muestra de que las opiniones de la mayoría proamericana del continente no eran escuchadas" por fuera de la página editorial del *Journal*, ahora reivindicado. Los editorialistas fustigaban a los medios a su "izquierda" (un sector bastante grande), que "vendía como cierta" la idea ridícula de que Francia y Alemania hablaban por Europa, cuando a las claras eran una lastimosa minoría; y vendían estas mentiras porque sirven a los propósitos políticos de quienes, tanto en Europa como en América, se oponen al presidente Bush en lo de Iraq". Esta conclusión es válida si exceptuamos a los europeos de Europa, desvirtuando con ello la doctrina radical de izquierda de que la gente desempeña algún papel en las sociedades democráticas\*.

47 Holbrooke, citado por Lee Michael Katz, en *National Journal*

8 de febrero de 2003.

48 Editorial, *Wall Street Journal*. 3 de febrero de 2003.

Volvamos al lado liberal: Thomas Friedman sugería expulsar a Francia del Consejo de Seguridad y sustituirla por la India, que es "mucho más seria que Francia hoy en día ( ..) Francia, como dicen en el *kindergarten*, no sabe jugar con otros", y por eso "no se alinea contra Saddam", sino que se "enreda en su necesidad de diferenciarse de América", en un intento por ser "única". En otras palabras, el gobierno francés actuaba de acuerdo con la opinión popular, que se oponía a los planes bélicos de Washington. Así pues, Francia estaba en el *kindergarten*: aunque la población de Nueva Europa tenía que estar en el jardín de infantes, por lo que dicen las encuestas. La India, en cambio, es "seria" ahora que la gobierna un partido protofascista, que entrega los recursos del país a las multinacionales mientras predica un discurso ultranacionalista de uso interno, y que acababa de verse implicado en una masacre de musulmanes en Gujarat. Y como ha informado con entusiasmo Friedman en otras publicaciones, la India posee una maravillosa industria de *software* y sectores de mucha riqueza; y, de menor interés, también millones de seres que viven bajo algunas de las peores condiciones del mundo, donde la degradante situación de las mujeres no difiere mucho de la vida bajo los talibanes. Nada de eso importa con tal de que la India sea "seria", así como la vida bajo los talibanes no importaba mientras se juzgara que estaban cooperando».

Otros optaron por la posición de Kagan y Boot: Berlusconi, Aznar y las demás figuras de estatura "churchilleana" que adhirieron a Washington mostraron una "valentía política sin par" al sostenerse en lo que entienden por Bien y por Mal, en lugar de doblarse como ovejas ante el "antiamericanismo paranoico, maquinador" de la inmensa mayoría de los europeos, "impulsados por la avaricia" y por ende incapaces de entender la "cepa idealista [que] hace palpitir a América". Es cierto, esos líderes no hicieron ningún esfuer-

zo que se sepa para ilustrar a las equivocadas poblaciones de cuyas opiniones hicieron caso omiso, mientras valientemente cerraban filas detrás del poderío militar más grande de la historia. Pero tal vez no son verdaderos duplicados de Churchill y FDR, firmes contra Hitler; más bien lo son del presidente Bush, cuya "rectitud moral" proviene de su "celo evangélico", como queda demostrado por el hecho de que sus agentes de relaciones públicas así nos lo dicen<sup>50</sup>.

Hay muchos otros ejemplos. Cuando Gerhard Schroeder se atrevió a adoptar la posición de la abrumadora mayoría de los alemanes en las elecciones de 2002, fue condenado acremente por su escandalosa falta de liderazgo, lo que muestra un problema serio ("el gobierno vive con miedo de sus electores") que Alemania debe superar si quiere ser aceptada en el mundo civilizado<sup>51</sup>.

El caso de Turquía es particularmente sintomático. Como otros en la región, los turcos despreciaban a Saddam Hussein pero no le temían. También se oponían fuertemente a la guerra: cerca del 90 por ciento en enero de 2003, cuando se hacían los máximos esfuerzos por conseguir que los líderes políticos, si no las poblaciones, se unieran a la empresa de Washington. El gobierno turco acogió la voluntad del pueblo. Eso probaba que ese gobierno electo carecía de "credenciales democráticas", como aprendimos el día en que salieron publicadas las encuestas, gracias a un comentario del ex embajador en Turquía, Morton Abramowitz, hoy en día un distinguido columnista y estadista de alto nivel. Hace diez años, explicaba, "casi toda Turquía se oponía, como hoy, a cualquier participación en una guerra contra Iraq". Pero hubo "una excepción notable": el presidente

<sup>50</sup> Todd Purdum, en *New York Times*, 30 de enero de 2003. Max Boot, en *New York Times*, 13 de febrero de 2003. Robert Kagan, en *Washington Post Weekly*, 10 de febrero de 2003; véase págs. 67-68.

<sup>51</sup> Mark Landler, en *New York Times*, 20 de enero de 2003. citando al vocero del derechista Partido Unión Socialcristiana.

#### Hegemonía o supervivencia

Turgut Ozal, verdadero demócrata, que "pasó por encima de la pronunciada preferencia de sus compatriotas por quedarse por fuera de la guerra". En cambio, es una lástima que los actuales dirigentes "siguen ahora al pueblo cuando se trata de tomar parte en otra guerra con Iraq" en vez de doblegarse a las intensas presiones de Washington. "Lamentablemente -suspiraba Abramowitz- Estados Unidos no cuenta ahora con un verdadero demócrata", como sí lo hubo hace diez años<sup>52</sup>.

Demostrando todavía con mayor claridad la falta de credenciales democráticas del partido de gobierno, su jefe extraoficial, Recep Tayyip Erdogan, no sólo criticó la precipitación belicista de Washington, sino que se adentró en terreno verdaderamente prohibido al criticar a los "países, entre ellos Estados Unidos, que fabrican sus propias armas de destrucción masiva mientras tratan de obligar a otros a deshacerse de las suyas"<sup>53</sup>.

Con la intensificación de las presiones de Estados Unidos, la democracia turca empezó a mejorar. Mientras que la opinión popular aparentemente se volcaba todavía con mayor decisión contra la guerra, el gobierno terminó cediendo a las inflexibles coerciones económicas y de otro tipo de Estados Unidos y aceptó cumplir las exigencias de Washington por encima de la "abrumadora" oposición popular. Un "diplomático occidental (probablemente de la embajada de Estados Unidos) dijo a la prensa que la decisión lo tenía 'animado' y que le parecía algo muy positivo". El corresponsal en Turquía, Amberin Zaman, agregó que:

Una guerra contra Iraq sigue siendo profundamente impopular entre los turcos. Es por eso que la sesión parlamentaria del

52 Encuestas de *Economist*, 18 de enero de 2003. Morton Abramowitz, en *Wall Street Journal*, 16 de enero de 2003.

53 Recep Tayyip Erdogan, citado por Brian Groom, en *Financial Times*, 25 de enero de 2003.

jueves estuvo cerrada al público y la votación fue secreta. Los titulares del viernes fueron corrosivos en sus críticas al Partido de Justicia y Desarrollo, que está en el poder. La primera página del respetado diario *Radikal* decía: "el parlamento huyó lejos del pueblo".

En forma casi unánime los turcos se opusieron a las órdenes de Washington; pero se colegía que la dirigencia debía obedecer, y Turquía se unió a la Nueva Europa<sup>54</sup>.

O así parecía. Finalmente, los turcos acabaron dando una lección de democracia a Occidente. El Parlamento finalmente se negó a permitir el emplazamiento completo de tropas americanas en Turquía. Para formular este desenlace en términos convencionales:

La guerra en tierra se ha dificultado porque Turquía no aceptó su papel de anfitriona de las fuerzas del frente norte, otra vez por motivos políticos. Su gobierno fue demasiado débil ante el sentir general contra la guerra<sup>55</sup>.

Las presuposiciones son claras: los gobiernos fuertes no hacen caso de la población y "aceptan el papel" que les asigna el amo mundial; los débiles se doblegan ante la voluntad del 95 por ciento de la población.

El estratega del Pentágono, Paul Wolfowitz, expuso el meollo del asunto. Aunque él también increpó al gobierno turco por su desobediencia, pasó a condenar a los militares, que "no desempeñaron el papel de liderazgo recio que esperábamos" y dejaron traslucir debilidad permitiendo que el gobierno acatara la poco menos que unánime opinión pública. Por lo tanto, sostuvo, Turquía debería dar un

<sup>54</sup> Dexter Filkins, en *New York Times*, 6 y 26 de febrero de 2003; Amberin Zaman, en *Los Angeles Times*, 8 de febrero de 2003.

<sup>55</sup> Steven Weisman, en *New York Times*, 30 de marzo de 2003.

paso adelante y decir: "Cometimos un error (...) Veamos cómo podemos prestar toda la ayuda posible a los americanos". La posición de Wolfowitz es particularmente instructiva porque a él se le presenta como el visionario mayor en la cruzada por la democratización del Medio Oriente<sup>56</sup>.

Los pronunciamientos sobre la Vieja y la Nueva Europa y la histeria que varias veces los acompañó, traen algunas lecciones esclarecedoras sobre las actitudes hacia la democracia que predominan entre las élites políticas e intelectuales. La aversión a la democracia no es algo nuevo. Por obvios motivos, es una postura tradicional entre quienes participan del poder y los privilegios. Pero rara vez se revela tan patentemente. Eso quizás ayuda a explicar por qué los críticos dentro del sistema casi no hacen alusión a la retórica de la democratización, que acompaña a la exhibición teatral que la dirigencia política hace de su desprecio por la democracia, evidentemente compartido, a juzgar por los comentarios de opinión.

Algunos comentaristas entendidos han señalado el "incómodo dualismo" de la política exterior de Bush, en la que "Bush el neo-reaganista" hace "llamamientos sonoros a favor de una vigorosa campaña por una nueva democracia en el Medio Oriente", por un lado, mientras por otro los imperativos estratégicos tientan a "Washington a dejar de lado sus escrúpulos democráticos y forjar vínculos más estrechos con las autocracias": tal como en el pasado, con notable coherencia. Al examinar este "dualismo" y el respaldo ininterrumpido a regímenes represivos y brutales, Thomas Carothers expresó la esperanza de que Bush se convirtiera al "verdadero espíritu de la política exterior del presidente Ronald Reagan", con sus "empeños por propagar la democracia"<sup>57</sup>.

**56 Paul Wolfowitz, citado por Marc Lacey, en *New York Times*,  
8 de mayo de 2003**

**57 Thomas Carothers, en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2003**

Estas esperanzas resultan de especial interés por su origen. Carothers ha realizado uno de los más cuidadosos trabajos para el esclarecimiento del "verdadero espíritu" de la dedicación reaganista por la democracia. Combina el punto de vista del investigador con el del *insider*, por haber tomado parte en los proyectos del Departamento de Estado de Reagan para el fortalecimiento democrático en Latinoamérica. Carothers considera que esos programas son "sinceros [pero] un fracaso". Donde Washington ejerció menos influencia, en el Cono Sur, hubo progresos democráticos que la administración Reagan buscó impedir pero acabó aceptando. Donde ejercía más influencia, el éxito fue menor. El porqué, explica Carothers, reside en que el anhelo democrático reaganista se restringía a "formas de cambio democrático limitadas, de arriba hacia abajo, que no ofrecían riesgo a las estructuras tradicionales de poder de las cuales Estados Unidos ha sido aliado por mucho tiempo". Washington quiso conservar "el orden básico de (...) sociedades bastante hostiles a la democracia" y evitar todo "cambio de base populista". Carothers admite la existencia de una crítica liberal al enfoque reaganista, pero la rechaza por su "eterno punto débil": no propone ninguna alternativa. La opción de dar a la población una voz significativa en el gobierno de sus propios asuntos no es una alternativa, ni siquiera para ser rechazada después. Carothers tampoco examina los tesoneros esfuerzos de todos estos años por debilitar el peligro de democracias más significativas dondequiera que brotaron<sup>58</sup>.

Las poblaciones elegidas son muy conscientes de la clase de democracia que les traen. Se ha comentado repetidas veces que la ampliación de la democracia formal en América Latina ha venido

<sup>58</sup> Carothers. *Exporting Democracy*; y Carothers. *In the Name of Democracy*. Sobre el "anhelo democrático" del período de Reagan, véase Neil Lewis, en *New York Times*, 6 de diciembre de 1987. Para más detalles, véase mi *Necessary Illusions*, pág. 49.

#### Hegemonía o supervivencia

acompañada de una desilusión creciente con ella. Una razón, señalada hace algunos años por el experto en ciencias políticas argentino Atilio Borón, es que la nueva racha de democratización en Latinoamérica ha coincidido con reformas económicas neoliberales que atentan contra la democracia efectiva<sup>59</sup>. El sistema de los pactos de Breton Woods de la posguerra se basaba en el control de capitales y en monedas relativamente fijas, no sólo con miras al beneficio económico, que acabó dándose, sino para dar a los gobiernos espacio para ejecutar políticas sociales democráticas de altísima popularidad. Se sabía que el tipo de liberalización financiera que inauguró la era neoliberal en la década de 1970 reduce las posibilidades de elección democrática, trasladando las decisiones a manos de un "senado virtual" de inversores y prestamistas<sup>60</sup>. Los gobiernos enfrentan hoy el "dilema de la circunscripción doble", que opone los intereses de los votantes a los de los corredores de moneda extranjera y administradores de fondos de cobertura [*hedge funds*], que 'a cada instante realizan referendos' sobre las políticas económicas y financieras tanto de las naciones en vías de desarrollo como de las desarrolladas"; y la competición es marcadamente desigual.

John Maynard Keynes advirtió hace setenta años "que nada menos que el experimento democrático de los gobiernos autónomos pelagra bajo las fuerzas del mercado financiero mundial". El secretario general de la Organización de Estados Americanos, defensor acérrimo de la globalización neoliberal, inauguró las sesiones anuales con la advertencia de que el libre flujo de capitales, "el rasgo más indeseable de la globalización" (su rasgo medular, en efecto), es "el mayor obstáculo" al ejercicio del poder democrático, tal como ha-

59 Atilio Borón. *State, Capitalism, and Democracy in Latin America*, Lynne Rienner, 1995, cap. 7.

60 James Mahon, *Mobile Capital and Latin American Development*, Penn State, 1996.

bía alertado Keynes<sup>61</sup>. Los temores se remontan a Adam Smith. La única vez que emplea el término "mano invisible" en *La riqueza de las naciones* ocurre en una discusión de las consecuencias nocivas de la inversión extranjera, que Inglaterra no debería temer, creía él, porque una "mano invisible" induciría a los inversionistas a guardar sus capitales en casa.

Lo mismo es válido para otras recetas del paquete neoliberal: la privatización, por ejemplo, achica el campo de las opciones democráticas posibles, de manera grave en el caso de privatización de "servicios", que ha despertado una inmensa oposición popular. Incluso en estrictos términos económicos, los programas de privatización fueron impuestos con muy poca evidencia empírica, si acaso había, o bases teóricas sólidas<sup>62</sup>.

La desilusión con la democracia formal también se ha evidenciado en Estados Unidos, y ha ascendido durante todo el período neoliberal. Hubo muchos clamores por el "robo de las elecciones" de noviembre de 2000 y sorpresa porque al público no pareció importarle mayor cosa. Se indican las razones posibles en algunos estudios de opinión pública, que revelan que en vísperas de las elecciones tres cuartas partes de la población las consideraba un juego entre los grandes donantes, los dirigentes de los partidos y la industria de las relaciones públicas, que fabricaba candidatos que decían "casi cualquier cosa para hacerse elegir". Los ciudadanos no podían precisar la posición de los candidatos sobre casi ningún tema, como era la intención: los temas en que el público difiere de la opinión de las élites quedan generalmente por fuera de la agenda. Se

61 Timothy Canova, en *American University International Law Review* 14, núm. 6, 1999, y *Brooklin Law Review* 60, núm. 4, 1995. César Gaviria, secretario general de la OEA citado por Guy Dinmore, en *Financial Times*. 11 de junio de 2003.

62 Ha-Joon Chang y Ajit Singh, en *UNCTAD Review* 4, 1993. págs. 45-81.

encarriló a los electores hacia las "cualidades personales" de los candidatos, no a los "temas". Entre los votantes, con una alta tendencia a ser ricos, quienes vieron que sus intereses de clase estaban en juego tendieron a votar para protegerlos: votaron por el más reaccionario de los dos partidos proempresariales. Pero el grueso del público reparte la votación de otras maneras, produciendo a veces, como en el año 2000, un empate estadístico. Entre los trabajadores, temas no económicos como la posesión de armas y la "religiosidad" fueron factores preeminentes, de modo que hubo quienes votaron contra sus propios intereses, acaso suponiendo que no tenían muchas alternativas. En 2000 los sentimientos de "impotencia" alcanzaron la máxima medición histórica: más del 50 por ciento<sup>63</sup>.

Lo que queda de la democracia es más que todo el derecho a elegir entre mercancías. La dirigencia empresarial lleva tiempo explicando que hay que inculcar en la población una "filosofía de la futilidad" y de la "carencia de sentido de la vida", para "concentrar la atención humana en las cosas más superficiales que componen la mayor parte del consumo de moda"<sup>64</sup>. Inundadas por este tipo de propaganda desde la infancia, las personas aceptarán entonces sus vidas insignificantes y subordinadas y se olvidarán de esas ideas ridículas de manejar sus propios asuntos. Podrán poner su destino

63 Thomas Patterson, en *Boston Globe*, 15 de diciembre de 2000. y *New York Times*, 8 de noviembre de 2000. Véase también su libro *The Vanishing Voter*.

Knopf, 2002 Gary Jacobson, en Política/ *Science Quarterly* 116. núm 1, primera de 2001. Véanse también mis artículos en los números de enero y febrero de 2001 de *Z Magazine*.

64 Stuart Ewen, *Captains of Consciousness*. McGraw-Hill. 1976, pág. 85 Véase Michael Dawson. *The Consumer Trap*. Illinois. 2003, para un examen extenso de la técnica del *off-job control*, desarrollada a partir de la década del veinte como "contrapeso al *onjob control* del taylorismo, que buscaba convertir a la gente en robots bajo control tanto en la vida como en el trabajo

en manos de los presidentes de empresas y la industria de las relaciones públicas y, en el reino político, en las de quienes se describen a sí mismas como las "minorías inteligentes" que atienden y administran el poder.

Desde esta perspectiva, convencional en la opinión de élite, las elecciones de noviembre de 2000 no pusieron al descubierto una imperfección de la democracia, sino más bien su triunfo. Y, generalizando, es justo saludar el triunfo de la democracia en todo el hemisferio y en otras partes, aunque los pueblos no lo vean de ese modo.

#### **LIBERACIÓN DE LA TIRANÍA: SOLUCIONES CONSTRUCTIVAS**

Por difícil que resulte creer que Washington de un momento a otro se interesa por la democracia y los derechos humanos en Iraq o en cualquier otra parte, "las alas extremistas" no deben cejar en su dedicación a tales objetivos y, hasta donde puedan, en ejercer sus influencias en esa dirección.

En el caso de Iraq siempre hubo sobrada razón para tomar en serio las conclusiones de los más entendidos en el sentido de que una solución constructiva" para el cambio de régimen en Iraq "sería levantar las sanciones económicas que han empobrecido a la sociedad, diezmado a la clase media iraquí y borrado cualquier posibilidad de que surja una dirigencia de reemplazo", en tanto que "doce años de sanciones sólo han fortalecido al régimen actual" (Hans von Sponneck). Más aún, las sanciones llevaron a la población a depender de la tiranía reinante para sobrevivir, lo que redujo todavía más la posibilidad de una solución constructiva. "Hemos sostenido [el régimen y] negado las oportunidades de cambio -añadía Denis Halliday-. Creo que si los iraquíes tuvieran otra vez su economía, otra vez sus vidas, y se les restaurase su modo de vida, *ellos se en-*

cargarían de conformar el tipo de gobierno que desean, que creen que conviene a su país"<sup>65</sup>.

¿Meramente ilusiones? Las crónicas de la historia dicen otra cosa. Recordemos la suerte de los infelices tiranos que recibieron el apoyo de los actuales funcionarios hasta el final de sus sangrientos gobiernos, derrocados todos por insurrecciones internas. El caso de Ceausescu, apenas uno de muchos, resulta especialmente ilustrativo por la naturaleza de las tiranías internas.

Con el cambio de prioridades en 2002, se empezó a sostener que quienes compartían la responsabilidad por veinte años de torturas a los iraquíes estaban en su derecho de recurrir a la violencia para implantar la democracia. Ni aún su asiduo historial de apoyo al salvajismo y la tiranía y su hostilidad contra la democracia, demostrada con inusual apasionamiento en ese preciso instante, dieron motivo alguno para poner en duda estas declaradas intenciones. Pero, dejando la incredulidad de lado, digamos que la violencia sólo se puede contemplar cuando es evidente que las soluciones constructivas han fracasado. Como ese tipo de soluciones ni siquiera estuvo permitido en el caso de Iraq, cuesta trabajo sostener que se había llegado a la fase del último recurso. La conclusión es válida, no importa qué se piense personalmente sobre las posibilidades de éxito, todas básicamente irrelevantes. Parafraseando a Lara Marlowe, si este va a ser el modelo de la superpotencia hegemónica, que Dios nos ayude a todos.

Desde la era Reagan-Bush 1 (en realidad desde antes), Washington había apoyado a Saddam Hussein de distintas maneras. Cuando este se salió de su curso en agosto de 1990, las políticas y los pretextos variaron, pero un elemento permaneció constante: que el pueblo de Iraq no controlara su país. Repitamos: al tirano se le per-

<sup>65</sup> Von Sponeck, en *Toronto Globe and Mail*, 2 de julio de 2002. Halliday, en *Al-Ahram Weekly*, 26 de diciembre de 2002.

mitió suprimir el levantamiento popular de 1991 porque, se nos informa, Washington buscaba una junta militar que gobernara el país con "puño de hierro"; y si no surgía otra alternativa, habría que conformarse con Saddam. Los rebeldes fracasaron porque "muy pocos por fuera de Iraq querían que ganaran"; es decir, Washington y sus aliados locales, que sostenían la "opinión notablemente unánime" de que "cualesquiera que fueran los pecados del gobernante iraquí, este ofrecía a Occidente y a la región vecina mejores esperanzas para la estabilidad del país que las que ofrecían quienes habían padecido su represión". Asombra ver la manera uniforme como se suprimió todo esto en los horrorizados comentarios y reportajes ante el descubrimiento de las fosas comunes de las víctimas del paroxismo de terror de Saddam Hussein, autorizado por Estados Unidos y exhibidas como una justificación de la guerra reciente "por principios morales". Ahora hemos visto "las fosas comunes y las verdaderas dimensiones de la maldad genocida de Saddam", bien conocidas desde 1991 pero ignoradas bajo el imperativo de la "estabilidad"<sup>66</sup>.

La insurrección habría dejado al país en manos de los iraquíes, que podrían ser independientes de Washington. Las sanciones de los años siguientes mermaron la posibilidad del tipo de revuelta popular que había derrocado a otros monstruos que también recibían el firme apoyo de nuestros actuales gobernantes. Estados Unidos trató de instigar golpes por parte de grupos bajo su control, pero una rebelión popular no hubiera dejado las riendas del poder en manos suyas. En la cumbre de las Azores de marzo de 2003, Bush reiteró esa posición, al declarar que Estados Unidos iba a invadir aunque Saddam y sus secuaces salieran del país.

La cuestión de quién debe gobernar a Iraq sigue siendo foco de controversia. Destacados personajes de la oposición apoyada por

<sup>66</sup> Thomas Friedman, en *New York Times*, 7 de junio de 1991. Alan Cowell.

en *New York Times*. 11 de abril de 1991. Friedman, en *New York Times*.

4 de junio de 2003.

Estados Unidos empezaron por exigir que la O N U cumpliera un papel importante en el Iraq de posguerra y rechazaron el control estadounidense de la reconstrucción o el gobierno post Saddam. Se mostraron firmemente en contra de una "hegemonía de Estados Unidos sobre Iraq". Hasta los preferidos de Washington protestaron encendidamente ante los planes por hacerlos a un lado y propiciar la ocupación norteamericana. Había también indicios de que la mayoría chiíta se mostraría partidaria de una república islámica si se le permitía expresarse, algo para nada del gusto de Washington y sus designios para la región.

Hay poca razón para dudar que los estrategas de Washington tratarán de seguir la que ha sido práctica constante para otras partes: la democracia formal está muy bien, pero sólo si obedece órdenes, como la Nueva Europa o las democracias "limitadas, de arriba hacia abajo" de Latinoamérica, gobernadas por "estructuras de poder tradicionales de las que Estados Unidos ha sido aliado durante mucho tiempo" (Carothers). Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional de Bush 1, hablaba a nombre de los moderados cuando declaró que si hay elecciones en Iraq y "ganan los radicales (...) Sin duda no los vamos a dejar subir al poder"<sup>67</sup>. De tal manera que si las mayorías chiítas tienen algún peso en el Iraq posterior a Saddam y se unen a otros en la región en el proyecto de mejorar las relaciones con Irán, serán tildadas de "radicales" y recibirán un tratamiento acorde. Lo mismo es de esperarse si ganan los demócratas laicistas y nos resultan "radicales", a menos que creamos que la historia es simple palabrería.

Los lineamientos básicos del pensamiento de Washington se patentizan en el organigrama de la "administración Civil del Iraq de Posguerra". Hay dieciséis casillas, cada una con un nombre en

**67 Brent Scowcroft, citado por Bob Herbert, en *New York Times*,  
10 de abril de 2003.**

negrita y una indicación del cargo, desde el enviado presidencial, Paul Bremer, en la cima (responsable ante el Pentágono), hasta el pie del cuadro. Siete son generales, casi todos los otros son funcionarios del gobierno estadounidense, ninguno de ellos iraquí. En la parte inferior hay una casilla diecisiete, más o menos de un tercio del tamaño de las otras, sin nombres ni negritas ni funciones, que dice:

"consejeros ministeriales iraquíes"<sup>68</sup>.

Con alguna extrañeza se ha tomado nota del cambio de la política estadounidense con respecto al control de posguerra en Iraq. En otras partes, Washington ha estado contento de trasladar las responsabilidades y los costos a otros, pero en Iraq ha insistido en dirigir personalmente la función. No hay inconsistencia alguna. "Iraq no es Timor Oriental, Kosovo y Afganistán", recalca correctamente Condoleezza Rice<sup>69</sup>. Pero no precisó la distinción. Tal vez es demasiado transparente: Iraq es un trofeo mayor, los otros son casos perdidos. Por tanto, Washington debe hacerse cargo, y no la O N U ni el pueblo iraquí.

Dejando de lado la pregunta crucial de quién se hará cargo, quienes se preocupaban por la tragedia de Iraq tenían tres objetivos básicos: (1) derrocar la tiranía, (2) poner fin a las sanciones dirigidas contra el pueblo y no contra los dirigentes y (3) conservar alguna apariencia de ordenamiento mundial. Sobre los dos primeros objetivos las personas decentes no pueden estar en desacuerdo: haberlos alcanzado es un motivo de gran celebración, en especial entre quienes protestaron por el apoyo de Estados Unidos a Saddam antes de su invasión de Kuwait e inmediatamente después de esta y se opusieron al régimen de sanciones que vino a continuación; ellos sí que pueden, pues, aplaudir el desenlace sin hipocresía. El segundo ob-

<sup>68</sup> Organigrama publicado en *New York Times*, 7 de mayo de 2003. Fuente: Departamento de Defensa, Oficina de Reconstrucción y Asistencia Humanitaria  
<sup>69</sup> David Sanger y John Tagliabue, en *New York Times*, 5 de abril de 2003.

*Hegemonía o supervivencia*

jetivo, y acaso el primero también, sin duda se podían conseguir sin destruir el tercero. La administración Bush declaró abiertamente su intención de dismantelar lo que quedaba del ordenamiento mundial y controlar el mundo por la fuerza, con Iraq a modo de "tubo de ensayo", como lo llamó *The New York Times*, donde se establecerían las nuevas "normas". Esa intención manifiesta fue lo que despertó el miedo y con frecuencia el odio en todo el mundo, y la desesperanza entre quienes no se resignan a "vivir en la infamia"<sup>70</sup> y se preocupan por las posibles consecuencias de optar por vivir así. Se trata, desde luego, de una elección; elección que depende en gran parte del pueblo de Estados Unidos.

<sup>70</sup> Arthur Schlesinger, ver pág. 22.

## 6 Los dilemas de la dominación

**EL ENTUSIASMO POR LA NUEVA EUROPA** del antiguo imperio soviético no se debe únicamente a que sus gobernantes están dispuestos a "saludar y gritar: ¡Sí, señor!". Se expresaron razones de mayor fundamento cuando la Unión Europea contemplaba la posibilidad de acoger como miembros a esos países. Estados Unidos era firme partidario de ese paso. Los países del Este son los "verdaderos modernizadores" de Europa, explicaba el comentarista político David Ignatius. "Pueden barrer con el burocratismo y la cultura del Estado de bienestar que aún son un lastre en gran parte de Europa" y "dejar que los mercados libres funcionen como deben hacerlo". Como en Estados Unidos, donde la economía depende fuertemente del sector estatal y cuyos actuales gobernantes rompieron en su primer mandato los récords de posguerra en cuestión de proteccionismo.

Como a "los pueblos del Este, amantes de la libertad y adaptadores de tecnologías, se les paga una pequeña parte de lo que ganan los trabajadores de Occidente", prosigue Ignatius, están en capacidad de conducir a toda Europa hacia "las realidades del capitalismo moderno": el modelo norteamericano, tal parece que ideal por definición. El modelo tiene tasas de crecimiento per cápita casi igua-

<sup>1</sup> David Ignatius, en *International Herald Tribune*, 14-15 de diciembre de 2002, tomado de *Washington Post*.

les a las de Europa y un desempleo en casi el mismo nivel, junto con los índices más altos de desigualdad y pobreza, las cuotas de trabajo más elevadas y algunas de las prestaciones sociales y sistemas de asistencia más endeble del mundo industrial avanzado. El salario medio masculino en 2000 seguía por debajo del nivel de 1979, esfumada la pequeña bonanza de finales de los años noventa, aunque la productividad era un 45 por ciento más alta, un signo del brusco viraje dado para beneficiar el capital, y que se ha acelerado de manera más drástica con Bush II.

Las posibles contribuciones de Europa del Este al detrimento de la calidad de vida de las mayorías de Occidente fueron captadas de inmediato tras la caída del Muro de Berlín. La prensa de negocios mostró su regocijo por esos "retoños verdes entre las ruinas del comunismo", donde "el creciente desempleo y la pauperización de grandes sectores de la clase trabajadora" querían decir que la gente estaría dispuesta a "trabajar jornadas más largas que sus colegas mimados" del Oeste, por salarios un 40 por ciento menores y con menos prestaciones. Además, los "retoños verdes" vienen con suficiente represión para mantener disciplinados a los trabajadores, así como atractivos subsidios estatales para los inversionistas de Occidente. Tales reformas de mercado permitirían a Europa "batallar contra los elevados salarios e impuestos corporativos, cortas jornadas laborales, inamovilidad laboral y pródigos programas sociales. Europa podría entonces imitar el modelo americano, donde la declinación de los salarios reales en la época de Reagan hasta el nivel más bajo en las sociedades industriales avanzadas (descontando a Gran Bretaña) fue "un grato acontecimiento de magnitud trascendental". Con las ruinas del comunismo en un papel parecido al de México, ahora las ventajas también llegarían a Europa, acercándola al modelo de Estados Unidos y Gran Bretaña<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Para las fuentes de *Financial Times*, *Business Week*, *Wall Street Journal* y demás, véase mi *World Orders Old and New*, cap. 2.

Las ruinas del comunismo tienen muchas ventajas sobre las regiones que han estado bajo la dominación occidental por siglos. Los del lado oriental de la falla que hace quinientos años divide al Este del Oeste (que no coincide con la de la Guerra Fría pero se le aproxima) alcanzaron estándares de salud y educación mucho más altos cuando el Este dejó de ser el "tercer mundo" del Oeste, y hasta tienen el color de piel correcto. Con el regreso de algo así como las relaciones tradicionales, el Este puede suministrar otros beneficios, entre ellos una enorme avalancha de mano de obra fácilmente explotable. Se dice que ahora Ucrania reemplaza a la Europa del Sur como fuente de mano de obra barata en el Oeste, privando a la ruinoso economía

ucraiana de sus trabajadores más productivos. Como sus semejantes de Centroamérica, los inmigrantes ucranianos envían enormes remesas, y ayudan así a conservar con vida lo que queda de su sociedad. Las deplorables condiciones de trabajo y de vida mantienen altas las tasas de mortalidad, y tal vez unas 100 000 mujeres ucranianas viven en la esclavitud sexual. La historia suena conocida.

Queda bastante claro por qué el "gobierno mundial de facto", que la prensa de negocios saluda, debe alegrarse por las "reformas de mercado" de Europa del Este, pero para las élites estadounidenses las reformas poseen una importancia adicional. Como el desarrollo social y económico independiente en el tercer mundo, el sistema de mercado social de Europa occidental podría ser un "virus que contagie a otros" y por tanto una forma de "desafío exitoso" que hay que relegar al olvido. Los sistemas de los Estados de bienestar de Europa podrían producir efectos peligrosos en la opinión pública norteamericana, como lo revela la constante popularidad en Estados Unidos de un sistema universal de asistencia de salud basado en gravámenes, a pesar de la denigración permanente de los medios y la exclusión de esa posibilidad del debate electoral con el argumen-

to de que es "políticamente imposible", sin importar qué piensa el público al respecto.

Las "realidades del capitalismo moderno" tal como se evidencian en las regiones sujetas desde hace tiempo al dominio de Washington han calado en gran parte de Europa del Este, con la "latinoamericanización" de sus economías. Se discuten las causas, pero no los hechos esenciales del colapso económico y social. Las consecuencias demográficas, aunque inciertas en cuanto a sus dimensiones, ofrecen un índice. El Programa para el Desarrollo de Naciones Unidas calcula en diez millones las muertes masculinas excedentes en la década de 1990, aproximadamente el número de víctimas mortales de las purgas de Stalin sesenta años antes, si las cifras son de fiar. "Rusia parece ser el primer país que experimenta una reducción tan brusca de los nacimientos versus las muertes por causas diferentes a la guerra, el hambre o las enfermedades", escribe David Powell. La crisis demográfica se atribuye en parte al derrumbe del sistema de salud ruso tras las reformas de mercado. El colapso general ha sido de una severidad tal que hasta el monstruoso Stalin es recordado con cierto grado de aprecio: más de la mitad de los rusos "cree que el papel de Stalin en la historia de Rusia fue positivo, mientras que sólo la tercera parte no está de acuerdo", decían las encuestas a principios de 2003<sup>4</sup>. Los proyectos de los supervisores norteamericanos para Iraq se asemejan bastante a los ejecutados en Rusia y a los que en otras partes han producido deprimentes resultados en forma sistemática.

En cuanto a la unificación europea, las actitudes de Washington siempre han sido complejas. Al igual que sus antecesores, el gobier-

<sup>4</sup> Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, citado por Duncan Green y Matthew Griffith, en *International Affairs* 78, núm. 1, 2002. David Powell, en *Current History*, octubre de 2002. Para las encuestas, véase Michael Wines, en *New York Times*, 5 de marzo de 2003.

no de Kennedy presionó a favor de la unificación, aunque con cierta inquietud de que Europa fuera a tomar por su propio camino. El ilustre diplomático David Bruce fue uno de los mayores partidarios de la unificación europea en la época de Kennedy, pero (típicamente) veía "peligros" si Europa "arrancaba sola, buscando desempeñar un papel independiente de Estados Unidos"<sup>5</sup>.

Henry Kissinger explicó los principios rectores en su discurso del Año de Europa, en 1973. El sistema mundial, aconsejó, debería basarse en el reconocimiento de que "Estados Unidos tiene intereses y responsabilidades mundiales" mientras que sus aliados sólo tienen "intereses regionales". Estados Unidos debe "ocuparse más de la estructura de orden general que de la gestión de cada empresa regional"<sup>6</sup>. Europa no debe seguir un camino independiente, basado en su núcleo industrial y financiero francoalemán: otro motivo de inquietud por la "Vieja Europa", perfectamente aparte de la renuencia de sus gobiernos a seguir las órdenes de Washington sobre la guerra con Iraq.

Los principios siguen vigentes a pesar de las nuevas circunstancias. Aparte de las posibles contribuciones al detrimento de los sistemas sociales de mercado de Europa Occidental, se espera que los países europeos del Este sirvan de "caballo de Troya" a los intereses estadounidenses y frustren todo amago por desempeñar un papel independiente en el mundo.

Hacia 1973 el dominio planetario de Estados Unidos había decaído de la cima alcanzada al final de la Segunda Guerra Mundial. Sirve de medida el acaparamiento de la riqueza mundial por parte de Estados Unidos, que se calcula ha disminuido del 50 por ciento a la mitad de eso con el advenimiento de un orden económico mundial

<sup>5</sup> Bruce aparece citado por Costigliola, en *Political Science Quarterly*, primavera de 1995.

<sup>6</sup> Henry Kissinger, *American Foreign Policy*, edición ampliada, Norton, 1974.

"tripolar", con los tres grandes epicentros de poder en Norteamérica, Europa y el Asia basada en el Japón. Estas estructuras han sufrido posteriores modificaciones, particularmente con el surgimiento de los "tigres" de Asia del Este y el ingreso de China al sistema mundial en calidad de jugador principal. Las preocupaciones de fondo ante la perspectiva de una Europa independiente se extienden también al Asia, de maneras novedosas.

Desde mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era de lejos la mayor potencia económica del mundo, pero no alcanzaba a ser una figura líder en la gestión mundial. La guerra cambió eso. Las potencias rivales quedaron devastadas o seriamente debilitadas, mientras que el país sacó un inmenso provecho. La producción industrial casi se cuadruplicó bajo una economía semicentralizada. Para 1945, Estados Unidos detentaba tanto un dominio económico arrollador como una posición de seguridad incomparable: controlaba el hemisferio, los océanos circundantes y la mayor parte del territorio que daba sobre estos. Los estrategas estadounidenses se apresuraron a organizar el sistema mundial siguiendo planes previamente trazados para satisfacer los "requerimiento[s] de Estados Unidos en un mundo en el que se propone detentar un poder irrefutable", al tiempo que limitaban la soberanía de quienes podían suponer un desafío.

El nuevo orden mundial estaría subordinado a las necesidades de la economía de Estados Unidos y tan sujeto como fuera posible al control político de este país. Los dominios imperiales, en especial el británico, serían desmantelados mientras Washington extendía sus propios sistemas regionales en Latinoamérica y el Pacífico bajo el principio, explicado por Abe Fortas, de que "lo que era bueno para nosotros era bueno para el mundo". Este interés altruista no era apreciado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña.

Sus funcionarios se daban cuenta de que Washington, guiado por el "imperialismo económico de los intereses comerciales estadounidenses, trata de cerrarnos el paso", pero poco podían hacer para remediarlo. Como comentaba el ministro a sus colegas de gabinete, los norteamericanos creían "que Estados Unidos encarna algo para el mundo, algo que el mundo necesita, algo que le va a gustar al mundo, algo, en resumidas cuentas, que el mundo va a tomar, gústele o no"<sup>8</sup>. Ponía en palabras la versión del mundo real del idealismo wilsoniano. la versión que se ajusta a la historia.

En esa época la planificación estadounidense era sofisticada y minuciosa. La prioridad más apremiante era la de reconstruir el mundo industrial bajo parámetros que satisficieran los requerimientos de los intereses económicos que dominan la formulación de políticas; en particular, absorber los excedentes manufactureros del país, superar la "brecha del dólar" y presentar oportunidades de inversión. Los resultados fueron muy apreciados por los beneficiarios nacionales. El Departamento de Comercio de Reagan comentó que el Plan Marshall "creó el marco para grandes volúmenes de inversión privada directa de Estados Unidos en Europa", y realizó así el trabajo preliminar para las compañías multinacionales (CMN). En 1975 la revista *Business Week* describió a las CMN como la "expresión económica" de la "estructura política" establecida por los planificadores de políticas de posguerra, cuando "las empresas americanas prosperaron y se expandieron con pedidos del exterior (...) impulsados al principio con los dólares del Plan Marshall" y protegidos de "acontecimientos negativos" por "el manto del poderío americano"<sup>9</sup>.

Los estrategias del Departamento de Estado asignaron sus res-

<sup>8</sup> Christopher Thome, *The Issue of War*, Oxford, 1985, págs. 225, 211. Para fuentes y contexto general, véase mi *Detering Democracy*.

<sup>9</sup> Howard Wachtel, *The Money Mandarins*. M. E Sharpe. 1990. págs. 44 y sigs *Business Week*. 7 de abril de 1975.

pectivas "funciones" a otras partes del mundo. Así, Asia del Sudeste debía suministrar recursos y materias primas a los antiguos amos imperiales, primordialmente a Gran Bretaña pero también al Japón, país al que se le debía conceder "algún tipo de imperio hacia el sur", según la expresión de George Kennan, jefe del Equipo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado<sup>10</sup>. Algunas áreas eran de muy poco interés para los planificadores, especialmente el África, que Kennan sugería entregar a los europeos para que la "explo-taran" a fin de financiar su propia reconstrucción. A la luz de la historia, a uno se le ocurre otro tipo de relación de posguerra entre Europa y Africa; pero no parece que se haya pensado en eso.

Por su parte, a Estados Unidos le cabía apoderarse del Medio Oriente. En 1945, funcionarios del Departamento de Estado descri-bían los recursos energéticos de Arabia Saudita como "una fuente estupenda de poder estratégico y uno de los mayores trofeos mate-riales en la historia del mundo"; generalmente se pensaba que la región del Golfo era "probablemente la recompensa económica más opulenta en el campo de la inversión extranjera". Eisenhower diría más tarde que era "el área de mayor importancia estratégica del mundo". Gran Bretaña coincidía. En 1947 sus expertos declaraban los recursos de la región como una "presea indispensable para cual quier potencia interesada en la influencia o el dominio mundiales" Francia fue expulsada del Medio Oriente con manejos legalistas y, pasado el tiempo, Gran Bretaña declinó hasta convertirse en socio menor.

10 Melvyn Leffler. *Preponderance of Power*. pág 339.

11 Para Gran Bretaña, véase Mark Curtis, *Web of Deceit*, págs. 15-16.

Para otros países, véase, Aaron David Miller, *Search for Security*. North Carolina. 1980; Irving Anderson. *Aramco, the United States and Saudi Arabia*. Princeton. 1981; y Michael Stoff. *Oil War and American Security* Yale, 1980. Eisenhower, citado por Steven Spiegel, *The Other Arab-Israeli Conflict*. Chicago, 1985, pág. 51.

Kennan, que era perspicaz, se dio cuenta de que controlando las fuentes de energía del Japón, principalmente las del Oriente Medio en esa época, Estados Unidos ganaría una especie de "poder de veto" sobre las políticas militares e industriales de Japón, si bien entonces pocos daban gran cosa por su futuro. La cuestión ha sido hasta hoy una fuente perenne de conflictos. Lo mismo con Europa, ya que tanto esta como el Japón han tratado de lograr algún grado de independencia en asuntos de energía.

Mientras tanto, Asia se transformaba. En un informe del año 2003, un prestigioso grupo de trabajo describía al Asia del Nordeste como "epicentro del comercio internacional y la innovación tecnológica (...) la región económica del mundo con el más acelerado crecimiento durante gran parte de las dos últimas décadas", que hoy en día da razón de "casi el 30 por ciento del producto bruto mundial, muy por delante de Estados Unidos" y que además guarda cerca de la mitad de las divisas del planeta. Estas economías "representan casi la mitad del flujo de ingresos de inversión extranjera directa" y se convierten cada vez más en fuente de salida de la misma, la cual circula en el Asia Oriental y llega también a Europa y Norteamérica, quienes comercian ahora más con Asia del Nordeste que entre ellas mismas<sup>12</sup>.

Más aún, la región está integrada. Rusia del Este es rica en recursos naturales, cuyo mercado natural son los centros industriales de Asia del Nordeste. La integración aumentaría con la unificación económica de las dos Coreas mediante gasoductos que atravesaran a Corea del Norte y una extensión del ferrocarril transiberiano a lo largo del mismo recorrido.

<sup>12</sup> Misión sobre Políticas de Estados Unidos y Corea (Centro de Política Internacional, Washington, y Centro de Estudios de Asia Oriental. Chicago. *The Nuclear Crisis on the Korean Peninsula: Avoiding the Road to Perdition*". versión abreviada en *Current History*, abril de 2003.

Corea del Norte era el miembro más feo y peligroso del "eje del mal", pero el último en la lista de objetivos. Como Irán, pero a diferencia de Iraq, no llenaba el primer criterio de los blancos legítimos: no estaba indefensa. Se puede suponer que el Pentágono busca formas de destruir la fuerza disuasoria norcoreana, compuesta por una artillería masiva que apunta contra Seúl y las tropas estadounidenses, las cuales están siendo retiradas de su alcance, lo que despierta inquietudes en Corea acerca de las intenciones de Estados Unidos. Tomada aisladamente, Corea del Norte tampoco llena el segundo requisito para un blanco: es uno de los países más pobres y afligidos del mundo. Pero como parte del complejo de Asia del Nordeste cobra importancia por las razones que menciona el grupo de trabajo. Así pues, no es un blanco de ataque improbable, si se resuelve el problema técnico de cómo neutralizar su fuerza disuasoria.

El grupo recomienda a Washington buscar una salida diplomática a la crisis presente. Debería continuar el proceso que comenzó de manera vacilante y accidentada en época de Clinton, dirigido a "normalizar las relaciones políticas y económicas de Estados Unidos y Corea del Norte, para garantizar así la seguridad de una Corea del Norte no nuclear, auspiciar la reconciliación entre las dos Coreas y llevar a Corea del Norte a establecer vínculos comerciales con sus vecinos". Tales interacciones podrían acelerar las reformas económicas que se están emprendiendo ya en Corea del Norte, lo que con el tiempo llevará "a una difusión del poder económico que aflojaría los controles políticos totalitarios y mitigaría los abusos contra los derechos humanos". Estas políticas armonizarían con el consenso regional, incluida la dictadura norcoreana, según parece. La alternativa (un enfrentamiento a la manera de la gran estrategia de Bush-Rumsfeld-Cheney) sería el "camino a la perdición". como sostiene el grupo de trabajo.

La opción recomendada supone, sin embargo, algunos problemas. Tal como informa el grupo, Asia del Nordeste es una región in-

tegrada y de rápido desarrollo que podría emprender un rumbo independiente, justo como podría hacerlo Europa continental. Eso crea el problema esbozado por Kissinger. En 1998 la Oficina Nacional de Estudios Asiáticos advirtió que los "poliductos que promueven una mayor integración regional en Asia del Nordeste podrían excluir la participación de Estados Unidos, salvo de una manera marginal" y acelerar la evolución de "bloques regionales"<sup>13</sup>. Estos poliductos "podrían promover la estabilidad regional y presentar una alternativa barata al petróleo importado del Medio Oriente", añade Selig Harrison, pero "Estados Unidos no parece muy tranquilo con las redes de tuberías en Asia del Nordeste". El país sabe que las naciones de la zona "quieren reducir la que para ellas es una dependencia cada vez más incómoda de Estados Unidos", o, visto de otra manera, el "poder de veto" que Estados Unidos ejerce en virtud de su control del petróleo del Medio Oriente y las rutas marinas para el tráfico de buques cisterna. La amenaza de una posible independencia puede ser una traba al arreglo diplomático. Por razones parcialmente relacionadas, los halcones de Washington ven en China un enemigo potencial de primera magnitud, y gran parte de la planificación militar se realiza con miras a esa contingencia. Los recientes intentos por fortalecer las relaciones estratégicas entre India y Estados Unidos están motivados en parte por esos mismos intereses, junto con el interés de Washington por controlar las mayores reservas energéticas del mundo en el Medio Oriente.

El enfoque de Washington sobre Corea del Norte se parece a su posición sobre Irán e Iraq antes de la invasión. En los tres casos, los países vecinos venían tratando de superar discordias y dar pasos hacia la integración, al tiempo que buscaban dar apoyo a las tendencias reformistas o cuando menos poner cimientos para ellas, tentativas que hoy siguen en pie con respecto a Irán y Corea del Norte.

13 Citado por Selig Harrison, en *World Policy Journal*, invierno 2002-3.

Con cierta vacilación pero con relativo éxito, Estados Unidos aplicó una fórmula similar para Corea del Norte durante el mandato de Clinton, pero aparte de eso Washington ha preferido los enfrentamientos. Aunque los motivos de esta preferencia no son los mismos para los tres casos, hay hebras en común que se hacen más visibles en el contexto de la gran estrategia.

En la temprana posguerra los estrategas norteamericanos trataron de conformar con Asia del Este y del Sudeste un sistema centrado en el Japón, dentro de la "estructura de ordenamiento global" sostenida por Estados Unidos. El marco fundamental quedó delineado en el Tratado de Paz de San Francisco (TPSF) de 1951, que puso fin de manera formal a la guerra en el Asia<sup>14</sup>. Fuera de las tres colonias francesas en Indochina, los únicos países asiáticos que aceptaron el TPSF fueron Pakistán y Ceilán, ambos recientemente independizados de la dominación británica y bastante lejanos de la guerra en el Asia. La India se rehusó a asistir a la Conferencia de San Francisco en razón de los términos del tratado, entre ellos la insistencia de Estados Unidos de conservar a Okinawa como base militar, cosa que todavía sucede, por encima de las enérgicas protestas de sus habitantes, cuyas voces son apenas audibles en Estados Unidos.

Truman se indignó con la desobediencia de la India. Su reacción, no menos elegante que la actual reacción a la desobediencia de la Vieja Europa y Turquía, fue decir que la India seguramente lo había consultado con "el tío José y *Mousie Dung* en China [‘estiercol ratonil, juego de palabras con el nombre de Ma o Tse Tung]". Para el hombre blanco hubo un nombre y no un epíteto grosero. Eso en parte puede ser racismo ordinario, o tal vez se debe a que Truman sentía verdadero agrado y admiración por el "Viejo José", quien le

<sup>14</sup> Lo que a continuación se dice del Tratado de Paz de San Francisco fue tomado de, John Price, Working Paper No. 78, Japan Policy Research Institute, junio de 2001.

recordaba al jefe de Missouri que lo había lanzado a la política. A finales de los años cuarenta Truman descubrió que el Viejo José era un "tipo decente", pese a ser "un prisionero del Politburó" que "no puede hacer lo que quiere". *Mousie Dung*, en cambio, era un diablo amarillo.

Esas distinciones prolongaban la propaganda de tiempos de guerra. Los nazis eran malvados, pero merecían cierto respeto: en el estereotipo, al menos, eran rubios, de ojos azules, metódicos, mucho más atractivos que los *Frogs* [franceses], por quienes Truman sentía una particular antipatía, para no hablar de los *Wops* [italianos]. Y estos eran una especie completamente distinta de los *Japs* [japoneses], alimañas que debían ser aplastadas, por lo menos desde cuando se volvieron enemigos; antes de eso, Estados Unidos se mostró ambivalente con las rapiñas japonesas en Asia, siempre y cuando se protegieran sus intereses mercantiles.

Las principales víctimas del fascismo japonés y los que lo precedieron, o sea China y las colonias japonesas de Corea y Formosa (Taiwan), estuvieron ausentes de la Conferencia de Paz de San Francisco, pero no se les prestó seria atención. Ni los coreanos ni los chinos recibieron indemnizaciones de Japón; tampoco los filipinos, igualmente ausentes de la conferencia. El secretario de Estado Dulles censuró a los filipinos por los "prejuicios emocionales" que les impedían entender por qué no iban a recibir reparación por los tormentos que habían padecido. En un principio se acordó que el Japón pagara indemnizaciones, pero únicamente a Estados Unidos y otras potencias coloniales, a pesar de que durante toda la década de 1930 se trató de una guerra de agresión japonesa en el Asia y sólo después de Pearl Harbor devino en una guerra de Occidente contra el Japón, comandada por Estados Unidos. El país también debía resarcir a Estados Unidos por los costos de la ocupación. A las víctimas asiáticas, el Japón les debía pagar "compensación" bajo la forma de la exportación de manufacturas japonesas que emplearan materias primas del

### *Hegemonía o supervivencia*

sudeste de Asia, una parte central de los acuerdos que de hecho recomponía algo similar a ese "Nuevo Orden en Asia" que el Japón había tratado de construir mediante la conquista, pero que ahora obtenía bajo la dominación americana, de modo que ya no era mal visto.

Algunas víctimas asiáticas del fascismo japonés (trabajadores forzados y prisioneros de guerra) demandaron a las compañías japonesas con subsidiarias en Estados Unidos, sucesoras legales de las responsables de los crímenes. En vísperas del quincuagésimo aniversario del TPSF, un juez de California sobreseyó la demanda con el argumento de que sus reclamaciones estaban prohibidas en las cláusulas del tratado. Apoyándose en un informe suplementario (*amicus brief*) presentado por el Departamento de Estado a favor de las compañías japonesas acusadas, el tribunal dictaminó que el TPSF había "servido para resguardar intereses de seguridad de Estados Unidos en Asia y para proteger la paz y la estabilidad en la región". El historiador de Asia, John Price, dijo del fallo que era "uno de los más abismales momentos de negación de la realidad", señalando que las guerras en la región habían matado a por lo menos diez millones de personas mientras el Asia disfrutaba de "paz y estabilidad".

En mayo de 2003 el Departamento de Justicia de John Ashcroft actualizó la posición del Departamento de Estado de Clinton con un informe *amicus* en apoyo del gigante de la energía UNOCAL que "desharía veinte años de fallos judiciales a favor de las víctimas de violaciones de los derechos humanos", como advirtió Human Rights Watch. El memorial del Departamento de Justicia va mucho más allá de defender a la compañía de energía de acusaciones de tratos brutales a los trabajadores birmanos, en realidad trabajadores esclavos. Se pide en él una "reinterpretación radical" del *Alien Tort Claims Act* (ATCA), que permite a las "víctimas de violaciones graves del derecho internacional en el extranjero emprender juicios por daños civiles en juzgados norteamericanos contra presuntos victimarios que

se encuentren en Estados Unidos". La administración Bush es la primera que pide revocar decisiones jurídicas que hacen valer el ATCA. Se trata de un "cobarde intento de proteger a los violadores de derechos humanos a costa de las víctimas", observa el director ejecutivo de HRW, Kenneth Roth<sup>15</sup>; especialmente cuando los violadores son las grandes compañías de energía, agregaría un cínico.

El orden tripolar que empezó a cobrar forma a partir de los años setenta se ha venido consolidando desde entonces, y con él la preocupación de los planificadores estadounidenses de que no sólo Europa sino también el Asia pudieran seguir rumbos más independientes. Desde una perspectiva histórica más larga, eso no sería sorprendente. En el siglo xviii la China y la India eran importantes centros comerciales e industriales. Asia Oriental le llevaba mucha ventaja a Europa en salud pública y probablemente en la complejidad de sus sistemas de mercado. El promedio de vida del Japón era tal vez más alto que en Europa. Inglaterra buscaba ponerse al día en cuestión de textiles y otras manufacturas, tomando prestado de la India, con métodos que hoy son tildados de piratería y se prohíben en los acuerdos de comercio internacionales que los Estados ricos imponen bajo la farsa cínica del "libre comercio". Estados Unidos se valió en alto grado de ese tipo de mecanismos, al igual que otros países que han alcanzado el desarrollo. Todavía a finales del siglo xix, algunos observadores británicos sostenían que el hierro de la India era tan bueno o mejor que el británico y mucho más barato. La colonización y la liberalización forzada volvieron a la economía india dependiente de la británica. Aquella sólo volvió a crecer y acabó con las mortandades por hambruna después de su independencia. El Japón fue la única parte de Asia que se resistió exitosamente a la colonización y la única que alcanzó el desarrollo, junto con sus colonias. Así pues, no es ninguna sorpresa que Asia regrese ahora

<sup>15</sup> Comunicado de prensa de Human Rights Watch, 15 de mayo de 2003.

#### Hegemonía o *supervivencia*

a una situación de considerable riqueza y poderío tras haber recobrado su soberanía.

No obstante, estos procesos históricos a largo plazo expanden la problemática sobre el sostenimiento de la "estructura de ordenamiento general", en la que los demás deben atenerse a su lugar apropiado. Los problemas no se restringen al "desafío exitoso" en el tercer mundo, un tema álgido durante la Guerra Fría, sino que ellos mismos llegan hasta los polos industriales del mundo. La violencia es un poderoso instrumento de control, como lo prueba la historia. Pero los dilemas de la dominación no son menudos.

## 7 Caldera de hostilidades

**VOLVAMOS** A LA IDEA DE MICHAEL KREPON de que los últimos días de 2002 pueden haber sido "la época más peligrosa desde la crisis de los misiles de Cuba en 1962". Su principal preocupación era la "franja inestable de proliferación nuclear que iba de Pyongyang a Bagdad", incluyendo a "Irán, Iraq, Corea del Norte y el subcontinente de la India"<sup>1</sup>. Similares temores, muy difundidos, se avivaron con las iniciativas de la administración Bush en 2002-3, que agravaron seriamente las tensiones y amenazas internacionales.

Hay en la vecindad una potencia nuclear mucho más temible, que rara vez sale a colación en el debate público norteamericano por cuanto es un apéndice del poder estadounidense. Ese silencio no se observa en el interior de la franja inestable, ni siquiera dentro del Comando Estratégico de Estados Unidos (STRATCOM), encargado de velar por el arsenal nuclear. El general Lee Butler, comandante en jefe de STRATCOM entre 1992 y 1994, anotaba que "es sumamente peligroso que en la caldera de hostilidades que llamamos el Medio Oriente un país haya acopiado, de manera ostensible, un arsenal de armas nucleares que puede sumar cientos y que inspira a otras naciones a obrar igual". Las A D M de Israel también son motivo de inquietud para la segunda potencia atómica del mundo<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Bowers y LaFranchi, en *Christian Science Monitor*, 31 de diciembre de 2002, citando a Michael Krepon.

<sup>2</sup> Butler, citado por Hans Kristensen. en *BASIC Research Report*, (British-

Temores parecidos se expresaron, más indirectamente, en la Resolución 687 del Consejo de Seguridad, invocada en forma selectiva por los gobiernos de Bush y Blair en sus esfuerzos por darle un fundamento cuasilegal a la invasión de Iraq. Ni esa ni ninguna otra resolución de la **ONU** la autorizaron, pero la 687 sí exigía la eliminación de las **ADM** de Iraq y sus sistemas de lanzamiento como un paso hacia "el objetivo de establecer en el Oriente Medio una zona libre de armas de destrucción masiva y de todos los misiles para lanzarlas" (Artículo 14). Fuentes de inteligencia norteamericanas y de otras partes presumen que Israel posee varios centenares de armas atómicas y que viene desarrollando armas químicas y biológicas.

En la prensa de opinión de Estados Unidos se suele ignorar el Artículo 14, pero no en otras partes. Iraq, por ejemplo, pidió al Consejo de Seguridad la aplicación del mencionado artículo. Los motivos de ese país no quitan importancia a la cuestión. Las inquietudes del general Butler no son ligeras. No hay duda de que el poderío militar israelí seguirá "inspirando" a otras naciones, entre ellas muy posiblemente Iraq, a fabricar **ADM** si se les concede un mínimo de independencia.

La cuestión tratada en el Artículo 14 ya había surgido antes en vísperas de la primera guerra del Golfo. Tras invadir a Kuwait en 1990, Iraq hizo una serie de propuestas de retirada dentro del más amplio contexto de un arreglo regional. Funcionarios del gobierno de Estados Unidos filtraron estas propuestas a la prensa, por considerarlas "serias" y "negociables". Qué tan serias eran, no podemos saberlo: Estados Unidos las "descartó de inmediato", según el único periodista del país que informó concienzudamente sobre el tema:

American Security Information Council) 98, núm 2. marzo de 1998, apéndice 1 Aluf Benn. en *Haaretz*. 2 de junio de 2003. informando sobre la exigencia rusa de que el programa nuclear de Israel "sea incluido en la agenda de los organismos internacionales dedicados a prevenir la proliferación de armas nucleares"

Knut Royce, de *Newsday*. Resulta interesante que en las encuestas finales antes del bombardeo, dos terceras partes de la población norteamericana estaban a favor de una conferencia sobre el conflicto árabe-israelí, si eso conducía a una retirada de los iraquíes<sup>3</sup>. La cifra sin duda hubiera sido más alta de haber sabido el público que Iraq acababa de hacer una oferta parecida, rechazada por Washington. Se habría podido prevenir una guerra devastadora y sus aún más destructivas secuelas, salvar cientos de miles de vidas y acaso poner los cimientos para el derrocamiento de la tiranía de Saddam. Tal vez se hubieran podido dar algunos pasos hacia la eliminación de las A D M y sus sistemas de lanzamiento en la región y más allá, quién sabe si para incluir también a las grandes potencias, que durante treinta años han venido violando su compromiso con el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares de tomar medidas de buena fe tendientes a eliminar las armas nucleares; materias todas ellas de no poca importancia.

Mucho más que las A D M , en la región se considera "en extremo peligrosa" la capacidad militar de Israel. Aunque es un país muy pequeño, Israel ha decidido convertirse de hecho en una base militar y tecnológica de Estados Unidos en el exterior, y en cuanto tal ha conseguido crear unas fuerzas militares altamente avanzadas. El núcleo de la economía es un sistema industrial de alta tecnología con asociaciones militares y muy ligado a la economía de Estados Unidos. No es raro que Israel ahora tienda a parecerse también en otras cosas a su patrocinador. Una investigación del parlamento (Knesset) encontró que "En Occidente, Israel figura ahora en segundo lugar, después de Estados Unidos, en términos de desigualdades sociales en cuestión de ingresos, propiedad, capital, educación y gasto, así como en la extensión de la pobreza". Su antes muy exitoso sistema

<sup>3</sup> Knut Royce. en *Newsday*, 29 de agosto de 1990: 3 de enero de 1991.

de bienestar social se ha erosionado y los valores socioculturales también han cambiado significativamente.

Las fuerzas militares de Israel, como las de su patrocinador, rebasan los parámetros de sociedades comparables en otros aspectos. El jefe de investigación y desarrollo de las Fuerzas de Defensa de Israel (**FDI**) describió a sus fuerzas aérea y armada como más grandes y avanzadas tecnológicamente que las de cualquier potencia de la **OTAN** fuera de Estados Unidos<sup>4</sup>. Sus fuerzas armadas convencionales se usan para atacar a los vecinos y controlar y subyugar a la población de los territorios que ahora ocupa, con métodos que la región no olvida fácilmente, como tampoco personas de otras partes que se interesan por los derechos humanos.

Israel tiene también una estrecha alianza con la otra gran potencia militar de la región, Turquía. A la alianza Estados Unidos-Israel-Turquía se le llama a veces "el eje del mal" en el Medio Oriente<sup>5</sup>. La expresión es comprensible. Hay mal para repartir por todas partes, y este eje tiene por lo menos el mérito de existir, a diferencia del que se inventaron los escritores de discursos de George Bush, conformado por dos países que estuvieron en guerra durante veinte años y un tercero que tal parece fue incluido por no ser musulmán y ser universalmente aborrecido.

Robert Olson, especialista académico de Estados Unidos, indica que el 12 por ciento de los aviones de ataque israelíes serán "emplazados permanentemente en Turquía" y que estos han venido haciendo "vuelos de reconocimiento sobre la frontera con Irán", enviando a este país la señal de "que pronto será retado en otra parte por Turquía y sus aliados Israel y Estados Unidos". Olson sugiere que estas operaciones hacen parte de un empeño a largo plazo por

<sup>4</sup> Ruth Sinai, en *Ha'aretz*, 3 de diciembre de 2002.

<sup>5</sup> Yitzhak Ben Yisrael, en *Ha'aretz*, 16 de abril de 2002.

<sup>6</sup> Galal Nassar, en *Al-Ahram Weekly*, 7 de marzo de 2002.

debilitar y tal vez dividir a Irán, al separar las regiones azeríes del norte (por el estilo de lo que Rusia intentó hacer en 1946, en una de las primeras crisis de la Guerra Fría) y de este modo convertir al país en "un ente geopolítico anémico", sin acceso al mar Caspio ni al Asia Central. Olson examina también uno de los habituales intereses de fondo: facilitar la construcción de oleoductos desde la región del Caspio hasta Turquía y el Mediterráneo, dejando a Irán por fuera.

La alianza Estados Unidos-Turquía podría sufrir algunos cambios si aquel logra trasladar algunas bases militares del este de Turquía a Iraq, en el corazón mismo de las reservas energéticas más ricas del planeta. La ira estadounidense por la desviación democrática de Turquía de 2002-3 podría desgastar las relaciones militares e intergubernamentales entre ambos países, pero eso parece improbable.

La alianza tripartita existente abarca partes del Asia Central y últimamente también a la India. Desde que su gobierno cayó en manos de la derecha hindú en 1998, India ha modificado considerablemente su posición internacional y ha estrechado las relaciones militares tanto con Estados Unidos como con su satélite Israel. El analista político indio Praful Bidwai escribe que la "fascinación" del nacionalismo hindú "con el sionismo tiene raíces en la islamofobia (y el antiarabismo), así como en el hipernacionalismo. Su ideología combina el machismo de Sharon con un feroz patriotismo. Considera que los hindúes y los judíos (más los cristianos) pueden conformar una 'alianza estratégica' contra el islam y el confucianismo". Al hablar ante el Comité Judeo-Americano en Washington. Brajesh Mishra, consejero de Seguridad Nacional de la India, hizo un llamado por la creación de una "tríada" entre Estados Unidos, Israel y la India que tenga "voluntad política y autoridad moral para tomar decisiones audaces" en la lucha contra el terror. Según Bidwai, "los cre-

7 Roben Olson, en *Middle East Policy* 9, núm. 2, junio de 2002.

cientes contactos político-militares indo-israelíes" se suplementan con la coordinación de los influyentes *lobbies* nacionalista hindú e israelí en Washington<sup>8</sup>.

India e Israel son dos importantes potencias militares con armas nucleares y sistemas de lanzamiento; y su naciente alianza es otro factor que contribuye a la proliferación de A D M , el terror y el desorden en la franja inestable y más allá.

#### **LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS E ISRAEL: ORÍGENES Y DESARROLLO**

No hay que saber mucho de asuntos mundiales para predecir que la caldera de hostilidades del Medio Oriente seguirá hirviendo. Sus conflictos internos se han exacerbado a medida que el mundo industrializado fue basando su economía en el petróleo a partir de la Primera Guerra Mundial, y se descubrieron las incomparables reservas petrolíferas del Medio Oriente. Tras la Segunda Guerra Mundial, de gran prioridad en las políticas estadounidenses fue asegurarse el dominio de una región con semejantes riquezas materiales e importancia estratégica.

En sus días de gloria, Gran Bretaña controlaba la región delegando la autoridad a sus satélites, con los ejércitos británicos en segundo plano. En el léxico del Ministerio de Asuntos Exteriores, la gestión local debía dejarse en manos de una "fachada árabe" de gobernantes débiles y obedientes, mientras que la "absorción" de esas colonias virtuales por parte del Imperio se "disimularía a través de ficciones constitucionales", mecanismo este que se consideraba más rentable que el gobierno directo. Con variaciones, el mecanismo resulta familiar en otras partes.

<sup>8</sup> Praful Bidwai, en *News International*, 22 de mayo de 2003, citando a Brajesh Mishra.

Los pueblos no se doblegaron pasivamente. Por suerte para los estrategias imperiales, se empezaba a contar con las fuerzas aéreas para controlar a las poblaciones civiles, aunque algunos, como Winston Churchill, estaban encantados con la posibilidad, de emplear gases tóxicos para avasallar a los "árabes recalcitrantes" (principalmente kurdos y afganos). En los años de entreguerras hubo intentos por prohibir o limitar la guerra, pero Gran Bretaña se cercioró de que no interfiriesen con su dominio imperial, sentando un precedente para su sucesor en el sometimiento del mundo. Específicamente, Gran Bretaña frustró las tentativas de restringir el empleo del poderío aéreo contra la población civil. El insigne estadista Lloyd George expresó de manera sucinta las razones, cuando alabó al gobierno británico por "reservarse el derecho de bombardear a los negros [niggers]"<sup>9</sup>.

Los principios éticos fundamentales tienden a tener largas vidas. Este no es una excepción.

Estados Unidos se hizo con la estructura británica pero le añadió otra capa de control: Estados periféricos, preferiblemente no árabes, que pudieran servir de "polizontes de ronda locales", según la jerga de la administración Nixon. El cuartel general seguiría estando en Washington, por supuesto, con una comisaría en Londres. Turquía fue un destacado socio del club desde el comienzo y a ella se unió Irán en 1953, cuando un golpe militar de inspiración US-UK restauró en el trono al Sha y depuso a un gobierno parlamentario conservador que pretendía manejar sus propios recursos.

Estados Unidos se ha interesado más en el control que en la accesibilidad. Al fin de la Segunda Guerra Mundial, Norteamérica era el mayor productor de petróleo del mundo, aunque no se esperaba que conservara este lugar por mucho tiempo. Más adelante, Vene-

<sup>9</sup> Lloyd George. citado por V. G. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse*. Fontana, 1982.

zuela se convirtió en uno de los principales exportadores de petróleo a Norteamérica. Las proyecciones actuales de la inteligencia estadounidense indican que el país seguirá dependiendo principalmente de los recursos de la cuenca del Atlántico (Hemisferio Occidental y África Occidental), más estables y confiables que los del Medio Oriente<sup>10</sup>. Pero, como durante todo el período de posguerra, eso no elimina la necesidad así percibida de conservar el control.

El dominio del inmenso botín material del golfo Pérsico garantiza que las compañías energéticas de Estados Unidos y Gran Bretaña sean las principales beneficiarias de unas ganancias descomunales. La riqueza también se recicla hacia las economías norteamericana y británica de muchas otras formas, incluyendo el armamento militar (y por ende la industria de alta tecnología en general), los proyectos de construcción y los bonos del tesoro. El notorio y "estupendo poder estratégico" de la región se traduce en una palanca para la dominación mundial. Todo esto lo entendían claramente los encargados de planear el mundo de la posguerra y aún se mantiene su vigencia. La inteligencia estadounidense espera que los recursos energéticos del golfo adquieran todavía más importancia en los próximos años<sup>11</sup>, y con ello la ofensiva por conservar el control, sin importar lo mucho o poco que Estados Unidos dependa de ellos.

El sistema mundial de bases militares que van desde el Pacífico hasta las Azores se diseñó en gran medida para las operaciones en la región del golfo. La contrainsurgencia y maniobras subversivas de Estados Unidos en Grecia e Italia en los años cuarenta estuvieron en parte motivadas por preocupaciones sobre el libre flujo de petróleo del Medio Oriente hacia Occidente. Hoy por hoy el sistema de bases se extiende a los antiguos satélites soviéticos de Bulgaria

<sup>10</sup> Consejo de Inteligencia Nacional (NIC, por su sigla en inglés), *tendencias*

*Globales* 2015, diciembre de 2000.

<sup>11</sup> NIC, *ibíd.*

y Rumania. Desde los días de Carter, las principales fuerzas de intervención estadounidenses venían apuntando hacia el golfo. Hasta hace poco la única base militar cercana completamente fiable era la isla de dominio británico Diego García, de la que fueron expulsados sus habitantes. Estados Unidos todavía les niega el derecho a volver, invalidando fallos de los tribunales británicos<sup>12</sup>. Nada se sabe de esto en Norteamérica, como en el caso de Okinawa. La guerra de Afganistán dejó a Estados Unidos en poder de bases militares allí y en el Asia Central, con lo que las grandes compañías estadounidenses quedan mejor posicionadas en la fase actual del "gran juego" por el control de los recursos de Asia Central y para tender un cerco al mucho más importante golfo Pérsico. Desde hacía tiempo se venía prediciendo que una de las metas de Washington en Iraq consistía en hacerse a bases militares en todo el corazón de las zonas productoras de petróleo, tal como se informó al concluir la guerra<sup>13</sup>.

Otras metas probables también pasaron a ser de dominio público al finalizar la guerra. "Las dos cosas que nunca se discutieron abiertamente, que nunca hicieron parte de la conversación nacional, fueron el petróleo y el dinero", comentaba Bob Herbert. "Esos temas cruciales se dejaron en manos de los principales agentes detrás de bambalinas, muchos de los cuales cobran ahora los réditos"<sup>14</sup>.

Las relaciones de Estados Unidos con Israel se desarrollaron en gran parte dentro de este contexto<sup>15</sup>. En 1948 el Estado Mayor Con-

<sup>12</sup> Mark Curtis, *Web of Deceit*, cap. 22.

<sup>13</sup> Thom Shanker y Eric Schmitt, en *New York Times*, 20 de abril de 2003.

<sup>14</sup> Herbert, en *New York Times*, 21 de abril de 2003.

<sup>15</sup> Sobre el contexto de la planificación, véase el capítulo 6. Los temas específicos aquí examinados se discuten con mucho más detalle en mi *World Orders Old and New*, la edición actualizada de *Fateful Triangle* (South End, 1983; actualizada, 1999); *Pirates and Emperors, Old and New* y *Middle East Illusions* (Rowman & Littlefield, 2003). Véanse estas cuatro fuentes por lo que no se cita y

junto quedó admirado con la destreza militar de Israel y afirmó que el país estaba únicamente detrás de Turquía en poderío militar en la región. Se insinuó que Israel podría ofrecer a Estados Unidos medios para "obtener ventajas estratégicas en la región" y así contrarrestar el menguante rol de Gran Bretaña. Diez años después esas consideraciones cobraban una importancia más concreta.

El año de 1958 presenció significativos acontecimientos mundiales. El gobierno de Eisenhower identificó tres crisis de gran envergadura: Indonesia. África del Norte y el Medio Oriente. Las tres involucraban productores de petróleo y fuerzas políticas islámicas, que en ese entonces eran seculares.

Eisenhower y el secretario de Estado Dulles hicieron énfasis en la nula injerencia rusa en cualquiera de esas crisis. El problema era el consabido demonio: el "nacionalismo radical". En África del Norte la preocupación era con la lucha por la independencia de Argelia, que Estados Unidos quería ver resuelta prontamente. En Indonesia el culpable era Sukarno, quien era uno de los líderes del vilipendiado movimiento de los no alineados y aparte de eso permitía demasiada democracia: un partido de bases populares de campesinos pobres ganaba en influencia. En el Medio Oriente el villano era Nasser, un "nuevo Hitler", en palabras de algunos líderes estadounidenses y británicos presos del pánico. También él era un pilar del movimiento de los no alineados, y su influencia, se temía, podría tentar a otros hacia los caminos de la independencia. Los miedos parecieron cobrar realidad en 1958, cuando un golpe de Estado de aparente inspiración nasserista derrocó al gobierno pro británico de Iraq. Las consecuencias repercuten aún.

para citas más completas. Sobre los temas más generales hay una abundante literatura. Especialmente idóneo en cuanto a los antecedentes es el libro de Norman Finkelstein, *Image and Reality of the Israel-Palestine Conflict*. Verso. 2003, actualización de la edición de 1995

El golpe de Iraq condujo a intensas discusiones entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Algunos estrategas temían que Kuwait buscara la independencia y que hasta Arabia Saudita sucumbiera a la enfermedad. La economía británica dependía altamente de los rendimientos de la producción petrolera y las inversiones kuwaitíes. Gran Bretaña decidió conceder a Kuwait una independencia nominal, aunque "también tenemos que aceptar la necesidad, si las cosas salen mal, de intervenir sin piedad, no importa quién cause el problema", explicaba el ministro de Asuntos Exteriores, Selwyn Lloyd. Estados Unidos adoptó idéntica posición sobre la intervención forzosa respecto a los botines principales, Arabia Saudita y los otros emiratos del Golfo. Eisenhower envió tropas al Líbano para conjurar la que se percibía como una amenaza nacionalista en ese país y asegurar el control de los oleoductos. Reiterando su preocupación por el "área de mayor importancia estratégica del mundo", recalcó que perder la autoridad allí "sería mucho peor que haber perdido a la China" (considerada como la más grave catástrofe de la posguerra), "debido a la posición estratégica y los recursos del Medio Oriente"<sup>16</sup>.

Otro país de importancia decisiva que podía caer, se temía, bajo el influjo nasserista, era Jordania, en ese entonces base regional del poder militar británico. Israel colaboró en la reafirmación del dominio británico allí. Los planificadores de Washington se percataron de que Israel había sido la única potencia regional que había, corrido riesgos con el fin de "aliviar la situación en el área". Un memorando al Consejo de Seguridad Nacional recomendaba que "si decidimos

<sup>16</sup> Abraham Ben-Zvi, *Decade of Transition*. Columbia, 1998, pág. 76. Véase Irene Gendzier. *Notes from the Minefield*, y William Roger Louis y Roger Owen (eds), *A Revolutionary Year: The Middle East in 1958*, I. B. Tauris, 2002. Sobre Indonesia, véase Audrey Kahin y George Kahin, *Subversion as Foreign Policy*, New Press, 1995.

combatir el nacionalismo árabe radical y retener el petróleo del golfo Pérsico por la fuerza si fuere necesario, el corolario lógico sería apoyar a Israel como la única potencia pro Occidente que queda en el Cercano Oriente"<sup>17</sup>, junto con las potencias periféricas de Turquía e Irán. Por la misma época, en 1958, Israel y Turquía establecían relaciones con una visita del primer ministro israelí David Ben Gurión a Turquía. Hacia el año 2000, como escribe Efraim Inbar, las relaciones de Israel con Turquía "sólo eran superadas en cercanías por los estrechos lazos entre Israel y Estados Unidos"<sup>18</sup>.

En 1967 la alianza Estados Unidos-Israel estaba firmemente asegurada. Israel acabó con Nasser, protegiendo así a la "fachada" de la península arábiga y asestando también un duro golpe al movimiento de los no alineados. El acto fue considerado una importante contribución al poderío de Estados Unidos. Se produjo igualmente un significativo efecto en el campo ideológico estadounidense, un tema sustancial que tendré que dejar a un lado<sup>19</sup>.

Volvamos a las tres grandes crisis de 1958. La amenaza del nacionalismo árabe independiente en el Medio Oriente quedó superada con la guerra de 1967. La crisis del Norte de África terminó con la independencia de Argelia<sup>20</sup>. La crisis de Indonesia se resolvió con una inmensa masacre, principalmente de campesinos sin tierra, que la CIA describió como uno de los mayores asesinatos masivos del

17 Ben-Zvi. *Decade of Transition*, págs. 80 y sigs. Por separado. Ben-Zvi atribuye la declaración a Eisenhower. Véase también Gendzier, *Notes from the Minefield*, e Ilan Pappé. en Lewis y Owen (eds), *A Revolutionary Year*.

18 Efraim Inbar, *The Israeli-Turkish Entente*. King's College London Mediterranean Studies, núm 75, otoño de 2002. pág. 25, escrito desde una perspectiva afín a las posiciones oficiales de Israel.

19 Sobre estas cuestiones, véase especialmente a Finkelstein, *Image and Reality* También mi *Middle East Illusions*, cap. 5.

20 Sobre los detalles intrincados de ese asunto véase. Irwin Wall, *France, the United States, and the Algerian War*, California, 2001.

siglo xx, comparable a los de Hitler. Stalin y Mao. Esta "espantosa matanza colectiva", como la llamó *The New York Times*, fue saludada con mal disimulada euforia en Occidente. Eliminaba el partido de masas de los pobres y abría de par en par las puertas a los inversionistas occidentales. Como en el Medio Oriente, se demolía otro pilar del movimiento de los no alineados. Procesos parecidos tenían lugar en Latinoamérica y, en grado más limitado, en la India, el último gran baluarte de los no alineados. Siempre y en todas partes Estados Unidos desempeñó un papel importante, a veces decisivo. El país es una potencia mundial, como lo fue Inglaterra anteriormente. Resulta a veces engañoso concentrarse en una sola región del planeta, olvidando que la planificación mundial está en Washington.

Ciñéndonos, sin embargo, al Medio Oriente, en 1970 Israel prestó otro servicio al impedir una posible intervención de Siria para proteger a los palestinos que estaban siendo masacrados en Jordania. La ayuda estadounidense a Israel se cuadruplicó. La inteligencia americana, al igual que algunos personajes influyentes interesados en el Medio Oriente como el senador Henry Jackson, señalaban la alianza tácita entre Israel, Irán y Arabia Saudita como una base sólida para el poderío de Estados Unidos en la región, dando por descontado a Turquía.

En 1979 cayó el Sha y la alianza turco-israelí adquirió aún más importancia como base regional. La alianza acogió a un nuevo miembro en reemplazo del Sha: el Iraq de Saddam Hussein, que la administración Reagan había tachado de la lista de países terroristas en 1982, de manera que Estados Unidos quedara en libertad de brindar auxilios al tirano.

Las decisiones de Israel en los últimos treinta años han reducido marcadamente sus opciones; en su rumbo actual, no tiene prácticamente más alternativa que servir de base de Estados Unidos en la región y cumplir sus exigencias. Esas opciones se patentizaron en 1971, cuando el presidente Anwar Sadat de Egipto ofreció a Israel

un acuerdo total de paz a cambio de la retirada israelí de los territorios egipcios. Sadat no ofrecía nada a los palestinos y no hacía mención de los otros territorios ocupados. En sus memorias, Yitzhak Rabin, entonces embajador en Estados Unidos, se refiere a la "famosa" oferta como un "hito" en el camino hacia la paz, aunque contenía también "malas noticias": la condición de que Israel se retirara del territorio egipcio, en cumplimiento de la política oficial estadounidense y del documento diplomático básico, la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de noviembre de 1967.

Israel encaró una fatídica disyuntiva: podía aceptar la paz y la integración en la región o persistir en el enfrentamiento y por ende en la inevitable dependencia de Estados Unidos. Optó por la segunda vía, no por razones de seguridad sino por su empeño en expandirse. Eso está claro en las fuentes israelíes. El general Haim Bar Lev, una figura principal del gobernante Partido Laborista, expresaba el parecer común cuando escribió en una publicación de su partido que "podemos tener paz, pero creo que si seguimos aguantando ganaríamos más". El "más" de primerísimo interés en esos días era el nordeste del Sinaí, cuyos habitantes fueron desalojados brutalmente hacia el desierto para abrir campo a la fundación de la ciudad de Yamit, puramente judía. En 1972 el general Ezer Weizman, más tarde presidente, añadiría que un acuerdo político sin expansión implicaría que Israel no podría "existir según la magnitud, el espíritu y la calidad que ahora encarna".

La pregunta clave era cómo iba a reaccionar Washington. Allí, tras un debate interno, el Gobierno cambió su política oficial por la tesis de Kissinger del "punto muerto": nada de diplomacia, únicamente fuerza. Hay que recordar que ese fue un período de exagerado triunfalismo, después muy lamentado en Israel. Estados Unidos e Israel daban por sentado que tras lo de 1967 los árabes no podían suponer una amenaza militar. La oferta de paz de Egipto no es "famo-

sa" en Estados Unidos sino más bien desconocida, destino común de los acontecimientos que no se ajustan a los preceptos doctrinales.

Sadat abrigaba todavía la esperanza de obtener el beneplácito americano con la expulsión de los asesores rusos y otras medidas. Asimismo, advirtió que "Yamit significa guerra". No fue tomado en serio. En 1973 lanzó efectivamente una guerra, que por poco no fue un desastre para Israel y que produjo una alerta nuclear en Estados Unidos. A esas alturas Kissinger cayó en la cuenta de que no se podía despreciar a Egipto en forma simple y emprendió su "diplomacia itinerante", que finalmente condujo a los acuerdos de Camp David de 1978-79, en los que Estados Unidos e Israel aceptaron la oferta de Sadat de 1971, pero en términos bastante menos favorables desde su punto de vista: la suerte de los palestinos estaba ya sobre el tapete, y Sadat se unió a casi todo el resto del mundo en la reclamación de los derechos de este pueblo.

Los anteriores sucesos son aclamados como un triunfo de la diplomacia estadounidense. Jimmy Carter recibió el Nobel de la Paz principalmente por este logro culminante. Todo el proceso fue, en realidad, una catástrofe diplomática. El repudio de la diplomacia por Estados Unidos e Israel produjo una guerra terrible, grandes sufrimientos y un enfrentamiento de superpotencias que pudo haberse salido de las manos. Pero una de las prerrogativas del poder es el derecho de escribir la historia a sabiendas de que habrá muy pocas objeciones. El desastre, por lo tanto, pasa a la historia como un triunfo grandioso del "proceso de paz" apadrinado por Estados Unidos.

Israel supo de una vez que con la eliminación del impedimento árabe podía vigorizar su expansión dentro de los territorios ocupados y atacar al vecino del norte, como procedió a hacer en 1978 y 1982, al ocupar partes del Líbano durante casi veinte años. La invasión de 1982 y sus secuelas inmediatas dejaron unos 20.000 muertos. Según fuentes libanesas, las víctimas mortales en los años

siguientes fueron cerca de 25 000. El tema despierta poco interés en Occidente, bajo el principio de que no hay que investigar ni mucho menos castigar o reparar los crímenes de los que somos responsables.

En vista de que los muchos bombardeos y otras provocaciones no generaban una coartada para la planeada invasión de 1982, Israel acabó echando mano del intento de asesinato de su embajador en Londres por el grupo terrorista comandado por Abu Nidal, quien había sido condenado a muerte por la OLP, con la que había estado en guerra por años. Tal pretexto le pareció aceptable a la opinión culta estadounidense, que tampoco puso reparos a la respuesta fulminante de Israel: un ataque contra los campos de refugiados palestinos de Sabra y Shatila en Beirut, donde murieron doscientos personas según un observador norteamericano de fiar<sup>21</sup>. Los vetos inmediatos de Estados Unidos frenaron los intentos de la ONU por parar la agresión. Así siguieron las cosas durante dieciocho años de sangrientas atrocidades israelíes en el Líbano, raras veces siquiera con la débil excusa de la legítima defensa<sup>22</sup>.

El jefe del Estado Mayor, Rafael ("Rafal") Eitan, daba voz al sentir general de Israel cuando, a raíz de la invasión de 1982, declaró de inmediato que era un triunfo porque debilitaba a la OLP y entorpecía su lucha por un Estado palestino. Prestantes intelectuales estadounidenses celebraron también la "derrota política" de la OLP, admitiendo sin tapujos que ese era el objetivo de la guerra, al tiempo que la bendecían como una "guerra justa" (Michael Walzer)<sup>23</sup>. No

<sup>21</sup> Véase mi *Fateful Triangle* para un relato de los sucesos y las reacciones de los medios y los comentaristas.

<sup>22</sup> Sobre el expediente de Israel en el Líbano en las décadas de 1980 y 1990, véanse mis *Pirates and Emperors. Old and New y Fateful Triangle* (la edición de 1999).

<sup>23</sup> Michael Walzer, en *New Republic*, 6 de septiembre de 1982 (el subrayado es suyo).

obstante, la mayor parte de los comentaristas y los medios prefería los cuentos de disparos de cohete no provocados contra israelíes inocentes y demás falsedades, si bien ahora la verdad se admite hasta cierto punto. James Bennet, corresponsal de *The New York Times*, escribe que el objetivo de la invasión de 1982 "era implantar un régimen amigo y destruir la Organización para la Liberación de Palestina del señor Arafat. Eso, según la hipótesis, ayudaría a convencer a los palestinos de que aceptaran el gobierno judío en Cisjordania y la Franja de Gaza"<sup>24</sup>. Que yo sepa, esta es la primera vez que se informa en la gran prensa americana lo que era bien sabido en Israel y que se ha publicado durante veinte años en los círculos disidentes marginados de Estados Unidos. Hablamos también de un típico ejemplo de terrorismo masivo internacional, si no del más grave delito de agresión, cuyo rastro conduce a Washington, proveedor del requerido apoyo económico, militar y diplomático. Sin su autorización y ayuda es poco lo que Israel puede hacer. En los países árabes y en otras partes hay muchas ilusiones al respecto. No conviene vivir de ilusiones, particularmente si se es víctima.

En el frente diplomático, a mediados de los años setenta, el aislamiento de Estados Unidos-Israel se incrementó con la inclusión del tema palestino en la agenda internacional. En 1976 Estados Unidos vetó una resolución que exigía la creación de un Estado palestino al borde de Israel, al incorporar la formulación básica de la Resolución de la O N U 242 de 1967. Desde ese día hasta la fecha Estados Unidos ha bloqueado la posibilidad de un arreglo diplomático en los términos que virtualmente todo el mundo acepta: un acuerdo de los dos países sobre la frontera internacional, con "ajustes menores y mutuos"; sobre ese principio operaba la política oficial, aunque no la real, de Estados Unidos, hasta que el gobierno de Clinton abandonó oficialmente el marco de la diplomacia internacional, declaran-

<sup>24</sup> James Bennet, en *New York Times*, 24 de enero de 2002.

do las resoluciones de la **ONU** "obsoletas y anacrónicas". Hay que ver que gran parte de la población de Estados Unidos se opone a la posición de su país: la gran mayoría apoya el "plan Saudita" presentado a principios de 2002 y aceptado por la Liga Árabe, que ofrece el pleno reconocimiento de Israel y su integración en la región a cambio de su repliegue hasta las fronteras de 1967, en una versión más del viejo consenso internacional que Estados Unidos ha obstaculizado. Hay también importantes mayorías a favor de que Estados Unidos empareje las ayudas a Israel y los palestinos según un acuerdo negociado: lo que quería decir, cuando se hizo la encuesta, que debería recortar la ayuda a Israel. Pero pocos entienden lo que estas cuestiones implican y casi nada se publica al respecto<sup>25</sup>.

Después de la primera guerra del Golfo, Washington se sintió en capacidad de imponer la solución de su agrado. Aunque nunca se elaboró por completo, la versión de 1991 era más amable que la posición anunciada por la administración en diciembre de 1989, que daba apoyo irrestricto al plan del gobierno de la coalición israelí (Shamir-Peres) y estipulaba que no podía haber "un Estado palestino adicional" (pues Jordania ya era un "Estado palestino", en su concepto) y que el futuro de los territorios se determinaría "según las pautas básicas del gobierno" de Israel. Washington convocó a la conferencia de Madrid, con la participación de Rusia para darle un tinte internacionalista.

Pero en la conferencia surgió un inconveniente. A la cabeza de la delegación palestina estaba Haydar Abd al-Shafi, un nacionalista conservador conocido por su integridad y un personaje palestino de gran aceptación. La delegación se rehusó a aceptar la continuación de los programas de asentamientos judíos en los territorios ocu-

<sup>25</sup> Mark Sappenfield. en *Christian Science Monitor*, 15 de abril de 2002.

**Programa de Actitudes sobre las Políticas Internacionales (PIPA, por sus siglas en inglés).** *Americans on the Israel-Palestinian Conflict*, University of Maryland. 8 de mayo de 2002.

pados, y se empantanaron las negociaciones, ya que Estados Unidos e Israel se negaron a aceptar esta condición o siquiera a contemplarla seriamente. Al ver que su apoyo popular se iba a pique en los territorios y entre la diáspora palestina, Yaser Arafat obvió a la delegación palestina y entró en negociaciones secretas con Israel, lo que condujo al "proceso de Oslo", inaugurado oficialmente con gran pompa en septiembre de 1993 en la Casa Blanca. La formulación de los acuerdos de Oslo dejaba en claro que estos constituían un mandato por la continuación de los programas de asentamientos judíos, cosa que la dirigencia israelí (Yitzhak Rabin y Shimon Peres) no se esforzó en ocultar. Por tal motivo, Abd al-Shafi no quiso tener nada que ver con el proceso de paz oficial<sup>26</sup>.

Así siguieron las cosas durante toda la década de 1990, mientras Israel adelantaba a paso firme su política de asentamientos e integración de los territorios, con el pleno respaldo de Estados Unidos. En el año 2000, el último del mandato de Clinton (y del primer ministro israelí Ehud Barak), los asentamientos alcanzaron su punto más alto desde 1992, lo que asentó golpes adicionales a la posibilidad de una resolución del conflicto por medios diplomáticos pacíficos.

#### CAMP DAVID II Y MÁS ALLÁ: HACIA UNA "DEPENDENCIA NEOCOLONIAL PERMANENTE"

El ánimo adverso de Estados Unidos e Israel impregnó las negociaciones de Camp David del año 2000. La idea convencional es que Clinton y Barak hicieron una oferta "magnánima", de una "generosidad" sin igual, pero que los traicioneros palestinos la rehusaron y prefirieron la violencia. Hay una forma simple de evaluar estas

<sup>26</sup> Véase la entrevista a Abd al-Shafi de Rashid Khalidi, en *Journal of Palestine Studies* 32, núm. 1, otoño de 2002.

afirmaciones: presentando el mapa del acuerdo territorial propuesto. No se ha visto ninguno, ni en los medios ni en publicaciones estadounidenses por fuera de las fuentes académicas y la literatura disidente. Una mirada a esos mapas permite ver que la oferta de Clinton y Barak prácticamente dividía a Cisjordania en tres distritos, separados de hecho unos de otros por dos salientes formados por asentamientos judíos y obras de infraestructura expansivas. Los tres distritos tienen apenas un acceso limitado a Jerusalén occidental, centro de la vida comercial, cultural y política palestina. Y todos quedan separados de Gaza.

La verdad es que eso hubiera mejorado el *statu quo*: los palestinos de Cisjordania confinados en más de doscientos distritos, algunos de unos pocos kilómetros cuadrados, y una situación en la Franja de Gaza que era peor en muchos aspectos.

Poco antes de ingresar al gobierno de Barak y convertirse en el principal negociador de Camp David, Shlomo Ben Ami, quien pasa por ser una paloma en el contexto israelí, publicó un estudio académico donde esbozaba el objetivo del "proceso de paz" de Oslo: forjar para los palestinos una "dependencia neocolonial" que fuera "permanente"<sup>27</sup>. Eso era lo que en esencia se ofrecía en Camp David.

En Israel los mapas sí aparecieron en la gran prensa, y se suele decir que las propuestas están basadas en los Bantustanes de Sudáfrica de hace cuarenta años. Respetados comentaristas informan que altas jerarquías militares y políticas contemplaron con toda seriedad el modelo sudafricano en las décadas de 1970 y 1980 y ese es hoy el modelo<sup>28</sup>. Israel también tenía a Sudáfrica por un valioso aliado, como lo fue para Estados Unidos en la época de Reagan.

<sup>27</sup> Shlomo Ben Ami, *A Place for All*, Hakibbutz Hameuchad, 1998. Véase mi prólogo a, Roane Carey, (ed), *The New Intifada*, Verso, 2001, reimpreso en mi *Pirates and Emperors, Old and New*.

<sup>28</sup> Avi Primor, en *Ha'aretz*, 19 de septiembre de 2002. Sobre las actuales estra-

Tras el fracaso de Camp David **2000** las negociaciones no se suspendieron. Estas llevaron a reuniones de alto nivel (pero no oficiales) en Taba, Egipto, en enero de **2001**. Allí parecieron darse pasos importantes, aunque los grandes problemas territoriales siguieron en pie, ya no tan exacerbados. Hay un meticuloso recuento de las negociaciones de Taba en un informe del observador de la Unión Europea Miguel Moratinos, avalado por ambas partes<sup>29</sup>. Las diferencias de fondo se estrecharon, pero no terminaron de cerrarse. En cuanto a Cisjordania, en principio se acordó acatar el consenso histórico internacional de respeto a la frontera reconocida internacionalmente, con "ajustes menores y mutuos", ya no tan menores por culpa de los programas de asentamientos y obras de infraestructura de Israel respaldados por Estados Unidos, los cuales, como ya vimos, se expandieron velozmente a medida que el proceso de Oslo seguía su curso bastante predecible. Los negociadores palestinos en Taba aceptaron incluir en Israel los asentamientos instalados después de Oslo alrededor de una Jerusalén notablemente expandida, pero exigieron un trueque territorial a razón de uno por uno, con el apoyo de algunos halcones israelíes. que celebraron la oportunidad de sacar del país a los árabes-israelíes, y aliviar con ello el así llamado "problema demográfico": demasiados no judíos en un Estado judío. Pero los negociadores de Israel insistieron en un intercambio a razón de dos por uno o más a favor suyo, y a los palestinos se les ofreció una zona sin ningún valor junto al desierto del Sinaí. La cuestión territorial decisiva seguía siendo el estatus de la población judía de Maaleh Adumim, al oriente de Jerusalén, y la infraestructura que

tegijs de Israel, véase en particular Tanya Reinhart, *Israel/Palestine: How to End the War of 1948. Seven Stories*, 2002; Baruch Kimmerling, *Politicide*, Verso, 2003.

<sup>29</sup> Akiva Eldar, en *Ha'aretz*, 14 de febrero de 2002.

la unía a las áreas ensanchadas que se anexarían a Israel, construida principalmente en los años noventa con la clara intención de partir prácticamente en dos a Cisjordania. Para estos y otros puntos no hubo solución, pero hay buenos motivos para aceptar la conclusión de Akiva Eldar de que hubo progresos reales y alentadores, aunque no oficiales.

Barak suspendió las negociaciones antes de las elecciones en Israel, y con la intensificación de la violencia nunca se reiniciaron, así que no hay manera de saber adonde habrían conducido.

Hussein Agha y Robert Malley, dos analistas informados, hacen en la revista *Foreign Affairs* un repaso de las cuestiones fundamentales<sup>30</sup>. Anotan, correctamente, que "hace ya algún tiempo que existe un entendimiento básico sobre los lineamientos de la solución": una separación territorial sobre la frontera internacional, con un intercambio de tierras a razón de uno por uno. Escriben que "el camino [hacia la solución] ha sido esquivo para ambas partes desde el principio"; pero, aunque correcta, la afirmación es engañosa. Estados Unidos ha cerrado el camino durante veinticinco años, y hasta el ala de las "palomas" del espectro político de Israel lo sigue repudiando, como se documenta en el informe de Moratinos.

En estos años de Bush II y Sharon las posibilidades de una solución pacífica se han achicado todavía más. Israel ha expandido sus programas de asentamientos con el respaldo constante de Estados Unidos. La organización judía de derechos humanos Betslem consiguió hacerse a los mapas oficiales con las aspiraciones de Israel<sup>31</sup>, cuyos asentamientos dominan ahora el 42 por ciento de Cisjordania. Los límites de Maaleh Adumim, por ejemplo, van desde los suburbios de Jerusalén casi hasta la aislada ciudad palestina de Jericó,

<sup>30</sup> Hussein Agha y Robert Malley. en *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2002.

<sup>31</sup> B'Tselem, *Land Grab: Israel's Settlement Policy in the West Bank*, mayo de 2002.

formando un saliente que desconecta en gran parte la zona sur de Cisjordania. Se conserva otro saliente hacia el norte, el cual separa parcialmente los sectores del norte de los del centro. El resultado es una versión endurecida del acuerdo de tres distritos para Cisjordania, prácticamente separados de una pequeña parte de Jerusalén oriental; y de Gaza, por supuesto, cualquiera sea su futuro.

Geoffrey Aronson, editor de la principal publicación americana de estudios sobre los asentamientos, describe la situación en 2003, luego de una visita a la zona del sur<sup>32</sup>. "Prácticamente en cada asentamiento israelí se adelantan a buen paso proyectos de colonización" que conducen a "cambios revolucionarios en los modelos de transporte y de acceso" con el fin de "consolidar la capacidad de Israel de asegurarse el control permanente de esas tierras", integradas al ya muy expandido Israel. "En cambio, para los palestinos la dinámica es todo lo contrario: una red cada vez más tupida de barricadas, obstáculos, caminos de patrulla y prohibiciones que los aislan de los asentamientos, de sus semejantes y de los sitios de trabajo, atentan contra su capacidad de llevar una vida normal y empobrecen de paso a toda una comunidad nacional".

En cuanto a los planes de la administración Bush a media dos de 2003, contamos con dos fuentes: la retórica y la práctica. En el plano retórico, uno lee acerca de la "visión" de Bush de un Estado palestino y de una "hoja de ruta" de inspiración estadounidense. En el mundo real, el gobierno de Bush bloqueó repetidamente la publicación de la hoja de ruta del "cuarteto" (UE, ONU, Rusia y Estados Unidos), para enfado de los otros miembros. La visión se dejaba borrosa, y así fue hasta que por fin salió a la luz la hoja, junto con el modesto anuncio de Bush de que "la hoja de ruta representa un punto de partida hacia la materialización de esa visión de dos Estados (...) que

<sup>32</sup> Geoffrey Aronson. *Report on Israeli Settlement in the Occupied Territories*, marzo-abril de 2003.

yo formulé el 24 de junio de 2002"; o sea, una versión pálida y difusa de la "visión" que es moneda corriente desde hace más de veinticinco años y que Estados Unidos ha disipado de manera constante".

Los primeros pasos de la hoja de ruta son explícitos: los palestinos deben terminar de inmediato con la resistencia a la ocupación, incluyendo los ataques contra soldados israelíes en los territorios ocupados, e Israel debe manifestar su compromiso con "la visión de dos Estados (...) expresada por el presidente Bush", sin que esté claro en qué consiste. A medida que progresa el desempeño de seguridad en su conjunto, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) se repliegan progresivamente de las áreas ocupadas desde septiembre 28 de 2000, y ambas partes reinstauran el *statu quo* que existía a la fecha. Israel y Washington decidirán qué tan satisfactorio es el desempeño. El *statu quo* que será reinstaurado deja a los palestinos confinados en cientos de distritos, rodeados por los asentamientos e infraestructura construidos durante la ocupación militar israelí respaldada por Estados Unidos. El futuro de esos asentamientos permanece incierto. Israel "desmantela en el acto los asentamientos de avanzada que ha erigido desde marzo de 2001", algo en lo que todos, salvo la ultraderecha de Israel, están de acuerdo; y en algún momento que se deja sin precisar Israel "congela toda actividad de colonización (incluyendo el crecimiento natural de los asentamientos)". Hasta ese día, los asentamientos pueden seguir creciendo. Si algún día llega la hora del "congelamiento", se supone que las medidas tipo Bantustán, efectuadas a lo largo de los años noventa en el contexto del "proceso de paz" de Estados Unidos e Israel y prolongadas en el cumplimiento de la hoja de ruta, estarán ya bien afianzadas.

Más tarde aún habría un "cumplimiento de acuerdos anteriores para aumentar al máximo la continuidad territorial [para el Estado

33 Citado por Haryey Morris, Guy Dinmore, Christopher Adams, en

*Financial Times*, 1 de mayo de 2003.

palestino], incluyendo medidas adicionales sobre los asentamientos". Las "medidas adicionales" no se especifican y no hay acuerdos previos que conduzcan a una "continuidad territorial" significativa. Las únicas propuestas serias que se han hecho no se incluyen en la agenda. Comoquiera que sea la "visión de dos Estados" de Bush, no parece ser la que prácticamente todo el mundo apoya y que su país ha bloqueado desde mediados de los años setenta, ni el plan Saudita ratificado por la Liga Árabe y respaldado por la mayoría de la población norteamericana, ni la solución sobre cuyos lineamientos hay "hace ya algún tiempo un entendimiento básico", referido por Agha y Malley. No hay rastros de ninguna de esas ideas<sup>34</sup>.

Además, aunque para los palestinos hay una aplicación inmediata (y violenta) de las condiciones de la hoja de ruta, no la hay para las condiciones sobre los programas de asentamientos y desarrollo israelíes financiados por Estados Unidos. Existe un nutrido acervo documental acerca de todo esto y nada hace esperar ningún cambio significativo.

Aunque la hoja de ruta política es todavía vaga en lo que atañe a las responsabilidades de Israel, sí hay otras exigencias muy específicas. El enorme subsidio de Estados Unidos a Israel aparece, por primera vez, condicionado a su desempeño, pero no en el cumplimiento de los términos de la hoja, sino sobre un plan económico para "recortar drásticamente empleos y salarios del sector público y rebajar impuestos", medidas "apodadas 'hoja de ruta económica'". El principal diario de Israel describe el plan como "una nueva teoría (...) según la cual Estados Unidos interviene abiertamente para imponer un orden neoliberal en Israel"; teoría bien vista por el sector empresarial israelí pero que produjo enseguida una huelga de 700 000 trabajadores<sup>35</sup>.

**34 "Proposal for 'Final and Comprehensive Settlement' to Middle East**

**Conflict". en *New York Times*. 1 de mayo de 2003.**

**35 Sharmila Devi, en *Financial Times*, 1 de mayo de 2003. citando a Herzl.**

Muy específicos también son los dispositivos para crear "hechos sobre el terreno" mientras se adelantan las conversaciones, como es costumbre. Se destaca entre ellos la construcción del "muro de separación" que incorpora partes de Cisjordania a Israel. Para justificar la barrera se aduce el tema de la seguridad: de los israelíes, no de los palestinos, cuyos problemas de seguridad son mucho más graves. Una barrera con intercambio de tierras no brindaría menos seguridad. Y el grado más alto de seguridad se conseguiría con un muro unos kilómetros por dentro de Israel, permitiéndose así el patrullaje total de ambos lados por parte de las **FDI**. Pero las propuestas de ese tipo no incorporarían tierras a Israel y perturbarían las vidas de los israelíes en vez de los palestinos, y son, por consiguiente, inconcebibles. Informes patrocinados por el Banco Mundial concluyen que el muro dejará casi 100 000 palestinos del lado de Israel, junto con "algunas de las tierras agrícolas más fértiles de Cisjordania". El muro también pone bajo el control de Israel buena parte del acuífero cisjordano, de importancia vital. Una población de Cisjordania, Qalqilya, está ya casi cercada por el muro, aislada de sus tierras, del 30 por ciento de sus fuentes de agua y de los territorios que llegaren a cedérsele algún día al Estado palestino "viable" y con "continuidad territorial". Hay informes de que más de la mitad de las tierras de cultivo de Qalqilya fueron confiscadas para anexionarlas a Israel, con la generosa oferta de una compensación única equivalente al precio en el mercado de la cosecha de un año<sup>3b</sup>.

Inmediatamente después del viaje de Colin Powell a Israel para discutir la hoja de ruta con el primer ministro Sharon, este informó a la prensa que al avanzar el muro hacia el sur de Qalqilya, daría una curva cerrada hacia el oeste para encerrar a los asentamientos israelíes de Ariel y Emmanuel, separando parcialmente el enclave

<sup>3b</sup> Harvey Morris, en *Financial Times*, 5 de mayo de 2002. Eva Balslev y Katrin Sommer, en *Newsfrom Within*. Jerusalén, octubre de 2002.

norte palestino del enclave central gracias a un saliente de asentamientos e infraestructura israelíes, como en el plan de Camp David de Clinton y Barak. Sin lugar a dudas, la segunda y más importante de las extensiones del territorio de Israel contempladas por Clinton y Barak, que separaba los enclaves central y del sur, también será incorporada de facto a Israel, de alguna forma. Tampoco hay mucha razón para dudar que las comunidades de Israel que queden por fuera del muro conservarán su presente condición, de hecho, como partes del país, unidas a él por grandes obras de infraestructura, protegidas por sus fuerzas de defensa y en libertad de expandirse dentro del territorio asignado, a menos que de arriba llegue una contraorden.

Como escribe la muy bien informada catedrática de Harvard. Sara Roy, basándose en fuentes internas, el Banco Mundial estima que "unas 232 000 personas que viven en setenta y dos comunidades se verán afectadas" por la primera fase de construcción del muro al norte, "con unas 140 000 viviendo del lado oriental del muro, pero que en realidad quedan rodeadas por su tortuosa trayectoria"; y que su terminación "podría aislar entre 250 000 y 300 000 palestinos" en tanto que anexionaría "hasta un diez por ciento de Cisjordania a Israel". Roy indica, además, que "el diseño del muro [puede estar] dirigido a rebanar y cercar el 42 por ciento (o menos) de Cisjordania que Sharon dice estar dispuesto a ceder al Estado palestino". De ser así, Sharon podría tener en mente algo parecido al plan que propuso en 1992, percatándose ahora de que el espectro político se ha desplazado tanto hacia el polo extremista-nacionalista, que lo que entonces parecía atrevido hoy puede presentarse como una concesión trascendental<sup>37</sup>.

<sup>37</sup> Sara Roy, en *Daily Star*, Beirut. 2 de junio de 2003. Sobre el plan de Sharon y otros de toda índole de ese momento, véase el análisis de Paz Ahora, reseñado en *World Orders, Old and New*, pág. 224

"Los hechos sobre el terreno", opina la periodista israelí Amira Hass, "determinan y seguirán determinando el área donde se aplicará la hoja de ruta, el área donde se establecerá la entidad conocida como el 'Estado palestino':

Una visita a los [lugares] donde la Comisión de Obras Públicas, el Ministerio de Defensa, el Ministerio de Vivienda y los bulldozeros del Ejército de Israel se encuentran trabajando, permite ver por qué al primer ministro Ariel Sharon le resulta tan fácil hablar de un "Estado palestino"(...) La construcción masiva en Jerusalén y sus alrededores, de Belén a Ramala y del Mar Muerto a Modiin, descarta de antemano cualquier desarrollo urbano, industrial o cultural palestino digno de llamarse así en el área de Jerusalén occidental. El enclave del sur de Cisjordania, de Hebrón a Belén, quedará incomunicado del enclave central de Ramala por un mar de acicalados asentamientos, túneles vehiculares y autopistas israelíes. El enclave del norte, de Yenín a Nablus, quedará separado del central por el sólido bloque de asentamientos de Ariel-Eli-Shiloh<sup>38</sup>

En cuanto a la congelación de los asentamientos, cuando Sharon convencía a su gabinete extremista de que aceptara la hoja de ruta, explicó que "aquí no hay restricciones, y ustedes pueden construir para sus hijos y sus nietos, y yo espero que también para sus bisnietos"<sup>39</sup>.

En el plano retórico, la hoja de ruta parecería ofrecer más a los palestinos que el proceso de Oslo: emplea términos como "Estado palestino", "fin de la ocupación", "congelamiento de toda actividad colonizadora", etcétera, expresiones que no aparecen en los protocolos de Oslo. Pero las apariencias engañan. Descontando a los elementos extremistas, Israel y su patrono no abrigan intenciones de

<sup>38</sup> Amira Hass. en *Ha'aretz*, 28 de mayo de 2003.

<sup>39</sup> Greg Myre. en *New York Times*, 27 de mayo de 2003.

apoderarse de territorios más allá de la utilidad o de la conveniencia, ni de dar a Israel el gobierno del grueso de la población palestina. La construcción de "hechos sobre el terreno" ha avanzado lo suficiente para permitir la libre utilización de expresiones que antes hubieran dado al traste con los planes que se han llevado a cabo en la última década y que ahora se afianzan con mayor firmeza.

Aparte de la retórica de las "visiones", hay una fuente de información más sustanciosa: las acciones. Ateniéndonos apenas a unos pocos ejemplos, en diciembre de 2000 el gobierno de Bush causó cierta consternación en el exterior cuando vetó una resolución del Consejo de Seguridad promovida por la Unión Europea para la puesta en práctica del Plan Mitchell de Washington, y de esfuerzos por reducir la violencia mediante el envío de observadores internacionales, a lo que Israel se opone tenazmente: su presencia podría amenorar la violencia palestina, pero igualmente impediría la represión y el terror israelíes.

Diez días antes del veto, Washington boicoteó una conferencia en Ginebra de las Altas Partes Contratantes de las Convenciones de Ginebra, convocada para examinar la situación en los territorios ocupados. El boicot produjo el "doble veto" de costumbre: se bloquean las decisiones y muy poco se informa de los hechos y se los borra de la historia. La conferencia ratificó la aplicabilidad de la Cuarta Convención de Ginebra a los territorios ocupados, de tal manera que muchas de las acciones de Estados Unidos-Israel allí son crímenes de guerra ante la ley estadounidense. La conferencia reiteró su condena a los asentamientos de Israel financiados por Estados Unidos y la práctica de "homicidios premeditados, torturas, deportaciones ilegales, privación intencionada del derecho a un juicio justo y regular, sostenida destrucción y enajenación de propiedades (...) llevados a cabo de manera ilegal y gratuita"<sup>40</sup>.

<sup>40</sup> "Conferencia de las Altas Partes Contratantes", *Report on Israeli Settlement in the Occupied Territories*, enero-febrero de 2002.

La Cuarta Convención de Ginebra, instituida para penalizar oficialmente los crímenes de los nazis en la Europa ocupada, es un principio esencial del derecho internacional humanitario. Repetidamente se ha afirmado su aplicabilidad a los territorios ocupados por Israel, entre otras veces por el embajador de Estados Unidos en la O N U George Bush (septiembre de 1971) y en las resoluciones del Consejo de Seguridad. Entre ellas está la Resolución 465 (1980), adoptada por voto unánime, que condenó las prácticas de Israel auspiciadas por Estados Unidos como "violaciones flagrantes" de la convención, y la Resolución 1322 (octubre de 2000), con catorce votos a favor y cero en contra (con la abstención de Estados Unidos), que exigía a Israel "cumplir escrupulosamente sus responsabilidades ante la Cuarta Convención de Ginebra". En calidad de Altas Partes Contratantes, a Estados Unidos y las potencias europeas los obliga el pacto solemne de aprehender y enjuiciar a los culpables de estos crímenes, incluyendo a sus propios gobernantes. En su continuada omisión de este deber están "realzando el terror", para tomar prestadas las palabras de censura de Bush II contra los palestinos. La posición estadounidense se ha desplazado con los años, desde el apoyo a la aplicabilidad de las convenciones a los territorios ocupados, pasando por la abstención en la época de Clinton y finalmente hasta el entorpecimiento de su aplicación con Bush II.

El gobierno de Bush dio así mismo otros indicios de apoyo tácito a la represión violenta. Así, mientras Ariel Sharon realizaba su violenta ofensiva en Cisjordania en abril de 2002, se despachaba a Colin Powell para "llevar la paz". Este deambuló por el Mediterráneo y llegó a Israel justo cuando los defensores de Yenín se quedaban sin víveres ni municiones; uno se figura que la inteligencia del Departamento de Estado estaría en condiciones de calcular esto. Un funcionario del Pentágono expresó lo más obvio: "El itinerario de Powell, como él mismo dijo, estaba diseñado para 'darle más tiempo a Sharon '. Otro funcionario del Departamento de Estado agregó

"los israelíes no prestan mucho oído a lo que decimos, pero sí observan lo que hacemos (...) Y lo que hacemos es darles más tiempo para que se replieguen"<sup>41</sup>; cuando terminaran su trabajo: arrasar el campamento de refugiados de Yenín, destruir gran parte de la antigua población de Nablus y acabar con la infraestructura institucional y cultural de la vida palestina en Ramala con la sevicia que ha caracterizado durante tantos años a las **FDI**.

En diciembre de 2002 la Asamblea General de Naciones Unidas se reunió para ratificar la oposición casi universal a la efectiva anexión de Jerusalén por parte de Israel, en desafío a resoluciones del Consejo de Seguridad que se remontaban hasta 1968, apoyadas en ese entonces por Estados Unidos. Ahora, por vez primera, el país votaba en contra de la resolución, con lo que invirtió oficialmente su tradicional posición sobre el estado legal de Jerusalén. A Estados Unidos se unieron Israel, varias dependencias insulares del Pacífico y Costa Rica. Si iba en serio, este giro total elimina casi de plano la posibilidad de un acuerdo político. La administración Bush dio otro espaldarazo a la violencia con su voto negativo a una resolución que buscaba una gestión internacional para "frenar el deterioro de la situación entre Israel y los palestinos, cancelar todas las medidas tomadas sobre el terreno desde que comenzó la última racha de violencia en septiembre de 2000 y presionar a favor de un acuerdo de paz" (aprobada por 160 contra 4, con Estados Unidos acompañado de Israel, Micronesia y las Islas Marshall). Siguiendo la pauta tradicional, nada de esto fue noticia en Estados Unidos<sup>42</sup>.

Bush también declaró que el architerrorista Sharon era "un hombre de paz" y exigió reemplazar a Arafat por un primer ministro

<sup>41</sup> Citados por John Donnelly y Charles Radin, en *Boston Globe*.

9 de abril de 2002.

<sup>42</sup> *Ha'aretz* y *Jerusalem Post*. 4 de diciembre de 2003. Sobre la votación informaron la AP y la AFP el 3 de diciembre de 2003.

*Hegemonía o supervivencia*

dispuesto a cumplir las imposiciones de Estados Unidos-Israel, aunque, "a diferencia de Arafat, no goce de la simpatía popular"<sup>43</sup>. Todo lo cual redundaba en una mayor ilustración de la "visión democrática" del presidente.

En febrero de 2003 Bush manifestó lo que *The New York Times* llamó "sus primeros comentarios significativos sobre el conflicto palestino-israelí en ocho meses", en un discurso ante el American Enterprise Institute, de extrema derecha. El discurso fue vacuo en su mayor parte, pero contenía en efecto un comentario significativo. Bush dijo indirectamente que Israel podía proseguir con sus programas de asentamientos y desarrollo en los territorios ocupados. Dio su respaldo bajo la afirmación de que "cuando se dé un progreso hacia la paz, la actividad colonizadora en los territorios ocupados debe terminar", lo cual implica que puede continuar hasta que Estados Unidos determine (en forma unilateral, como siempre) que se ha progresado<sup>44</sup>. Otra vez, un "comentario significativo" de Bush da un vuelco total a la política oficial del gobierno. Anteriormente, los programas de asentamientos se consideraban ilegales o cuando menos "desfavorables". Ahora se permiten de modo implícito. En defensa de la administración, se podría decir que ha puesto en concordancia la doctrina oficial con la casi invariable práctica.

Los valores imperantes se suelen expresar en forma implícita, como en el primer aniversario de 9-11, cuando el presidente aprovechó la ocasión para otorgar doscientos millones de dólares en fondos adicionales al rico país de Israel, en tanto rechazaba 130 millones de ayuda suplementaria de emergencia para Afganistán<sup>45</sup>. Y no sólo en Estados Unidos. Así, el ex ministro de Asuntos Exteriores británico *lord* Douglas Hurd escribía que "dos problemas por resolver-

<sup>43</sup> James Bennet, en *New York Times*, 17 de marzo de 2003.

<sup>44</sup> Elisabeth Bumiller, en *New York Times*, 27 de febrero de 2003.

<sup>45</sup> John Donnelly, en *Boston Globe*, 11 de septiembre de 2002.

se atormentan al Medio Oriente: el peligro de Saddam Hussein y la inseguridad de Israel"<sup>46</sup>. La inseguridad de los palestinos a treinta y seis años de la ocupación militar no es un "problema por resolverse"; de hecho, aún no se menciona.

Las medidas que torpedean las perspectivas de un arreglo diplomático pacífico se justifican constantemente como una respuesta al terrorismo palestino, que ciertamente se incrementó, incluyendo crímenes horribles contra civiles israelíes durante la intifada de Al Aqsa, que estalló a finales de septiembre del año 2000. La intifada también sacó a la luz los importantes cambios que se venían dando dentro de Israel. La autoridad ejercida por los militares israelíes había llegado a tal punto, que el corresponsal militar Ben Kaspit describía al país no como "un Estado con un ejército, sino un ejército con un Estado"<sup>47</sup>.

El análisis de Kaspit se corrobora en lo básico, y profundiza en lo histórico, en el examen que otro corresponsal militar, Reuven Pedatzur, hace de la "cultura del poder" y la "consecuente elección de la alternativa militar" sobre las vías pacíficas, que caracterizan a Israel desde su fundación. En su reseña de un libro del historiador militar Motti Golani, Pedatzur escribe que Golani "acierta, desde luego" con su "valiente negación del sacrosanto carácter de Israel, según el cual Israel siempre ha aspirado a la paz mientras que sus vecinos se han rehusado firmemente a seguir la senda de la paz, optando en cambio por el camino de la guerra". Los hechos difieren marcadamente de esto, afirman ambos. Una razón clave es "la institucionalización del poder y su traspaso total a manos de los estamentos político y militar". El alto mando militar interviene en el "debate político-diplomático", amenazando a veces con la fuerza y.

<sup>46</sup> Douglas Hurd, en *Financial Times*, 3 de diciembre de 2002.

<sup>47</sup> Ben Kaspit, "Dos años de intifada" (en hebreo), primera parte, en *Ma'ariv*, 6 de septiembre de 2002.

de hecho, formulando políticas hasta un punto jamás visto en ninguna otra sociedad democrática. Guiada por esta "cultura militar", "la dirigencia político-militar de Israel recurre a tretas de intimidación en cuestiones de seguridad (...) gener[ando] ansiedad con el fin de movilizar a la sociedad israelí y desviar los ojos del público de problemas nacionales tales como la deteriorada situación económica y la creciente tasa de desempleo". David Ben Gurión, padre fundador de Israel, instituyó esta "fórmula" (bastante conocida en otras partes, incluso en Estados Unidos) en los tempranos días de esa nación, y "la intimidación (...) fue empleada en las siguientes décadas", hasta el presente. El autor y el reseñador se unen a otros comentaristas de Israel en la advertencia sobre el "grave peligro" de la "generación de consenso (...) según el cual, dadas las circunstancias de Israel, las consideraciones democráticas son un lujo", un consenso con "visos de fascismo"<sup>48</sup>.

Las observaciones de Kaspit tuvieron origen en el inmenso desdén que los mandos militares mostraron por las órdenes del gobierno civil en los primeros meses de la intifada, actitud digna de notar especialmente porque el primer ministro había sido jefe del Estado Mayor y había otros funcionarios civiles que venían también de las altas jerarquías castrenses. Al igual que otros poderosos aparatos militares enfrentados a adversarios poco menos que indefensos, las **FDI** recurrieron a la violencia extrema. Cuando el jefe de inteligencia militar solicitó una investigación sobre "cuántas balas dispararon las **FDI** desde el comienzo de las hostilidades", él y otros generales quedaron sorprendidos de saber que en los primeros días de la intifada las **FDI** habían disparado un millón de balas y otros proyectiles: "una bala por cada niño", comentaba indignado un oficial del alto mando. Fuentes militares confirmaron la noticia sobre un inci-

<sup>48</sup> Reuven Pedatzur, en *Ha'aretz*, 12 de mayo de 2003, en una reseña del libro de Motti Golani. *Las guerras no suceden porque sí*, (en hebreo), Modan, 2003.

dente en el que un solo disparo, hecho al aire para mostrarle cómo era la realidad a un observador europeo, provocó dos horas continuas de fuego intenso por parte de las tropas y tanques de Israel.

Según cuentas de las FDI, la proporción de bajas mortales palestinas frente a las de Israel fue casi de veinte a una en el primer mes de la intifada (setenta y cinco palestinos, cuatro israelíes), en áreas bajo ocupación militar y con una resistencia que escasamente pasaba de las piedras. La unidad de bulldozeros del ejército, suministrados por Estados Unidos, entró también en acción para destruir viviendas, cultivos, olivares y arboledas a diestra y siniestra, en cumplimiento de políticas que han hecho de Israel "un sinónimo de bulldózer", como escribía un corresponsal consternado, *y han trastrocado el ideal de los fundadores de "hacer florecer el desierto"*<sup>49</sup>.

Desde el comienzo Israel empleó helicópteros militares estadounidenses para atacar blancos civiles, matando e hiriendo a decenas de personas. Clinton no tardó en responder, con la mayor venta de helicópteros militares en una década. No había limitaciones para su uso, informaba el Pentágono a los periodistas. Los hechos, de inmediato conocimiento público, no fueron noticia en Estados Unidos.

Israel no hacía nada nuevo. En la guerra del Golfo de 1991 las fuerzas estadounidenses gozaban de una superioridad militar tan aplastante, que las tropas se dieron el lujo de entrar en Iraq detrás de arados enganchados a tanques y excavadoras que nivelaban las trincheras del desierto para sepultar vivos a los soldados iraquíes, en una "táctica sin precedentes", según el reportero Patrick Sloyan. "Ni un solo americano murió en ese ataque en el que fue imposible el conteo de cadáveres iraquíes". Tal parece que las víctimas fueron principalmente reclutas campesinos chutas y kurdos, víctimas miserables de Saddam Hussein que se escondían en hoyos en la arena

49 Kaspit, en *Ma'ariv*, 6 de septiembre de 2002. Doron Rosenblum, en *Ha'aretz*, 26 de septiembre de 2002.

o corrían para salvar su vida. La noticia despertó muy poco interés o comentarios<sup>50</sup>.

Semejantes matanzas no sólo son cosa de rutina cuando hay una enorme disparidad de fuerzas, sino que con frecuencia son ensalzadas por los perpetradores. Para dar un ejemplo concerniente al miembro no musulmán del "eje el mal", digamos que es poco probable que los norcoreanos hayan olvidado "la demostración práctica de poderío aéreo para todos los comunistas del mundo y especialmente para los de Corea del Norte" que se llevó a cabo en mayo de 1953, un mes antes del armisticio, y de la que dio noticia entusiasmada un estudio de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Como ya no quedaban blancos en el paisaje totalmente arrasado, se envió a los bombarderos a destruir los diques de irrigación que "facilitaban el 75 por ciento de los suministros racionados de arroz de Corea del Norte". "El occidental difícilmente puede concebir el terrible significado que para el asiático tiene la pérdida de este alimento básico: inanición y una muerte lenta", continúa la narración oficial, que relata crímenes como los que en Nuremberg produjeron penas de muerte<sup>51</sup>. Uno se pregunta si recuerdos como ese no están en el trasfondo cuando la dirigencia norcoreana "juega al más gallina" con la bomba atómica.

Es importante tener conciencia de lo rutinarias que son esas prácticas y por lo tanto de lo probable que es que se repitan, a menos que se impidan desde el interior de los Estados poderosos. Podemos contemplar horrorizados las ruinas de Grozny y, si la memoria histórica es permitida, recordar la devastación que dejaron los bombardeos de saturación de Estados Unidos en Indochina. La venganza respe-

<sup>50</sup> Patrick Sloyan, en *Newsday*, 12 de septiembre de 1991.

<sup>51</sup> *Air University Quarterly Review* 6, núm. 4, invierno de 1953-54. Para citas más extensas y un mayor análisis, véase mi *Towards a New Cold War*, Pantheon, 1982; New Press, 2003, págs. 112-13.

ta pocos límites cuando los privilegiados y poderosos padecen la clase de terror que ellos suelen impartir a sus víctimas. Así, para dar un ejemplo de épocas más tempranas, cuando hace ciento cincuenta años hubo una matanza de súbditos británicos durante una rebelión en la India ocupada (el "motín de la India", en el léxico imperial), la respuesta británica fue feroz. "Un cuadro espantoso y cruento que dejó ver lo peor del hombre", escribía Nehru desde la cárcel durante la Segunda Guerra Mundial, citando fuentes británicas e indias (vetadas estas por los antiguos soberanos). Una reciente historia académica da cuenta de la "práctica común" de "ataques gratuitos contra aldeanos pasivos e indios inermes y hasta contra sirvientes leales", asesinatos brutales de "amotinados" capturados, "aldeas enteras incendiadas por el 'delito' de la proximidad" al escenario de las reales o supuestas atrocidades de los indios, cuando "una terrible ferocidad racial (...) estalló e inspiró la venganza de los británicos". En otra se habla de cómo "decenas de miles de soldados y guerrilleros de las aldeas fueron colgados, fusilados o reventados a boca de cañón", lo cual produjo un pronunciado descenso de la población en varias regiones. Una muestra del tono imperante es el consejo que John Nicholson (el "héroe de Delhi", "hombre de honra" y "cristiano declarado", según admiradores suyos de la época) dio en mayo de 1857: "Presentemos un proyecto de ley para desollar vivos, empalar o quemar en la hoguera a los asesinos de las mujeres y niños de Delhi. La idea de simplemente colgar a los perpetradores de semejantes atrocidades es una locura". Entre las atrocidades de que hablaba estaban las que se denunciaban en los "relatos detallados pero imaginarios" de otros rectos cristianos que en venganza cometieron atrocidades incalificables<sup>52</sup>.

<sup>52</sup> Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*, Asia Publishing House, 1961. Stanley Wolpert, *A New History of India*, Oxford, 1993. C. A. Bayly, *The New Cambridge History of India*, Cambridge, 1988. Jack Beeching, *The Chinese*

Las duras enseñanzas que dejó la Segunda Guerra Mundial calaron tan hondo, que en la década de 1950 murieron en Kenia unas 150 000 personas durante la represión por parte de Gran Bretaña de un alzamiento anticolonial, en una campaña librada a fuerza de espantosas atrocidades y terror, pero, como siempre, guiada por los más nobles ideales. El gobernador británico había explicado en 1946 al pueblo de Kenia que Gran Bretaña controlaba su tierra y sus recursos "por cuestión de derecho, resultado de sucesos históricos que reflejan la gloria suma de nuestros padres y abuelos". Si "la mayor parte de las riquezas del país está hoy en día en nuestras manos", eso se debe a que "esta tierra que hicimos es nuestra tierra por derecho, por el derecho del logro alcanzado", y los africanos sencillamente tendrán que aprender a vivir en "un mundo que nosotros hemos construido, siguiendo los impulsos humanitarios de finales del siglo xix y del siglo xx"<sup>53</sup>.

La historia está repleta de antecedentes de lo que vemos hoy, día tras día. Si bien lo que está en juego es cada vez más sobrecogedor, al igual que los mecanismos de destrucción disponibles.

Los altos mandos de Israel no sólo se valen de la doctrina militar corriente entre quienes ostentan la supremacía absoluta de las fuerzas, sino también de su propia experiencia. Cuando en octubre del año 2000 dieron la orden de emplear violencia en gran escala para "aplantar" a los palestinos con un cruel "castigo colectivo", quizás no previeron que las tácticas iban a incitar la "venganza sangrienta" de las víctimas<sup>54</sup>. Eso no había pasado cuando el primer ministro Rabin envió sus tropas a que aplantaran a las gentes de los

*Opium Wars*, Harcourt Brace Jovanovich, 1975. Estos fueron los antecedentes inmediatos del clásico ensayo de Mill sobre la intervención humanitaria.

Véase capítulo 2. nota 73.

<sup>53</sup> Mark Curtis, *Web of Deceit*, cap. 15.

<sup>54</sup> Kaspi. en *Ma'ariv*, 6 de septiembre de 2002.

territorios rompiéndoles los huesos, golpeándolas, torturándolas y humillándolas durante la primera intifada diez años atrás. Aquella vez las tácticas habían resultado en gran parte, tal como en el pasado<sup>55</sup>.

En diciembre de 1982, tras un arranque de terror y atrocidades cometidas por colonos y las **FDI** en los territorios, que indignó hasta a los "halcones" de Israel, un eminente especialista israelí en temas militares advirtió sobre los peligros que acechan a la sociedad de Israel cuando unos setecientos cincuenta mil jóvenes que han prestado servicio militar "saben que la tarea del ejército no es defender al Estado en el campo de batalla contra un ejército foráneo, sino pisotear los derechos de personas inocentes por el simple hecho de ser *araboushim* que habitan los territorios que Dios nos prometió". Moshé Dayán había formulado la idea básica en los primeros años de la ocupación: Israel debería informar a los palestinos de los territorios que "no tenemos ninguna solución, ustedes seguirán viviendo como perros y el que quiera se puede marchar, y ya veremos adónde nos lleva este proceso"<sup>56</sup>. Pero los palestinos siguieron siendo *samidín*, que aguantaban casi sin desquitarse.

La segunda intifada fue distinta. Esta vez las órdenes de aplastar a los palestinos sin clemencia y enseñarles a "no levantar la cabeza" intensificaron el ciclo de violencia, el cual se desbordó hasta el propio Israel, que había perdido la considerable inmunidad a retaliaciones

55 Sobre los métodos de la primera intifada, véase Norman Finkelstein. *The Rise and Fall of Palestine*, Minnesota. 1996. Véase también mi *Fateful Triangle*. cap.

8. para relatos personales y fuentes de Israel, bastante ampliadas estas últimas en *Necessary Illusions*, apéndice 4.2. En forma más general, véase Zachary Lockman y Joel Beinin (eds.), *Intifada*, South End. 1989.

56 Yoram Peri, en *Davar*, 10 de diciembre de 1982. *Araboushim* en el argot judío es algo así como los despectivos *niggers* [negros] o *felfees* [judíos] del inglés Moshe Dayan, en una discusión interna del gobierno, citada por Yossi Beilin en *Mehiro shel Thud* (en hebreo), Revivim. 1985.

provenientes de los territorios de que había disfrutado por más de tres décadas de ocupación militar. Reiterando las preocupaciones de veinte años atrás, un editorial del principal diario de Israel concluyó que

Dos y medio años de lucha intensa contra el terrorismo palestino han convertido a las Fuerzas de Defensa de Israel en un ejército obstinado e inhumano, concentrado en su misión gracias a la indiferencia por las consecuencias de sus actos. Las **FDI**, que inculcaron en generaciones de soldados el mito de la pureza de las armas y educaron a sus comandantes en la idea del soldado ético, deliberante, que toma arduas decisiones mientras sopesa consideraciones humanitarias, se están convirtiendo en una máquina de matar cuya eficiencia causa asombro, pero también escándalo<sup>57</sup>.

A medida que la proporción entre las bajas mortales palestinas e israelíes bajaba de veinte a uno hasta cerca de tres a uno, las actitudes en Estados Unidos iban pasando de la ceguera o el apoyo a las atrocidades, a la indignación absoluta... por las atrocidades cometidas contra sus inocentes apadrinados. Y ciertamente que eran indignantes. La visión selectiva, sin embargo, habla por sí sola, máxime si se piensa en lo arraigada que está en la cultura y la historia de los conquistadores.

<sup>57</sup> Editorial del diario *Ha'aretz*, 16 de marzo de 2003. La conclusión no debe sorprender a quienes han venido leyendo los informes de sus corresponsales, especialmente los de Gideon Levy y Amira Hass.

## 8 Terrorismo y justicia: algunas verdades útiles

PARA UN TEMA TAN POLÉMICO como el que ahora abordaremos, tal vez sea buena idea comenzar con algunas verdades sencillas.

La primera es que las acciones se evalúan según el abanico de posibles consecuencias. La segunda es el principio de universalidad: nos medimos con los mismos criterios con que medimos a los demás, cuando no más severos. Fuera de ser simples verdades trilladas, estos principios son también el fundamento de la teoría de la guerra justa, al menos de cualquier versión suya que merezca ser tomada en serio. Las verdades plantean una pregunta empírica: ¿se las acepta? Una investigación revelará, creo yo, que se las rechaza, casi sin excepción.

Quizás valga la pena discurrir un poco sobre la primera verdad. Las consecuencias reales de una acción pueden tener mucho peso, pero no inciden en la valoración ética de esa acción. Nadie celebra que Kruschev lograra emplazar misiles nucleares en Cuba porque el hacerlo no causó una guerra atómica, ni condena a los alarmistas que alertaron sobre el peligro. Ni aplaudimos al "Amado Caudillo" de Corea del Norte por desarrollar armas nucleares y suministrar tecnología balística a Pakistán, o acusamos a quienes advierten sobre las posibles consecuencias porque estas no se han dado. Al apolo-gista de la violencia de Estado que asumiera esas posiciones se le

tildaría de monstruo moral o de lunático. Eso es evidente, hasta que nos toca medirnos con los mismos criterios. Entonces la postura del lunático o del monstruo moral se considera de mucho honor y, cómo no, obligatoria, y la fidelidad a las verdades evidentes se condena con horror.

Sin embargo, aceptémoslas por lo que son: verdades evidentes. Y ahora pensemos en unos cuantos casos cruciales a las que ellas se aplican.

#### **VERDADES Y TERROR**

Tomemos por ejemplo a s-11. Muchos alegan que con los ataques terroristas todo cambió drásticamente y que el mundo entró en una nueva y pavorosa "era del terror", como reza el título de una antología de ensayos de académicos de la Universidad de Yale y otros. También son muchos los que creen que el término 'terror' es muy difícil de definir.

Podemos preguntarnos qué tiene de particularmente oscuro el concepto de terror. Hay definiciones oficiales del gobierno de Estados Unidos que se ajustan al criterio de claridad de otros usos que no se consideran difíciles. Un manual del Ejército de Estados Unidos definió el terrorismo como "el empleo premeditado de violencia o amenazas de violencia para lograr objetivos de naturaleza política, religiosa o ideológica (...) mediante la intimidación, la coerción o la siembra del miedo". El Código Oficial de Estados Unidos daba una definición más compleja, básicamente dentro de las mismas líneas. La definición del gobierno británico es parecida: "Terrorismo es el empleo o amenaza de acciones de carácter violento, destructivo o perturbador, y se dirige a influir sobre el gobierno o intimidar al público con el propósito de impulsar una causa política, religiosa o

<sup>1</sup> Strobe Talbott y Nayan Chanda (eds), *The Age of Terror*, Basic Books, 2001.

ideológica"<sup>2</sup>. Estas definiciones parecen bastante claras. Se aproximan satisfactoriamente al uso común y se consideran suficientes cuando se trata del terrorismo de los enemigos.

Las definiciones oficiales estadounidenses son las que he venido empleando en mis escritos sobre el tema desde que la administración Reagan subió al poder en 1981 y declaró que un punto central de su política exterior sería la guerra contra el terror. El apoyo en estas definiciones se acomoda muy bien a nuestros propósitos, puesto que fueron formuladas cuando se declaró la primera guerra contra el terror. Pero casi nadie las utiliza y han quedado abolidas sin otra definición razonable que ocupe su lugar. Los motivos no parecen oscuros: las definiciones oficiales de 'terrorismo' son prácticamente idénticas a las de 'contraterrorismo' (llamado a veces "conflicto de baja intensidad" o "contrainsurgencia"). Pero el contraterrorismo es una política oficial de Estados Unidos y sería inadmisibles, desde luego, decir que Estados Unidos se dedica oficialmente al terrorismo.

El país no es ni mucho menos el único en obrar así. Los Estados suelen llamar "contraterrorismo" al terrorismo propio, así sean los peores genocidas: por ejemplo, los nazis. Ellos decían defender a los pueblos y gobiernos legítimos de la Europa ocupada contra los partisanos, que eran terroristas apoyados desde el exterior. Eso no era

<sup>2</sup> Para las definiciones de Estados Unidos, véase mi "International Terrorism: Image and Reality", en Alexander George (ed.), *Western State Terrorism*.

La definición británica es citada por Curtís en *Web of Deceit*, pág. 93.

<sup>3</sup> Sobre la reformulación de las definiciones oficiales, véase Scott Atran, en *Science* 299, 7 de marzo de 2003. Atran observa que las definiciones corregidas todavía no hacen "una distinción de principios entre 'terror', tal como lo define el Congreso de Estados Unidos, y la 'contrainsurgencia', tal como aparece en los manuales de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos", uno de los eternos problemas cuando se trata de definir la palabra 'terror' en términos doctrinales aceptables.

del todo falso: hasta la más insignie propaganda rara vez es falsa. Los partisanos ciertamente recibían órdenes de Londres y sí hacían terrorismo. Los militares estadounidenses entendían en cierto grado el parecer de los nazis: su doctrina contrainsurgente se inspiró en manuales nazis, analizados con simpatía, bajo la asesoría de oficiales de la Wehrmacht<sup>4</sup>.

Esta práctica común da pie a la tesis convencional de que el terror es el arma de los débiles. Ello es verdad, por definición, si el término 'terror' se restringe al terrorismo de ellos. No obstante, si se quita esta cortapisa doctrinal descubrimos que, como casi todas las armas, el terror es primordialmente un arma de los poderosos.

Otro problema de las definiciones oficiales del término 'terror' es que de ellas se sigue que Estados Unidos es uno de los principales países terroristas. Eso en sí no suscita discusiones, al menos entre quienes creemos que deberíamos prestar un poco de atención a instituciones tales como la Corte Internacional de Justicia, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas o a la academia establecida, y queda revelado con toda claridad en casos como los de Nicaragua y Cuba. Pero esa conclusión tampoco se admite. De modo que quedamos sin una definición razonable de 'terrorismo'... a menos que decidamos romper filas y emplear las definiciones oficiales que se abandonaron por sus inadmisibles consecuencias.

Las definiciones oficiales no resuelven con precisión todas las dudas. Por ejemplo, no diferencian de manera tajante el 'terrorismo internacional' de la 'agresión', o el 'terror' de la 'resistencia'. Los orígenes de estas cuestiones son muy interesantes y atañen directamente a la redeclarada guerra contra el terror y los titulares de la actualidad.

Tomemos la distinción entre 'terror' y 'resistencia'. Surge una duda sobre la legitimidad de las acciones para obtener el "derecho

<sup>4</sup> McClintock, *Instruments of Statecraft*, cap. 3.

a la autodeterminación, la libertad y la independencia tal como se desprenden de la Carta de Naciones Unidas, por parte de personas privadas de ese derecho por la fuerza (...) en particular los pueblos sometidos por regímenes coloniales y racistas o por una ocupación foránea". ¿Esas acciones caen bajo 'terror' o bajo 'resistencia'? Las palabras citadas vienen de la más vigorosa condena del crimen del terrorismo emitida por la Asamblea General de la **O N U**, que añadía que "nada en la presente resolución puede menoscabar en modo alguno el derecho" así definido. La resolución se adoptó en diciembre de 1987, justo cuando el terrorismo internacional aceptado oficialmente alcanzaba su punto más alto. Es importante, obviamente. La votación fue de 153 a 2 (con la sola abstención de Honduras), lo que la hace aún más importante<sup>5</sup>.

Los dos países que votaron en contra de la resolución fueron los de siempre. El motivo, explicaron en la sesión de la **O N U**, era el párrafo que acabamos de citar. Se sobreentendía que la expresión "regímenes coloniales y racistas" se refería a su aliada, la Sudáfrica del *apartheid*. Evidentemente, Estados Unidos e Israel no podían convalidar la resistencia al régimen del *apartheid*, mayormente cuando la acaudillaba el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela, uno de los "más notorios grupos terroristas", como decidió Washington por esos días. La otra expresión, "ocupación foránea", seguramente se refería a la ocupación militar por parte de Israel, la cual cumplía entonces veinte años. Era claro que en ese caso tampoco se podía aprobar la resistencia.

Estados Unidos e Israel fueron los únicos países del mundo que negaron que esas acciones pudieran ser resistencia legítima y las declararon actos de terrorismo. La posición de ambas naciones se proyecta por fuera de los territorios ocupados. Por ejemplo, Estados

<sup>5</sup> Resolución 42/159 de la **O N U**, 7 de diciembre de 1987. El Departamento de Estado señala a 1987 como el año de máximo terrorismo.

Estados Unidos e Israel consideran que Hizbolá (Hezbollah) es una de las principales organizaciones terroristas del planeta, no por sus atentados terroristas (que son ciertos) sino porque se formó para resistirse a la ocupación israelí del sur de Líbano y logró expulsar a los invasores después de dos décadas de desacato a las órdenes de retirada del Consejo de Seguridad. Estados Unidos llega al colmo de llamar a las personas "terroristas" si se resisten a la agresión directa suya: los sudvietnamitas, por ejemplo, o los iraquíes, últimamente.

El público no sabe nada de esa importante condena de la **ONU** al que Reagan llamaba "el nefasto azote del terrorismo", ni de su suerte, en virtud del doble veto de costumbre. Para enterarse de estos asuntos uno tiene que adentrarse en territorio prohibido: los archivos históricos y documentales o la literatura crítica marginada.

A pesar de las ambigüedades y de la profunda brecha entre Estados Unidos-Israel y el mundo, las definiciones oficiales estadounidenses del término 'terror' parecen ser bastante adecuadas para nuestros propósitos.

Volvamos a la creencia de que s-11 marcó un cambio abrupto en el curso de la historia. Nos parece dudoso. Sin embargo, ese día sí ocurrió algo drásticamente nuevo y diferente. El blanco no fue Cuba, Nicaragua, el Líbano o Chechenia, ni ninguna otra de las tradicionales víctimas del terrorismo internacional, sino un Estado con el poder inmenso de determinar el futuro. Por vez primera, un ataque contra los países ricos y poderosos tenía éxito en una escala que, tristemente, no se desconoce en sus dominios tradicionales. Aparte del horror ante este crimen contra la humanidad y la compasión por las víctimas, los observadores excluidos de las jerarquías privilegiadas de Occidente a menudo respondieron a las atrocidades de s-11

**6 Para una notable ilustración atinente al caso de Vietnam, véase la pág. 274. Sobre Iraq, véase al corresponsal en el medio oriente de la ABC Charles Glass, en *London Review of Books*, 17 de abril de 2003.**

con un "bienvenido al club", particularmente en Latinoamérica, donde no es fácil olvidar la plaga de violencia y represión que se extendió por la región a partir de la década de 1960, ni sus raíces.

La plaga en parte se puede rastrear hasta la decisión del gobierno de Kennedy en 1962 de cambiar la misión de las fuerzas militares de América Latina, al pasar de la "defensa hemisférica" a la "seguridad nacional". El resultado fue un viraje de la tolerancia de la "rapacidad y crueldad de los militares latinoamericanos" a la "complicidad directa" con sus crímenes y el respaldo a "los métodos de los escuadrones de exterminio de Heinrich Himmler", según palabras de Charles Maechling, jefe de Contrainsurgencia y Planificación de Defensa Nacional de Estados Unidos entre 1961 y 1966.<sup>7</sup> La percepción de las víctimas es parecida. Sirva de muestra un caso de excepcional relevancia en la actualidad: el muy respetado presidente del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos en Colombia, Alfredo Vásquez Carrizosa, escribe que la administración Kennedy "hizo grandes esfuerzos por transformar a nuestros ejércitos regulares en brigadas de contrainsurgencia, al aceptar la nueva estrategia de los escuadrones de la muerte" e introducir "lo que en Latinoamérica se conoce como la Doctrina de la Seguridad Nacional (...) no de defensa contra un enemigo externo, sino con el fin de convertir a los estamentos militares en los amos del juego [con] derecho a combatir contra el enemigo interno (...): el derecho a atacar y exterminar trabajadores sociales, sindicalistas, hombres y mujeres que no son partidarios del sistema y son sospechosos de ser agitadores comunistas; es decir, cualquier persona, incluyendo activistas de derechos humanos como yo mismo".

Los "grandes esfuerzos" a los que se refiere coinciden con la

<sup>7</sup> Charles Maechling, en *Los Angeles Times*, 18 de marzo de 1982.

<sup>8</sup> *Colombia Update* 1, núm. 4, diciembre de 1989. Véase mi *Detering Democracy*, págs. 130 y sigs. Véanse, atrás, las págs. 134-136.

fatídica decisión de 1962. En ese año Kennedy envió una misión de las Fuerzas Especiales a Colombia, encabezada por el general William Yarborough. Este recomendó "actividades paramilitares, de sabotaje y/o terroristas contra reconocidos defensores del comunismo", para ser "ejecutadas ahora mismo (...) [si] tenemos el aparato idóneo" ya instalado. "Tenemos", pues para qué andarnos con comunicaciones secretas<sup>9</sup>. En la doctrina de contrainsurgencia, la expresión "reconocidos defensores del comunismo" abarca la categoría de los "sospechosos de ser agitadores comunistas" que menciona Vasquez Carrizosa, cosa que saben muy bien los latinoamericanos, como también saben que las principales víctimas son los pobres y oprimidos que osan alzar la frente.

La Doctrina de Seguridad Nacional arribó a Centroamérica en la década de 1980. El Salvador se convirtió en el principal receptor de ayuda militar de Estados Unidos y el terrorismo de Estado alcanzó su cúspide más atroz. Cuando el Congreso obstaculizó la ayuda y el adiestramiento militar directos con la imposición de condiciones de derechos humanos, como en Guatemala después de las atrocidades al por mayor del Gobierno, la tarea fue asumida por sustitutos.

Las víctimas no olvidan fácilmente, aunque entre los poderosos estos crímenes se someten a la "elusión ritual" de los hechos inadmisibles. Así, un artículo de primera página en la prensa nacional advierte que la amenaza de Al Qaeda va en ascenso, al pasar de los objetivos "bien protegidos (...) a los llamados objetivos vulnerables"<sup>10</sup>. La noticia debería recordarnos al instante las instrucciones oficiales de Washington a sus tropas apadrinadas de que atacaran "objetivos vulnerables" en Nicaragua justo cuando las más altas au-

<sup>9</sup> McClintock, *Instruments of Statecraft*. 222.

<sup>10</sup> Raymond Bonner en *New York Times*. 28 de octubre de 2002.

toridades internacionales le ordenaron dar fin a la guerra terrorista, así como de la reacción ante dichas órdenes.

Que atacar "objetivos vulnerables" sea bueno o malo, terrorismo o una causa noble, depende de quién sea el ejecutor. La práctica es corriente y nada problemática cuando se tildan de irrelevantes las verdades trilladas y los hechos indeseados "desaparecen" eficientemente.

#### **EL ARTE DE "DESAPARECER" HECHOS NO DESEADOS**

Un colaborador del libro de Yale (Charles Hill) indica, en un raro reconocimiento de la realidad, que s-11 desató una segunda "guerra contra el terror", pues la administración Reagan había declarado la primera veinte años atrás. Y nosotros "ganamos" esa primera guerra, avisa triunfalmente Hill, aunque el monstruo del terrorismo apenas quedó herido, no exterminado". Cómo la "ganamos" incumbe a otros: los intelectuales jesuitas de Centroamérica, la Escuela de las Américas, las comisiones de la verdad, los académicos serios, la literatura activista y solidaria y los recuerdos de los supervivientes.

Podemos aprender mucho sobre la actual guerra contra el terror inquiriendo sobre su primera fase y cómo se la muestra en el presente. Un notable experto académico describe la década de 1980 como de "terrorismo de Estado"; es decir, de una "continua participación o 'patrocinio' estatal del terrorismo, en especial por parte de Libia e Irán". Estados Unidos se limitó a responder con una "postura 'proactiva' hacia el terrorismo". Otros recomiendan los métodos con los que "ganamos": las operaciones que le valieron a Estados Unidos la condena de la Corte Mundial y el Consejo de Seguridad (quitando el veto) son el modelo para dar "un apoyo estilo Nicaragua a los enemigos de los talibanes". Un eminente historiador del tema,

11 Talbott y Chanda, *Age of Terror*.

David Rapoport, descubre las raíces más hondas del terrorismo de Osama ben Laden en Vietnam del Sur, donde "la efectividad del terrorismo del Vietcong contra el Goliat americano armado con tecnología moderna encendió la esperanza de que el corazón de Occidente también fuera vulnerable"<sup>12</sup>.

La villanía de los terroristas que en todas partes nos atacan impresiona de veras.

Ciñéndose a lo convencional, estos análisis muestran a Estados Unidos como una víctima benigna que se defiende del terror de otros: los vietnamitas (en Vietnam del Sur), los nicaragüenses (en Nicaragua), los libios e iraníes (si alguna vez sufrieron algún desprecio de manos de Estados Unidos, pasa sin mencionarse) y otras fuerzas antinorteamericanas en el mundo entero. Si no todos los habitantes del planeta comparten esta percepción de la historia, entonces son también "antinorteamericanos" y se les puede ignorar tranquilamente.

Como vimos antes, la plaga de terrorismo estatal respaldado por Estados Unidos, que cundió por toda América Latina en los años sesenta, tuvo su apogeo en Centroamérica en los ochenta, cuando la "guerra contra el terror" de Reagan recogió su cosecha mortal. Centroamérica fue uno de los principales focos de esa arremetida. El otro fue la región del Medio Oriente y el Mediterráneo. También allí el contraste entre lo que sucedió realmente y lo que se describe es muy marcado y diciente. En la década de 1980, la peor atrocidad en esa región fue la invasión del Líbano por Israel en 1982, la cual, como las invasiones sanguinarias y devastadoras de Rabin y Peres de 1993 y 1996, poco podía excusarse en la legítima defensa. Dado el apoyo crucial de Reagan y Clinton, estas operaciones se suman al historial de Washington de terrorismo de Estado internacional.

<sup>12</sup> Martha Crenshaw, Ivo Daalder y James Lindsay, y David Rapoport, respectivamente, en *Current History*, diciembre de 2001.

Estados Unidos estuvo implicado directamente en otros actos de terror en la región, entre ellos los tres candidatos al premio al más salvaje atentado terrorista de 1985, cuando el terrorismo en la región fue elegido por los directores de prensa como la noticia principal del año: (1) el coche bomba frente a una mezquita de Beirut que dejó ochenta muertos (en su mayoría mujeres y niñas) y 250 heridos, programada para explotar a la salida de la gente y cuya pista condujo a la CIA y la inteligencia británica; (2) el bombardeo a Túnez por Shimon Peres, con 75 palestinos y tunecinos muertos, facilitado por Estados Unidos y encomiado por el secretario de Estado, Shultz, y luego condenado por unanimidad en el Consejo de Seguridad de la O N U como un "acto de agresión armada" (con la abstención de Estados Unidos); y (3) las operaciones Puño de Hierro, de Peres, dirigidas contra los que el alto mando israelí llamaba "aldeanos terroristas" en el Líbano ocupado, que alcanzó nuevas dimensiones de "brutalidad calculada y asesinatos arbitrarios", en palabras de un diplomático occidental conocedor del área, y ratificadas de sobra por las transmisiones directas, con un total de bajas desconocido, según las convenciones de costumbre.

Todas estas atrocidades caen en la categoría del terrorismo internacional con apoyo estatal, cuando no en el más grave crimen de guerra de la agresión. En esta relación se excluyen muchas otras, tales como los frecuentes secuestros y homicidios en alta mar por parte de las fuerzas navales de Israel, cuando atacaban barcos en tránsito entre Chipre y el norte del Líbano, trasladaban a muchos de los capturados a Israel y los dejaban presos sin levantarles cargos, como rehenes, amén de tantos otros crímenes que no lo son porque tenían el respaldo de Washington<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Para más detalles, véase mi *Pirates and Emperors, Old and New. Sobre las invasiones israelíes del Líbano apoyadas por Clinton en los años noventa, más allá de la región sureña ocupada ilegalmente*, véase mi *Fateful Triangle*, edición de 1999.

El periodismo y los estudios académicos sobre el terrorismo consideran que 1985 fue el año de máximo terrorismo en el Medio Oriente; pero no por estos acontecimientos, sino por dos actos terroristas en los que murió una sola persona en cada uno, en ambos casos estadounidense<sup>14</sup>.

En la peor de las dos atrocidades terroristas que pasaron los filtros doctrinarios, un grupo palestino terrorista dirigido por Abu Abas asesinó brutalmente a un judío estadounidense inválido, Leon Klinghoffer, durante el secuestro del crucero Achille Lauro en octubre de 1985. El crimen "pareció establecer un nuevo modelo de inhumanidad entre los terroristas", escribe John Burns, corresponsal de *The New York Times*. Burns se refiere a Abas como ese "monstruo venido a menos" a quien tal vez "le llegará el día de arreglar cuentas con la justicia estadounidense" por su parte en el crimen. Una de las pregonadas hazañas de la invasión de Iraq fue la captura de Abu Abas pocos meses después<sup>15</sup>.

El asesinato de Klinghoffer sigue siendo el símbolo más vivido y duradero de la maldad inextirpable del terrorismo árabe y la prueba irrefutable de que no se puede transar con esas alimañas. La atrocidad fue sobradamente real y no encuentra atenuante en la excusa de los terroristas de que el secuestro fue una retaliación por el mucho más mortífero ataque israelí de una semana antes contra Túnez respaldado por Estados Unidos. Pero el bombardeo de Túnez no cabe en el canon del terrorismo porque se oculta tras la falacia del agente equivocado. Siguió sin mencionarse tras la captura de Abu Abas. No habría, por supuesto, dificultad alguna en capturar a los "monstruos" Shimon Peres y George Shultz, que están lejos de ser "venidos a menos", y hacerles llegar "el día de arreglar cuentas con la justicia estadounidense". Pero eso rebasa lo impensable.

<sup>14</sup> Crenshaw, en *Current History*, diciembre de 2001.

<sup>15</sup> John Burns, en el *New York Times*. 8 de noviembre de 2002.

También fueron "desaparecidos" con eficiencia sucesos más recientes que tienen un parecido más que superficial con el homicidio de Klinghoffer. El silencio fue la respuesta cuando unos reporteros británicos encontraron "los restos aplanados de una silla de ruedas" entre la ruinas del campo de refugiados de Yenín después de la ofensiva de primavera ordenada por Sharon en 2002. "Estaba aplastada por completo, aplanchada como en una caricatura", informaron. "En medio de los escombros había una bandera blanca rota". Un inválido palestino, Kemal Zugayer, "fue muerto a tiros mientras trataba de rodar la silla camino arriba. Los tanques israelíes deben haber pasado por encima del cadáver, porque cuando [un amigo] lo encontró, le faltaban una pierna y ambos brazos, y el rostro, según este, estaba rajado en dos"<sup>16</sup>. De haberse publicado esto en Estados Unidos, se le habría soslayado como un error involuntario en el curso de una retaliación justificada. Kemal Zugayer no merece entrar en los anales del terrorismo al lado de Leon Klinghoffer. Su asesinato no ocurrió por órdenes de un "monstruo" sino de un "hombre de paz" que comparte una relación espiritual con el "hombre visionario" de la Casa Blanca.

Uno de los más eminentes escritores y columnistas de Israel, Boaz Evron, bosquejó la dinámica esencial que opera en estos casos, tras una escalada de la violencia de los colonos y las **FDI** que causó gran consternación en Israel. Evron escribió un artículo sarcónico sobre cómo lidiar con los estratos bajos, o *araboushim* en el argot judío. Israel debería "tenerlos con la correa bien corta", de manera que sepan que "el látigo pende sobre sus cabezas". Con tal que no se mate a mucha gente en forma muy visible, los humanistas occidentales "aceptarán todo sin chistar y hasta preguntarán ¿qué tanto tiene de terrible?"<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Justin Huggler y Phil Reeves. en *Independent*, 25 de abril de 2002.

<sup>17</sup> Véase mi *Fateful Triangle*. pág. 136.

Los vigilantes de la integridad periodística en Estados Unidos sabían la lección sin que Evron la dictara. El más prestigioso guardián de los medios de comunicación, la *Revista de Periodismo de Columbia*, otorgó su codiciado "laurel" a los medios del país por el cubrimiento de la ofensiva de primavera de 2002, ordenada por Sharon en Yenín, Nablus, Ramala y otros sitios, en el trigésimo quinto año de la ocupación judía de Cisjordania y Gaza. Según la revista, los galardonados recibieron el laurel por asegurarse de que el examen de la ofensiva se centrara en una pregunta capital: ¿hubo una masacre deliberada de cientos de civiles en el campamento de refugiados de Yenín?<sup>18</sup>. Si no la hubo, entonces las personas civilizadas pueden "aceptar todo eso calmadamente".

Podríamos hacer una prueba hipotética. Supongamos que Siria ocupa a Israel por treinta y cinco años, empleando los mismos medios y políticas de la ocupación judía, y que un día repite tal cual la ofensiva de Sharon de 2002 : atrepella poblaciones judías, demuele grandes áreas con sus buldózers y tanques, sitia por semanas a la población sin acceso al agua, alimentos o atención médica, destruye centros de salud e instituciones de gobierno y tesoros arqueológicos, haciéndoles ver patentemente y por todos los medios a esos "judacos" que "el látigo pende sobre sus cabezas"... pero sin matar centenares de ellos a la vez. Según los criterios del "laurel", sólo un racista antiárabe sentaría protesta y el hallazgo de los trozos dispersos de un inválido judío asesinado, aplastado en su silla de ruedas por un tanque sirio, no sería objeto de atención, ni mucho menos de la severa justicia estadounidense".

En su análisis de la "noticia de Yenín", la mencionada revista reprendió a la prensa británica por "aceptar la culpa de Israel como un hecho probado" y ridiculizó a la **ONU** por "preparar una investigación con un equipo cuyas simpatías políticas aseguraban que sus

18 "Darts and Laurels". *Columbia Journalism Review*, julio-agosto de 2002.

conclusiones serían cuestionadas", sin duda alguna por los pensadores independientes de la revista. "Entre tanto bullicio que aturde, ¿qué iba a creer el mundo?", preguntaban sus editorialistas.

No todo estaba perdido, por fortuna: "Entran en escena los medios de información independientes de Estados Unidos con la misión de averiguar la verdad por su propia cuenta", refutan las calumnias contra Israel y revelan que ninguna "matanza premeditada, a sangre fría, de centenares" ocurrió en Yenín; llegan de hecho a la mismísima conclusión que los desacreditados medios británicos (y otros), que sin embargo no adoptaron el enfoque propagandístico de Estados Unidos-Israel con la misma rigidez que exigen los directores de la revista y ahondaron en la invasión israelí más allá de esa sola cuestión.

Los "medios independientes" de Estados Unidos no merecían ese insultante elogio de su hinchada. Los lectores avisados pudieron enterarse a través de ellos de los crímenes cometidos, aunque no con los espantosos detalles presentados por la prensa israelí y europea. Y, claro, se los resguardó celosamente de la complicidad de su propio gobierno, como se suele hacer.

Cuando los "agentes equivocados" se ven implicados en el terrorismo internacional con apoyo estatal, descubrimos que a veces las atrocidades terroristas no se borran del todo sino más bien se alaban. Un caso instructivo es el del país que reemplazó a El Salvador como principal receptor de ayuda y adiestramiento militar estadounidense: Turquía, donde el terrorismo de Estado se practicó en grande durante el mandato de Clinton, contando con el respaldo de Washington<sup>19</sup>. Tomo prestado el término 'terrorismo de Estado' del ministro de Derechos Humanos del gobierno turco, cuando se refería a los grandes horrores cometidos contra los kurdos en 1994, y del sociólogo Ismail Besicki, puesto preso nuevamente cuando pu-

19 Véase págs. 78-79.

blicó el libro *Terrorismo de Estado en el Cercano Oriente*, luego de haber pagado quince años por grabar la represión turca de los kurdos. Como en otras partes, hubo una "desaparición" de los hechos inaceptables, pero los sucesos no pasaron completamente inadvertidos. El informe "Año 2000" del Departamento de Estado sobre los "esfuerzos [de Washington] por combatir el terrorismo" destacaba a Turquía por sus "experiencias positivas" en la lucha contra el terror, además de Argelia y España, respetables colegas. En un artículo de primera página y sin comentarios, el experto en terrorismo de *The New York Times* daba cuenta de este elogio. En una presistente publicación de asuntos internacionales, el embajador Robert Pearson informaba que Estados Unidos "no podría tener un mejor amigo y aliado que Turquía" en su empeño por "eliminar el terrorismo" en todo el mundo, gracias a las "habilidades de las Fuerzas Armadas" de Turquía, probadas en su "campana contra el terror" en el sudeste kurdo<sup>20</sup>. Como ya señalamos, la censura voluntaria estadounidense sobre el terrorismo estatal de Turquía se relajó un poco a principios de 2003, durante la desviación democrática de este país, aunque se siguió ocultando muy bien el papel decisivo de Estados Unidos<sup>21</sup>.

Las consideraciones que acabamos de exponer, apenas una pequeña muestra, sugieren una manera sencilla de reducir la amenaza del terrorismo, dejar de practicarlo. Esa sería una importante contribución a una "guerra contra el terror" general. Sin embargo, no abarcaría la categoría de terror que atraviesa los filtros doctrinales: el terror de *ellos* contra el *nuestro* y el de nuestros satélites, un asunto de suma gravedad, no cabe duda. Dejemos de lado esa cuestión por

<sup>20</sup> Judith Miller, en *New York Times*, 30 de abril de 2000. Robert Pearson, en *Fletcher Forum* 26, núm. 1, invierno-primavera de 2002.

<sup>21</sup> Ver págs. 90-92.

un momento y pasemos a un terreno emparentado con ella, en el que la atención a las verdades puede ser de alguna utilidad.

#### VERDADES EVIDENTES Y TEORÍA DE LA GUERRA JUSTA

La teoría de la guerra justa ha vivido una reactivación en el contexto de la "nueva era de la intervención humanitaria" y el terrorismo internacional. Miremos el mejor caso, según se nos presenta: el bombardeo a Afganistán, paradigma de la guerra justa para el consenso occidental. La respetada filósofa ético-política Jean Bethke Elshtain resume la opinión circulante con bastante exactitud cuando escribe que "casi todo el mundo, a excepción de los pacifistas absolutos y quienes creen que deberíamos dejarnos matar impunemente porque allá afuera hay tanta gente que nos 'odia', está de acuerdo en que" el bombardeo de Afganistán fue claramente una guerra justa<sup>22</sup>. Para dar apenas otro ejemplo, el columnista Bill Keller de *The New York Times*, ahora su director ejecutivo, comentaba que cuando "Estados Unidos envió tropas para apoyar la causa del 'cambio de régimen'" en Afganistán, la oposición se limitó principalmente a quienes se oponen por reflejo al empleo de la fuerza de Estados Unidos": ya sean los partidarios tibios, o los "aislacionistas, la izquierda dogmática y los atolondrados que Christopher Hitchens describía como esas personas que cuando descubren una víbora en la cama de su hijo, lo primero que hacen es llamar a la Sociedad Protectora de Animales"<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Jean Bethke Elshtain, en *Boston Globe*, 6 de octubre de 2002; véase también su ensayo en Booth y Dunne (eds), *Worlds in Collision*. Gran parte del mundo estará interesado en saber que Estados Unidos nunca se ha dedicado a "soltar terroristas" ni amenazar de otras maneras o hacer daño a civiles.

<sup>23</sup> Bill Keller, en *New York Times*, 24 de agosto de 2002.

Estas afirmaciones son empíricas, así que podemos preguntarnos si son ciertas, a pesar de su aceptación casi universal. Pasemos por alto el hecho de que el "cambio de régimen" no fue la "causa" por la que se hizo la guerra en Afganistán, sino más bien una ocurrencia tardía después de empezado el partido. ¿Hubo enemigos del bombardeo que no fueran ni pacifistas absolutos ni absolutos dementes?

Resulta que sí, y conformaban una interesante amalgama. En primer lugar, tal parece que incluían a la inmensa mayoría de los habitantes del planeta cuando se anunció el bombardeo. Así nos lo hace ver una encuesta de Gallup Internacional de finales de septiembre de 2001. La pregunta principal era: "Cuando se conozca la identidad de los terroristas, ¿el gobierno estadounidense debería lanzar un ataque militar contra el país o países donde tienen su base, o debería buscar extraditarlos y someterlos a un juicio?". Sólo los extremistas ideológicos de ambos bandos saben si estas medidas diplomáticas habrían tenido éxito; los tanteos sobre posibles deportaciones que hicieron los talibanes fueron rechazados al instante por Washington, que también se negó a presentar pruebas de sus acusaciones.

La opinión mundial se inclinó fuertemente a favor de las medidas diplomático-jurídicas por encima de la acción militar. En Europa, el apoyo a esta última fue del 8 por ciento en Grecia al 29 por ciento en Francia. Donde menos respaldo hubo fue en Latinoamérica, la región con mayor experiencia en intervención estadounidense: del 2 por ciento en México al 11 por ciento en Colombia y Venezuela. La única excepción fue Panamá, donde el 80 por ciento prefería las vías pacíficas y el 16 por ciento una agresión militar. El apoyo a ataques que involucraran blancos civiles fue mucho más bajo. Incluso en los dos países encuestados que apoyaban la intervención militar, India e Israel (por motivos parroquiales), importantes mayorías se opusieron a esos ataques. Había, pues, una oposición abrumadora contra

las políticas que Washington llevó a cabo, que no sólo incluyeron blancos civiles sino que convirtieron importantes concentraciones urbanas en "pueblos fantasma" desde el primer momento, como informó la prensa.

La encuesta Gallup no se publicó en Estados Unidos, pero sí en el resto del mundo, incluida América Latina<sup>24</sup>.

Obsérvese que hasta el muy limitado apoyo al bombardeo se basaba en una premisa capital: que se supiera quiénes eran los responsables de s-11. Pero no se sabía, como informó quedamente el Gobierno ocho meses después del bombardeo. En junio de 2002, Robert Mueller, director del FBI, rindió testimonio ante un comité del Senado e hizo algunos de los que la prensa llamó "sus más detallados comentarios públicos sobre los orígenes de los ataques" de s-11<sup>25</sup>. Mueller informó al Senado que "los investigadores creen que la idea de los atentados del 11 de septiembre contra el World Trade Center y el Pentágono vino de los líderes de Al Qaeda en Afganistán", aunque el rastreo de los planes y la financiación podía conducir a Alemania y los Emiratos Árabes Unidos. "Pensamos que los cerebros se hallaban en Afganistán, entre las altas jerarquías de Al Qaeda", dijo Mueller. Si en junio de 2002 sólo se podía conjeturar la responsabilidad indirecta de Afganistán, es evidente que no se podía *saber* ocho meses antes, cuando el presidente Bush ordenó el bombardeo del país.

Así pues, según el FBI el bombardeo fue un crimen de guerra, un acto de agresión fundado en una simple conjetura. También se si-

<sup>24</sup> Un examen de los medios realizado por Jeff Nygaard halló una referencia a la encuesta de Gallup: una nota breve en el *Omaha World-Herald* que "tergiversaba completamente los resultados". *Nygaard Notes*, 16 de noviembre de 2001, reimpresso en *Counterpoise* 5, núms. 3-4, 2002. *Envío*. Managua, Nicaragua, octubre de 2001.

<sup>25</sup> Walter Pincus, en *Washington Post*, 6 de junio de 2002. El subrayado es mío.

gue de manera directa que prácticamente no hubo ningún apoyo detectable del mundo a las políticas que en realidad se ejecutaron, ya que hasta el respaldo mínimo medido en las encuestas se basaba en una premisa que Washington y Londres sabían que era falsa.

El antiguo director de Human Rights Watch África, hoy profesor de derecho de la Universidad de Emory, quizás habló en nombre de muchos otros en el mundo cuando, en su discurso de enero de 2002 ante el Consejo Internacional para la Política de los Derechos Humanos, en Ginebra, dijo: "No alcanzo a distinguir diferencia alguna, ya sea ética, política o legal entre la *yijad* de Estados Unidos contra los que considera que son sus enemigos y la *yijad* de los grupos islámicos contra los que ellos consideran que son sus enemigos"<sup>26</sup>.

Y ¿qué decir de la opinión afgana? Los datos escasean pero no faltan del todo. A fines de octubre de 2001, después de tres semanas de bombardeos intensos, se reunieron en Peshawar mil dirigentes afganos, algunos de ellos exiliados y otros venidos del propio Afganistán, pero empeñados todos en derrocar el régimen talibán. Fue una "rara exhibición de unidad entre ancianos tribales, eruditos islamistas, políticos sediciosos y ex comandantes guerrilleros", como informó la prensa. Tuvieron muchos desacuerdos, pero en forma unánime "instaron a Estados Unidos a detener los ataques aéreos" y pidieron a los medios internacionales que hicieran un llamado para poner fin al "bombardeo a gente inocente". Recomendaron encarecidamente el empleo de otros medios para derrocar a los odiados talibanes, objetivo que esperaban que se pudiera cumplir sin causar más muerte y desolación.

Un mensaje parecido envió el dirigente de la oposición afgana Abdul Haq, muy estimado en Washington y por el presidente afgano Hamid Karzai. Justo antes de ingresar allí sin el apoyo de Estados

<sup>26</sup> Abdullah Ahmed An-Na'im, en Booth y Dunne (eds.), *Worlds in Collision*.

Unidos, para ser luego capturado y asesinado, Haq condenó el bombardeo que se llevaba a cabo y criticó a ese país por negarse a respaldar sus esfuerzos y los de otras personas "por instigar una sublevación entre los talibanes". El bombardeo fue un "gran revés contra esos esfuerzos", dijo, ya que Estados Unidos "busca mostrar su poderío, anotarse una victoria y atemorizar a todo el mundo. A ellos no les importa el sufrimiento de los afganos ni cuántas personas vamos a perder". La destacada asociación de mujeres afganas RAWA, que recibió un reconocimiento tardío cuando se volvió ideológicamente útil para expresar preocupación por la suerte de las mujeres en Afganistán, también condenó amargamente el bombardeo<sup>27</sup>.

Entre otros antagonistas del bombardeo estaban los grandes organismos de socorro y ayuda, hondamente preocupados por las posibles consecuencias para la población, pues coincidían con los expertos académicos en que suponía un "riesgo grave" de hambruna para millones de personas<sup>28</sup>.

En fin, el grupo marginal de los lunáticos no era nada despreciable.

Ahora volvamos al principio más elemental de la teoría de la guerra justa: la universalidad. Quienes no pueden aceptar ese principio deberían guardar silencio sobre las cuestiones del bien y el mal o de la guerra justa.

<sup>27</sup> Abdul Haq, entrevistado por Anatol Lieven, en *Guardian*, 2 de noviembre de 2001. Reunión de Peshawar, informes de Barry Bearak en *New York Times*, 25 de octubre de 2001; John Thornhill y Farhan Bokhari, en *Financial Times*, 25 y 26 de octubre de 2001; John Burns, en *New York Times*, 26 de octubre de 2001; Indira Lakshmanan, en *Boston Globe*, 25 y 26 de octubre de 2001. RAWA, sitios web. La información relevante se obtuvo a través de revistas independientes ("alternativas"), tanto impresas como electrónicas, entre ellas ZNet ([www.zmag.org](http://www.zmag.org)). Para citas adicionales, véase mi *The World After September 11*, reimpresso en *Pirates and Emperors, Old and New*, cap. 6.

<sup>28</sup> Véase págs. 186-188.

Ahora, si nos ponemos a esa altura, surgen ciertas preguntas. Por ejemplo, ¿han adquirido Cuba y Nicaragua el derecho a detonar bombas en Washington, Nueva York y Miami para defenderse de un ataque terrorista en curso? ¿Más aún cuando los victimarios son bien conocidos y actúan con total impunidad, a veces en flagrante desacato de las más altas autoridades internacionales, de tal manera que los casos son bastante más evidentes que el de Afganistán? Si no, ¿por qué? Obviamente, no se puede apelar al tamaño de los crímenes para decir que no. Basta un leve vistazo al pasado real para que esa jugada quede excluida.

Si estas preguntas no reciben respuesta, los pronunciamientos sobre la guerra justa no se pueden tomar en serio. Yo aún no he visto el primer caso en que las preguntas se hayan formulado siquiera. Eso conduce a ciertas conclusiones que tal vez no sean muy atractivas pero que podrían despertar algún interés e introspección... y una seria inquietud sobre las implicaciones a largo plazo de esta aparente incapacidad de aceptar el principio de universalidad que subyace a estas deficiencias.

Si bien las preguntas clave quedan sin respuesta o de hecho ni siquiera se formulan, de vez en cuando sí surgen temas relacionados con ellas, y en forma tal que nos brinda cierta percepción útil de la cultura moral e intelectual reinante. El corresponsal de *The New York Times* en Latinoamérica nos informa que allí los intelectuales "otorgan automáticamente (...) a los líderes antinorteamericanos inmunidad moral respecto de las normas éticas que aplican a otros líderes". Aduce como prueba una declaración de un grupo de intelectuales latinoamericanos en contra de una invasión a Cuba después de lo de Iraq. Cree que tal vez se precisa una "explicación psicológica" para dar cuenta de su incapacidad para adoptar "normas éticas universales"<sup>29</sup>. Pero no se precisa ninguna explicación psicológica cuan-

29 Larry Rohter. en *New York Times*, 18 de mayo de 2003.

do él y sus colegas "otorgan automáticamente" a sus líderes "inmunidad respecto de las normas éticas" que aplican a otros: en concreto, las normas éticas que exigirían el castigo severo de todo aquel que se atreva a librar guerras terroristas como las que sus líderes han llevado a cabo contra Cuba y Nicaragua.

Veamos cómo sale librado el argumento de Elshtain en el caso Afganistán y dentro del marco ético que la autora adopta. Ella formula cuatro criterios para la guerra justa. Primero, la fuerza se justifica si "protege a los inocentes de un daño seguro". El único ejemplo que da es cuando un país "sabe a ciencia cierta que un genocidio comenzará en determinada fecha" y las víctimas no tienen cómo defenderse. En segundo lugar, la guerra "se debe declarar manifiestamente o en su defecto debe estar sancionada por una autoridad legítima". En tercer lugar, debe "comenzar con las intenciones correctas". Finalmente, "debe ser un último recurso, después de que se hayan explorado otras posibilidades para la reparación y defensa de los valores en juego".

La primera condición es inaplicable a Afganistán. La segunda y la tercera carecen de sentido: la declaración manifiesta de guerra del agresor no da el más mínimo sustento a un alegato de guerra justa; los peores criminales alegan "intenciones correctas" y nunca faltan los acólitos que apoyan sus declaraciones. La cuarta es evidente que no se aplica a Afganistán. Por consiguiente, el caso ejemplar de Elshtain se derrumba por completo bajo el peso de sus propios criterios.

Además, cumpla o no el bombardeo a Afganistán sus condiciones, estas son claramente más válidas para muchas de las víctimas del terrorismo internacional fomentado por Estados Unidos. Por lo tanto, según los propios términos de Elshtain, a estas víctimas se les debería conceder el derecho a librar una guerra justa de bombardeos y terror contra Estados Unidos, con tal que la declaren abiertamente y adjunten una manifestación de "intenciones correctas". Esta

reducción al absurdo presupone, sin embargo, que adoptemos el principio de universalidad, ausente en su estudio histórico-filosófico y recusado en forma tácita, como es costumbre hacer.

Traigamos a cuento ciertos hechos relevantes. El motivo oficial del bombardeo de Afganistán era obligar a los talibanes a entregar personas sospechosas para Estados Unidos de haber tomado parte en los crímenes de s-11. No obstante, este último se negó a suministrar pruebas. Por los días en que la reticencia a obedecer de los talibanes era la noticia del momento (despertando grandes iras), Haití *renovaba* su solicitud de extradición de Emmanuel Constant, jefe de las fuerzas paramilitares responsables en primer grado del asesinato brutal de miles de haitianos a principios de los años noventa, cuando la junta militar recibía el apoyo, no tan tácito, de las primera administración de Bush y luego la de Clinton. Parece ser que la petición no fue digna siquiera de respuesta, ni de ser más que una noticia escueta. Constant había sido sentenciado a distancia en Haití; muchos dan por sentado que a Estados Unidos le preocupa que su testimonio revele contactos suyos con terroristas de Estado<sup>30</sup>. Por lo tanto, ¿le da esto a Haití el derecho de activar bombas en Washington o de intentar secuestrar o asesinar a Constant en Nueva York, donde vive, matando transeúntes al aprobado estilo de Israel? Si no, ¿por qué? ¿Por qué en este caso ni siquiera se formula la pregunta, o en los de otros sanguinarios terroristas de Estado que disfrutaban de un asilo seguro en Estados Unidos? Y si se piensa que la cuestión es tan absurda que no vale la pena plantearla (aunque sí, por cuestión de ética elemental), ¿dónde queda el consenso sobre el empleo de la violencia por parte de nuestros propios líderes?

Hablando de s-11, hay quienes sostienen que el mal del terrorismo es "absoluto" y merece por respuesta una "doctrina absoluta recíproca": un feroz ataque militar, según la doctrina de Bush de que

<sup>30</sup> Daniel Grann, en *Atlantic Monthly*, junio de 2001.

*"Si usted esconde terroristas, es un terrorista; si ayuda y encubre terroristas, es un terrorista y será tratado como tal".*

Costaría encontrar a alguien que acepte la doctrina de que los bombardeos intensivos son una respuesta legítima a los crímenes del terrorismo. Nadie en su sano juicio convendría en que el bombardeo a Washington sería legítimo de acuerdo con una "doctrina absoluta recíproca" de las atrocidades terroristas, ni una respuesta justificada y correctamente "calibrada". Si hay razón para sostener que esta observación es incorrecta, todavía nadie la ha expresado, ni aun considerado, hasta donde he podido averiguar.

Tomemos por ejemplo algunos de los argumentos legales presentados para justificar el bombardeo a Afganistán por Estados Unidos y Gran Bretaña. Apelando al fallo de la Corte Mundial en el caso de Nicaragua, Christopher Greenwood alega que Estados Unidos tiene derecho a la "legítima defensa" contra "quienes han causado o amenazado con causar muerte y destrucción". El párrafo que cita se aplica con mucha más claridad a la guerra de este país contra Nicaragua que contra los talibanes o Al Qaeda; así que si se esgrime para justificar el bombardeo intensivo y los ataques por tierra de Estados Unidos en Afganistán, entonces Nicaragua debería haber tenido derecho a realizar ataques mucho más duros contra aquél. Otro ilustre profesor de derecho internacional, Thomas Franck, apoya la guerra de *US-UK* con el argumento de que "un Estado debe asumir las consecuencias de permitir que su territorio se utilice para hacer daño a otro Estado". El principio se aplica sin duda a Estados Unidos en los casos de Nicaragua, Cuba y muchos otros ejemplos<sup>32</sup>

<sup>31</sup> Talbott y Chanda (eds), *Age of Terror*, págs. xv y sigs. El subrayado es suyo.

Ellos añaden que el problema y la solución son "más complicados" pero parecen aceptar la conclusión y consideran apropiado y correctamente "calibrado" el bombardeo angloamericano.

<sup>32</sup> Christopher Greenwood, en *International Affairs* 78, núm. 2, abril de 2002.

Sobra decir que en ninguno de esos casos la apelación al derecho de la "legítima defensa" contra actos repetidos de "muerte y destrucción" sería en absoluto tolerable. Hablo de *actos*, no meras amenazas.

Lo mismo es válido para otros planteamientos más matizados sobre la respuesta correcta a las atrocidades terroristas. El historiador militar Michael Howard propone "una operación policial con el auspicio de Naciones Unidas (...) contra una conjura criminal cuyos miembros deben ser perseguidos y llevados ante un tribunal internacional, donde reciban un juicio justo y, de ser encontrados culpables, una sentencia apropiada". Suena bastante razonable, aunque no cabe pensar que ese tipo de medidas se pudieran aplicar a Estados Unidos o Gran Bretaña<sup>33</sup>.

Dos catedráticos de Oxford proponen un principio de "proporcionalidad": "La magnitud de la respuesta estaría determinada por la magnitud de la interferencia de la agresión sobre valores clave de la sociedad atacada"; para el caso de s-11, "la libertad de buscar el mejoramiento personal en una sociedad pluralista a través de una economía de mercado". Ese valor fue atacado con sevicia el 11 de septiembre por "agresores (...) con una ortodoxia moral distinta de la de Occidente". Como "Afganistán constituye un Estado que se puso del lado del agresor" y desoyó las exigencias estadounidenses de entregar a los sospechosos, "Estados Unidos y sus aliados, según el principio de la magnitud de la interferencia, podrían en justicia y moralmente recurrir a la fuerza contra el gobierno talibán"<sup>34</sup>.

Si la ortodoxia moral de Occidente da cabida al principio de proporcionalidad, se desprende que Cuba y Nicaragua (y muchos otros,

Thomas Franck, en *American Journal of International Law* 95, núm. 4, octubre de 2001

<sup>33</sup> Michael Howard, en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2002.

<sup>34</sup> Frank Schuller y Thomas Grant, en *Current History*, abril de 2002.

de hecho) pueden "en justicia y moralmente recurrir" a mucha mayor fuerza contra el gobierno estadounidense. No cabe duda de que los atentados terroristas y muchas otras acciones ilegales de Estados Unidos contra Cuba y Nicaragua interfirieron en "los valores clave de la sociedad atacada" de modo mucho más dramático que en el caso de s- 11, y de que eso era lo que se buscaba. Más aún: como Gran Bretaña "se puso del lado del agresor", Oxford también debería ser objeto de un ataque, por lo menos por parte de Nicaragua.

Podemos preguntarnos por qué estas conclusiones ni siquiera se pueden considerar (con toda propiedad, desde luego) y lo que eso dice de la cultura intelectual de las élites.

Las deducciones sobre el principio de proporcionalidad trascienden estos casos e incluyen aventurillas (para los estándares de *US-UK*) como el ataque con misiles de Clinton contra la planta farmacéutica de Al Shifa en Sudán en 1998, que condujo a "decenas de miles" de muertes, según los únicos estimativos confiables con que contamos, los cuales coinciden con la evaluación inmediata de Human Rights Watch y con informes posteriores de observadores especializados<sup>55</sup>. Cualquier delito mucho más pequeño desataría un furor si el objetivo fuera Estados Unidos, Israel o alguna otra víctima respetable, y una retaliación cuya proporción es difícil imaginar y que

<sup>55</sup> Wemer Daum, embajador de Alemania en Sudán, en *Harvard International Review*, verano de 2001. Es el mismo cálculo que hace Jonathan Belke, director regional de la Near East Foundation con experiencia de campo en el Sudán, en *Boston Globe*, 22 de agosto de 1999. Kenneth Roth, director ejecutivo de Human Rights Watch (HRW), advirtió en el acto que el bombardeo perturbaba la asistencia a más de 2.4 millones de personas en riesgo de inanición y había obligado a postergar indefinidamente "cruciales" esfuerzos de socorro en sitios donde morían diariamente decenas de personas, carta al presidente Clinton, 15 de septiembre de 1998, publicada en la página web de HRW. Sobre este y otros cálculos y material relacionado con ellos, véase mi 9-11, *Seven Stories*, 2001, págs. 45 y sigs.

por añadidura sería aplaudida como un dechado de guerra justa. El principio de proporcionalidad supone que Sudán tenía todo el derecho a emplear el terrorismo en gran escala como retaliación, con mayor razón si adoptamos la opinión más radical de que el ataque con misiles de Clinton tuvo "consecuencias atroces para la economía y la sociedad de Sudán"<sup>30</sup>, de tal manera que el crimen fue mucho mayor que los de 9-11, ciertamente atroces pero que no acarrearán tamañas consecuencias.

La mayoría de los escasos comentarios sobre el bombardeo a Sudán se ciñe a la cuestión de si la planta producía armas químicas. Cierto o falso, eso no tiene ninguna relación con el crimen; concretamente, con "la magnitud de la interferencia de la agresión sobre valores clave de la sociedad atacada". Muchos hacen hincapié en que las muertes resultantes no fueron intencionales, de modo que quienes las causaron y quienes hacen caso omiso de las consecuencias del ataque no son culpables. Este argumento vuelve a ilustrar, vividamente, el rechazo común del principio de universalidad. Ni por un momento aceptaríamos semejante posición en los demás: muchas de las atrocidades que denunciamos (con justicia) no son intencionales, aunque eso se considera irrelevante... cuando el perpetrador es el otro. Pero de esto se desprende, inmediata e inequívocamente, otra conclusión: la excusa de que los actos no fueron criminales sólo se puede sustentar bajo el supuesto de que la suerte de las víctimas no era de la incumbencia de los victimarios. No podemos dudar seriamente de que los planificadores norteamericanos comprendieran las probables consecuencias humanas: la **CIA** sabía tan bien como Human Rights Watch y muchos otros que estaban destruyendo la principal fuente de medicinas farmacéuticas y veterinarias del país y cuáles serían sus probables efectos. E idénticas conclusiones habría sacado en el momento, y ciertamente ahora, todo el que crea que

<sup>30</sup> Christopher Hitchens, en *Nation*, 10 de junio de 2002.

los efectos de nuestra violencia sobre los africanos pobres debería ser motivo de inquietud. Así pues, esos actos sólo resultan excusables a la luz de la doctrina hegeliana de que los africanos son "simples cosas" cuyas vidas no tienen "valor alguno". Al observar las actitudes y prácticas imperantes, quienes están por fuera de las categorías del privilegio occidental pueden sacar sus propias conclusiones sobre la "ortodoxia moral de Occidente".

#### HACIENDO FRENTE AL TERRORISMO

Restrinjamos ahora el término 'terrorismo' (de manera incorrecta pero según la convención casi universal) a la subcategoría que pasa por los filtros doctrinarios.

Las guerras que ahora se contemplan como parte de la redeclarada "guerra contra el terror" se van a prolongar durante mucho tiempo. "No sabemos cuántas guerras se necesitarán para asegurar la libertad en la patria", anunció el presidente". Eso está bien claro. Las amenazas potenciales son prácticamente ilimitadas, en todas partes e incluso en el país, como los atentados con ántrax y las fallidas investigaciones respectivas lo demuestran.

De la "guerra contra el terror", tal como se concibe, no sólo puede decirse que se va a prolongar por mucho tiempo; también es cierto que no se convirtió repentinamente en un asunto crucial después de 9-11. Los ataques terroristas de ese día no fueron del todo inesperados, razón de más para cuestionar la muy esparcida creencia de que 9-11 marcó un brusco viraje en el rumbo de la historia. Hasta los lectores de titulares de prensa, y con seguridad los estrategas del Gobierno, desde hacía años sabían muy bien que podían ocurrir barbaridades del estilo de 9-11. Después de todo, en 1993 estuvo a punto

37 George W. Bush, citado por Anthony Shadid en *Boston Globe*,  
6 de agosto de 2002.

de ocurrir una. Organizaciones presuntamente relacionadas con las responsables de s-11 estuvieron peligrosamente cerca de hacer volar el World Trade Center y quizás de matar a decenas de miles de personas. También se supo, esa misma vez, que abrigaban planes aun más ambiciosos que abortaron justo a tiempo. Ni aun con la horrosa consumación de esos planes en s-11 variaron mucho los cálculos de riesgo.

Las posibilidades de grandes atentados terroristas fueron discutidas públicamente desde bastante antes de s-11. Y poca duda podía haber sobre la naturaleza de las organizaciones terroristas islamistas radicales desde 1981 (por lo menos), cuando elementos que en años posteriores hicieron parte del núcleo de Al Qaeda asesinaron al presidente Sadat de Egipto; o unos años después, cuando grupos que podrían tener vínculos indirectos con esa organización expulsaron a las fuerzas estadounidenses de Beirut, matando centenares de soldados y numerosos civiles en atentados separados. Más aún, existía una pasable comprensión del pensamiento de los implicados en esas y otras acciones, por lo menos en las agencias de inteligencia de Estados Unidos que habían ayudado a reclutarlos, entrenarlos y armarlos desde 1980 y que siguieron trabajando con ellos incluso cuando estaban atacando a este país. La investigación que llevó a cabo el gobierno holandés sobre la masacre de Srebrenica reveló que mientras los islamistas radicales intentaban volar el World Trade Center, Estados Unidos transportaba por aire de Afganistán a Bosnia a otros integrantes de las redes creadas por la **CIA**, junto con combatientes de Hizbolá y una copiosa provisión de armamento. Los traían para que ayudaran al bando de Estados Unidos en las guerras de los Balcanes, en tanto que Israel (junto con Ucrania y Rusia) armaba a los serbios (posiblemente con armas suministradas por Estados Unidos)<sup>38</sup>.

<sup>38</sup> Richard Aldrich, en Guardian, 22 de abril de 2002.

Los horrores de 9-11 son el tremendo recordatorio de lo que hace tiempo se sabe: los ricos y poderosos ya no tienen asegurado el virtual monopolio de la violencia que ha sido suyo durante gran parte de la historia: y con la tecnología moderna las perspectivas son realmente espantosas. Aunque en todas partes se teme con razón al terrorismo, que ciertamente es un intolerable "regreso a la barbarie", no es sorprendente que las percepciones sobre su naturaleza difieran pronunciadamente de uno y otro lado de los cañones; hecho este que ignoran bajo su responsabilidad aquellos a quienes la historia tiene acostumbrados a la inmunidad mientras perpetran sus terribles crímenes, para no hablar de la cobardía moral que tan patéticamente dejan ver.

En los acontecimientos mundiales hay amplias tendencias que, se vaticina, van a intensificar la amenaza de esta categoría del terror. El Consejo Nacional de Inteligencia (CNI) de Estados Unidos examina algunas de ellas en sus pronósticos para los próximos años<sup>39</sup>. El CNI espera que la versión oficial de la globalización continúe en curso: "Su evolución será agitada, marcada por la volatilidad financiera crónica y una brecha económica cada vez más ancha". La volatilidad financiera muy probablemente quiere decir un crecimiento más lento, que ahondará la incidencia de la globalización neoliberal (para quienes observan las reglas) y perjudicará más que todo a los pobres. El CNI predice, además, que a medida que se adelante esta forma de globalización, "y se profundicen el estancamiento económico, la inestabilidad política y la alienación cultural, [se fomentarán] los extremismos étnicos, ideológicos y religiosos, junto con la violencia que suele acompañarlos", gran parte de ella dirigida contra Estados Unidos. Como observa Kenneth Waltz, no es sorprendente que los pobres y los descontentos "la emprendan contra Estados

39 Consejo de Inteligencia Nacional. *Global Trends* 2015.

Unidos como símbolo de sus sufrimientos"<sup>40</sup>. Los estrategas militares hacen las mismas suposiciones, asunto este al que ya volveremos.

Los interesados en reducir las amenazas del terrorismo prestarán cuidadosa atención a este tipo de factores y también a las acciones específicas y políticas de largo plazo que los exacerbaban. También sabrán distinguir minuciosamente entre las redes terroristas en cuanto tales y la comunidad en general que sirve de provisión de reserva de la cual pueden abastecerse de cuando en cuando las células terroristas radicales. Esta comunidad incluye tanto a los pobres y oprimidos, que no les importan a los grupos terroristas y que sufren por sus crímenes, como también elementos ricos y laicos que están resentidos con las políticas estadounidenses y expresan en voz queda su apoyo a Ben Laden (a quien temen y aborrecen) como "conciencia del Islam" que es, pues por lo menos él reacciona a esas políticas, así sea de maneras horripilantes y desastrosas<sup>41</sup>.

La distinción es elemental. Quienes desean mitigar las amenazas terroristas comprenden que "a menos que se resuelvan las condiciones sociales, políticas y económicas que engendraron a Al Qaeda y otros grupos cómplices, Estados Unidos y sus aliados de Europa Occidental y otras partes seguirán siendo blancos de los terroristas islamistas". Por consiguiente, el país "debería, por su propia protección, redoblar los esfuerzos por reducir la patología del odio antes de que se transforme en un peligro aún mayor", buscando "paliar (...) las condiciones que producen la violencia y el terrorismo". La "clave para debilitar estratégicamente a Al Qaeda consiste en corroer su incipiente base de apoyo, en robarse del nido a sus partidarios y posibles partidarios" El estratega de Washington Paul Wolfowitz

<sup>40</sup> Kenneth Waltz, en Booth y Dunne (ed.), *Worlds in Collision*.

Véase arriba, pág. 179.

<sup>41</sup> Un abogado de multinacionales, citado por Neil MacFarquhar, en *New York Times*, 5 de octubre de 2001.

agrega que es importantísimo eliminar políticas que han sido "una inmensa herramienta de reclutamiento para Al Qaeda"<sup>42</sup>.

Nada puede aplacar a "quienes creen que un 'choque de civilizaciones' con Occidente reinstaurará al Islam como potencia mundial", escribían los editorialistas de *The Financial Times*. Pero para "derrotarlos (...) con éxito hay que separarlos de sus simpatizantes, que son cada vez más". Y agregan: "Dicho de otra manera, aunque sólo la fuerza puede destruir a Al Qaeda, únicamente con políticas que los árabes y musulmanes consideren justas se puede erosionar su creciente base de apoyo". Ni siquiera el exterminio de Al Qaeda lograría mayor cosa si "las condiciones subyacentes que facilitaron la aparición y la popularidad del grupo - la opresión política y la marginación económica- perduran". De lo contrario, el continuado apoyo de Washington a "gobiernos sórdidos" sólo puede "reforzar las acusaciones de Al Qaeda en el sentido de que Estados Unidos apoya la opresión de los musulmanes y apuntala los gobiernos despóticos"<sup>43</sup>. Por no decir nada de las políticas específicas hacia los palestinos, Iraq y otros, que han convertido "a una generación de árabes seducidos por Estados Unidos y persuadidos por sus principios [en unos] de los más clamorosos críticos de la visión estadounidense del mundo, [incluyendo] acaudalados hombres de negocios con vínculos con Occidente, intelectuales educados en Estados Unidos y activistas liberales"<sup>44</sup>.

42 Sumit Ganguly, en *Current History*, diciembre de 2001. Philip Wilcox, enviado especial de Estados Unidos contra el terrorismo, 1994-97, en *New York Review of Books*, 10 de octubre de 2001. Rohan Gunaratna, citado por Thomas Powers, en *New York Review of Books*, 10 de octubre de 2001. Wolfowitz, citado en *Vanity Fair*, mayo de 2003; se refiere específicamente a la presencia de Estados Unidos en Arabia Saudita.

43 Editorial, *Financial Times*, 14 de mayo de 2003. P W. Singer, en *Current History*, noviembre de 2002; Daniel Byman, en *Financial Times*, 27 de mayo de 2003.

44 Anthony Shadid, en *Washington Post*, 26 de febrero de 2003.

Es posible debilitar seriamente las redes terroristas. Eso ocurrió con Al Qaeda después de s-11, gracias al tipo de trabajo policial recomendado por Michael Howard, notablemente en Alemania, Pakistán e Indonesia. Pero hay que acercarse a su "base de apoyo" con tácticas radicalmente diferentes: prestando atención a sus agravios y, si son legítimos, solucionándolos con entereza, como se debería hacer independientemente de la amenaza. "Los problemas sociales o políticos delicados no se pueden eliminar a fuerza de bombas y misiles", señalan dos expertos en ciencias políticas, pues "al dejar caer bombas y lanzar misiles lo único que Estados Unidos hace es esparcir esos problemas infecciosos. La violencia es comparable a un virus: mientras más lo bombardeas, más se esparce"<sup>45</sup>.

Los editorialistas de The *Financial Times* tenían razón en decir que el horror terrorista de Yida, que fue el motivo de su comentario, "no fue inesperado". Y, de modo más general, que "hacía tiempo era evidente" que "la red creada por Osama ben Laden se aprovecharía del trastorno de la guerra de Iraq para volver a sus ataques contra objetivos occidentales y atizar el apoyo a su *yijad*".

Numerosos servicios de inteligencia y analistas de los grandes medios predijeron que la invasión a Iraq podría instigar más terrorismo. Por lo tanto, "no es inesperado [que] desde que Estados Unidos invadió Iraq en marzo, la red [de Al Qaeda] haya experimentado una alza de nuevos reclutas, según funcionarios del gobierno", ni que "el fundamentalismo radical vaya en aumento en todo el mundo". Un informe de la **ONU** señaló que el reclutamiento de Al Qaeda se aceleró en treinta o cuarenta países cuando Estados Unidos "empezó a prepararse para invadir a Iraq"<sup>46</sup>. Por su parte, un informe de

45 James Bill y Rebecca Bill Chavez, en *Middle East Journal*, otoño de 2002.

46 David Johnston y Don Van Natta, en *New York Times*, 17 de mayo de 2003.

Byman, en *Financial Times*, 27 de mayo de 2003. Don Van Natta y Desmond

Butler, en *New York Times*, 16 de marzo de 2003. Scott Atran, en

*New York Times*, 5 de mayo de 2003.

inteligencia de un aliado europeo advirtió que la invasión "podría tener efectos catastróficos en cuanto a alistamiento en las filas de Al Qaeda"<sup>47</sup>. "Que el conflicto de Iraq produjo un aumento de los reclutamientos en grupos radicales es ahora tan claro, que hasta los funcionarios estadounidenses lo admiten", escribe un observador versado en Al Qaeda y terrorismo, y agrega: "Este es un inmenso revés en la guerra contra el terror". En efecto, la guerra ha creado un nuevo "refugio terrorista": el propio Iraq<sup>48</sup>.

En cuanto a las redes terroristas en sí, los estudiosos prácticamente coinciden en creerles lo que dicen, lo cual ha concordado con lo que hacen desde la época en que la CIA y sus pares las organizaban. Su objetivo, según ellas, es expulsar a los infieles de las tierras musulmanas, derrocar los gobiernos corruptos y brutales impuestos y sostenidos por los infieles e instituir una versión extremista del Islam. Aborrecen con pasión a los rusos, pero suspendieron sus atentados terroristas contra Rusia desde Afganistán después de la retirada rusa (aunque los siguen haciendo desde Chechenia). Y como anunció Ben Laden en 1998, "el llamamiento a librar la guerra contra Estados Unidos se hizo [cuando esta envió] decenas de miles de soldados a la tierra de las dos Mezquitas Sagradas, además de (...) su respaldo al régimen opresor, corrupto y tiránico que está en el poder. Esas son las razones de la elección de Estados Unidos como objetivo"<sup>49</sup>. Pero estos objetivos pueden volverse aún más ambiciosos y la base de reclutamiento más amplia si los devotos de un "choque de civilizaciones" optan por "erradicar a fuerza de misiles" los pro-

47 Faye Bowers, en *Christian Science Monitor*, 5 de mayo de 2003.

48 Jason Burke, en *Sunday Observer*, 18 de mayo de 2003. Jessica Stern, en *New York Times*, editorial, 20 de agosto de 2003.

49 Para más citas y antecedentes, véase Gilbert Achcar. *The Clash of Barbarisms*, *Monthly Review*. 2002. págs. 58 y sigs. Los estrategas de Washington también suponen que esos son sus objetivos. Ver nota 42.

blemas sociales y políticos más delicados en vez de resolverlos, recortando con ello poderes y privilegios.

Los bombazos en Yida tras la guerra de Iraq se ajustan al modo de operar de casos anteriores. El blanco fue el campamento civil de la Vinnell Corporation, subsidiaria de Northrop Grumman, que facilita oficiales militares en retiro para "adiestrar a las fuerzas armadas de élite que protegen a la familia real", no propiamente de una invasión extranjera. Un campo de entrenamiento de Vinnell ya había sido volado en 1995. Estos atentados, observa un analista de riesgos británico, "recalcan que se persiguen elementos de la presencia militar en Arabia Saudita": los contratistas militares "que desempeñan un papel de apoyo muy importante"<sup>50</sup>.

Michael Ignatieff, que aboga por un cometido imperial de Estados Unidos en el Medio Oriente, hace eco a un amplio consenso cuando escribe que el "mayor reto" para Estados Unidos y "el principal peligro de toda la apuesta de Iraq" es "imponer la paz a palestinos y judíos". Esa paz impuesta "como mínimo tiene que dar a los palestinos un Estado viable y continuo" y reconstruir su "derruida infraestructura". Dejar a los palestinos "enfrentados a los tanques y helicópteros artillados de Israel es poco menos que garantía de una inagotable ira islámica contra Estados Unidos"<sup>51</sup>.

Ignatieff escribe que "los estadounidenses han hecho de garante imperial" desde los años cuarenta, pero no precisa qué es lo que han "garantizado" desde que vistieron el manto. También pasa por alto el hecho de que los helicópteros artillados de Israel son helicópteros estadounidenses con pilotos israelíes y que los tanques no podrían andar sin la generosidad norteamericana. Tampoco explica por qué habría de esperarse que Estados Unidos dé un viraje tan drástico en su política de rechazo unilateral, que data de hace más de treinta

<sup>50</sup> Michael Kranish, en *Boston Globe*, 15 de mayo de 2003. Joseph Treaster, en *New York Times*, 14 de mayo de 2003.

<sup>51</sup> Michael Ignatieff, en *New York Times Magazine*, 5 de enero de 2003.

años. Dejando de lado esta y otras cuestiones nada insignificantes, su apreciación es bastante plausible.

A quienes se interesan en mitigar, más bien que "realzar el terror" (para tomar prestadas otra vez las palabras del presidente), les convendría oír el consejo de los más expertos en combatirlo. Nadie con más experiencia que el Servicio de Seguridad General de Israel (Shabak), encargado del "contraterrorismo" en los territorios ocupados. Ami Ayalon, jefe del Shabak entre 1996 y 2000, observó que "quienes quieren triunfar" contra el terrorismo sin resolver las reclamaciones "quieren una guerra sin fin", muy por el estilo de la que proclamara el presidente Bush. Uri Sagie, exjefe de inteligencia militar de Israel (1991-1995), llega a conclusiones parecidas. Como se puede ver por la invasión del Líbano y otras acciones militares, escribe él, Israel no llegará a ninguna parte con el lema de "Les vamos a enseñar qué les conviene [con nuestra fuerza superior]. Debemos ver las cosas desde el punto de vista de la otra parte (...). Quienes esperan sobrevivir conjuntamente con los árabes deben abrigar un mínimo de respeto por la sociedad árabe". La alternativa es la guerra sin fin<sup>52</sup>.

Ayalon y Sagie hablan de Israel y Palestina, donde la "solución al problema del terrorismo estriba en ofrecer una solución honrosa a los palestinos respecto de su derecho a la autodeterminación". Yehoshaphat Harkabi, exjefe de inteligencia militar de Israel y connotado arabista, opinó esto hace veinte años, cuando Israel aún conservaba una considerable inmunidad contra retaliaciones desde los territorios ocupados<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> Ami Ayalon, entrevista en *Le Monde*, 22 de diciembre de 2001. reimpressa en el libro de Roane Carey y Jonathan Shanin, *The Other Israel*, New Press, 2002.

Uri Sagie, *Lucas entre la niebla*, en hebreo, Yedioth Ahronoth-Chemed, 1998, págs. 300 y sigs.

<sup>53</sup> Yehoshaphat Harkabi, citado por Amnon Kapeliouk. en *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1986.

Ya sabemos cuánto generalizan estas observaciones: Irlanda del Norte, por mencionar un caso, dista mucho de ser un paraíso pero ha mejorado considerablemente desde los días en que Gran Bretaña desdeñaba los reclamos legítimos y optaba por la fuerza.

Las políticas específicas que inflamaron la "base de apoyo" potencial del terrorismo islámico fueron las del caso Israel-Palestina y las sanciones homicidas de **US-UK** contra el régimen de Iraq. Pero mucho antes de eso ya existían problemas más fundamentales. Otra vez, poco sentido tiene no prestarles atención, al menos de parte de quienes abrigan la esperanza de reducir la probabilidad de nuevos atentados terroristas o de dar respuesta a la lastimera pregunta de George W. Bush, "¿Por qué nos odian?".

La pregunta está mal formulada. Ellos no nos odian a *nosotros* sino a las políticas del gobierno, lo cual es muy distinto. Si la pregunta se plantea correctamente, las respuestas no son difíciles de encontrar. En el año crítico de 1958 el presidente Eisenhower y sus subordinados discutían lo que él llamaba "la campaña de odio contra nosotros" en el mundo árabe, "no de los gobiernos sino de los pueblos" La razón básica, en opinión del Consejo Nacional de Seguridad, era la percepción de que Estados Unidos daba apoyo a gobiernos corruptos y brutales y se oponía "al progreso económico y político" con el fin de "proteger sus intereses petroleros en el Cercano Oriente"<sup>54</sup>.

*The Wall Street Journal* y otros diarios encontraron algo muy parecido cuando, a raíz de 9-11, investigaron las actitudes de "musulmanes ricos" occidentalizados: banqueros, profesionales, gerentes de multinacionales, y demás. Ellos respaldan firmemente las políticas generales de Estados Unidos pero aborrecen su apoyo a regíme-

<sup>54</sup> Para las fuentes y un examen de los antecedentes, véase mi *World Orders, Old and New*, págs. 79, 201 y sigs. También, ahora, Salim Yaqub, en *Diplomatic History* 26, núm 4, otoño de 2002.

nes corruptos y represivos que frustran la democracia y el desarrollo, así como las cuestiones más específicas y recientes de Israel-Palestina y las sanciones a Iraq<sup>55</sup>.

Estas son actitudes de personas amigas de Estados Unidos y que admiran muchas cosas suyas, incluyendo sus libertades. Lo que odian son las políticas oficiales que les niegan las libertades a las que ellos también aspiran. Las actitudes en las aldeas y barriadas son tal vez parecidas, aunque más duras. A diferencia de los "musulmanes ricos", el grueso de la población nunca ha consentido que Occidente y sus colaboradores locales desangren la riqueza de la región en vez de ponerla al servicio de las necesidades nacionales.

Muchos comentaristas prefieren otro tipo de respuestas más reconfortantes: la ira en el mundo musulmán tiene raíces en el resentimiento por nuestra libertad y democracia; en sus propias falencias culturales que datan de hace siglos; en su presunta incapacidad de tomar parte en esa forma de "globalización" en la que, a decir verdad, participan de buena gana, y en otras deficiencias por el estilo. Respuestas más reconfortantes, tal vez, pero no tan sabias.

Muy poco ha cambiado en el mundo desde 9-11. El crecido apoyo de Washington a las dictaduras del Asia Central es apenas un ejemplo que despierta hondos enconos entre las fuerzas democráticas. Ahmed Rashid informa que en Pakistán también "crece la ira porque el apoyo estadounidense permite que el régimen militar [de Musharraf] postergue la promesa democrática". Un reconocido académico egipcio atribuye la hostilidad contra Estados Unidos a su apoyo a "cuanto gobierno antidemocrático aparece en el mundo árabe-islámico (...). Cuando oímos hablar a los funcionarios estadounidenses de libertad, democracia y demás valores, esas palabras

<sup>55</sup> Peter Waldman y otros, en *Wall Street Journal*, 14 de septiembre de 2001; véase también, Waldman y Hugh Pope, en *Wall Street Journal*, 21 de septiembre de 2001. Véase también mi 9-11 y, para más detalles, *Middle East Illusions*, cap. 10.

suenan obscenas". Un escritor egipcio agregó que "vivir en un país con un atroz expediente de derechos humanos y que a la vez resulta ser de interés estratégico para Estados Unidos es una reveladora lección de hipocresía ética y doble moral política". El terrorismo, dijo, es "una reacción contra la injusticia de las políticas internas de la región, infligida en gran parte por Estados Unidos". El director del programa sobre el terrorismo del Consejo de Relaciones Exteriores estuvo de acuerdo en que "el apoyo a regímenes represivos como los de Egipto y Arabia Saudita es sin lugar a dudas una de las principales causas del antinorteamericanismo en el mundo árabe", pero advirtió que "en ambos casos las opciones son todavía peores"<sup>56</sup>.

Hay una larga e ilustrativa historia de los líos que surgen de apoyar las formas democráticas y al mismo tiempo obligarlas a producir los resultados deseados, no sólo en el Medio Oriente. Y con eso no se ganan muchos amigos.

Las encuestas de opinión de principios de 2003 dejan ver que de Marruecos a los emiratos del golfo Pérsico "una inmensa mayoría (...) indicó que, de poder elegir, les gustaría que el clero islámico desempeñara papeles más importantes que los roles subordinados que actualmente les dictan la mayoría de los gobiernos árabes". Casi un 95 por ciento dijo no creer que Estados Unidos esté comprometido con un "mundo árabe o musulmán más democrático" y piensa en cambio que la guerra de Iraq se libró para asegurar "el control del petróleo árabe y el sometimiento de los palestinos a la voluntad de Israel"; y "abrumadoras mayorías" esperan que el terrorismo se recrudezca como consecuencia de la invasión. Por todo el mundo árabe y musulmán, hasta lugares tan lejanos como Indonesia, el fundamentalismo islámico va en ascenso, atrayendo no sólo a los pobres

<sup>56</sup> Ahmed Rashid, en *Far Eastern Economic Review*, 1 de agosto de 2002. Profesor El Lozy, escritor Azizuddin El-Kaissouni y Warren Bass, del C R F, citados por Joyce Koh en *Straits Times*, Singapur. 14 de agosto de 2002.

sino cada vez más a sectores educados y privilegiados, mientras que "los amigos naturales de Estados Unidos, que podrían presentar alternativas liberales" participan de esa misma "desconfianza profunda de las intenciones y las políticas estadounidenses"<sup>57</sup>. Las actitudes siguen teniendo arraigo en las mismas percepciones de hace medio siglo, por razones de peso.

"A George Bush lo aborrecen hasta quienes solían admirar a Estados Unidos", informa desde Jordania Jonathan Steele: "la ira contra Gran Bretaña y Norteamérica ha crecido" y "las promesas de Blair de acciones para solucionar el conflicto palestino-israelí no se toman en serio". Hasta los jordanos más amigos de Occidente creen que la guerra "hizo retroceder [la democracia] en todo el Medio Oriente" y puso "a los defensores de la modernización y los valores laicos (...) a la defensiva", y pocos "dudan que brotará más violencia"<sup>58</sup>.

Un connotado intelectual egipcio para quien Estados Unidos "era 'un sueño', un paradigma de valores liberales que árabes y musulmanes deberían imitar", y que "ha dedicado décadas enteras a modernizar la vida islámica y promover la comprensión entre musulmanes y no musulmanes", califica al gobierno de Bush de "intolerante, patológico, terco y simplista". Es culpable del hecho de que "para la mayoría de las personas de esta región, Estados Unidos es la fuente del mal en el planeta Tierra", dice él. "Por estos días se oyen opiniones similares de labios de acaudalados empresarios árabes, profesores universitarios, altos funcionarios públicos y analistas políticos de inclinaciones prooccidentales"<sup>59</sup>. Muy parecido a lo de antes, pero ahora con más intensidad y desesperación.

Si se presta oído a la voz del pueblo en el "Nuevo Medio Orien-

<sup>57</sup> Youseff Ibrahim, en *Washington Post Weekly*, 31 de marzo de 2003.

<sup>58</sup> Jonathan Steele, en *Guardian*, 9 de abril de 2003.

<sup>59</sup> Susan Sachs, en *New York Times*, 8 de abril de 2003.

te", podría resultar que es la voz de los islamistas radicales llamando a una yihad, o la de los nacionalistas laicos cuyas apreciaciones de la historia y de lo que hoy se hace no coinciden del todo con las de las élites angloamericanas.

Aquí sólo hemos pasado revista a la más escueta muestra de lo que descubrimos fácilmente si prestamos algo de atención a la realidad elemental y aceptamos que rijan para nosotros las normas que imponemos a los demás. Hay más que deducir si entramos seriamente en el terreno ético, trascendemos las simples verdades evidentes y reconocemos la obligación de ayudar a los que sufren en la medida de nuestras capacidades, un deber que por naturaleza resulta del privilegio. No es agradable especular sobre las posibles consecuencias de que el poder concentrado siga su rumbo actual, protegido de un examen que sería instintivo si tomáramos en serio el legado de libertad del que gozamos.

## 9 ¿Una pesadilla pasajera?

DESPUÉS DE S-11, EL PAÍS "se asomó al precipicio del futuro". La sobrecogedora amenaza del terror, aunque bastante clara desde el atentado de 1993 contra el World Trade Center, era ya muy tangible como para desdeñarla.

Para ser más precisos, el público era el que se asomaba al precipicio. Los que ocupan el centro del poder promueven de modo inexorable sus propias agendas, a sabiendas de que pueden explotar los miedos y la angustia del momento. Hasta pueden promulgar medidas que ahonden el precipicio y marchar con paso firme hacia él, si con eso se favorecen las metas del privilegio y el poder. Declaran que cuestionar los manejos de la autoridad es antipatriótico y pernicioso, pero que es patriótico instaurar políticas duras y regresivas que benefician a los ricos, quebrantan los programas que atienden las necesidades de la gran mayoría y subyugan cada vez más a una población temerosa bajo el control del Estado. "Literalmente antes de que el polvo se asentara" sobre las ruinas del World Trade Center, escribió el economista Paul Krugman, algunos republicanos influyentes indicaron que estaban "decididos a utilizar el terrorismo como excusa para impulsar una agenda de extrema derecha". Krugman y otros han documentado la ineluctable ejecución de dicha agenda. La reacción natural de concentrar el poder ante una crisis en este caso fue excepcionalmente fea.

<sup>1</sup> Titular del *New York Times*, 23 de septiembre de 2001.

<sup>2</sup> Paul Krugman, en *New York Times*, 21 de diciembre de 2001.

Otros Estados vieron la misma oportunidad. Rusia corrió a unirse a la "coalición contra el terror", con la expectativa de obtener aquiescencia para sus atrocidades en Chechenia, y no se la decepcionó. China se unió alegremente, por motivos semejantes. Israel reconoció que estaba en condiciones de aplastar a los palestinos todavía con más brutalidad, aun con mayor apoyo de Estados Unidos. Y así sucesivamente, por casi todo el mundo.

La amenaza del terrorismo internacional es ciertamente grave. Los horrendos sucesos de 9-11 quizás produjeron el saldo mortal inmediato más alto de que haya historia, por fuera de la guerra. La palabra 'inmediato' no se debe pasar por alto; sin esa condición, es un crimen común en los anales de la violencia que no llega a ser guerra, como saben muy bien las víctimas tradicionales.

La amenaza terrorista no es, con todo, el único precipicio al que nos asomamos. Un peligro mucho más grave contra el único experimento de la biología con la inteligencia superior late en las armas de destrucción masiva. En un importante documento de 1995, el Comando Estratégico de Estados Unidos (STRATCOM) calificaba a las armas nucleares como las más valiosas del arsenal, ya que "a diferencia de las armas químicas o biológicas, la destrucción extrema de una explosión nuclear es inmediata, con muy pocos o ningún paliativo que reduzcan su efecto". Además, "las armas nucleares proyectan siempre su sombra sobre cualquier crisis o conflicto", así que tienen que ser visibles, estar en riesgo. El estudio recomienda a los consejeros y estrategas que no se muestren "como completamente racionales y serenos (...) Que Estados Unidos pueda tornarse irracional y vengativo si se atacan sus intereses vitales debe ser parte del personaje nacional que proyectemos". Para nuestra postura estratégica es "benéfico" que "algunos elementos parezcan como si pudieran 'descontrolarse'". El STRATCOM de Clinton proponía una versión de la famosa "teoría del loco" de Nixon, que él y Kissinger pusieron en práctica para sembrar una alarma nuclear en octubre

de 1969, alarma que creían libre de riesgos pero que pudo haberse salido de sus manos debido a factores críticos que ellos ignoraban: otro ejemplo de las impredecibles consecuencias de la amenaza o el uso de la fuerza, que en los tiempos corrientes pueden ser verdaderamente serias.

Estados Unidos debe guardarse el derecho a ser el primero en lanzar armas nucleares, aconsejaba igualmente STRATCOM, incluso contra potencias no nucleares que hayan firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear, y debe mantener su postura de lanzamiento sobre aviso (*launch-on-warning*) de misiles nucleares estratégicos, en alerta de reacción inmediata. Todo indica que la administración Clinton adoptó estas sugerencias.

Estados Unidos es un caso excepcional, tal vez único, por el acceso que permite a los documentos estratégicos de alto nivel, un importante logro de su democracia. Este del cual hablamos y otros han estado disponibles desde hace años, pero son poco conocidos; y ya en eso no hay un triunfo democrático.

Las amenazas graves no se limitan a las armas de destrucción masiva en manos de los poderosos. Es posible introducir clandestinamente armas nucleares pequeñas en cualquier país con relativa facilidad, junto con otras variedades de A D M potencialmente muy

<sup>3</sup> STRATCOM. *Essentials of Post-Cold War Deterrence*, 1995. Para citas más extensas, véase mi *New Military Humanism*, cap. 6. Sobre directivas presidenciales posteriores, véase Center for Defense Information, *Defense Monitor* 29, núm. 3, 2000. Véase Morton Mintz, en *American Prospect*. 26 de febrero de 2001, sobre la objeción legislativa al desmonte del sistema de alarma. Sobre la alerta de 1969, que pretendía "hacer una señal" a Moscú sobre las intenciones estadounidenses en Vietnam, véase Scott Sagan y Jeremi Suri, en *International Security* 27, núm. 4, primavera de 2003. El suceso crucial que se ignoró fue un serio conflicto en la frontera entre Rusia y China, lo que pudo haber conducido a que Rusia interpretara mal la "señal", con deplorables consecuencias.

nocivas<sup>4</sup>. La amenaza más inminente, advirtió un grupo de trabajo del Departamento de Energía, estriba en que "puede haber unas 40 000 armas nucleares (...) en la antigua Unión Soviética, mal vigiladas y mal almacenadas". Uno de los primeros actos de la administración Bush fue recortar un pequeño programa de ayuda a Rusia para proteger y desmontar esas armas y ofrecer opciones de trabajo a los científicos nucleares, decisión que aumenta el riesgo de un lanzamiento accidental así como la filtración de "bombas sueltas", quizás seguidas de científicos atómicos sin otra opción de emplear sus aptitudes<sup>5</sup>.

Se espera que los programas de defensa antimisiles incrementen estos riesgos. La inteligencia estadounidense predice que un despliegue por parte del país impulsaría a China a desarrollar nuevos misiles nucleares, y multiplicar diez veces su arsenal, tal vez con cabezas nucleares múltiples (**MIRV**), "provocando las respectivas respuestas armamentistas de India y Pakistán", con probables repercusiones en el Medio Oriente. Funcionarios de inteligencia también predicen que "Rusia y China aumentarían ambas la proliferación, incluyendo seguramente la 'venta de medidas preventivas' a países como Corea del Norte, Irán, Iraq y Siria". Este y otros análisis concluyen además que la única respuesta racional de Rusia (al Sistema de Defensa Nacional Antimisiles) "sería conservar y reforzar la fuerza nuclear rusa ya existente"<sup>6</sup>.

**4 Véase cap. 5, nota 29**

**5 Scott Peterson, en *Christian Science Monitor*, 9 de mayo de 2001; Walter Pincus, en *Washington Post*, 18 de marzo de 2001. Después de 9-11 hubo un breve anuncio indicando una posible revocación de esta política; Elisabeth Bumiller, en *New York Times*, 28 de diciembre de 2001. Sobre los éxitos de la cooperación en la reducción de la amenaza por iniciativa de los senadores Sam Nunn y Richard Lugar, véase Michael Krepon, en *Boletín de los Científicos Atómicos*, enero-febrero, 2003.**

**6 Steven Lee Myers, en *New York Times*, 10 de agosto de 2000; Bob Drogin y**

El gobierno de Bush anunció que "no objeta los planes [de China] de incrementar su flotilla de misiles nucleares"; así cambió de política con la esperanza de obtener el beneplácito chino a su proyectado desmantelamiento de los acuerdos centrales de control de armamentos. Por motivos similares los negociadores de Clinton alentaron a los rusos a montar una estrategia de lanzamiento sobre aviso, sugerencia que los expertos nucleares juzgaron "bastante extraña", pues sabemos que los sistemas de alarma rusos están "llenos de huecos" y son propensos a dar alertas falsas, lo que aumenta el riesgo de "lanzamientos rusos no autorizados, accidentales y erróneos". Hubo noticia de que la reanudación de pruebas nucleares por parte de China también recibió un discreto visto bueno por parte de Estados Unidos. Los analistas estratégicos señalan que este cambio de política animará a los chinos a dirigir más misiles nucleares hacia Estados Unidos y Japón, con el consabido efecto en los respectivos programas de Taiwan y Japón. Al mismo tiempo, informó la prensa, Estados Unidos impondría sanciones a China por permitir el traslado a Pakistán de "partes y tecnología de misiles esenciales para la construcción de armas capaces de portar cabezas nucleares".<sup>7</sup>

Todo eso es "bastante extraño", si para el gobierno la seguridad es una preocupación importante.

Como señalan John Steinbruner y Jeffrey Lewis, el de defensa antimisiles y otros programas militares de la administración Bush son "provocadores por naturaleza" para Rusia y China. Como otros

Tyler Marshall, en *Los Angeles Times*. 19 de mayo de 2000; Michael Byers, en *London Review of Books*. 22 de junio de 2000. Véase también Michael Gordon y Steven Lee Myers, en *New York Times*. 28 de mayo de 2000, y Glaser y Fetter, en *International Security* 26, núm. 1, verano de 2001.

<sup>7</sup> David Sanger, en *New York Times*, 2 y 5 de septiembre de 2001. Jane Perlez, en *New York Times*, 2 de septiembre de 2001. Clinton, véase William Broad, en *New York Times*, 1 de mayo de 2000.

analistas estratégicos, dicen que el Tratado sobre Reducción de Ofensivas Estratégicas que Bush y Putin firmaron en mayo de 2002 fue más que todo por aparentar: "no disminuirá significativamente el potencial mortífero de la fuerza nuclear de ninguna de las dos naciones". Ni tampoco establecerá un equilibrio estratégico estable: "el deteriorado arsenal ruso será cada vez más vulnerable a un ataque preventivo, más aún cuando Estados Unidos emprenda la planeada modernización de sus fuerzas nucleares y el despliegue de las defensas antimisiles", lo que probablemente empujará a Rusia a reaccionar a su turno, como señalan informes posteriores. También China es consciente de que los programas norteamericanos son una amenaza directa contra su fuerza mínima de disuasión y es probable que reajuste sus prioridades, del desarrollo económico a la defensa. Steinbruner y Lewis escriben que China se alarmó en particular por un documento de planificación a largo plazo del Comando Espacial de Estados Unidos publicado en 1998, donde se esboza un nuevo concepto de "acción global" que incluye una "capacidad de ataque desde el espacio" que le permitiría al país lanzar un ataque contra cualquier otro y "negar esa misma capacidad a otras naciones", en lo que es otro antecedente de la Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre de 2002 en la era Clinton. La Conferencia de Naciones Unidas sobre el Desarme está paralizada desde 1998 por la insistencia china en que se conserve el uso del espacio para fines pacíficos y la negativa de Washington, que le ha ganado la antipatía de muchos aliados y creado las condiciones para un enfrentamiento<sup>8</sup>.

Un estudio de la Rand Corporation de mayo de 2003 concluye que "las posibilidades del lanzamiento accidental o no autorizado de un misil nuclear en Rusia o Estados Unidos han crecido en la última década a pesar de la mejoría en la relaciones entre los dos países". Descuidar estos riesgos "podría producir el mayor desastre de la

<sup>8</sup> John Steinbruner y Jeffrey Lewis. en *Daedalus*, otoño de 2002.

historia moderna y tal vez de la historia del mundo", decía el senador Sam Nunn, copatrocinador de la Iniciativa contra la Amenaza Nuclear que financió el informe. El mayor peligro reside en los miles de cabezas nucleares que cada lado conserva, con Estados Unidos aumentando su capacidad nuclear, lo que pondrá a Rusia en estado de alerta superior y en plan de implementar un enfoque de guerra de lanzamiento sobre aviso basado en la reacción rápida" para el lanzamiento de unas 3 000 cabezas nucleares, lo que agudizará considerablemente el peligro de destrucción nuclear por accidente. Nunn también considera que el tratado Bush-Putin de 2002 carece de sentido. Como Estados Unidos, Rusia respondió al pacto aumentando rápidamente la escala y complejidad de sus sistemas nuclear y militar en general, movida en parte por la inquietud ante los planes de Estados Unidos".

Otro estudio, producido por un consorcio de influyentes centros de investigación, permite ver cuan grandes son los "serios riesgos de proliferación" de arsenales nucleares, biológicos y químicos. Se encontró allí que "prácticamente nada" del plutonio ruso y "menos de una séptima parte" de su uranio altamente enriquecido han sido declarados inutilizables para la elaboración de armas nucleares, y que "lo mismo es válido para Estados Unidos". Más aún, "Miles de científicos y trabajadores expertos en armamentos [en Rusia] siguen desempleados o subempleados", dice el informe, y son vulnerables a ofertas de trabajo lucrativas hechas por países que podrían tener programas bacteriológicos secretos". Algo se ha avanzado con el Programa Cooperativo de Reducción de la Amenaza de Nunn y Lugar, pero las tareas por hacer son poco menos que desalentadoras".

<sup>9</sup> David Ruppe, en *Global Security Newswire*, 22 de mayo de 2003. Rand Corporation, *Beyond the Nuclear Shadow*, mayo de 2003. Paul Webster, en *Boletín de los Científicos Atómicos*, julio-agosto de 2003.

<sup>10</sup> Judith Miller, en *New York Times*, 20 de enero de 2003. Sobre la iniciativa de Nunn y Lugar, véase la nota 5.

Como ya señalamos, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002 desconoce prácticamente cualquier medida para reducir los riesgos de un conflicto militar. No perturba menos su invitación a los adversarios potenciales a "seguir buscando la disuasión mediante sus propias armas de bajas masivas y novedosos sistemas para hacerlas llegar", lo que multiplicará la proliferación y todo lo que esta conlleva. Los planes presupuestarios de Bush reflejaron las mismas prioridades. La sola defensa antimisiles recibió más financiación que todo el Departamento de Estado y cuatro veces más que los "programas para guardar sobre seguro armas y materiales peligrosos en la antigua Unión Soviética". El mantenimiento del arsenal estadounidense y los preparativos para la reanudación de las pruebas nucleares recibieron casi cinco veces más fondos que las iniciativas para controlar las "bombas sueltas" y los materiales fisibles".

Ya desde antes de proclamar la Estrategia de Seguridad Nacional. Bush había defendido programas para el empleo ofensivo de armas nucleares. Sus estrategias del Pentágono hablaban de las armas nucleares y convencionales como "sistemas de ataque ofensivo" que serían "pilar clave de una 'nueva tríada' de recursos ofensivos, defensivos y militares-industriales", enfocada a "vencer decisivamente a los oponentes". La política tradicional "ha sido volteada al revés", observó Ivo Daalder del [instituto] Brookings, ahora que las armas nucleares se convierten en "una herramienta de guerra activa y no de disuasión", con lo que se borra también la distinción entre armas convencionales y **ADM**. Bush procedió luego a "bajar el umbral nuclear y derribar el cortafuego que separaba las armas nucleares de todo lo demás" cuando Estados Unidos se disponía a invadir a Iraq, haciendo al mundo "infinitamente más peligroso que hace dos años,

11 Krepon. en *Boletín de los Científicos Atómicos*, enero-febrero de 2003.

cuando George W. Bush prestó su juramento presidencial", escribió el analista militar William Arkin<sup>12</sup>.

En mayo de 2003 el Congreso aprobó los programas de la administración Bush y abrió la puerta a "una nueva generación de armas nucleares, lo que dio el posible inicio a una carrera armamentista a medida que otros países traten de igualar la capacidad americana"<sup>13</sup>. El Comité del Senado para las Fuerzas Armadas revocó una prohibición de 1993 contra la investigación y desarrollo de armas nucleares de bajo potencial. Aunque la sofisticación de la tecnología hace improbable que otros hagan lo mismo pronto, el cambio de política es sin embargo una "buena noticia" para los Estados nucleares de Asia, como comenta con desazón desde la India un experto en desarme, pues les permite "alegar que ellos también pueden refinar el armamento y la investigación". Otro añade que "la política de Estados Unidos hacia Iraq y Corea del Norte no hace más que incentivar a los países a conseguir armas nucleares (...) Si Estados Unidos prueba sus armas, entonces China las probará [y] en la India habrá presiones interiores para que también realice pruebas", y luego en Pakistán: "Están abriendo una lata de gusanos"<sup>14</sup>. El experto en defensa Harían Ullman advirtió que un país amenazado específicamente, como Irán, "podría acelerar su programa de armas nucleares después de ver a Estados Unidos conducir un asalto contra Iraq", lo que daría un pretexto para ser invadido y cumplir así su propia profecía. Otros esperan que Pakistán, "creyéndose acorralado por la India y su significativa superioridad de fuerzas convencionales.

<sup>12</sup> Michael Gordon, Eric Schmitt, en *New York Times*, 11 de marzo de 2002.

William Arkin, en *Los Angeles Times*, 26 de enero de 2003.

<sup>13</sup> Cari Hulse y James Dao, en *New York Times*, 29 de mayo de 2003.

<sup>14</sup> Scott Baldauf, en *Christian Science Monitor*, 15 de mayo de 2003.

se sienta en mayor libertad para lanzar un primer ataque con armas nucleares"<sup>15</sup>.

La extensión de la carrera armamentista al espacio ha sido un programa central desde hace años. El término 'carrera' es engañoso, pues Estados Unidos compite solo, por ahora. La militarización del espacio con programas como el de defensa antimisiles balísticos (DAB) aumenta el riesgo de destrucción tanto para el país como para los demás. Pero eso no es nada nuevo: la historia trae muchos ejemplos de elección de políticas que conscientemente aumentan los riesgos de seguridad. Más siniestro es el hecho de que estas elecciones tienen cierto sentido dentro de los sistemas de valores reinantes. Vale la pena reflexionar sobre ambos temas.

Miremos algunos momentos cruciales de la carrera armamentista de la Guerra Fría. A mediados del siglo xx, para Estados Unidos el principal riesgo de seguridad (en ese entonces un riesgo potencial) eran los misiles balísticos intercontinentales (MBI). Rusia pudo haber firmado un tratado que prohibiera los sistemas de lanzamiento, pues sabía que estaba muy rezagada. En su autorizada historia de la carrera armamentista, McGeorge Bundy declara que no encontró constancia de interés alguno en explorar esta posibilidad<sup>16</sup>.

Los archivos rusos abiertos hace poco arrojan nuevas luces sobre estos temas, aunque dejan "misterios no aclarados", como anota el académico soviético y anticomunista acérrimo Adam Ulam. Uno de ellos es si era seria la propuesta que hizo Stalin en marzo de 1952, que ofrecía asentar a la unificación de Alemania con la condición de que ese país no se uniera a una alianza militar contra la Unión Soviética; condición para nada exagerada, teniendo en cuenta que

<sup>15</sup> Peter Slevin, en *Washington Post*, 22 de septiembre de 2002.

<sup>16</sup> McGeorge Bundy, *Danger and Survival*, Random House, 1988, pág. 326.

Bundy es escéptico sobre el futuro, pero su opinión subjetiva no afecta el argumento presente.

hacia pocos años Alemania casi había destruido, una vez más, a Rusia. Washington "no se tomó mucho trabajo para rechazar de plano la iniciativa de Moscú", comenta Ulam, con argumentos "embarazosos y poco convincentes", dejando abierta "la pregunta básica" de si "Stalin estaba realmente dispuesto a sacrificar la recién creada República Democrática Alemana (RDA) en aras de la verdadera democracia", con posibles consecuencias de enorme repercusión para la paz mundial. Melvyn Leffler escribe que las recientes investigaciones de archivos sorprendieron a muchos estudiosos al revelar que tras la muerte de Stalin, "[Lavrenti] Beria -el siniestro y brutal director de la policía secreta- [propuso] que el Kremlin ofreciera a Occidente un trato para unificar y neutralizar a Alemania", tal parece que aceptando "sacrificar el régimen comunista de Alemania Oriental para aliviar las tensiones Este-Oeste" y mejorar las condiciones políticas y económicas de Rusia. El destacado analista político James Warburg sostuvo firmemente, y justo en ese momento, que tales oportunidades existieron y se desperdiciaron por asegurar la participación de Alemania en la OTAN; pero su alegato fue objeto de la indiferencia, cuando no del ridículo<sup>17</sup>.

Con todo, los archivos sí esclarecen otras propuestas soviéticas que fueron rechazadas rápidamente a cambio de una escalada militar llena de riesgos. Revelan que tras la muerte de Stalin, Kruschchev pidió una reducción mutua de fuerzas militares ofensivas, y que cuando la administración Eisenhower desatendió la iniciativa, las implementó unilateralmente por encima de las objeciones de sus propios mandos militares, con el fin de concentrarse en el desarrollo económico. Él creía que Estados Unidos utilizaba la carrera armamentista para destruir la más endeble economía soviética,

<sup>17</sup> Adam Ulam, en *Journal of Cold War Studies* 1, núm. 1, invierno de 1939.

Melvyn Leffler, en *Foreign Affairs*, julio-agosto de 1996. James Warburg, *Germany: Key to Peace*, Harvard, 1953, págs. 189 y sigs.

"para lograr así sus objetivos, incluso por fuera de la guerra". Los estrategias de Kennedy estaban al tanto de los pasos unilaterales de Krushev encaminados a recortar radicalmente las fuerzas ofensivas soviéticas y sabían muy bien que Estados Unidos llevaba la ventaja desde todo punto de vista. No obstante, optaron por rechazar el llamamiento a la reciprocidad y prefirieron llevar a cabo una enorme escalada convencional y nuclear, con lo cual terminaron de clavar el ataúd de "la agenda de contención militar de Krushev", según concluye Matthew Evangelista en un examen de los documentos mencionados<sup>18</sup>.

Kenneth Waltz observa que Estados Unidos "a comienzos de los años sesenta emprendió la mayor escalada militar estratégica y convencional en tiempos de paz que el mundo haya visto (...) aun cuando Krushev por su parte trataba de obtener una importante reducción de las fuerzas convencionales y seguir una estrategia de disuasión mínima, e hicimos eso a pesar de que el equilibrio de armas estratégicas favorecía enormemente a Estados Unidos", lo que suscitó, como era de esperarse, la reacción soviética. A conclusiones parecidas llegan los destacados analistas estratégicos Raymond Garthoff y William Kaufmann, que presenciaron estos procesos desde el seno del servicio de inteligencia estadounidense y del Pentágono".

La reacción de los militares rusos a la escalada norteamericana, en la que también incidió la demostración de debilidad soviética en la crisis de los misiles de Cuba, acabó de hecho con el proyecto reformista de Krushev. Si este se hubiera dado, pudo haber impedido el estancamiento social y económico que aquejó a Rusia a partir de la década de 1960, y acelerado los apremiantes cambios internos

<sup>18</sup> Véase cap. 4. nota 3.

<sup>19</sup> Kenneth Waltz, en *PS: Political Science & Politics*, diciembre de 1991. Garthoff y Kaufmann, citados en mi *Detering Democracy*, pág. 26.

que Gorbachov trató de poner en práctica, ya demasiado tarde. También pudo haber evitado la catástrofe humana de los años noventa, así como la destrucción de Afganistán y muchos otros horrores, para no hablar del grave riesgo de un desastre atómico al cobrar la carrera armamentista dimensiones cada vez más amenazantes.

A través de la historia las medidas agresivas y provocadoras se han justificado como una defensa contra enemigos implacables; en el caso de Kennedy, contra lo que él denominaba una "confabulación monolítica y despiadada" empeñada en conquistar el mundo. Es otra de esas acusaciones que contienen poca o ninguna información; por lo previsible que es, en cualquier circunstancia, en boca de cualquiera. Para entender la lógica que la sustenta conviene recordar una manida verdad doctrinaria: ante iniciativas polémicas, más si son peligrosas, lo convencional es llamarlas "defensa". Los programas actuales no son la excepción.

La defensa antimisiles es apenas un pequeño componente de programas mucho más ambiciosos para la militarización del espacio, con miras a sellar el monopolio de su uso con fines militares ofensivos. Estos planes se pueden consultar desde hace varios años en los documentos públicos del Comando Espacial de Estados Unidos y otras agencias gubernamentales<sup>20</sup>. Los proyectos que hemos resumido se han venido desarrollando con intensidad variable desde que la administración Reagan propuso sus programas de 'guerra de las galaxias' (Iniciativa para la Defensa Estratégica). La IDE parece haber sido en gran parte un intento por "desarmar a los opositores de la **DAR**" -para entonces un enorme movimiento popular antinuclear de corte internacional- "robándoles el lenguaje y la causa", e invocando los términos *paz y desarme* mientras se procedía a cons-

<sup>20</sup> Véase, en particular, Comando Espacial de Estados Unidos, *Vision for 2020*, febrero de 1997.

truir un sistema militar ofensivo más avanzado<sup>21</sup>. El programa de la IDE violaba abiertamente el Tratado Anti Misiles Balísticos (AMB) firmado en 1972, según Raymond Garthoff y otros. El gobierno de Reagan intentó acallar estas objeciones. El juez Abraham Sofaer, asesor jurídico del Departamento de Estado, amenazó incluso con emprender acciones legales para impedir que Garthoff publicara un libro sobre el tema, el cual, según Garthoff, refuta los flagrantes esfuerzos de Paul Nitze y otros reaganistas devotos de la IDE "para distorsionar la historia y socavar el compromiso legal de Estados Unidos". Estos alegarían después que la IDE contribuyó a la finalización de la Guerra Fría por haber obligado a la URSS a incurrir en descomunales gastos de defensa, afirmación que tiene muy poca credibilidad, según la muy bien documentada relación de Garthoff<sup>22</sup>. Se podría sostener, sin embargo, que el rechazo de la administración Kennedy a las oportunidades para una reducción mutua de armamentos, más su agresividad general y su escalada armamentista, pueden haber producido dicho efecto, a un inmenso precio y corriendo riesgos todavía peores.

La iniciativa de defensa antimisiles y otras de su género se expandieron en los primeros meses de la administración Bush. Hacia s-11 el gasto militar de Estados Unidos ya sobrepasaba el total de los quince países que lo seguían, pero la oportunidad de explotar el miedo y el horror engendrados por los atentados terroristas era una tentación irresistible, y los programas militares de todo tipo se inflaron abruptamente, aunque poco o nada tuvieran que ver con el terrorismo.

<sup>21</sup> *High Vromier* (Heritage Foundation), citado por Gordon Mitchell en "National Missile Defense", disertación ante el Instituto Real de Defensa, Bruselas, Bélgica, 30 de enero de 2001. Véase, del mismo Mitchell, *Strategic Deception*, Michigan State, 2000.

<sup>22</sup> Garthoff, *A Journey through the Cold War*, págs. 357-58.

Muchos aceptan que la Defensa Antimisiles Balísticos es "el caballo de Troya del verdadero y próximo objetivo: armar el espacio", con armas de ataque altamente destructivas emplazadas o dirigidas desde allí<sup>23</sup>. La DAB es en sí un arma ofensiva. Así lo entienden tanto los aliados más cercanos como los potenciales adversarios. Los estrategas militares de Canadá indicaron a su gobierno que se podría argumentar que el objetivo de la DAB "va más dirigido a preservar la libertad de acción de Estados Unidos/OTAN que a responder al temor de Estados Unidos [a una] amenaza norcoreana o iraní"<sup>24</sup>. El principal funcionario chino para asuntos de control de armas no dijo nada nuevo al observar que "cuando Estados Unidos crea poseer una lanza fuerte y un escudo fuerte, podría concluir que nadie puede hacerle daño y que ellos pueden hacer daño a quien quieran en cualquier parte del mundo". China sabe bien que está en la mira de los nacionalistas radicales que trazan las políticas en Washington y que se supone que es la principal destinataria del mensaje de la Estrategia de Seguridad Nacional de que no se tolerará ningún reto a la hegemonía estadounidense. Las autoridades chinas sin duda son conscientes también de que Estados Unidos se guarda el derecho de lanzar un primer ataque con armas nucleares. Y saben tanto como nuestros analistas militares que los "vuelos de aviones EP-3 de Estados Unidos en las vecindades de China", como el que terminó en un derribamiento a principios de 2001 y generó una minicrisis, "no son sólo para la vigilancia pasiva; la aeronaves también recopilan información usada para trazar planes de guerra nuclear"<sup>25</sup>.

23 Jack Hitt, en *New York Times Magazine*, 5 de agosto de 2001, citando al asesor de inteligencia George Friedman.

24 David Pugliese, en *National Post*, Toronto, 24 de mayo de 2000.

25 Sha Zukang, citado por Michael Gordon en *New York Times*, 29 de abril de 2001. La cita sobre los EP-3 es de William Arkin, en *Boletín de los Científicos Atómicos*, mayo-junio de 2001.

Algunos analistas estratégicos estadounidenses comparten la interpretación china de la **DAB**, casi con las mismas palabras: la **DAB** "no sólo sirve de *escudo* sino que también *posibilita* la acción de Estados Unidos", indicó un estudio de la Rand Corporation. Otros están de acuerdo. La **DAB** "facilitará una aplicación más eficaz del poder militar de Estados Unidos en el exterior", escribe Andrew Bacevich en la publicación conservadora *National Interest*: "al escudar a la patria contra retaliaciones - así sea en forma limitada-, la defensa antimisiles suscribirá la capacidad y voluntad de Estados Unidos para 'moldear' el ambiente en otros lugares". Bacevich aprueba la conclusión de Lawrence Kaplan en la publicación liberal *New Republic*: "La finalidad de la defensa antimisiles no es realmente la protección de América. Es una herramienta de dominación mundial". En palabras de Kaplan, la defensa antimisiles "no es cuestión de defensa. Es cuestión de ofensa. Y es por eso precisamente que la necesitamos"<sup>26</sup>. La **DAB** dará al país "absoluta libertad para emplear o amenazar con emplear la fuerza en las relaciones internacionales" (Kaplan cita con agrado esta queja de China). "Consolidará la hegemonía de Estados Unidos y volverá a los americanos 'amos del mundo'".

El supuesto de fondo es una versión contemporánea del idealismo wilsoniano, doctrina que se considera "tan autorizada, que es prácticamente inmune a todo reto": América es la "vanguardia histórica" y por lo tanto debe conservar por siempre y sin desafío el predominio mundial y la supremacía militar, para el bien de todos<sup>27</sup>. De ahí también se desprende que "la absoluta libertad para emplear o amenazar con emplear la fuerza" que la **DAB** le conferirá a Estados

<sup>26</sup> Andrew Bacevich, en *National Interest*, verano de 2001;

Lawrence Kaplan, en *New Republic*, 12 de marzo de 2001.

El estudio de la Rand es citado por Kaplan.

<sup>27</sup> Véase págs. 65-66.

Unidos es un don preciado que le obsequiamos a la humanidad. ¿Quién no capta esta lógica impecable?

Es bien sabido que la **DAB**, así fuera técnicamente viable, se tendría que apoyar en la comunicación satelital; y que destruir satélites es mucho más fácil que derribar misiles. Las armas antisatélites, prohibidas por tratados que la administración Bush está desbaratando, son de fácil acceso hasta para las potencias menores. La paradoja del programa de **DAB** se ha debatido acaloradamente. Pero hay una posible solución, al menos en un mundo imaginario. Los abogados de la **DAB** depositan su fe en la "dominación de espectro total", un control tan rotundo del espacio (y del mundo en general), que ni las armas del pobre le serían de utilidad al adversario. Para esa dominación se precisan capacidades ofensivas estacionadas en el espacio, incluyendo armas inmensamente destructivas, "estrellas de la muerte", como algunos las llaman, accionadas probablemente con energía nuclear, listas a ser lanzadas en una reacción activada por computador. Tales sistemas de armas aumentan grandemente el riesgo de una gran mortandad y devastación, así sea únicamente por los que en ese campo llaman "accidentes normales": los accidentes impredecibles a los que están sujetos los sistemas complejos<sup>28</sup>.

Planes que datan de unas pocas semanas después de proclamada la Estrategia de Seguridad Nacional asumen que los sistemas espaciales son "claves para la eficacia militar de nuestra nación". Estados Unidos debe pasar del "control" del espacio a la "propiedad" del mismo, que será permanente, según la Estrategia de Seguridad Nacional. La propiedad del espacio permitirá una "participación inmediata en cualquier parte del mundo", de manera que los "ataques desde el espacio" se puedan integrar a los planes de com-

28 Michael Krepon, en *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2001; véanse también sus comentarios en Hitt, *New York Times Magazine*, 5 de agosto de 2001. Gordon Mitchell, en *Fletcher Forum* 25, núm. 1, invierno de 2001. citando a Charles Penow. Véase también, Karl Grossman. *Weapons in Space*, Seven Stories, 2001.

bate. "Una capacidad de ataque viable, pronta y global, ya sea nuclear o no nuclear, permitirá a Estados Unidos golpear rápidamente contra objetivos de alta retribución, difíciles de vencer, desde distancias seguras" y "dar a los comandantes en guerra la habilidad veloz para negar, retrasar, engañar, trastornar, destruir, explotar o neutralizar objetivos en horas o minutos, en vez de semanas o días, incluso cuando las fuerzas de Estados Unidos y sus aliados tengan una escasa presencia avanzada"<sup>29</sup>.

Estos planes ya se esbozaban en un documento de planificación del Pentágono de mayo de 2002, clasificado pero filtrado en parte, que propone una estrategia de "prevención avanzada" en la que unos misiles hipersónicos lanzados desde plataformas espaciales podrían efectuar "ataques sin previo aviso y casi de inmediato". El analista militar William Arkin comenta que "no habría objetivo en el planeta o el espacio inmune a un ataque estadounidense. Estados Unidos podría atacar sin previo aviso cuando y donde percibiera una amenaza, y estaría protegido por defensas antimisiles" y medidas de seguridad internas. Aviones no tripulados hipersónicos se encargarían de vigilar y crear trastornos a los objetivos. Los nuevos armamentos permitirían que el país bombardee de manera inmediata al enemigo de su elección desde bases estadounidenses, apoyado en una multitud de sistemas de inteligencia, entre ellos sistemas de vigilancia capaces de "rastrear, grabar y analizar el movimiento de cada vehículo en una ciudad del extranjero", con lo que el mundo quedaría a merced de un ataque a discreción de Estados Unidos, sin previo aviso ni pretexto creíble: ese es el significado operacional de la expresión "amenaza percibida"<sup>30</sup>. Semejantes planes no tienen ni el más remoto antecedente histórico.

<sup>29</sup> Comando Espacial de la Fuerza Aérea, Plan Maestro Estratégico para el año 2004 y más allá. 5 de noviembre de 2002.

<sup>30</sup> William Arkin. en *Los Angeles Times*, 14 de julio de 2002.

Michael Sniffen. AP. 1 de julio de 2003.

Ideas todavía más extravagantes son las que explora la Agencia de Investigación Avanzada del Pentágono (**DARPA**, por su sigla en inglés) como las de hacer una conexión de interfaz entre cerebro y máquina que conduzca con el tiempo, se espera, a una comunicación cerebro a cerebro. Ese sería "el futuro de la guerra", sostienen los expertos; pero en el entretanto se cumple el cometido tradicional de **DARPA** de adelantar la investigación y el desarrollo en las fronteras del entendimiento con el fin de crear las bases para la economía del futuro, bajo la cubierta de la defensa<sup>31</sup>.

Las metas de la militarización del espacio son ambiciosas. Un folleto del Comando Espacial de la época de Clinton, *Visión para el 2020*, destaca en la cubierta el objetivo primordial: "dominar la dimensión espacial de las operaciones militares para proteger los intereses e inversiones de Estados Unidos". Esto se presenta como la siguiente fase de la tarea histórica de las fuerzas armadas. Se precisaron ejércitos "durante la expansión hacia el Oeste en la parte continental de Estados Unidos"... en defensa propia. Las naciones también construyeron armadas, prosigue el Comando Espacial, "para proteger y fomentar sus intereses comerciales". El siguiente paso lógico son las fuerzas espaciales para proteger "los intereses nacionales [militares y comerciales] y las inversiones de Estados Unidos", fuerzas que incluyen la defensa antimisiles y "armas de ataque emplazadas en el espacio" que permitan "la aplicación de fuerza de precisión desde, hacia y a través del espacio".

Pero las fuerzas espaciales de Estados Unidos no serán como las marinas de guerra de antaño. Esta vez habrá un único poder hegemónico. Alemania puede contestar a la Armada Británica, con consecuencias que sobra mencionar. Pero la Unión Americana será invulnerable, excepto al desarrollo de **ADM** por parte de elementos villanos y a la muy restringida categoría del "terrorismo" que tiene

<sup>31</sup> Hanna Hoag, en *Nature* 423,19 de junio de 2003.

ingreso al canon doctrinal: el terrorismo *de ellos* contra *nosotros* y nuestros satélites.

La necesidad de una dominación de espectro total se incrementará como resultado de la "globalización de la economía mundial", explica el Comando Espacial. Esto, porque se espera que la "globalización" produzca un "mayor distanciamiento entre los que tienen y los que no tienen". Al igual que el Consejo Nacional de Inteligencia<sup>32</sup>, los estrategas militares reconocen que "la creciente brecha económica" que ellos también prevén, con su "estancamiento económico, inestabilidad política y alienación cultural cada vez más profundos", producirá disturbios y violencia entre "los que no tienen", dirigidos en gran parte contra Estados Unidos. Eso da pie a otra justificación de la expansión hasta el espacio de las capacidades militares ofensivas. Al detentar un monopolio en este campo de la guerra, el país debe estar preparado para controlar los desórdenes "usando los sistemas y planificación espaciales para asestar golpes de precisión desde el espacio [como] respuesta a la proliferación mundial de **ADM**" en manos de elementos indóciles, consecuencia probable de los programas recomendados, tal como la "creciente brecha" es una consecuencia predecible del tipo de "globalización" preferido.

El Comando Espacial pudo haber extendido útilmente la analogía con las fuerzas militares de otros días. Estas cumplieron un papel importante en el desarrollo tecnológico e industrial en toda la edad moderna. Caben allí los grandes progresos en la metalurgia, la electrónica, las herramientas eléctricas y los procesos manufactureros, incluyendo el sistema de producción en serie norteamericano que asombró a sus rivales del siglo xix y preparó el terreno para la industria automotriz y otros logros fabriles, basados en muchos años de inversión, investigación, desarrollo y experiencia en fabri-

<sup>32</sup> Véase, cap 7, nota 10.

cación de armas en los arsenales del ejército de Estados Unidos. Se dio un salto cualitativo después de la Segunda Guerra Mundial, esta vez en Estados Unidos primordialmente, cuando los militares dieron amparo a la creación del núcleo de la economía moderna de alta tecnología: los computadores y la electrónica en general, las comunicaciones e internet, la automatización, los láser, la industria de la aviación comercial y muchas otras, que ahora se extienden a la nanotecnología, la biotecnología, la neuroingeniería y otras nuevas fronteras. Los historiadores económicos han señalado que los problemas técnicos del armamento naval de hace un siglo equivalen aproximadamente a la fabricación de vehículos espaciales, y que además el futuro impacto sobre la economía civil podría redoblar, aumentado por los proyectos de militarización del espacio.

Un resultado de incorporar las exenciones de seguridad nacional a los mal llamados "acuerdos de libre comercio" consiste en que les permite a las principales sociedades industriales y sobre todo a Estados Unidos preservar el sector estatal del cual depende la economía para socializar los costos y los riesgos, en tanto se privatizan las ganancias.

Otros piensan igual. Al retractarse de su anterior posición crítica respecto de la **DAB**, el canciller alemán Gerhard Schroeder observó que Alemania tiene un "interés económico vital" en el desarrollo de tecnología de defensa antimisiles y debe asegurarse de "no quedar excluida" del trabajo científico y tecnológico en ese campo. Se espera que la participación en los programas de la **DAB** fortalezca la base industrial interna a través de toda Europa. De modo similar, en 1995 la Organización para la **DAB** de Estados Unidos advertía a los funcionarios japoneses que el proyecto de Defensa Antimisiles sobre el Teatro de Operaciones era "la última oportunidad para negocios militares de este siglo". Se involucra al Japón no sólo para aprovechar su pericia industrial, sino para ahondar la dedicación del mundo industrializado a la militarización del espacio y "sellar los

programas", para tomar prestada una expresión de uso corriente entre estrategas y analistas".

La historia enseña lo peligrosos que son ese tipo de pasos. Hoy en día el peligro ha alcanzado el nivel de una amenaza contra la supervivencia humana. Pero, como ya anotamos, continuar pese a todo es racional desde los supuestos del sistema de valores reinante, hondamente arraigado en las instituciones existentes. La premisa básica es que la hegemonía importa más que la supervivencia. Nada novedosa, esta premisa ha quedado suficientemente ilustrada en los últimos cincuenta años.

Por tales razones, Estados Unidos se ha rehusado a unirse al resto del mundo para reafirmar y fortalecer el Tratado del Espacio Exterior de 1967, que preserva el espacio para fines pacíficos. La inquietud detrás de esta acción, planteada en las resoluciones de la **ONU** por la "Prevención de una Carrera Armamentista en el Espacio Exterior", surge de la difundida percepción de que Washington busca romper esa barrera, hasta ahora respetada. A la abstención americana se unieron Israel en 1999 y Micronesia en 2000. Como señalamos antes, acabábamos de enterarnos de que el mundo se había salvado por un pelo de una guerra que pudo "haber destruido el Hemisferio Norte", y ya la administración Bush vetaba de hecho un nuevo esfuerzo internacional para impedir la militarización del espacio. Por iguales motivos, Estados Unidos bloqueó las negociaciones de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Desarme, en las sesiones inauguradas en enero de 2001, y rechazó así el llamamiento del secretario general Kofi Annan a los Estados miembro para que superaran la "falta de voluntad política" y trabajaran en favor de buscar un acuerdo amplio para prohibir la militarización del espacio. "Estados Unidos sigue siendo el único de los 66 Estados miem-

33 **Tomas Valsek**, en *cni Defense Monitor* 30. núm. 3, marzo de 2001. **Mitchell**, en *Fletcher Forum*, invierno de 2001.

bros que se opone a la iniciación de negociaciones formales sobre el espacio exterior", informó en febrero la agencia Reuters. En junio China volvió a insistir en la prohibición de las armas en el espacio exterior, pero Estados Unidos volvió a bloquear las negociaciones<sup>34</sup>.

Nuevamente, esto tiene sentido si la hegemonía, con sus beneficios de corto plazo para los intereses de las élites, figura por encima de la supervivencia en el escalafón de los valores operativos, de acuerdo con el modelo histórico de los Estados dominantes y otros sistemas propios del poder concentrado.

Algo muy parecido puede decirse del fracaso de los intentos por prohibir las armas químicas y biológicas. Nadie duda seriamente que suponen una amenaza mayor, pero más altas prioridades se atraviesan en el camino de su prohibición. En abril de 2001 los expertos en control de armamentos informaron que habría que reducir drásticamente la verificación internacional sobre la prohibición de las armas químicas "porque Estados Unidos y otras importantes partes signatarias del tratado [mencionando a Rusia] no han pagado sus cuotas". Un experto del Centro Henry Stimson en Washington comentaba que la administración Clinton había convertido el tratado "en una farsa", al establecer "un conjunto de reglas aparte para Estados Unidos", con exenciones unilaterales. Estados Unidos fue el único país que insistió en la exención de ciertas inspecciones y pruebas cuando el Senado ratificó la Convención de Armas Químicas de 1997. El gobierno de Bush decidió retirarse de las negociaciones para instituir procedimientos de verificación de la Convención de Armas Biológicas y Tóxicas de 1972, dándolas por terminadas de hecho. Antes, el país había "trabajado para limitar el ámbito de

<sup>34</sup> Véanse, pág. 176 Agencia France-Presse, 23 de enero de 2001. Reuters, 15 de febrero de 2001; publicado en *Deseret (Utah) News*, prácticamente el único cubrimiento en los medios de Estados Unidos sobre las reuniones de la conferencia de 2001. Francés Williams, en *Financial Times*, 8 de junio de 2001.

las visitas de los inspectores extranjeros con el fin de proteger a las compañías farmacéuticas y de biotecnología americanas, que dominan la industria mundial y tienen interés en proteger los secretos de sus especialidades".

La administración Bush procedió a rechazar cualquier clase de verificación con el argumento de que los mecanismos eran ineficaces y "simplemente elevarían el riesgo para las actividades legítimas de Estados Unidos", posición condenada como "completamente inaceptable" por un alto diplomático europeo. Poco después aparecieron otros motivos plausibles, fuera de proteger los intereses de las grandes empresas norteamericanas, cuando salió a la luz que el país "tiene tres proyectos de defensa clandestinos que imitan un programa cabal de armas biológicas", y que violan el espíritu y quizás la letra de los protocolos de verificación que después rechazaría oficialmente. Ya desde antes Washington había sostenido que el "acceso a las instalaciones de defensa biológica" podría revelar secretos militares: justamente el propósito de los mecanismos de aplicación de convenios<sup>35</sup>.

Algunos expertos en armas biológicas temen que Estados Unidos "haya rechazado el protocolo de las armas biológicas por estar comprometido en la continuación y expansión de sus programas secretos", violando los tratados, e indican que "Washington no parece haber estado interesado en desarrollar un protocolo aceptable para la industria farmacéutica". Entre los planes que se sospechan está la creación por manipulación genética de un ántrax resistente

<sup>35</sup> Judith Miller, en *New York Times*, 27 de abril de 2001. Marlise Simons, en *New York Times*, 5 de octubre de 2001; Michael Gordon y Judith Miller, en *New York Times*, 20 de mayo de 2001; Richard Waddington. Reuters, en *Boston Globe*, 8 de diciembre de 2001. Oliver Meier, en *Boletín de los Científicos Atómicos*, noviembre-diciembre de 2001. Michael Gordon, en *New York Times*, 24 de julio de 2001. Véase también William Broad y Judith Miller, en *New York Times*, 13 de diciembre de 2001.

a las vacunas, que los rusos ya pueden haber desarrollado. Estados Unidos "parece haberse embarcado en un estudio, en gran parte secreto y entre varias agencias, de aplicaciones de la biotecnología en el desarrollo de nuevas armas", al parecer desconociendo los tratados. Por lo tanto "el resto del mundo se verá obligado a hacer lo mismo", dando inicio tal vez a "una carrera mundial de armamentos biológicos". La proliferación de este tipo de tecnologías también incrementaría drásticamente las probabilidades de que los terroristas puedan lanzar ataques de alta mortandad empleando armas químicas o biológicas", peligro que se examina también en el informe Hart-Rudman de 2002 sobre amenazas terroristas contra Estados Unidos<sup>36</sup>.

La administración Bush anunció asimismo que "ya no apoya algunas conclusiones del Artículo VI" del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNPN) de 1970, el principal acuerdo internacional sobre control de armas nucleares, que ha tenido algún éxito aunque dista de ser completo: en particular, las cinco principales potencias nucleares han dejado de cumplir sus compromisos. El Artículo VI es el elemento del TNPN que se aplica propiamente a las potencias nucleares: las compromete a "negociar de buena fe sobre medidas efectivas tendientes a detener la carrera armamentista nuclear en una fecha temprana y a lograr el desarme nuclear". Acto seguido, el gobierno de Bush declaró su oposición al Tratado Antimisiles Balísticos (que fue revocado después) y al Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares. También torpedeó la primera conferencia de la O N U para acabar con el mercado negro internación al de ar-

<sup>36</sup> Mark Wheelis, Malcolm Dando y Catherine Auer, en *Boletín de los Científicos Atómicos*, enero-febrero de 2003. Sobre los programas soviéticos y la crasa violación de las obligaciones de los tratados, véase William Broad, Judith Miller y Stephen Engelberg. *Germs: Biological Weapons and America's Secret War*, Simón & Schuster. 2001.

mas ligeras, al tiempo que el vocero de Bush, John Bolton, informó a la conferencia que Estados Unidos se oponía a la "promoción de actividades de apoyo internacional por parte de organizaciones internacionales o no gubernamentales"<sup>37</sup>. No cuesta detectar la lógica de fondo ni imaginarse las posibles consecuencias.

Apenas proclamó su gran estrategia imperial en septiembre de 2002, la administración Bush entró en acción para boicotear los intentos persistentes por agregar mecanismos para el cumplimiento de la Convención de Armas Biológicas en contra de la guerra bacteriológica, vedando ulteriores discusiones durante los siguientes cuatro años; y poco después bloqueó efectivamente la ratificación del Protocolo de Ginebra de 1925, que prohíbe el uso de gases tóxicos y las tácticas de guerra bacteriológica<sup>38</sup>.

En otro terreno, la administración Bush ha sido ampliamente criticada por torpedear el Protocolo de Kyoto, con el argumento de que aceptarlo atenta contra la economía de Estados Unidos. En cierto sentido las críticas son extrañas, ya que la decisión no es irracional en el marco de la ideología existente. Día tras día se nos enseña a creer firmemente en los mercados neoclásicos, donde el individuo aislado maximiza racionalmente la riqueza. Si se eliminan las distorsiones, el mercado debería responder perfectamente a su "votación", expresada en dólares o su equivalente. El valor de los intereses de una persona se mide de la misma forma. En particular, los intereses de quienes no "votan" se tasan en cero: las generaciones del futuro, por ejemplo. Por lo tanto, es racional destruir la posibilidad de una supervivencia digna para nuestros nietos, si con eso maximizamos nuestra propia "riqueza"; es decir, una percepción

<sup>37</sup> *Boletín de los Científicos Atómicos*, julio agosto de 2002, reseñando esta y otras iniciativas similares de la administración; George Perkovich, en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2003.

<sup>38</sup> Véase pág. 176.

particular del interés propio construida por grandes industrias dedicadas a imponerla y reforzarla. Las amenazas a la supervivencia crecen hoy con los dedicados esfuerzos tanto por debilitar las estructuras institucionales que se desarrollaron para paliar las duras consecuencias del fundamentalismo de mercado, como para minar la cultura de conmiseración y solidaridad que sostiene a estas instituciones.

Todo esto es otra fórmula para el desastre, tal vez en un futuro no muy lejano. Pero hay que repetirlo: tiene cierta racionalidad dentro del sistema doctrinal y las instituciones imperantes.

Sería un gran error concluir que las perspectivas son todas sombrías. Lejos de ser así. Muy promisorio es el lento desarrollo de una cultura de los derechos humanos entre la población en general, tendencia que se aceleró a partir de los años sesenta, cuando el activismo popular produjo un notable efecto civilizador en muchos campos, el cual se propagó significativamente en los años siguientes. Un rasgo alentador es la muy marcada preocupación por los derechos civiles y humanos, entre ellos los derechos de las minorías, las mujeres y las generaciones futuras, siendo estas últimas la preocupación motriz del movimiento ambiental, que ha cobrado gran fuerza. Por primera vez en la historia de Estados Unidos ha habido alguna disposición a mirar con sinceridad la conquista del territorio nacional y la suerte de sus pobladores. Los movimientos solidarios que surgieron por dentro del sistema estadounidense en la década de 1980, especialmente en relación con Centroamérica, abrieron nuevos horizontes en la historia del imperialismo. Nunca antes un número tan considerable de personas salidas de la sociedad imperial fue a convivir con las víctimas de un ataque feroz para brindarles ayuda y algún grado de protección. Las organizaciones solidarias internacionales que brotaron de estas raíces funcionan hoy muy eficazmente en muchas partes del mundo, y despiertan el temor y

#### *Hegemonía o supervivencia*

la ira de los Estados represivos; más aún, en ocasiones exponen a sus integrantes a graves peligros, incluyendo la muerte<sup>39</sup>. Los movimientos por la justicia mundial que desde entonces se han conformado y que se reúnen anualmente en el Foro Social Mundial son un fenómeno totalmente nuevo y sin precedentes, tanto por su carácter como por su envergadura. La "segunda superpotencia" del planeta, que desde comienzos de 2003 ya no puede seguir siendo ignorada, tiene hondas raíces en estos desarrollos y tiene un futuro muy promisorio.

En el transcurso de la historia moderna ha habido logros significativos en los derechos humanos y el control democrático de algunos sectores de la vida. Estos rara vez han sido obsequio de líderes ilustrados. Por lo común han sido impuestos a los Estados y otros centros de poder a través de la lucha popular. Un optimista podría sostener, tal vez con razón, que la historia deja ver una apreciación cada vez más profunda de los derechos humanos así como una ampliación de su repertorio; no sin bruscos reveses, pero la tendencia general parece cierta. Estas ternas siguen muy vivos hoy en día. Los efectos nocivos del proyecto de globalización de las grandes multinacionales han causado protestas populares masivas y activismo en el Sur, a las que últimamente se han unido importantes sectores de las ricas sociedades industriales, con lo que se han hecho más difíciles de ignorar. Por primera vez han ido cobrando forma alianzas concretas en las bases. Se trata de sucesos impresionantes, plenos de oportunidades. Y han producido efectos, cambios de retórica y

<sup>39</sup> Las fuerzas de Israel mataron a Rachel Corrie en marzo de 2003 con un buldózer (suministrado por Estados Unidos), una de las armas más destructivas de Israel; véase la págs. 258-259. 'Asesinaron' sería un término más correcto, a juzgar por los testimonios de los allí presentes. La muerte de una ciudadana estadounidense a manos de aliados de Estados Unidos no se consideró digna de una pesquisa, ni de nada mejor que el más escueto informe.

aun de políticas. Al menos se ha ejercido una influencia de moderación de la violencia estatal, aunque sin llegar a ser esa "revolución de los derechos humanos" en las prácticas del Estado que la opinión intelectual de Occidente ha proclamado.

Estos distintos desarrollos podrían ser muy importantes si se logra conservar el impulso de manera que estrechen los emergentes lazos mundiales de conmiseración y solidaridad. Sería justo decir, creo yo, que el futuro de nuestra amenazada especie estará determinado en gran medida por la manera como evolucionen esas fuerzas.

Se pueden discernir dos trayectorias de la historia actual: una que apunta a la hegemonía y que actúa racionalmente dentro de un demencial marco doctrinario, a la vez que pone en riesgo la supervivencia; la otra, consagrada a la creencia de que "es posible otro mundo", en las palabras que animan al Foro Social Mundial, desafiando el sistema ideológico imperante y buscando alternativas constructivas de pensamiento, acción e instituciones. Nadie puede anticipar cuál de estas trayectorias va a prevalecer. La dicotomía ha sido corriente a lo largo de la historia; la diferencia crucial es que hoy hay mucho más en juego.

Bertrand Russell expresó alguna vez pensamientos sombríos sobre la paz mundial:

Al cabo de milenios en los que la Tierra produjo trilobites y mariposas inofensivas, la evolución progresó hasta el punto en que ha generado nerones, gengis kanes y hitleres. No obstante, esto es, creo yo, una pesadilla pasajera; con el tiempo la Tierra volverá a ser incapaz de sustentar la vida y otra vez habrá paz<sup>40</sup>.

Esta proyección es sin duda acertada, en una dimensión que sobrepasa nuestra visión realista. Lo que importa es que logremos despertarnos de la pesadilla antes de que lo consuma todo y poda-

<sup>40</sup> Citado por Judy Toth, en *Bertrand Russell Society Quarterly*, febrero de 2003.

*Hegemonía o supervivencia*

mos traer un poco de paz, justicia y esperanza a un mundo que está, ahora mismo, al alcance de nuestras posibilidades y nuestra voluntad.

# índice onomástico

## A

Abas, Abu, 276  
Abd Al Shafi, Haydar, 242-243  
Abramowitz, Morton, 195-196  
Abrams, Elliot, 154  
Acheson, Dean, 25,28  
Agha. Hussein, 246-249  
Albright, Madeleine, 85  
Ami, Shlomo Ben, 244  
Annan, Kofi, 328  
Arafat. Yaser, 241,243,255-256  
Arkipov, Vasili, 108  
Arkin, William, 315-324  
Aronson, Geoffrey, 247  
Ash. Timothy Garton, 83  
Ashcroft, John, 42-43,222  
Ayalon, Ami, 301  
Aznar, José María, 51,68,194

## B

Bacevich, Andrew, 86,322  
Bacon, Kenneth, 183  
Baker, James, 47  
Balkin, Jack, 43-44

Barak, Ehud, 243-244,246,251  
Batista, Fulgencio, 117  
Benjamin, Daniel, 179-180  
Bennet, James, 241  
Beria, Lavrenti, 317  
Berlusconi, Silvio, 68,70,191,194  
Bernays, Edward, 16  
Besicki, Ismail, 279  
Betts, Richard, 178  
Bidwai, Praful, 229  
Bishop. Maurice, 128  
Bismarck, Otto Eduard Leopold  
von, 93  
Blair, Tony, 29,38,44,48,51,85,92,  
189,226, 305  
Blanton, Thomas, 108  
Bolton, John, 332  
Bonaparte, Napoleón, 73  
Boot, Max, 67-69,194,  
Borge, Tomás, 141  
Boron. Atilio, 200  
Bosch. Orlando, 126  
Bowles, Chester, 120  
Bremer, Paul, 207

- Bruce, David, 213
- Brzezinski, Zbigniew, 113, n6, 161, 181-182, 316
- Bunker, Ellsworth, 135
- Burns, John, 276
- Burns, William, 167
- Bush, George, 14, 26, 46-47, 60, 126, 128, 133, 146, 154, 156, 159, 162-163, 165, 168, 171, 204, 206, 228, 254, 288, 305, 329-331
- Bush, George W., 8-11, 17, 23, 29, 34, 42, 44-45, 49-52, 55, 57-58, 61, 64-66, 107, 109, 115, 138, 152, 154-155, 164, 167, 172, 173, 175, 191, 193, 195, 198, 205, 208, 210, 218, 223, 225-226, 246-249, 253-256, 283, 301-302, 310-315, 320, 323, 328, 332
- Bush, Jeb, 126
- Butler, Lee, 225-226
- C**
- Canosa, Jorge Mas, 125
- Card, Andrew, 50
- Carothers, Thomas, 143, 198-199, 206
- Cárter, Hodding, 171
- Cárter, Jimmy, 128, 146, 161, 171, 233, 239
- Castro, Fidel, 96, 109, 117-121, 124-125, 130-131
- Ceausescu, Nicolás, 19, 163-166, 204
- Chayes, Abram, 144
- Cheney, Dick, 25, 28, 218
- Christopher, Warren, 47
- Churchill, Winston, 44, 140, 170, 195, 231
- Clark, Wesley, 85-86
- Clinton, Bill, 38, 47-48, 55, 57, 66, 81, 85-86, 127-129, 146-147, 167, 190, 218, 220, 222, 241, 243-244, 251, 254, 259, 274, 279, 288, 291-292, 308-309, 311-312, 325, 329
- Clymer, Adam, 112
- Cohén, William, 85
- Constant, Emmanuel, 288
- Cook, Robin, 84
- Cooper, Robert, 92
- Costigliola, Frank, 115-116
- D**
- Daalder, Ivo, 314
- Dayan, Moshe, 263
- Dewey, John, 27
- Dole, Bob, 163
- Domínguez, Jorge, 121, 124
- Dulles, Alien, 96, 118, 150
- Dulles, John Foster, 95, 221, 234
- Duvalier, Baby Doc, 163
- Duvalier, Papa Doc, 119
- E**
- Eban, Abba, 172
- Eisenhower, Dwight, 95-96, 108, 119, 216, 234-235, 302, 317
- Eitan, Rafael (Raful), 240
- Eldar, Akiva, 246

Elshtain, Jean Bethke; 438,281,287  
 Erdogan, Recep Tayip, 196  
 Evangelista, Matthew, 318  
 Evron, Boaz. 277-278

## F

Falk, Richard, 23  
 Fall, Bernard, 59  
 Fisk, Robert, 167  
 Fleischer, Ari, 52,54,173  
 Fletcher, Henry, 99  
 Fortas, Abe, 214  
 Franck, Thomas, 145,289  
 Friedman, Thomas, 194  
 Fukuyama, Francis, 46

## G

Gadafi, 141,168-170  
 Gaddis, Lewis John, 103  
 Garthoff, Raymond, 109,123,161,  
 318,320  
 Gengis Kan, 335  
 George, Lloyd, 102,231  
 Giolitti, Giovanni, 99  
 Gleigeses, Piero, 121,137  
 Glennon, Michael, 23-24  
 Godoy, Julio, 19  
 Golani, Motti, 257  
 Gómez, Juan Vicente, 94  
 Gorbachov, Mijail, 319  
 Gordon, Joy, 135,186  
 Gordon, Lincoln, 134  
 Graham, Bob, 177  
 Greenwood, Christopher, 289

Gurion, David Ben, 236, 258

## H

Halliday, Denis, 184-185,203  
 Hamilton, Alexander, 12  
 Haq, Abdul, 284-285  
 Harkabi, Yehoshaphat, 301  
 Harrison, Selig, 58,219  
 Hass, Amira, 252  
 Havel, Vaclav, 133-134  
 Herbert, Bob, 233  
 Hill, Charles, 273  
 Himmler, Heinrich, 271  
 Hiro, Dilip, 48  
 Hitchens, Christopher, 281  
 Hitler, Adolf, 70,99,100,195, 234,  
 237- 335  
 Holbrooke, Richard, 193  
 Hoon, Geoff, 189  
 Horton, Willie, 171  
 Howard, Michael, 29c, 298  
 Hume, David, 16,174  
 Huntington, Samuel, 57  
 Hurd, Douglas, 256  
 Hussein, Saddam, 9-10,23,30-34,  
 40,47-53,62,64,70,79,99,139,  
 154,162-164,166, 177-180,183,  
 185,187,189-190, 194-195,204-  
 207, 227,237,257, 259

## I

Ibrahim, Youssef, 181  
 Ignatieff, Michael, 85, 300  
 Ignatius, David, 209

*Hegemonía o supervivencia*

Ikenberry, John. 21  
Inbar, Efraim, 236

Jackson, Henry, 237  
Jefferson, Thomas, 73, 131  
Jervis, Robert, 58, 92,104  
Johnson, Paul. 135,169

## **K**

Kagan, Robert, 67-69, 194  
Kaplan, Lawrence, 322  
Karimov. Islam, 166  
Karzai. Hamid, 284  
Kaspit, Ben, 257-258  
Kaufmann, William, 318  
Keller, Bill, 281  
Kennan. George, 72,100, 216-217  
Kennedy, Donald, 10  
Kennedy, John F, 23. 59-60, 71,  
109,111,113-116,119,123,127,  
129-130,134-135,151,213,271-  
272, 318-320  
Kennedy, Robert, 120-121,124,132  
Keynes, John Maynard, 200-201  
Khadduri, Imad. 41  
Kruschev, Nikita, 102, 110. 114.  
123,188,265,317-318  
Kinsley, Michael, 149  
Kissinger, Henry, 137, 213. 219,  
238-239, 308  
Klinghoffer, León, 276-277  
Komer, Robert, 116  
Kotlikoff, Laurence, 173

Krepon, Michael. 107.225  
Krugman, Paul, 173-174,307  
Kyat, Tun, 185

Laden, Osama ben, 33,65,180,274.  
296, 298-299  
Lafayette, 147  
LaFeber. Walter, 70  
Lansdale, Edward, 121  
Lansing, Robert, 73.94,102  
Lasswell, Harold, 16  
Leffler, Melvyn, 317  
Leiden, Robert, 145  
Lenin, Vladimir Ilich Ulianov, 102  
Lev, Haim Bar, 238  
Lewis, Anthony, 134,170  
Lewis, Jeffrey, 311-312  
Lieven, Anatol, 32,175  
Lincoln, Abraham, 33-34  
Lippman, Walter, 13-14,16  
Lloyd, Selwyn, 235  
Lodge, Henry Cabot, 118  
Luck, Edward. 49

## **M**

Madison, James, 15,98  
Maechling, Charles, 271  
Malley, Robert, 246,249  
Mandela, Nelson. 38, 161,269  
Mandelbaum, Michael, 67  
MaoTse-Tung. 220-221, 237  
Marcos, Ferdinando, 163.166  
Marlin, Randal, 16

- Marlowe, Lara, 167, 204  
 Marx, Karl. 69  
 Mayr, Ernst. 7  
 Mcmillan, Harold. 115  
 McNamara. Robert. 114,119.122  
 Metternich. 93,142  
 Mili, John Stuart. 68-69  
 Miller, Steven, 58  
 Milosevic. Slobodan, 83,85,90  
 Mishra, Brajesh, 229  
 Moratinos, Miguel. 245-246  
 Morgenthau, Hans. 74  
 Moynihan. Daniel Patrick, 136  
 Mueller, Robert, 283  
 Mouse Duung, v. Mao Tse-lung  
 Mussolini, Benito, 70-71, 95. 98-100
- N**
- Nasser, Gamal Abdel, 234,236  
 Negroponte, John, 154  
 Nehru, 261  
 Neier, Aryeh, 91  
 Nerón, 335  
 Newton, Scott, 100  
 Nicholson, John, 261  
 Nicolás II, zar, 93.142  
 Nidal. Abu, 240  
 Nitze, Paul, 320  
 Nixon, Richard. 124-125.168,231, 308  
 Niyazov, Saparmurat. 166  
 Noriega, Manuel Antonio, 156, 164,171
- Noriega, Roger, 154  
 North. Oliver. 125  
 Nunn, Sam. 313
- O**
- Obiang, Teodoro. 167  
 Olson, Robert, 228-229  
 Orwell. George, 149. 154  
 Owen, Roger, 35  
 Ozal, Iurgut, 196
- P**
- Paterson, Thomas, 116,131  
 Pearson, Robert, 280  
 Pedatzur, Reuven, 257  
 Peres, Shimon, 242-243, 274-276  
 Philips, William, 99  
 Pickering, Thomas, 172  
 Poindexter, John, 155  
 Posada Carriles, Luís, 125-126  
 Pot, Pol. 37  
 Powell, Colin, 28,50.53-55.62,87. 112.115,155,191 -192,250,254  
 Powell, David, 212  
 Price, John, 222  
 Putin, Vladimir, 54-55,312-313
- R**
- Rabin, Yitzhak, 238. 243,262,274  
 Rahman, Ornar Abdel. 162  
 Rapaport. David, 274  
 Rashid, Ahmed, 305  
 Reagan, Ronald, 14.17,22,25-26, 32-33.46.60,133., 138-139.141.

*Hegemonia o supervivencia*

- 143, 150. 154-155. 159 **i** **i** - 165-166, 168-170, 198-199, 204, 210, 215. 237, 245, 267, 270.273-274, 319-320
- Redirian, Charles, 149
- Reich, Otto, 154
- Rice, Condoleezza, 30, 53, 207
- Robertson, George, 83-84
- Roosevelt, Franklin Delano, 23,70, 06, 98, 100, 195
- Roth, Kenneth. 223
- Rove, Karl, 34, 175
- Roy, Sara, 251
- Royce, Knut, 227
- Rumsfeld, Donald, 25,28.154,166. 191, 218.
- Russell, Bertrand. 335
- Sachs, Jeffrey, 173
- Sadat, Anwar, 237-238, 239, 294
- Safire, William, 112
- Sagie, Uri, 301
- Salinas, Carlos, 157
- Schlesinger, Arthur, 23, 108-109, 119. 121, 130
- Schmitz, David, 98, 101
- Schroeder, Gerhard, 195, 327
- Schwab, Klaus, 62
- Scowroft, Brent, 206
- Seko, Mobuto Sese, 163
- Shamir, Ariel, 229, 242. 246. 250-252, 254-255. 277-278
- Shultz, George, 140,142,159,164-165, 169, 275-276
- Simpson, Alan, 163
- Sloyan, Patrick, 259
- Smith, Adam, 46,174,201
- Sofaer, Abraham, 26,28
- Somoza, Anastasio, 18,142
- Sponeck, Hans von, 184-185,203
- Stalin, 72, 212. 237, 316-317
- Steele, Jonathan, 305
- Steinbruner, John, 311-312
- Stevenson, Adlai, 71,110-113
- Stimson, Henry, 329
- Straw, Jack, 52,189-190
- Suharto, Kemuu, 136,163,166
- Sukarno, Ahmed, 234
- Taft, William Howard, 95
- Tenet, George, 177
- Thatcher, Margaret, 189
- Tonelson, Alan, 101
- Trotsky, León, 102
- Truman, Harry, 220-221
- Tsongas, Paul, 150
- Tucidides, 28
- U**
- Ulam, Adam, 316-317
- Ullman, Harian, 315
- V**
- Vásquez Carrizosa, Alfredo. 271-272

**W**

Walker, Thomas. 142-143,149

Waltz, Kenneth, 41, 58, 178. 295,  
318

Walzer, Michael, 240

Warburg, James, 317

Washington, George, 125,147

Weizman, Ezer, 238

Welles, Sumner, 70.100

Wheeler, Nicholas, 84-85

White. Mark, 121

Wilson, Richard. 40

Wilson, Woodrow, 13-14, 16,65,70,  
73,94-0. 102

Wolfowitz, Paul, 166.197-198, 297

Yarborough, William, 27-2

Zaman, Amberin, 196

Zugayer, Kemal, 277

# índice toponímico

- A
- Afganistán, 114,156,161,184,207, 233.256,281-290,294.299,319
- África, 136-137,184,216
- norte, 154,234,236
- occidental, 232
- AlShifa, 291
- Alemania, 16,27,99-100,102,104, 110,190-193,195,283,298,316-317. 325.327
- Alemania Oriental, v. República Democrática Alemana
- América Central. 17, 19, 60, 67, 134.145.154-155.160,211,272-274. 333
- América Latina, 72, 97, 119, 130-131,133,136,140,155-156,199-200, 206, 214, 237, 271. 274, 282-283
- Andina zona. 36
- Angola. 136-137,160
- Arabia Saudita, 216,235,237,300, 304
- Argelia. 69,167.234,236, 280
- Argentina. 156
- Ariel, 250,252
- Asia, 166,214.217, 220-223, 315
- central, 89.166,229,233,303
- del Este, 214,220
- del Nordeste, 217-219
- oriental, 71,217, 223
- sudeste de, 216,220,2.22
- Atlántico
- Sur, 136
- cuenca del. 232
- Azores, 51-52,205, 232
- B**
- Bagdad, 225
- Balcanes, 294
- Beirut, 240,252, 275,294
- Bélgica, 92
- Berlín, 100,210
- Bosnia, 55,85-86,294
- Brasil, 70,134-136
- Bucarest. 164
- Bulgaria, 232

## **C**

Camboya, 37,184  
Canadá, 63, 105,147, 321  
Caribe, 94,129  
Carolina del Norte, 90  
Caspio, mar, 229  
Ceilán, 220  
Centroamérica, v. América Central  
Cercano Oriente, v. Oriente Cercano, Oriente Medio  
Cisjordania, 241,244-247,250-252, 254, 278  
Cochinos, bahía, 118-119,126-127, 132  
Colombia, 74,79-80,87,89-90,272, 282  
Cono Sur. 199  
Corea, 217-218, 221  
    del Norte, 58, 59, 63, 137, 217-220, 225, 260, 265, 310, 315  
Costa Rica, 255  
Cuba. 22, 25, 42-43, 96, 107, 109-111, 113-114, 116-131, 134-140, 142,144,150,188.225,265,268, 270. 286-287, 289-291, 318  
Chapultepec. 97  
Checoslovaquia, 70-71,100  
Chechenia, 55, 89, 270, 299, 308  
Chile, 135  
China, 68,71.90.147,214.219-221. 223,235-308,310-312.315.321-322. 329  
    occidental. 89  
    norte de, 71  
Chipre, 275

## **D**

Davos, 62,63  
Delhi. 261  
Diego García, isla, 233

## **E**

Egipto, 79, 155, 169, 237, 239, 245, 294, 304  
El Salvador, 125,148153.155,272, 279  
Emiratos Árabes Unidos, 283  
Emmanuel, 250  
España, 120, 191-192, 280  
Estado Judío, v. Israel  
Etiopía, 71,100  
Eurasia. 27  
Europa. 10.63,67-68,86,102,105, 115,129,136,193,209-211,213-217, 223, 254, 267, 282, 327  
    continental, 219  
    del Este, 210-212  
    del Sur, 211  
    occidental, 61,63,115,213,296

## **F**

Filipinas, 65, 70  
Florida, 122-123,126,156  
Formosa, v. Taiwan  
Francia. 47,49.69.92,94,131-132, 147. 190,192-194, 216, 282

## **G**

Gaza, franja de, 241, 244, 247, 278  
Ginebra, 43, 48, 176, 253  
Gran Bretaña, 13,16,37.44,47.52.

- 68, 73, 80, 92, 96, 98-102, 110, 116, 185, 190, 210, 214, 216, 230-232, 234-235, 262, 289-291, 302, 305. v. t. Inglaterra y Reino Unido
- Granada. 22,34,128,169
- Grecia, 232, 282
- Grozny, 260
- Guantánamo. 42-43,122
- Guatemala, 19, 118, 130, 141, 150, 153,155,272
- Guinea Ecuatorial, 167
- Gujarat, 194
- H**
- Haití, 70,96,119,132,147,153,288
- Hanoi, 146
- Harlingen, 140,170
- Hebrón, 252
- Hemisferio  
norte, 108, 328  
Occidental, 27, 87, 122, 143, 154, 232
- Ho Chi Minh, v. Saigón
- Holanda, 191
- Honduras, 150,154,269
- Hungría, 71
- I**
- Ilopango, 125
- Imperio Británico, v. Reino Unido
- India, 37-38,68,162,194,219-220, 223,225, 229-230,237, 261,282, 310,315
- Indochina, 35,47,59,146, 220,260
- Indonesia, 80-82,89,111,135,163, 190, 234, 236, 298, 304
- Inglaterra. 12,46,68,97, 102,190, 201, 223, 237, v. t. Gran Bretaña y Reino Unido
- Irán, 36, 48, 58, 70, 96, 154-155, 162,218-219,225,228-229, W « 236-237,273, 310, 315
- Iraq. 8-10, 23-24, 29, 31-36, 38,40-42, 47-56, 58-60, 62-64, 70, 79, 87, 91, 107, 109, 112, L14, 131, 139,145,162-163,166, 175-177, 179-186, 188-190, 193, 195-196, 203-208, 212-213, 218-219, 225-227,229,233-235,237,259,276, 286,297-300,302-304,310,314-315
- Irlanda del Norte, 302, v. i. Reino Unido
- Israel, 38-41, 47-48, 79, 148-149, 155-156,177,225-230,233-259, 262-264,269-270,274-275,277-279,282,288,291,294,300-304, 308,328
- Italia, 95,99-100,191-192, 232
- J**
- Japón, 23, 71, 214, 216-217, 223,311,327
- Jericó, 247
- Jerusalén, 245-247,252,255
- Jordania, 235,237, 242, 305

## **K**

Kenia. 262  
Kosovo, 36.80,82-87, 00-01. 107  
Kuwait, 30, 41. 63, 70, 145, 207,  
226,235

## **L**

La Habana, 108,177  
Latinoamérica, v. América Latina  
Latvia, 192  
Lejano Oriente, v. Oriente Lejano  
Líbano, 145.235,239-240.270,275,  
301  
Liberia, 147  
Libia, 141-142,168-170.273  
Liquica, 84  
Londres. 167.231,240.268.284

## **M**

Maaleh Adumim, 245-246  
Macedonia. 192  
Madrid, 242  
Malasia, 39  
Managua, 152  
Manchuria. 71  
Marruecos, 304, 48  
Marshall, islas, 255  
Medio Oriente, v. Oriente Medio,  
Oriente Cercano  
Mediterráneo, 160,229,254.274  
Mesopotamia, 73  
México, 54.105. 210.282  
Miami. 125-127,286  
Micronesia. 255, 328

Milán, 70  
Mississippi, 147  
Missouri. 221  
Moscú, 317  
Mozambique, 160  
Muerto, mar, 252  
Munich, 70,100

## **N**

Nablus. 252,255.278  
Nebrasca, 155  
Nicaragua, 18, 22. 25-26, 32, 125,  
128-129,138-145,148,150-154,  
170,268,270.272-274,286-287,  
289-291  
Nueva Orleans. 131  
Nueva York, ciudad de, 30.34,147-  
148,286,288  
Nueva York, estado, 148  
Nuremberg, 23, 260

## **O**

Occidente, 37-38,55,81,83-84,87,  
92, 98, 102-103, 135' 14°. 165.  
197,205,209-210,221,227,232,  
236-237,240,270,274,290,293,  
297. 303. 305. 317. 335  
Okinawa. 220, 233  
Oriente  
Cercano, v. Oriente Medio  
Lejano. 27  
Medio, 35, 47, 55, 94. 153154.  
160,163,167,188,198.216-217,  
219,225-226,228.230,232,234-

- 237.257.274.300.302.304-305.  
310
- Osirak. 40
- Oslo, 243-245,252
- Oxford. 291
- P**
- Pacífico, 214,232
- dependencias insulares de Estados Unidos en, 255
- Pakistán, 162, 187, 220, 265, 298, 30 jr 310-311,315  
oriental. 37
- Palestina. 301-303
- Panamá, 145, 156. 163-164, 171-172.282
- París, 152,167
- Pearl Harbor, 23,221
- Peoria, 113
- Pérsico, golfo, 163, 226, 232-233, 236,242,259.304
- Peshawar, 284
- Princeton. 87
- Pyongyang, 225
- Q**
- Qāṭqilya, 250
- R**
- Racak, 84
- Ramala, 252,255,278
- Reino Unido, 27,48.52,56,60,84. 94,184, v. t. Inglaterra
- República Democrática Alemana, v. 317
- República Dominicana. 70
- Roma, 70
- Rumania, 164-165,192.233
- Rusia, 47,52,71,102-104,109-113, 122-123,130-131,136,212,229, 242,247,294.209.308.310-313. 316-318,329  
del Este, 217
- S**
- Sabrá, 240
- Saigón, 146
- San Francisco. 220-221
- San Salvador. 19
- Serbia. 38.85-86,89,131
- Seúl. 59,218
- Shatila. 240
- Sidra, 170
- Sinaí. 238,245
- Siria, 36,73,237.278.310
- Srebrenica, 294
- Sri Lanka, v. Ceilán
- Sudáfrica, 16. 136-137. 155. 161, 244,269
- Sudán, 169,291,292
- Suiza. 183.62
- T**
- Taba. 245
- Tailandia, 171
- Taiwan, 156,221,311
- Texas. 140.170
- Timor Oriental, 36, 80-81, 84, 86-87. 89-90,190.207
- Túnez, 275-276

*Hegemonía o supervivencia*

- Turkmenistán, 166
- Turquía, 48, 55, 74, 78-80, 87, 89-91, 110-111, 113, 195-197, 220, 228-229, 313-34- 236-237, 279-280
- U
- Ucrania, 211, 294
- Unión Europea, 129, 245, 247
- Unión Soviética, 6, 16, 102-103, 108, 113, 122, 127, 130, 137, 140, 145, 310, 316, 320
- Unión de Repúblicas Socialistas Soviética, v. Unión Soviética
- URSS, v. Unión Soviética
- Uzbekistán, 166
- V
- Vaticano, 164
- Venezuela, 94, 125-127, 231, 282
- Vietcong, 274
- Vietnam, 37, 59-60, 138, 146-147, 182
- del sur, 59-60, 71, 111, 146, 151, 274
- W**
- Wall Street, 155
- Washington, 108, 168, 289, 329<sup>1</sup>
- Y
- Yamit, 238
- Yemen, 40
- Yenin, 252, 254-255, 277-279
- Yida, 300
- Yugoslavia, 89
- Z
- Zaire, 163

\* El libro nombra múltiples veces Washington como sinónimo del Gobierno de Estados Unidos, dichas menciones no son consideradas en este índice; las páginas mencionadas corresponden a la ciudad de Washington como entidad territorial.

# índice analítico

- Abraham Lincoln*, portaviones, 33-34
- Academia Estadounidense de Artes y Ciencias, 45,180
- activismo popular, 333
- acto de agresión armada, 275
- acuerdo de Munich, 70
- Achille Lauro*, crucero, 276
- adoctrinamiento, 15
- afganos, 42,231,284
- africanos, 293
- afrocolombianos, 88
- Agencia de Investigación Avanzada del Pentágono (DARPA), 325
- agresión, 268
- aislacionistas, 281
- Al Qaeda, 33,55,63,162,272,283, 289, 294, 296-299
- albaneses, 82,84-85
- Aliados. 35, v. t. Segunda Guerra Mundial
- Alien Ton Claims Act*, 222, 223
- Altas Partes Contratantes de las Convenciones de Ginebra, 253
- Altas Partes Contratantes, 254
- altruismo, 77,82-83, 95
- amapola, 88
- A M B, tratado, 320
- "amenaza percibida", 324
- American Enterprise Institute, 256
- Americas Watch. 149
- Amnistía Internacional, 157
- antiarabismo, 229,278
- anticomunismo, 155
- antifascismo, 101
- antinorteamericanisiro, 68-69,57-274
- antisovietismo, 69
- ántrax, 293, 331
- Año de Europa, discurso, 213
- apartheid*, 155, 269
- árabe-israelí, conflicto, 227
- árabes, 41,183-184, 238, 297,302-304,305
- araboushim*, 263
- Archivo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, 108
- Área Magna, 27

- Armada Británica, 325
- armamento, reducción de, 320
- v. t. desarme
- armas, 24-25, 78-79, 87, 118, 161, 314, 318, 321
- antisatélites, 323
- aviones
- EP-3, 321
- MIO, 150
- biológicas, 177, 186, 226, 308, 329-332
- convencionales, 314
- de destrucción masiva, 9,24-25, 33, 41, 47, 52-54, 58, 107,176-182,189,196,225-227,230,308-309, 314, 325,326
- emplazadas en el espacio, 325-326, 329
- fabricación de, 41, 327
- helicópteros, 300
- ligeras, 332
- mercado negro, 332
- militares, 232
- nucleares, 40-41, 58, 108-109, 225-226,260,265,308-309,311, 313-315-33i
- v. t. crisis de los misiles
- posesión de, 202
- químicas, 112, 177, 226, 308, 329
- tanques, 300
- v. i. ayuda militar
- arrestos secretos, 43
- v. [ desapariciones
- Asamblea General de Naciones Unidas, 255
- asentamientos
- israelíes, 252-253
- judíos, 242-249,256
- asesinatos, 39-40,133,275,
- asistencia humanitaria, 183
- Asociación Estadounidense de Ciencia Política, 58
- Asociación Estadounidense de Derecho Internacional, 25
- Asociación Estadounidense para la Salud Mental, 128
- atentado(s), 125-126
- del 11 de septiembre, v. s-11
- autodefensa, 100
- autoritarismo, 95
- aviones, v. armas
- ayuda, 333
- humanitaria, 144-145
- militar, 78, 87, 144, 148, 272, 279
- aztecas, 19
- azúcar, 124
- Banco Interamericano de Desarrollo, 143
- Banco Mundial, 143,250-251
- Betsalem, 246
- biodiversidad, 88
- biología, 7
- biotecnología, 331
- bloques regionales, 219
- bolcheviques, 102

- Boletín de los Científicos Atómicos, 107
- bomba atómica, 260
- v. t. armas nucleares
- burocratismo, 209
- Bush-Putin, tratado, 313
- Business Week*, 215
- cabezas nucleares múltiples, 310
- v. t. armas nucleares
- calentamiento global, 10
- Cámara de los Comunes, 83-84
- Camp David, 239, 244, 251, negociaciones de 2000, 243, 245
- campesinado, 79,88
- capital, 200-201,210,
- capitalismo, 101-103
- moderno, 209,212
- carbón, 89
- carrera armamentista, 315-317,319
- Carta Económica para las Américas, 97
- Casa Blanca, 19,36,42.50,52,119, 132,163,170-173,182,191,243, 277
- Oficina Oval, 66
- castrismo, 130
- catástrofe humanitaria, 183-184
- CBS** (Columbia Broadcasting System). 15
- censura, 15
- Centro Henry Stimson, 329
- Centro para la Integridad Pública, 43
- cese el fuego, 84
- Chechenos, 55
- Chutas, 206, 259
- Chinos, 221
- CIA** (Central Intelligence Agency), 63, 84, 96, 117-118, 121, 124, 126,130,150,161-162,177,236, 275,292,294
- ciudadanía, 44-45
- civiles, 231
- clase media, 99
- clase popular, 134
- clima, 10
- coalición
- "contra el terror", 308
- "de los voluntarios", 190
- coca, 88
- Código Oficial de Estados Unidos, 266
- coerción, 78
- colombianos, 79
- colonias, 223
- virtuales, 230
- colonización, 92,223,248
- Comando Espacial de Estados Unidos, 312, 319,325-326,
- Comando Estratégico de Estados Unidos, 225
- Comité de Información Pública de Estados Unidos, 14,16
- Comité de Inteligencia del Senado de Estados Unidos, 177
- Comité del Senado para las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, 315

*Hegemonía o supervivencia*

- Comité Internacional de la Cruz Roja, 187
- Comité Judeo-Americano, 229
- Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos en Colombia. 271
- comunismo, 44, 97-98, 122, 135, 210-211,272
- comunistas, 71-72,140, 271-272
- Conferencia de Chapultepec, 97
- Conferencia de Naciones Unidas sobre el Desarme, 312, 328
- Conferencia de Paz de San Francisco, 220, 221
- conflicto de baja intensidad, 267  
v. t. contraterrorismo
- Congreso de Estados Unidos, 32, 50, 86, 129,170,133, 315
- Congreso Nacional Africano, 161, 269
- Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, 304
- Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos, 36.117,120,124,235, 302
- Consejo Internacional para la Política de los Derechos, 284
- Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos, 295, 326
- Consejo Nacional de Seguridad para Asuntos del Medio Oriente y África del Norte, 154
- construcción, proyectos de, 232
- Contrainsurgencia y Planificación de Defensa Nacional de Estados Unidos, 271
- contrainsurgencia, 267,271-272  
v. t. contraterrorismo
- Contras nicaragüenses, 144-145, 154
- contraterrorismo, 156,267, 301  
v. t. terrorismo
- Convención de Armas Biológicas y Tóxicas (1972), 329
- Convención de Armas Biológicas (2002), 176, 332
- Convención de Armas Químicas, 329
- Convención de Ginebra, 43, 48
- Convención Republicana, 34
- coreanos, 221
- Corte Internacional de Justicia, 37, 268
- Corte Mundial, 25-26. 142, 144-145,148,273,289
- crimen(es), 156,271  
contra la humanidad, 35  
de guerra, 23,35.48,101,283  
de lesa humanidad, 40
- crisis de los misiles, 25, 107-117, 121,123-124,127,132  
v. t. Guerra Fría y armas nucleares
- Cruz Roja Internacional, 43,186  
v. t. Comité Internacional de la Cruz Roja, 187
- Cuarta Convención de Ginebra, 253254

ÍNDICE ANALÍTICO

- cultura militar israelí, 257-258
- Cumbre de las Azores, 52
- Cumbre del Sur, 39
- Defensa Antimisiles Balísticos,  
programa de, 316,319,320,322-323. 327
- Defensa Antimisiles sobre el Teatro de Operaciones, proyecto de, 327
- defensa  
antimisiles, 314, 319-320, 322. 325. 327. 310-3"  
biológica, 330  
legítima, 21,40,71  
proyectos de, 330  
formal, 206
- demócratas, 16  
laicistas, 206
- democratización, 154, 182, 188, 198, 200
- demografía, 245  
crisis, 212
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, 215
- Departamento de Defensa de Estados Unidos, 60,63
- Departamento de Energía de Estados Unidos, 310
- Departamento de Estado de Estados Unidos, 26, 46, 64, 89, 96-97, 99-100, 122, 141, 143, 149, 152,155,162,166,167,199,215-216, 222,254,280. 314,320
- Consejo de Planeación de Políticas, 131
- Equipo de Planificación de Políticas, 216
- Departamento de Guerra de Estados Unidos, 103
- Departamento de Justicia de Estados Unidos, 42-44,126, 222
- Departamento de Seguridad Interna de Estados Unidos, 177
- derecha, 98,115
- derecho(s)  
civiles, 333  
de generaciones futuras, 333  
de las mujeres, 333  
de minorías, 333  
humanos, 11, 18-19, 42-43, 45, 74. 78-79, 87-89, 91, 139, 149, 152,155,165,203,223,228,263, 271-272, 302, 333-335  
internacional, 22-23, 25-26, 29, 34-35- 40-41. "7.132.139.222 humanitario, 254
- desaparecidos, 129
- desapariciones forzadas, 153
- desarme, 48,51,188,319, 331
- desarrollo industrial, 326
- desastres naturales, 128-129
- desigualdad, 210
- desnutrición, 135
- desplazamiento forzado, 78-79
- dictadura, 98,117.134,136,142
- "dilema de circunscripción doble"  
200

- diplomacia pública**, 32-33
- Directiva de Seguridad Nacional de Estados Unidos**, 162-163
- disuasión**. 188
- doctrina**
- Achenson, 25, 28
  - de la Seguridad Nacional de Estados Unidos, 271-272
  - militar israelí, 262
  - Monroe, 70, 93-94,97,135
  - dominación, 182, 224, 231-232, 235-237. 322,
  - drogas, 88
  - v. t. guerra contra las drogas
- economía**
- de mercado, 104
  - latinoamericanización de la, 212
- edad moderna**, 326
- Eje del Mal**, 79, 228, 259
- ejecuciones**, 82
- Ejército de Estados Unidos**, 133, 266
- Ejército de Liberación de Kosovo**, 83-84
- Ejército Nacional de Colombia**, 89
- "El talón de Aquiles de América"**, estudio, 179
- elecciones en Estados Unidos**, 14
- noviembre de 2000, 201, 202, 203
- Congreso**, 9,29,32
- embargo económico**, v. guerra económica
- Enciclopedia Británica**, 16
- Enciclopedia de Ciencias Sociales**, 16
- energía**, 26,124
- compañías de, 222,223,232
  - fuentes de, 217
  - primarias, 182
  - reservas de, 229
- entreguerras. período de**, 98, 101, 231
- Envío*, 153,156
- Escuela de las Américas**, 132
- erradicación de cultivos ilícitos**, 88
- v. t. guerra contra las drogas
- Escuela Woodrow Wilson de Asuntos Públicos e Internacionales**, 87
- espacio**
- aéreo, 151
  - militarización del, 8, 327,328
- estabilidad**. 205, 222
- regional, 219
- Estado de la Unión*, **discurso**, 30
- Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos**, 60,121-122
- Estados**
- terroristas, 128,139,152
  - periféricos, 231
- estadounidenses**, 12
- estalinismo**. 152
- Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos**, 9, 21, 25, 107,175.312. 314.321.323
- ética**, 286-287, 304,306

- Evaluación de Inteligencia Nacional, 135
- EXCOMM, 113, 115
- extremistas, 282
- fascismo, 95,98-99,100,152
- FBI (Federal Bureau of Investigation), 125-127,177,283
- FDI (Fuerzas de Defensa de Israel), 228,248,250,255,258-259,263-264,277
- filipinos, 95,221
- Financial Times*, 174
- fondos de cobertura, 200
- Foreign Affairs*, 246
- Foro Económico Mundial, 61-62
- Foro Social Mundial, 334-335
- Fortune*, 100
- franceses, 221
- Frente Sandinista de Liberación Nacional, 152
- Frogs*, v. franceses
- Fuerza Aérea de Nicaragua, 150
- Fuerza Aérea de Estados Unidos, 59,260
- Fuerzas Armadas de Colombia, 89
- Fuerzas Armadas de Turquía, 280
- Fuerzas de Defensa de Israel, v. **F D I**
- Fuerzas de Seguridad de Israel, 39
- Fuerzas Especiales de Estados Unidos, 272
- fuerza(s)
- aéreas, 231
  - de defensa, 251
  - espaciales, 325
  - militares, 326
  - israelíes, 228
  - uso ilegal de la, 144-145
  - v. t. terrorismo internacional
- fumigación de cultivos ilícitos, 88-90
- v. t. guerra contra las drogas
- Fundación Nacional Cubano-Americana, 125-126
- fundamentalismo, 298, 304,333
- Gallup Internacional. 191,282-283
- genética, v. manipulación genética
- genocidio, 61,83, 287
- v. t. matanza
- globalización, 39, 150, 200, 295, 303,326,334
- de la economía, 326
  - liberal, 200
- gobierno directo, 230
- golpe militar, v. dictadura
- Grupo de Trabajo del Consejo de Relaciones Exteriores, 179
- Guardia Nacional de Guatemala. 18
- guerra, 150,180,214
- bacteriológica, 332
  - biológica, 8
  - "contra el terror", 17-18,42,89, 140,160,167-168,229,267-268, 273-274,280,293,299,154,155
  - contra el terrorismo, 34
  - contra las drogas, 88,90,171
  - de Afganistán, 233
  - de anticipación, 22

*Hegemonía o supervivencia*

- "de las galaxias", v. Iniciativa para la Defensa Estratégica de los Contras, 164  
declaración de, 287  
del golfo Pérsico, 31, 226, 242, 259  
económica, 113, 117, 120, 128-129, 130-131, 137, 144  
en Asia, 220  
en Europa, 78  
justa, 240, 286-287, 292  
muertes en, 8 222, 25, 108, 112, 115, 176, 321  
oposición a la, 193  
"preventiva", 22-24, 29-30, 36, 58.  
propaganda de, 14  
química, 59, 88, 146  
terrorista, 129, 139, 148, 273  
v. t. teoría de la guerra justa y crímenes de guerra  
Guerra Civil de Estados Unidos, M3  
Guerra Fría, 28, 67, 78, 97, 101-102, 104, 211, 224, 229, 316, 320  
v. t. crisis de los misiles  
guerrilla, 117  
albanesa, 84  
colombiana, 79  
guerrilleros, 284  
haitianos, 96  
hambruna, 128, 285  
*hedgefunds*, v. fondos de cobertura  
Hezbollah, v. Hizbolá  
hindúes, 229  
hipernacionalismo, 229  
Hizbolá, 55, 270, 294  
Homeland Security, v. Departamento de Seguridad Interna  
Human Rights Watch, 89, 222, 291-292  
África, 284  
v. t. derechos humanos  
humanistas, 278  
idealismo, 67, 138  
wilsoniano, 13, 65-66, 73, 93-94, 215  
Iglesia católica, 17, 19, 133  
"ilogismo lógico", 103-104, 110, 151  
ilustración (nueva), 77, 83, 87, 91-93  
imperialismo, 57-58, 65, 69, 104, 333  
indemnizaciones, 145, 147  
indígenas, 88, 147  
industria, 232  
industrialización, 97  
Informe Hart-Rudman, 331  
Informe sobre el estado mundial de la infancia, 184  
Iniciativa contra la Amenaza Nuclear, 313  
Iniciativa para la Defensa Estratégica, 319  
integración  
israelí, 242  
regional, 217, 219  
intelectuales, 15, 29, 74, 133, 286

ÍNDICE ANALÍTICO

- intervención, 72  
 derecho de, 36-37, 39  
 humanitaria, 36-39, 67-68, 71,  
 81,83-86, 281  
 militar, 90,121-123
- Intifada  
 de Al Aqsa, 39, 257,258,263  
 primera, 263
- invasión, 87,274  
 a Panamá, 156,163,171  
 israelí de 1982,239, 240,241
- iraquíes. 203. 204,207,259
- torturas, 205
- iroqueses, 147
- Islam, 296-297,299,  
 islamistas, 284,294,299,302-306  
 radicales, 161  
 islamofobia. 229  
 israelíes, 250. 259  
 italianos, 95,221  
 izquierda, 98,131,134,137,281  
 japoneses, 221  
**Japs**, v. japoneses  
 jesuítas, 19,133,273  
 jordanos, 305  
 judíos, 229,245,300  
 Justa Causa, v. operación Justa  
 Causa  
 khmer rojos, 37  
 kosovares, 86  
 Kremlin, 50,114,130,133,136  
 kurdos, 78-79,91,231,259,279,162  
*La Época*, 19  
*La riqueza de las naciones*, 201
- latinoamericanos, 95,97,130  
 legislación internacional, v. derecho  
 internacional  
 legítima defensa, 111,274,289-290  
 leninismo, 14  
 leyes de neutralidad, 132  
 liberación, 182,188  
 liberalismo, 99,115  
 libios, 169  
 libre  
 comercio, 94,223  
 flujo de capitales, 200  
 Liga Árabe, 242,249  
 Liga de las Naciones, 73  
 limpieza étnica, 82-83,85-86  
 liquidaciones selectivas, v. asesina-  
 tos  
 macartismo, 43  
 "magos de Davos", 180  
 Mangosta, v. operación Mangosta  
 manipulación genética, 331  
 mano  
 de obra, 211  
 invisible, 201  
 masacre, v. matanza  
 matanza, 84,111,136,138-139,156,  
 279,291,294  
 Medicaid, 174  
 medicamentos, 128, 291-292,330  
 Medicare, 173,174  
 medicinas, v. medicamentos  
 medio ambiente, amenazas al, 8-09  
*Mein Kampf*, 170  
 Memorando de Seguridad Nació-

*Hegemonía o supervivencia*

- nal de Estados Unidos No. 181,123
- mercados, 26
- miedo, 32-33. 42,65
- milicias privadas, 89
- Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, 214,230
- Ministerio de Información de Inglaterra, 16
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Reino Unido, 52
- misiles, 299
  - balísticos intercontinentales, 316
  - nucleares, 113,116
  - v. t. crisis de los misiles
- Misión Latinoamericana, 130
- modernización, 130
- momento
- "Lodge", 125
- "Stevenson", 110-112
- moral, 38,77,90,95,119,124,286, 290, 293, 295. 304
- moralismo, v. moral
- mortalidad, 143,223
  - infantil, 135
  - masculina, 212
  - tasas de, 212
- "motín de la India", 261
- movimiento ambiental, 333
- MPLA, 137
- multinacionales. 89, 334,215
- "muro de separación", 250,251
- musulmanes, v. islamistas
- nacionalismo, 57,96
  - africano, 136
  - árabe
  - independiente, 103, 236
  - económico, 97
  - extremo, 98
  - nuevo, 97-98,101,137
  - radical, 104,115,234
- nacionalistas, 306
  - radicales, 57,61,321
- National Interest*, 322
- nazis. 16,70.99-100,103,170.221, 254,267-268
- nazismo, 44
- N B C** (National Broadcasting Company), 15
- negros, 102
- neoliberalismo, 14,39,89,201,249, 295
- neonazis, 134,156
- New Deal, 172
- New Republic, 149, 322
- Newsday, 227
- Newsweek*, 64
- nicaragüense, 170
- No Alineados, movimiento de países, 39,234, 236,237
- Northrop Grumman, 300
- "Nueva Europa", 191-194,197-198, 206,209
- Nuevo Laborismo, 189
- obreros, v. trabajadores
- Occidente, 37-38
- ocupación

ÍNDICE ANALÍTICO

- militar, 96  
israelí, 248
- Oficina Diplomática Pública de Estados Unidos. 17
- Oficina Nacional de Estudios Asiáticos de Estados Unidos, 219
- oleoductos, 229.235
- ou>, v. Organización para la Liberación de Palestina
- operación
- Justa Causa, 156,, 164,171
  - Mangosta, 120-121,137
  - Puño de Hierro, 275
  - Verdad, 17
  - Wheeler Wallawa, 139
- opinión
- control déla, 15-16
  - pública mundial, 11, 20, 59-61, 334.
- orden
- económico internacional, 28
  - mundial, 92,208
  - nuevo, 70-71
- Organización de Naciones Unidas, 8, 10, 30, 35-36, 46-48. 52, 56, 61. 87, 142,145, 154, 172, 181, 183-187,191-192,206-207,226, 240,242.247,254,278,290.298, 328,332
- Asamblea General, 148,269
- Carta. 21. 24, 45, 71, 87, 170, 172, 269
- Comité de Desarme, 176
- Consejo de Seguridad, 24-26, 37. 52-54, 56, 87, 90, 110, 112-113,117,148,172,182-183,185-186,188,191,194,238,253-255, 268,270,273,275, Resolución 687,226 Resolución 1441,50-51,53 Resolución 687,47 vetos al, 47-51 Fuerzas de Paz, 81 inspectores, 48, 53,112 Resolución 242 de 1947, 241 Resolución 465 de 1980, 254 Resolución 1322 de 2000,254
- Organización de Estados Americanos, 200
- Comisión Jurídica, 129
- Organización para la Liberación de Palestina, 240
- Organización Mundial de la Salud, 186
- Organización Mundial del Comercio, 129
- Organización del Tratado del Atlántico Norte, 38.82-84, 85-86, 91,115,228, 317,321
- organizaciones no gubernamentales, 61
- v. t. derechos humanos
- pacto de Munich, 100
- palestinos, 245, 248-250, 252, 254-256,259,262-263,267,297,300, 308
- panameños, 156
- paramilitares, 80, 89,119,120, 272

- Parlamento de Gran Bretaña, **189**  
Parlamento de Haití, **96**  
Parlamento de Turquía, **197**  
Partido Indonesio de Masas, **135**  
Partido Laborista, **238**  
Partido Republicano, **175**  
Pentágono, **16, 89, 197, 218, 254, 259, 313, 314, 318, 324**  
periodistas, **74**  
petróleo, **56, 70, 89, 94, 124, 136, 219, 230-236, 302**  
Plan Marshall, **25**  
PLn Mitchell, **253**  
plutonio, **41**  
**pobreza, 86, 94, 143-148, 151, 153, 210, 295**  
Poder Ejecutivo de Estados Unidos, **44**  
*Polaris*, submarinos nucleares, **109**  
poliarquía, **13**  
poliducto, **217, 219**  
populismo, **135**  
posguerra, **27-28, 200, 209, 215, 216, 232**  
consecuencias de la, **235**  
en Iraq, **183, 206, 207**  
temprana, **220**  
v. t. Güera Fría, entreguerras y Posguerra Fría  
Posguerra Fría, **86, 138**  
posmodernidad, **92**  
potencias  
industriales, **179**  
menores, **49, 134, 331**  
precapitalismo, **15**  
preguerra, crítica de, **180**  
"prevención avanzada", estrategia de, **324**  
Primera Guerra Mundial, **103, 230**  
privatización, **174, 201**  
proceso de Oslo, **243, 252**  
Programa Cooperativo de Reducción de la Amenaza, **313**  
Programa de Conciencia Informativa Total, **155**  
Programa Mundial de Alimentos, **185, 186**  
Programa para el Desarrollo de Naciones Unidas, **212**  
progresistas, **16, 14, 16-17, 31-33-61, 154, 267, 279**  
proporcionalidad, principio de, **290-292**  
proteccionismo, **209**  
Protocolo de Ginebra de **1925, 176, 332**  
Protocolo de Kyoto, **332**  
protocolos de verificación, **330**  
Proyecto Cuba, **121-122**  
"punto muerto", política del, **238**  
Puño de Hierro, v. operación Puño de Hierro  
racismo, **278**  
Rand Corporation, **312, 322**  
rawa, **285**  
reaccionarios, **25, 44**

ÍNDICE ANALÍTICO

- reaganismo, 18,134
- reaganistas, 120,141,143,161,199, 320
- rearme, programas de 27
- rebelión  
de los bóxer 147  
"democrática", 135
- refugiados, 83,255
- religiosidad, 202
- remesas, 150
- resistencia, 268-269
- Reuters, agencia, 329
- Revisión de Postura Nuclear, 107
- revisiónismo, 22,57,59
- Revista de Periodismo de Columbia*, 278
- revolución  
cubana, 117,130  
democrática, 12  
normativa, 36  
rusa, 103  
"sin fronteras", 141,143
- riqueza, 97,332-333  
concentración de, 153
- "ruidos críticos", 181
- rusos, 161,299
- s-i 1 (11 de septiembre de 2002), 9, 23,28,31-32,34,42,64,89,132, 159,174,178,187-188,190,198, 256,270,283,293-294,307,320
- sabotaje, 120,123,150,272
- samidin*, 263
- sandinistas, 18,129
- Science*, 10
- secuestros, 275
- Securitate. 19
- Segunda Guerra Mundial, 26, 37, 45,92,98-99,100,104,190,213-214,230-231,261-262,327
- Seguridad Social. 173,174
- Senado de Estados Unidos  
Comité Church, 119  
v. t. elecciones en Estados Unidos
- septiembre 11, atentados del. v. s-11
- serbios, 82-84
- servicio de inteligencia de Estados Unidos, 318  
v. t. CIA
- Servicio de Seguridad General de Israel, 301
- Sistema de Defensa Nacional  
Antimisiles, 310
- socialdemócratas, 152
- socialismo, 99
- soldados, 102
- solidaridad, principio de, 174
- STRATCOM, 308, 309
- subdesarrollo, 96
- subversión, 121
- subversivos, 140
- supervivencia, 333  
infantil. 143
- supremacía militar de Estados Unidos, 322

- tabaco**, 172
- talibanes**, 86, 194, 284, 273, 282, 285, 288, 289-290
- tecnología**, 327
- teología de la liberación**, 133, 137
- teoría**  
de la guerra justa, 281, 285  
de las relaciones internacionales, 74
- tercer mundo**, 102, 211, 212, 224
- terror**, 19, 78, 96, 120, 122, 124, 133, 143, 154-155, 230, 261-263, 266-270, 275, 280, 301  
v. t. guerra "contra el terror"
- Terrorismo de Estado en el Cercano Oriente*. 280
- terrorismo**, 25, 120, 121, 123-125, 138, 142, 144, 148, 150, 153, 155, 157, 160, 181, 188, 195, 266-268, 272-274, 276, 279-280, 286, 289-291, 293-294, 296, 298-299, 301, 307, 320, 325, 331  
clandestino, 60  
coche bomba, 275  
de Estado, 87, 140, 153, 155-156, 159, 272-274, 279-280  
definición, 266-267, 293  
internacional, 9, 18, 26, 28, 31, 111, 113, 116, 130-132, 137-139', 144, 152, 154, 156, 177, 268, 275, 279, 281, 287, 308  
masivo internacional, 241  
palestino, 257, 264  
v. t. contraterrorismo y terroristas
- terroristas**, 18, 42, 51, 125-126, 140, 150, 267, 275, 289, 294, 299  
de Estado, 19, 288
- tesoro, bonos del**, 232
- The Financial Times*. 35, 79, 112, 145-146, 170, 208, 237, 241, 256, 281
- The Wall Street Journal*, 62, 193, 302
- The Washington Post*. 64, 145, 164, 165
- "tigres de Asia", 214
- Time*, 63
- tiranía**, 14, 46, 59, 118
- tortura**, 18, 19, 42, 48, 78, 91, 134, 153, 156
- totalitarismo**. 44, 69
- trabajadores**, 98-99, 102
- Tratado Antimisiles Balísticos**, 331
- Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares**, 227, 331
- Tratado de No Proliferación Nuclear**, 309
- Tratado de Paz de San Francisco**, 220, 222
- Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares**, 331
- Tratado del Espacio Exterior**, 328
- Tratado sobre Reducción de Ofensivas Estratégicas**, 312
- turcos**, 195, 197
- ucranianos**, 211
- UNicEF, 143, 160, 184, 185
- unificación europea**, 213
- unilateralismo**, 46

ÍNDICE ANALÍTICO

- Unión Estadounidense para las Libertades Civiles, 155
- Unión Europea, 129
- unipolaridad, 64
- universalidad, principio de, 265, 285, 288, 292
- Universidad de Columbia. Centro sobre el Ordenamiento Internacional, 49
- Universidad de Emory, 284
- Universidad de Harvard, 35.144  
Departamento de Física, 40
- Universidad de Oxford, 290
- Universidad de Yale, 43,266,273
- Universidad Jesuítas, 151
- UNOCAL, 222
- UNSCOM, 48
- UPI** (United Press International), 175
- US-UK, alianza 048,51,64.116,189, 231, 289, 291, 302
- Verdad, v. operación Verdad
- veto  
poder de, 219  
calidad de, 210
- "Vieja Europa", 191,192,198.213, 220
- Vietcong, 274
- vigilancia, 43  
sistemas de, 324
- Vinnell Corporation, 300
- Visión *para el* 2020, 325
- Voz de América*. 163
- Wehrmacht, 268
- Wheeler Wallawa, v. operación  
Wheeler Wallawa
- Wops*. v. italianos
- World Trade Center, 162,283,294, 307,179
- yijad, 161-162,298,306

## Lista de siglas y acrónimos

<b>s- n</b>	<b>11 de septiembre de 2002</b>
<b>A D M</b>	armas de destrucción masiva
<b>ATCA</b>	Alien Tort Claims Act
<b>CBS</b>	Columbia Broadcasting System
<b>CÍA</b>	Servicio Central de Información (Central Intelligence Agency)
<b>CICR</b>	Comité Internacional de la Cruz Roja
<b>CIP</b>	Comité de Información Pública
<b>C M N</b>	compañías multinacionales
<b>CNS</b>	Consejo Nacional de Seguridad
<b>DAB</b>	Defensa Antimisiles Balísticos
<b>DARPA</b>	Agencia de Investigación Avanzada del Pentágono
<b>ELK</b>	Ejército de Liberación de Kósovo
<b>EXCOOM</b>	Comité Ejecutivo de Seguridad Nacional (Sigla en inglés)
<b>FBI</b>	Oficina Federal de Investigación (Federal Bureau of Investigation)
<b>FDI</b>	Fuerzas de Defensa de Israel
<b>FDR</b>	Franklin D. Roosevelt
<b>FEM</b>	Foro Económico Mundial
<b>FNCA</b>	Fundación Nacional Cubano-Americana
<b>JFK</b>	John Fitzgerald Kennedy
<b>MBI</b>	misiles balísticos intercontinentales
<b>MIRV</b>	cabezas nucleares múltiples
<b>NBC</b>	National Broadcasting Company
<b>OEA</b>	Organización de Estados Americanos
<b>OIT</b>	Organización Internacional del Trabajo
<b>OLP</b>	Organización para la Liberación de Palestina

*Hegemonía o supervivencia*

OMC	Organización Mundial del Comercio
OMS	Organización Mundial de la Salud
ONG	organización no gubernamental
ONU	Organización de Naciones Unidas
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCCC	Programa Científico sobre Cambio Climático
PKI	Partido Indonesio de Masas
PMA	Programa Mundial de Alimentos
RDA	República Democrática Alemana
STRATCOM	Comando estratégico de Estados Unidos (sigla en inglés)
TPSF	Tratado de Paz de San Francisco
UPI	United Press International
UNICEF	Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
UNSCOM	Inspectores de la Organización de Naciones Unidas
US-UK	Alianza entre Estados Unidos y el Reino Unido